

# LA REINA SIN REINO

JOSÉ MARÍA PÉREZ

PERIDIS



ESPASA

D.J.57

**JOSE MARÍA PÉREZ (PERIDIS)**

*La reina sin reino*

*Espasa libros*

## Sinopsis

Con Esperando al rey, su primera novela, Peridis alcanzó un más que notable éxito de crítica y público. Las claves de su logro fueron contar, de una manera cercana y personal, un episodio fascinante de la historia medieval. Esa también es la fórmula de La maldición de la reina Leonor y de La reina sin reino, con la que cierra su trilogía sobre la Reconquista, que pueden leerse de forma totalmente independiente.

La acción se inicia con la muerte de Alfonso VIII, que deja como heredero a un niño de doce años, Enrique, que, al poco tiempo, fallece en un extraño accidente y deja el trono vacante. Momento que estaba esperando Berenguela, primogénita de Alfonso y hermana de Enrique, para afirmar su posición y colocar en el trono a su hijo mayor, Fernando, apenas un adolescente.

Este movimiento desencadenará tanto oposiciones como adhesiones que Berenguela sabrá manejar siempre a favor de la dinastía y de su hijo, quien estará destinado a culminar la Reconquista.

©2018, Pérez (Peridis), Jose María

©2018, Espasa libros

ISBN: 9788467053081

Generado con: QualityEbook v0.86

>

**PlanetadeLibros**



**ESPASA**

*A la memoria de Teodosia y Froilán, mis padres, que como muchas otras familias que conocimos en los duros tiempos de la posguerra, nos educaron con su ejemplo diario en el amor a la tierra y a la familia, en la cultura del esfuerzo y en los valores de la austeridad, laboriosidad, generosidad, responsabilidad, honestidad, espíritu de sacrificio y valor de la palabra dada. Además, nos enseñaron a soñar mirando al cielo estrellado y, para abrirnos al porvenir, sufragaron nuestros estudios hasta el límite de sus posibilidades.*

# PRÓLOGO

## *Compostela. 1210*



Al desnudar el cadáver, el obispo comprobó que el difunto estaba circuncidado. Por los rasgos faciales más parecía moro que judío. Después de registrar minuciosamente las pertenencias y los hábitos del difunto, encontró un pequeño pellejo, cosido en la faltriquera del manto, que contenía un líquido inodoro de textura gelatinosa con aspecto de veneno.

Apareció muerto con hábito benedictino, con una soga al cuello sentado en una poyata, en el interior de la puerta Francígena de la basílica de Compostela. A la vista de lo ocurrido, huyeron despavoridos los peregrinos, que, llegados de todas partes, habían acudido a la ciudad con la esperanza de que el apóstol les proveyera del alimento que la tierra había negado a los hombres y a las bestias durante todo el año de 1210.

Como acontecía siempre que se producía un asesinato, el templo fue clausurado hasta su preceptiva consagración.

Ignorantes del cierre de la basílica, los peregrinos, que llegaban a riadas a Compostela, se resistían a retornar a sus lugares de origen sin haber recibido del apóstol los alimentos que necesitaban, la salud que habían perdido y el perdón de los pecados o crímenes que habían cometido.

Anocheció de repente y las campanas tocaron a muerto mientras el obispo Pedro Muñiz, que tenía fama de nigromante, ordenó trasladar al difunto a la cripta secreta que tenía junto a la botica, en la que practicaba la alquimia y diseccionaba animales y cadáveres de difuntos para arrancar de sus entrañas los secretos de la vida y el enigma de la muerte.

Incapaz de identificar al difunto, envió un mensaje al rey de León

invitándole a presidir una nueva consagración que era obligada cada vez que se cometía un asesinato en el templo jacobeo. Tuvo lugar un día de primavera en el que el sol brillaba de modo inusual para celebrar la asistencia del rey Alfonso de León y de los hijos habidos primero con Teresa de Portugal y posteriormente con Berenguela de Castilla.

Al poco de iniciarse la solemne ceremonia, el infante don Fernando, hijo mayor de Berenguela y Alfonso, envuelto en el humo del incienso y adormecido por la salmodia de los canónigos, se quedó pasmado cuando el prelado compostelano clavó su mirada en él, mientras la cruz de oro y pedrería emitía destellos de luz sobrenatural en el pecho del obispo. Este alargó su brazo y le agarró de la mano, lo mismo hizo con el infante Alfonso y salió volando con ellos, sin que su padre hiciera ademán de retenerlos.

Ambos hermanos habían peregrinado hasta Santiago para pasar unas pocas semanas en Compostela bajo la tutela del arzobispo Muñiz aprendiendo rudimentos de retórica y gramática, historia y oratoria. Aunque les emocionaba conocer a un personaje tan singular, les aterraba vivir en un palacio en cuyas bodegas, al decir de los criados, el prelado no solo disecaba animales, sino que abría la cabeza a los difuntos, les partía el corazón y examinaba las vísceras para averiguar la causa de su muerte. Según algunos testigos, llevaba años buscando el reloj de la vida y la piedra filosofal en las rendijas de los sillares de la basílica. Los infantes tenían prohibido acercarse a la botica donde fundía los metales, guardaba los libros y las retortas, fabricaba los ungüentos y escondía las sanguijuelas y los venenos.

A pesar de que unos le tenían por profeta, los más le temían por brujo. Por todo ello, los infantes no entendían que aquel hombre acompañara al rey en casi todos sus periplos por el reino. Pero lo que más asustaba era su penetrante mirada y su bisbiseo como de serpiente cuando hablaba y, dada su elevada estatura, sus brazos, dentro de los hábitos, parecían alas de cigüeña.

Al ver que Fernando ofrecía resistencia, el prelado, que ya levitaba, le apretó la mano.

—No tengáis miedo, alteza —le dijo el arzobispo—, porque sois el elegido por el apóstol para elevaros a las alturas y viajar milagrosamente por el cielo y por la tierra.

Fernando, al igual que su hermano Alfonso, se dejó llevar sobre una nube de incienso mecido por el rítmico balanceo de los brazos de don Pedro, que flotaba al compás del monótono cántico de los canónigos ganando altura gracias a que había desplegado su casulla como si fuera la vela de la barca de San Pedro.

No les sorprendió en absoluto el vuelo del arzobispo, pero, mirando hacia abajo, les pareció extraño que el mismo prelado encabezara la procesión

acompañado por el resto de la familia real y una multitud de eclesiásticos llegados de todo el reino de León, para bendecir y colocar una por una las doce cruces de la consagración en los muros del interior del templo.

Cuando llegaron junto al apóstol y se sentaron a la grupa del caballo, el infante Alfonso se había dormido cogido de la mano de su hermano; el rey, instalado en su sitio, no sospechaba que tenía dos hijos flotando en el aire.

—¿Qué dirá nuestro padre cuando repare en nuestra ausencia? —preguntó Fernando.

—Nadie se dará cuenta de ello porque la ceremonia acaba de comenzar y llevará su tiempo. Para cuando finalice, ya estaremos de vuelta.

Atravesaron bóvedas y tejado como si fueran de humo y se vieron flotando sobre la espuma de las nubes.

—No abráis los ojos hasta que tengamos delante las campanas de nuestra basílica que se llevó el moro Almanzor a lomos de cautivos cristianos —les advirtió el arzobispo.

Ni siquiera les dio tiempo de cerrarlos porque, colándose como las golondrinas por el hueco que dejaban entre sí los aiosos arcos dobles de herradura, cabalgaban en medio de un bosque de columnas que no tenía fin, tanto si miraban hacia el frente como por las diagonales, sin que ellos, por más que aguzaran la vista, pudieran discernir si aquella mezquita llegaba hasta el infinito.

—Aquí no hay santos por ninguna parte —pensó Fernando en voz baja mientras que desde muy lejos llegaba la grave voz del imán.

—Pese a que alternen dovelas de piedra blanca y ladrillo rojo, uno es el arco, aunque se desdoble —explicó el arzobispo, ante el estupor de los infantes por semejante arquitectura—. El que está debajo asiste y acompaña a su hermano, que está arriba sosteniendo el peso de la cubierta sobre su corona, si bien ambos se dan la mano trabajando al compás, pero sobre todo crecen hacia arriba ganando mucha altura. Si permanecéis juntos como ellos en el lugar donde Dios ha colocado a cada uno, sin que la soberbia y la envidia os cieguen, podréis realizar hazañas nunca vistas en España. Vuestros padres han unido en vosotros lo que vuestro bisabuelo separó dividiendo su reino. Desde entonces Alfonsos y Fernandos han lidiado entre sí para beneficio de los infieles y perjuicio y sufrimiento para sus pueblos. ¡Tomad ejemplo de los arcos que trabajan en armonía para dar estabilidad, profundidad y altura a las naves del edificio regio evitando las guerras fratricidas!

»Estas lámparas que nos iluminan son las campanas de Compostela, llevan dos siglos esperando su retorno. Solo podréis lograrlo con un esfuerzo común, abrazando las campanas una de cada lado.

Antes de partir, se volvió sobre Fernando llamándole por su nombre, le colocó la mano derecha sobre la cabeza y dijo con voz como de trompeta:

—¡Te nombro mi alférez y guardián de la mezquita! Si devuelves estas campanas a Compostela, serás bienaventurado y se te dará la potestad de hacer asombrosos milagros.

Regresaron justo cuando el arzobispo Pedro Muñiz colocaba una cruz, que, al igual que las once precedentes, mostraba un círculo con las llaves de San Pedro, rematadas por un alfa y una omega. Cuando terminó la ceremonia y la comitiva regia se dirigía al salón de banquetes del palacio de Gelmírez, el prelado hizo un aparte con ellos.

—No contéis a nadie nuestra aventura. No os creerán y os tendrán por mentirosos; pero para que veáis que no ha sido un sueño, mañana al anochecer estaré esperando a vuestras altezas aquí para bajar a la cripta. ¡Sed puntuales y venid preparados porque veréis lo nunca visto, oiréis lo nunca oído y viviréis lo nunca vivido!

\* \* \*

Al día siguiente, cuando empezaba a oscurecer, los dos infantes acudieron a la cita. A la entrada de la cripta los esperaba el prelado.

Cuando descendieron a la tumba del apóstol, vieron sobre el túmulo estrellas que se desvanecían y retornaban, sintieron un olor como de jazmines que hizo desaparecer el tufo que de ordinario desprendía el prelado y se quedaron atónitos cuando escucharon una voz salida de las profundidades de la tierra que decía:

*Te he formado y te he puesto  
como alianza del pueblo,  
para reconstruir el país  
y para repartir heredades devastadas.  
Reyes tendrás por criados.  
Los príncipes se inclinarán,  
rostro en tierra se prosternarán ante ti  
y lamerán el polvo de tus pies.*

Fernando sonreía satisfecho porque la voz del apóstol le aseguraba el reino de su padre, a pesar de que este parecía inclinado a dejárselo a su hermanastro, el

primogénito, también llamado Fernando y apodado el Portugués, fruto del matrimonio del rey con su primera esposa y que ya era un mozo de diecinueve años de edad.

«¡Bah!, no ha sido para tanto. Estuvo mejor el viaje con el caballo. Y de mí no ha dicho nada», pensó Alfonso, molesto porque el apóstol le había ignorado por completo. Él sabía de sobra que nunca llegaría a ser rey y se desentendió del sepulcro, por eso prestó más atención al arzobispo que al apóstol. Una vez que salieron de la cripta, le dijo al oído a su hermano:

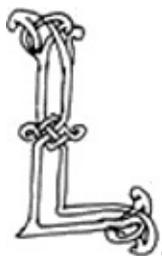
—No te creas nada de lo que ha dicho don Pedro, que no era el apóstol el que nos hablaba. Me he dado cuenta de que cambiaba la voz y he visto cómo movía los labios.

—¿Y qué me dices de las estrellas de colores que brillaban en la tumba?

—Seguro que las ha sacado de algún frasco de la botica.

# ***PRIMERA PARTE***



*Toledo. Burgos. Sahagún. 1212-1214*

La reina Leonor y sus hijas Berenguela y Leonor apenas habían conciliado el sueño desde que el 20 de junio de 1212 salieron a despedir a los ejércitos cristianos que, liderados por el rey don Alfonso de Castilla, se dirigían hacia el sur para enfrentarse en batalla campal al inmenso ejército que el Miramamolín había reunido para asestar un golpe definitivo a los reinos cristianos.

Las tres mujeres se hallaban en un estado de gran agitación porque tras varias semanas con el corazón en un puño tuvieron que ordenar el cierre de las puertas de la ciudad. Desde las azoteas del alcázar toledano habían visto, como un anticipo de la derrota, la llegada camino de Francia de una horda de ultramontanos desertores de la cruzada que campaban por la vega del Tajo, intentando asaltar la ciudad para saquearla como si fueran bandidos.

Mientras el negro tiempo y el voluble destino jugaban a los dados, Berenguela y su madre pasaban las horas esperando el regreso del ejército del rey don Alfonso, hilando venturas y desventuras de la familia, en la rueda de la memoria.

—Ay, hijas mías, ¡cuánto echo de menos a vuestras hermanas Blanca y Urraca! A estas horas estarán rezando por la victoria de vuestro padre y que regrese con bien. A Urraca no tanto porque Portugal está ahí al lado, pero me temo que nunca más volveré a ver a Blanca en esta vida. Nunca, nunca. Lo supe desde que se la llevó mi madre para casarla con el delfín de Francia, igual que supe que nunca volvería a ver a mi padre cuando, con solo diez años, me trajeron a España para casarme.

»Al contrario que mi madre cuando vino a buscarla, yo ahora no tengo edad

ni salud. Tampoco Blanca encontrará la ocasión de venir a vernos con la disculpa de peregrinar a Santiago porque ya va siendo hora de que alumbre de una vez al heredero del trono de Francia. Y quiera Dios que no se le malogre cuando se presente, como me pasó a mí con los primeros partos y embarazos.

—Madre, no os aflijáis, que Blanca es fuerte y seguro alumbrará un niño hermoso —trató de tranquilizarla su hija Berenguela.

La reina doña Leonor exhaló un profundo suspiro y añadió:

—Sí, tienes razón, hija mía, pero tampoco contábamos con la última desgracia de nuestra familia. ¿Quién lo iba a pensar? Con lo fuerte que era y la salud que tenía vuestro hermano Fernando. Pobre hijo mío, me acuerdo de él a todas las horas del día y todos los días desde entonces —clamó la reina—. Tan joven, apuesto y valiente como era y dejó a Castilla en la incertidumbre, a tu padre sin esperanza y a mí me partió el corazón. Insondables designios del Altísimo, que le señaló con el dedo.

—Con todos los respetos, madre mía, porque a veces nuestros pensamientos no tienen bridas que los sujeten —exclamó Berenguela—. Los míos me dicen una y otra vez que no fue dedo del Altísimo, sino el veneno de alguno de los que nos odian.

—¿Has dicho algo a tu padre al respecto?

—¿Qué sentido tiene añadir deseos de venganza a las tribulaciones de mi padre?

—¿Sospechas que la ponzoña vino de lado del rey de León?

—¿De dónde si no? Sospecho que alguno de sus allegados pudo perpetrar semejante monstruosidad para beneficiarse de la juventud de mi hermano Enrique. Mira por dónde, desoyendo la llamada del papa, Alfonso no ha querido acompañar a nuestro padre. Al contrario, con ayuda de Pedro de Castro, sañudo contra nosotros como su padre, ha aprovechado la cruzada para quitarme alguno de los castillos de mi dote.

\* \* \*

A Toledo llegó la noticia de una gran victoria en Las Navas de Tolosa, pero las mujeres no mostraron su júbilo hasta la confirmación del rey.

Hacía mucho calor en Toledo, como suele ser habitual a finales de julio, y aún repicaban las campanas de la ciudad del Tajo cuando Berenguela terminó su carta que por mano de un cisterciense viajaría hasta París.

*Berenguela, por la gracia de Dios reina de León y de Galicia, a su querida y siempre amada hermana Blanca, esposa de Luis, primogénito del señor rey de*

*los francos, con amor fraterno y deseándole feliz y sincero parabién.*

*Quiero informarte, con alegre acción de gracias a Dios, de quien procede toda verdad, de cómo el rey, señor y padre nuestro, venció en batalla campal al Miramamolín. En la cual victoria, creemos, se ha acrecentado su honor, principalmente porque hasta ahora nunca se había oído que un rey de Marruecos hubiese sido vencido en una confrontación campal.*

Omitió que el ejército llegó diezmado y su padre, avejentado y consumido por la enfermedad porque la victoria solo trajo a corto plazo magras conquistas y no contó que los pobladores de Baeza huyeron a la vecina Úbeda, que estaba reciamente amurallada, y después de un violento asedio se rindió a costa de muchos muertos y gran número de cautivos. Tampoco escribió que, después de incendiar lo que quedaba de ambas ciudades, detuvieron la ofensiva a causa de una epidemia de flujo del vientre que, entre otros muchos, acabó con la vida de Gómez Ramírez, gran maestro del Temple.

\* \* \*

Para ponerse a resguardo de los fríos burgaleses, los reyes de Castilla junto con sus hijas Leonor y Berenguela y sus nietos Fernando, Alfonso, Constanza y Berenguela celebraron en Toledo las Navidades del año 1213, parco en conquistas debido a las inclemencias del tiempo y a la escasez de alimentos.

Después de lamentar la calamitosa situación de las gentes del reino a causa de las incesantes lluvias, la conversación de los reyes de Castilla giró hacia los esfuerzos que hacía para atender a los pobres don Rodrigo, el arzobispo de Toledo.

—Como buen navarro, cuando encuentra una causa digna, nada se opone a su santa voluntad —intervino el rey don Alfonso, contando a sus nietos Fernando, Alfonso, Constanza y Berenguela la historia y personalidad del personaje—. Le tenía en gran estima mí tío Sancho, al que llamaban el Sabio, que tuvo a Rodrigo en su corte cuando regresó a Navarra después de estudiar derecho y filosofía en Bolonia y teología en París, donde se hizo doctor en ciencias. Además, es pariente de Domingo de Guzmán.

Cuando nadie le esperaba, el mayordomo anunció la llegada del prelado.

—¡Ay, Dios mío! —gimió la reina—. ¿Le habrá pasado algo a nuestra hija Blanca? Algo muy grave tiene que haber sucedido para que monseñor deje de lado sus historias para subir al alcázar a estas horas de la noche.

El purpurado apenas tuvo que esperar y, como se sabía bien recibido, entró sonriente, deslizándose sin apenas rozar el suelo. Se acercó a los reyes con

ademán humilde, como ocultando su sapiencia y el dominio de todos los idiomas, incluso el arábigo y el que hablaban los judíos. Ojos chispeantes y mirada inquieta, pelo lacio y facciones finas y un tanto femeninas y nariz pequeña y recogida, aunque ligeramente aguileña, que contenía la respiración cuando suspiraba. Los pómulos salientes pero con moderación y los ojos garzos, vivarachos y chispeantes, más separados que juntos.

—Sois bienvenido, monseñor. Visto vuestro semblante, no deben de ser malas las novedades que nos traéis a estas horas —exclamó don Alfonso, invitándole a que tomara asiento a su vera.

—Alabado sea Nuestro Señor, que premia a los justos y castiga a los infieles y que para celebrar las fiestas de la Natividad ha sepultado en los infiernos al Miramamolín.

—¿Ha muerto el gran enemigo de la fe cristiana y de nuestros reinos? —preguntó incrédulo, poniéndose súbitamente en pie, el rey don Alfonso.

—Humillado por la vergonzosa derrota de la que su majestad fue protagonista y yo testigo a su lado, volvió a Marrakech en tal estado de melancolía que solo se ocupó de buscar consuelo en los placeres y olvido en las adormideras. Se desentendió de tal modo de sus obligaciones de monarca que, después de envenenarle, han puesto en su lugar al joven Al-Mustánsir —afirmó el prelado con hablar calmo y pausado, como si de un asunto baladí se tratara.

Madre e hija, que asistían a la conversación en silencio, se acordaron del príncipe don Fernando y preguntaron al unísono:

—¿Cómo sabéis que fue envenenado?

—Se habla de que los alquimistas y galenos arábigos han destilado un mortífero y gelatinoso brebaje, tan insípido como el agua, que corroe lentamente la salud de quien lo ingiere, de modo que sus efectos le causan la muerte en unas pocas semanas.

—Ahora solo falta que cese el diluvio que ha desbordado nuestros ríos y anegado nuestros campos este otoño —exclamó doña Leonor.

—Se han abatido sobre nosotros todas las calamidades —estuvo de acuerdo el arzobispo—. Estoy seguro de que el año que empieza será mucho mejor que el precedente, porque peor es imposible. Recordarán sus majestades que el año pasado heló en octubre y en noviembre. También en diciembre y enero y febrero y no llovió en marzo, ni en abril ni en mayo ni en junio. Nunca tan mal año hubo desde que hay memoria. No cogimos grano alguno. Huyeron los colonos y quedaron yermas las aldeas de Castilla. A causa de nuestros muchos pecados, el Señor no escuchó las rogativas. Cuando estalló el clamor de los pobres, predicamos acerca de la caridad. El Todopoderoso incitó de tal modo los corazones de las gentes que los que oían la palabra del Señor han acogido en sus

casas a unos cuantos necesitados hasta que la tierra fructifique. Se ha acrecentado de tal modo la caridad que apenas queda nadie en la ciudad de Toledo que no tenga su propio valedor.

—Para dar de comer a los hambrientos, socorrer a los menesterosos y atender a los enfermos hemos hecho continuas donaciones al monasterio de Las Huelgas para el hospital de pobres y peregrinos para proporcionarles un techo y algo de comida caliente —relató doña Leonor.

—Ni quedan hombres para la guerra ni modo de encontrar alimentos —se lamentó el rey—. Pocos son los caballos y jumentos que restan en el reino de Castilla, y niños, mujeres y hombres mueren en catervas consumidos por el hambre, sin hallar quien los entierre. Es tan grande el hambre en este reino como nunca se vio ni escuchó en estas tierras desde los tiempos antiguos. Los moros, sin embargo, tienen abundancia de caballos, cebada, trigo y aceite y toda clase de alimentos que obtienen de sus huertas bien regadas y cultivadas.

—Hagamos como Jacob, que en aquellos tiempos en que había gran escasez en la tierra de Israel envió a sus hijos a Egipto para que compraran víveres para sobrevivir —propuso el arzobispo.

—¿Se sabe si el tal Al-Mustánsir es pacífico o belicoso? —inquirió Berenguela, preocupada por el cansancio y la debilidad de su padre y la consunción de su madre.

—Es muy joven todavía y de momento bastante tiene con afianzarse en el trono y sofocar las revueltas que originó en su reino la acidia de su padre. ¿Por qué os interesan esos pormenores? —preguntó el prelado.

—Porque, si su eminencia no tiene a mal hacer un paréntesis en la cruzada, podríamos enviar al judío Ibrahim Al-Fakhar, que, como está islamizado y es hombre de gran sabiduría y dotes diplomáticas, es la persona más adecuada para proponerle unas treguas que permitan fructificar a los campos, reponerse a los hombres, crecer a los mancebos y reproducirse a los animales y de este modo podríamos comprarles víveres a los infieles —intervino la reina Leonor.

—Puestos a hacer las paces con los infieles, ¿por qué no las hacéis con el rey de León? —preguntó el prelado al rey don Alfonso.

—Mi primo es vengativo y envidioso —exclamó don Alfonso de Castilla.

—Tienes razón, padre mío, pero es el padre de mis hijos y tenemos que asegurarnos de que cumpla los tratados y ese reino venga a parar a las manos de tu nieto Fernando —interrumpió Berenguela—. Me casaste con él para lograr las paces después de la desgracia de Alarcos y, ahora que habéis vencido en Las Navas al infiel y ya no vive, tenemos que conseguir de buen grado que Alfonso cumpla lo que firmó en Cabrerros.

—Lo que señala vuestra hija es razonable. Majestad, tendríais que propiciar

un encuentro en familia, porque estoy seguro de que el rey de León estará deseando ver a su prole de nuevo. Si no lo hace, se distanciará de ellos. Ya lo dice el vulgo: ¡ojos que no ven, corazón que no siente! Cuando contemple la donosura de sus vástagos, se le enternecerá el corazón y hará lo que es de justicia: combatir con saña a los infieles y dejar el reino en manos de vuestro nieto Fernando.

—Es prudente lo que me aconsejáis, monseñor. Noto que el tiempo me alcanza y que tengo que aprovechar el que Dios me conceda de ahora en adelante para poner en orden el reino y quedar en paz con mi conciencia. Por ello, propiciaré un encuentro en familia con el rey de León, tan pronto como pase el invierno.

*San Zoilo de Carrión. Primavera de 1214*

Después de las heladas volvieron las lluvias; los ríos se salieron de madre y los huracanes tumbaron muchos árboles, pero, a pesar de su delicado estado de salud, en el momento en que dieron una tregua los nublados y se despejaron los cielos, los reyes de Castilla y su hija Berenguela con toda su prole salieron de Burgos en dirección a Sahagún, donde se encontraba el rey don Alfonso de León.

Facilitaba el encuentro familiar el reciente acuerdo firmado en Alcántara donde representantes de ambos reinos acordaron, pendientes de ratificación por los reyes, que el rey castellano dejara numerosos castillos en manos del monarca leonés y reforzara el ejército de este con quinientos caballeros castellanos comandados por don Diego López de Haro. Todo ello a condición de que don Alfonso de León alejara de su corte a don Pedro Fernández de Castro, pertinaz enemigo del rey de Castilla, que combatió junto al Miramamolín en la desgraciada jornada de Alarcos nueve años antes.

La comitiva del rey castellano hizo un alto en el monasterio de San Zoilo. Llovía copiosamente, y por ello el rey don Alfonso aplazó la salida. Mientras Berenguela se quedaba con su hermana Leonor y con sus hijos Fernando y Alfonso viendo llover desde el claustro, el monarca se acercó al templo conventual impelido por los recuerdos y buscando un poco de consuelo para su tristeza. El silencio reinaba en aquella soberbia iglesia de tres naves en que se armó caballero al alcanzar la mayoría de edad a los catorce años.

«Esta iglesia está helada —se dijo el anciano rey, envolviéndose con su regio manto, esperando que abrigara lo suficiente—. Yo creo que ahora hace más

frío, mucho más frío que entonces. Entonces era de noche. ¿Te acuerdas, Alfonso? Eras un niño y ni notabas el frío ni la humedad, aunque solo ibas cubierto por un sencillo hábito blanco porque sabías que pronto podrías reinar por ti mismo. ¿Quién olvida un acontecimiento semejante? Toda la noche velando armas y paseando alegremente arriba y abajo. Ahora eres una sombra que apenas puedes arrastrar sin ahogarte de tanto como pesan las desgracias de la vida, las traiciones y los sinsabores del reinado. Y la mayor de todas fue la muerte de mi pobre hijo Fernando, mi espejo recrecido y mejorado. Su muerte fue un dolor implacable que me persigue y me atormenta. Perder el hijo... el heredero y perder la fe fue todo uno... —Trató de sostener la mirada del Cristo justiciero que le observaba solemne e impasible desde el fondo del ábside central—. Me gustaba más la escultura de la portada de Santiago apóstol».

—¿Por qué le arrancaste de mi lado, arrancando mi corazón, dejándome muerto en la vida? —murmuró el rey con amargura, mirando de frente el Cristo justiciero del ábside.

—Te queda Enrique...

—Pobre Enrique, tan pequeño y desvalido... ¿De dónde sacaré fuerzas y talento para extender un reino que no puede sostener? ¡Si Berenguela fuera varón, otro gallo cantaría!

Don Alfonso sintió un escalofrío y, sin poder enfrentar la retadora mirada con que le interpelaba el impasible Pantocrátor de San Zoilo, intentó ponerse en pie para salir de la iglesia, pero, como tenía las piernas entumecidas por el frío y la humedad del templo, comprobó horrorizado que se había convertido en una estatua de sal. Intentó desplazar la pierna derecha, pero la pierna permaneció impasible, y la misma resistencia ejerció la izquierda. También estaban perezosos los brazos. Agarrotado y a punto de gritar pidiendo socorro, recorrió con la mirada el friso de los apóstoles que flanqueaban al Cristo y ninguno movió un dedo para acudir en su ayuda.

Entonces notó que alguien le tomaba suavemente del brazo y tiraba de él hacia arriba para ayudarlo a incorporarse.

—Majestad, no sigáis poniendo en peligro vuestra salud, que ya habéis orado bastante. Venid con nosotros al calefactorio, que hay una buena fogata en la chimenea, donde nos han preparado un buen refrigerio.

—Tenéis razón, don Rodrigo. —Pues era el arzobispo el que le había sorprendido en ese momento de debilidad—. Tengo que levantarme y andar. Andar y no parar de recorrer mis reinos caminando, porque, si me detengo, lo haré para siempre. Vuestra eminencia no sabe lo que es tener hijos y perderlos uno tras otro. ¿Verdad, don Rodrigo? —exclamó el rey, desconcertando al cardenal con aquella extemporánea pregunta.

—Todos los fieles cristianos son hijos míos, majestad.

—¡Cierto! Pero hijos del espíritu y no de la carne. Pero cuando un hijo de la carne muere, la carne se desgarrá y se pudre... la sangre propia se hiela y el espíritu se amortaja.

Apoyado en el arzobispo de Toledo y en dos frailes benedictinos que acababan de llegar de Sahagún para aprovisionarse en aquel tiempo de escaseces, el viejo rey de Castilla, con la mirada perdida y andares vacilantes, salió de la iglesia y penetró en el claustro.

—¿Qué será de mi hijo Enrique cuando yo muera a no mucho tardar?

—¿A qué viene tanta aflicción ahora que hemos dejado atrás el pedregoso sendero y estamos en el camino de la victoria? —replicó el prelado.

—Mal hice congelándome en este templo embargado por mil recuerdos y tristezas. Esta tos que se ha agarrado a mi pecho es la peor embajadora que traigo a este encuentro con mi primo. A buen seguro que el rey de León tomará mi debilidad por flaqueza.

Tan ensimismado iba el rey por el claustro de San Zoilo del brazo del arzobispo de Toledo que no se dio cuenta de la presencia de sus hijas Leonor y Berenguela paseando por delante de la sala capitular a cubierto de la lluvia que, sin medida ni pausa, caía del cielo. Llevaban con ellas al infante don Alfonso y a Fernando el Montesino, llamado así porque nació en el claro de un monte cuando su madre se dirigía a Salamanca. De ello hablaba Berenguela a su hermana agarrando con fuerza a su hijo por el brazo.

—A pesar de la alegría de alumbrar una nueva vida, ¡qué vergüenza y qué miedo pasé pariendo como las ovejas en medio del campo con los cielos rompiendo aguas y en peligro la vida de mi hijo y la mía! Nunca he perdonado a su padre que nos abandonara en aquel trance.

—Nunca me habías dicho que Alfonso os abandonó aquel día.

Berenguela no respondió a su hermana, reviviendo aquello mientras que apretaba el brazo de su hijo, sintiendo con su mano las contracciones del parto.

—¡Me haces daño, madre! —protestó Fernando—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué me sujetas de ese modo?

Berenguela le soltó de inmediato y trató de justificarse.

—No te agarro a ti, estoy sujetando el reino de León para que no se nos escape, porque tu padre es una veleta que se mueve con el viento. Al salir de Toro hacia Salamanca, me abandonó a mi suerte y se marchó a Benavente. ¿Te extrañas de que peligre tu derecho a la corona de León?

—Siempre me has dicho que está garantizado por el Tratado de Cabrerros que firmaron mi padre y mi abuelo.

—La firma de tu padre en los tratados está escrita en la arena de una playa

desierta que las olas borran cuando sube la marea. Ese hombre tiene un genio borrascoso y cambiante. He perdido la cuenta de las paces y las treguas que ha firmado y roto con mi padre. Tú mismo y tus hermanos sois la prueba. Tras la traición de Alarcos, yo fui entregada en prenda porque mi matrimonio con tu padre era la garantía de la paz, pero, después de unos pocos años, el papa se metió por medio y nos obligó a separarnos so pena de excomunión, incluso para tu abuelo. Aquella separación forzada trajo de nuevo la guerra a nuestra familia. Este último intento de acercamiento que motiva nuestro viaje lo promueve tu abuelo para renovar aquel tratado y para garantizar tus derechos —concluyó Berenguela, asiéndole de nuevo por el brazo.

La fragancia de la lluvia primaveral inundaba el claustro. Hasta este llegaban los gritos de las golondrinas que anidaban en los cuartones de la techumbre tratando de colarse en la conversación entre madre e hijo. Como este guardara silencio, porque tenía un respeto reverencial por su padre, ella le tomó de nuevo del brazo y le dijo:

—Si mal no recuerdo, han pasado cuatro años desde vuestro último encuentro.

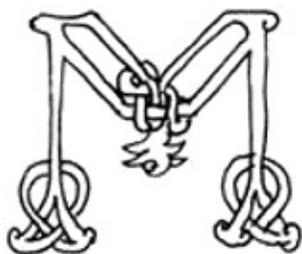
—Eso creo —asintió su hijo—. Fue en Compostela durante la consagración del templo, después de aquel extraño suceso del peregrino...

—¿Recordáis si los otros hermanos estaban con vosotros?

—Allí estaban, pero apenas estuvimos juntos. De nosotros se ocupó don Pedro, el arzobispo de Compostela, que nos enseñaba muchas cosas, pero nos hacía pasar mucho miedo —respondió el infante Alfonso.

—Pues ahora que ellos están en Portugal, aprovechad este encuentro con vuestro padre para conseguir su afecto y ganáros su confianza. Hacedlo de modo que encuentre placer en vuestra compañía y me pida que os deje con él en la corte de León. Así podréis daros a conocer en el reino, despertar la simpatía de los súbditos y a Fernando le será más fácil reinar cuando llegue su hora.

Interrumpieron la conversación y se quedaron parados al ver llegar corriendo al arzobispo de Toledo perdiendo la compostura.

*San Zoilo de Carrión. Primavera de 1214*

—¡Alas noticias para vuestro hijo Fernando —exclamó sin más preámbulos don Rodrigo, flanqueado por los frailes que aún tenían encima la suciedad del camino—. Estos hermanos que acaban de llegar de Sahagún me han dicho que el rey de León os espera acompañado de los hijos habidos en su primer matrimonio.

Las golondrinas comenzaron a gorjear en sus nidos. De golpe, para Berenguela se hizo un silencio clamoroso, como si la copiosa lluvia que caía en el claustro hubiera cesado de repente.

Leonor se quedó perpleja. El infante Alfonso se dio cuenta de que aquella noticia era muy grave al ver palidecer a su madre y Fernando dio un respingo cuando notó que ella le apretaba el brazo hasta hacerle daño.

—¿Estáis seguro, monseñor, de que ha traído al Portugués? —preguntó Berenguela.

—¡Completamente, majestad! A causa de los cambios habidos en el reino de Portugal, doña Teresa ha salido del convento de Lorvão para desplazarse con sus tres hijos y defender ante su padre los supuestos derechos del primogénito.

—Esta información tan oportuna cambia el objeto de nuestro encuentro con el rey de León. ¿Se lo habéis dicho también a mi padre?

—Dado su estado de ánimo, no me parecía conveniente añadir zozobra a su quebrantada salud antes de que lo supiera vuestra majestad.

—Esperemos a que yo hable con el rey de León para averiguar sus propósitos.

Berenguela era una mujer de carácter y aquella contrariedad no la amilanó. El objetivo del viaje estaba en entredicho, pero no podía ser más oportuno para

hacer valer los derechos de su hijo o en caso contrario para actuar en consecuencia. Para estar a solas y pedir consejo a don Rodrigo, indicó a sus hijos que se fueran al calefactorio a hacer compañía al abuelo.

—Pues bien, monseñor, a pesar de que todavía tiene fresca la tinta y viva la memoria, el Tratado de Cabrerros lleva todas las trazas de convertirse en ceniza si Dios no lo remedia, porque los achaques y la vejez de mi padre, los pocos años de mi hermano Enrique y las veleidades del rey de León no auguran nada bueno. Pero lo peor de todo es que yo no sé qué puedo hacer en estas circunstancias — musitó Berenguela, conteniendo las lágrimas.

—Tener paciencia y no perder la calma para poder actuar con astucia y frialdad. El rey de León no debe notar ningún cambio en vuestra conducta si os veis con él en privado.

—¡Adiós reino de León si Alfonso designa a su primogénito como heredero legítimo! —razonó Berenguela—. Mi padre está muy quebrantado y ya no puede durar mucho. Como mi hermano Enrique solo tiene diez años, ¿quién podría obligar a los leoneses a cumplir los tratados? El primogénito, que ya tiene la miel en los labios, podrá hacerse con el trono con la ayuda del rey de Portugal y los obispos y nobles de su reino. Los infieles se aprovecharían de la guerra entre nuestros reinos. ¿Qué podemos hacer para evitar que usurpen la corona a mi hijo Fernando?

—Lo que haga falta para evitar una guerra abierta con el reino de León. Tenemos que aprovechar esta reunión de familia para hacer unas paces, reales o simuladas, y una alianza contra los infieles que produzca pavor a estos a causa de nuestra fortaleza. Por lo demás, Dios proveerá.

—No podemos demorar un día más la embajada de Al-Fakhar a Marrakech para garantizarnos por unos años la paz por el flanco sur y dar tiempo a que la tierra vuelva a fructificar y mi hermano Enrique crezca lo suficiente. Pero mientras tanto tenemos que hacer algo —apuntó Berenguela.

—En casos como este se puede elegir el mal menor, porque es preferible que sufran unos pocos antes que sacrificar a un pueblo entero. Pase lo que pase en el encuentro, no hagáis nada que os comprometa. Quizás pueda yo encontrar la solución al enigma que os atormenta.

—Nada nos impide que hablemos en confesión, si no tenéis objeción al respecto, monseñor.

—Estad segura, majestad, de que encontraremos un lugar apacible y un momento oportuno para buscar una salida a esta encrucijada, antes de que regreséis a Castilla.

La infanta Leonor, que había escuchado la conversación sin atreverse a pronunciar palabra, le preguntó a su hermana cuando se marchó el arzobispo y se

quedaron a solas:

—¿Qué piensas hacer para salir de este embrollo?

—Hacer caso a lo que me aconseje don Rodrigo en confesión, porque es el varón más sabio y prudente de Hispania. Estoy segura de que se hará únicamente lo que Dios quiera que se haga.

Estas enigmáticas palabras de Berenguela dejaron sumamente preocupada a su hermana.

\* \* \*

Berenguela sabía que para gozar de un sueño reparador no se podía llevar las preocupaciones al lecho. Pero el problema al que se enfrentaba le llenaba de desazón porque era muy difícil dejarlo solucionado en Sahagún, dada la volubilidad de su marido.

Le daba tantas vueltas al asunto que terminó por revolver toda la cama y, aunque se levantó y la rehízo por completo, se dejó el problema dentro del lecho tan despierto como ella. Aunque necesitaba dormir, su pensamiento obsesivo ahuyentó el reparador sueño.

Hacia un buen rato que ya habían pasado de largo las completas cuando la campana del convento llamando a maitines la sacó por la fuerza de una experiencia turbadora.

Demacrada y agotada, la reina no hizo caso de los ruegos de sus dueñas para que desayunara algo e hizo llamar al arzobispo, que acudió de inmediato.

—El problema que nos reúne es peliagudo y la plática puede ser larga —dijo Berenguela sin más preámbulos—. Cerraré con llave la puerta, que las paredes escuchan y las maderas hablan.

Nada más echar el cerrojo, la dama se postró cerca de él, dejó caer los brazos y, con la mirada fija en el suelo, exclamó:

—Yo, pecadora, me confieso a Dios Todopoderoso. ¡Estoy horrorizada, monseñor! He tenido pesadillas turbadoras, sueños y visiones y me he levantado con una espantosa idea en la cabeza. ¡Tengo que matar al Portugués! No me queda otro remedio, y tengo que hacerlo antes de que sea demasiado tarde.

—¿Quién os ha metido esa ocurrencia en la cabeza, señora mía? —Don Rodrigo se quedó espantado, más por la evidente turbación de Berenguela que por lo que había oído.

—Dios en persona. Me lo ha ordenado hace un rato.

Don Rodrigo estaba consternado pensando que tantas cavilaciones y preocupaciones por los asuntos de la familia y del reino habían terminado por sorberle el seso a la reina, pero, como no quería llevarle la contraria, le preguntó:

—¿De qué modo lo hizo? ¿Cuándo ha ocurrido eso?

—Hace un rato, esperando vuestra llegada, me estaba quedando traspuesta y empecé a oír voces en mi cabeza y me puse muy nerviosa porque no sabía de dónde provenían. Después de tranquilizarme, escuché con claridad una voz que estaba dentro de mí y me llamaba por mi nombre: ¡Berenguela! Era una voz antigua que llegaba a mí desde los tiempos remotos. Una voz sobrehumana que me llenó de espanto y, aparte de suspenderme el ánimo, sobrecogió mi corazón, que echó a correr para escapar de la voz que salía de unos nubarrones espesos y negros como de tormenta. Me tranquilicé un poco cuando comprobé que venía acompañada de una luz blanca como reflejo del sol en un estanque plateado en el que brillaban las estrellas de un cielo azul intenso muy lejano. Y yo misma estaba aterrada escuchando aquella voz que venía de tan lejos y que me hablaba en silencio con toda claridad. La misma con que hablaba Dios a Noé y a Abraham y a Jonás. Una voz como un trueno que me decía: «Berenguela, tienes que matar al primogénito del rey de León para evitar que muera tu hijo Fernando, a quien yo he elegido para reconquistar la tierra de los infieles». «Señor, yo no puedo hacer eso», le respondí con mi pensamiento.

Berenguela, que había soltado ese largo relato de corrido como si recitara un poema de memoria y con los ojos cerrados, sintió como si despertara de un largo sueño, vio la cara de susto que tenía don Rodrigo cuando le preguntó:

—¿Estabais dormida o despierta?

—Tan despierta como ahora que hablo con vos y puedo recordar.

—¿Visteis a Dios acaso, porque a Dios no le ha visto nadie nunca?

—Ni en persona, ni como llama ardiente en la zarza que ardía sin quemarse ante Moisés, ni en ninguno de sus infinitos atributos. Todo lo demás que os he relatado ha salido de mi boca tal como se lo ha mandado decir a mi lengua mi corto entendimiento.

—Lo más importante ahora es discernir si lo que habéis vivido y sentido viene de Dios o es una criatura del diablo. Os dará la paz si viene de Dios y os traerá la congoja si viene del diablo.

»¿Habíais vivido o sentido con anterioridad cosa semejante? —Al ver el arzobispo que Berenguela guardaba silencio y bajaba la cabeza como si estuviera quedándose traspuesta, le repitió la pregunta lentamente—: ¿Habéis vivido o sentido con anterioridad cosa semejante, Berenguela?

—En cierto modo.

—¿Cuántas veces?

—Bastantes.

—¿Podéis referirme los hechos, si eso sirve para entender lo que os está pasando y poder seros de utilidad en lo por venir? Depositad en mí toda vuestra

confianza porque os estoy escuchando bajo secreto de confesión.

Berenguela se resistía a contar sus experiencias más íntimas a un varón de la corte por muy arzobispo que fuera, porque le tendría que ver a menudo y siempre que la viera se acordaría de aquellos arrebatos suyos que le llenaban de vergüenza presente.

—El pudor propio de mi sexo paraliza mi lengua.

—Razón de más para que lo abráis de par en par a vuestro confesor, solo de este modo volverá la paz a vuestro pecho y la beatitud a vuestra conciencia.

El arzobispo se mostró tan suave, tan persuasivo, demostró estar tan bien dispuesto para escuchar que Berenguela depuso su resistencia y abrió las compuertas de su corazón.

—Fue cuando nos separó el papa y en Cabrerros le dimos a Fernando los castillos. Alfonso, que ya no era mi marido, tenía potestad de pernoctar un día al año en cada castillo y yo le esperaba con los niños para que no se olvidara de que también eran suyos. Yo vivía convencida de que hacía todo aquello por la paz de nuestros reinos, pero esperaba a mi marido ansiosa porque me gustaba mucho... yacer con él... para engañar al papa... y engañar a Dios... Sabía que estábamos cometiendo un gravísimo pecado de incesto y de perjurio bajo pena de excomunión, dado que habíamos jurado sobre los Evangelios no volver a acostarnos.

Recordando aquellos encuentros tan apasionados, Berenguela, siempre tan prudente y contenida, al igual que hace la luna cuando crece por la noche día tras día, olvidándose de todos los pudores femeninos, abrió por completo a su confesor todo lo que guardaba celosamente en su interior.

—Disfrutábamos tanto saltando por encima de prohibiciones, iglesias y papas que aquellos instantes nos parecían eternos, tan eternos como la condenación que nos esperaba a las puertas de la muerte. Muerte como la que yo sentía cada vez que perdía los sentidos de puro gozo cuando yacía con mi marido sintiendo crecer dentro de mí como en oleadas el fuego del infierno que me devoraba y me consumía por dentro y por fuera, y, al final, perdido el sentido entre estertores y gritos de placer, cuyos ecos apagaban los muros del castillo, me retorció de puro gozo hasta quedarme dormida en los brazos de Alfonso, arrullada por su beatífica respiración sobre mi boca, hasta que despertaba llena de remordimientos al sentirme como una gran pecadora.

»Como puede comprender vuestra eminencia, evitar la guerra en esta vida nos arrastraba al tormento del infierno en la otra. Pero... ¡qué dulce y sabroso tormento mientras duraba...! Y conste que duraba mucho, monseñor. Íbamos como fugitivos de castillo en castillo, de pecado en pecado y de arrebato en arrebato, burlando excomuniones y juramentos y aquello era el cuento de nunca

acabar.

A sus treinta años, Berenguela no necesitaba ponerse sus mejores galas para que en su presencia todo el mundo supiera que estaba delante de una reina. Como había heredado la belleza y la prestancia de su abuela Leonor de Aquitania, era una mujer imponente. Orgullosa de su linaje, de su elevada inteligencia y esmerada educación, era consciente de sus dones, de sus derechos y de las obligaciones a que la sometía la alta misión que le había asignado el destino. Como tal había ejercido durante siete años en el reino de León.

Don Rodrigo, a quien la presencia de la reina le imponía, estaba anonadado ante semejante confesión y sumamente satisfecho de la gran confianza que había tenido Berenguela con él al confiarle semejantes intimidades y sabía que aquellas confidencias eran un lazo secreto que les uniría durante toda la vida.

—Nunca antes os habíais confesado de semejantes comportamientos y sucesos, que, a juzgar por los acuerdos incumplidos y las guerras sobrevenidas, cesaron hace mucho tiempo. ¿No es cierto?

—Cesaron cuando empecé a recordar al rey de León dichos y hechos de mi pobre hermana Mafalda en los tiempos en que vivía con nosotros en la corte de León. Notaba que no le gustaba nada que evocara su presencia y mucho menos que le preguntara de qué, cómo y dónde murió en los meses posteriores a nuestra separación forzada por el papa. El día que me di cuenta de que Alfonso me ocultaba algo terrible, se acabaron las citas, las ansias, los arrebatos y los trances, pero también terminaron las paces y regresaron las hostilidades. Dejar de ver a mi marido y dejar de sentir a Dios fue todo uno.

El arzobispo tragó saliva de nuevo y tomó las riendas del asunto para no confundir a Berenguela.

—Olvidémonos de los ires y venires por los castillos que pusieron en gravísimo peligro la salvación de vuestra alma, porque vuestro arrepentimiento posterior y la aceptación de la penitencia que os impuso el papa hace ya muchos años os otorgó el perdón de vuestros pecados. Pero por si os cabía alguna duda, hago uso del poder que nos ha dado Nuestro Señor a los apóstoles y por ello *ego te absolvo a peccatis tuis, in nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti*, y te digo como Jesús a la mujer pecadora: mujer, ve y no peques más.

Viendo que Berenguela, haciendo suyas las palabras de Jesús, hizo ademán de marcharse, don Rodrigo exhaló un suspiro y exclamó:

—No os vayáis todavía, majestad. —El prelado estaba fascinado con la reina y quería continuar la conversación por todos los medios—. Espero que Dios no llame consigo a vuestro padre de inmediato, porque en verdad que le necesitamos, ya que el rey de León batalla más por conseguir de nuevo el reino de Castilla y para negarle a vuestro hijo el de León, o lograr cuantioso botín de

sus incursiones en tierra de moros, que por hacer conquistas a costa de los infieles.

—A mi padre le llamará Dios cuando llegue su hora, aunque temo que en ese momento mi hermano Enrique no estará en condiciones de reinar y menos de guerrear. Para darle tiempo a crecer y florecer, pediremos unas treguas al nuevo Miramamolín, que aceptará a buen seguro, porque bastante trabajo tiene con sofocar las rebeliones en su imperio. Por ello imagino que, si Dios lo quiere, también querrá el papa que dentro de unos pocos años mi hermano Enrique y mi hijo Fernando marchen juntos a la conquista de Córdoba y de toda Andalucía.

—Estoy seguro de ello, majestad. Vuestro hijo Fernando tiene un halo especial. Es muy piadoso y responsable para sus años y tan diferente de todos los niños que he conocido que estoy seguro de que es el elegido de Dios para llevar a cabo algo tan importante que no lo podemos imaginar y que las generaciones venideras lo recordarán por sus asombrosas hazañas. —El arzobispo suspiró profundamente sin poder evitarlo—. ¡Hija mía, veo que sois muy inteligente, porque habéis hecho un análisis muy certero acerca de la sucesión del reino de León! Y me habéis dejado muy preocupado, al comprobar que estamos como Ulises cuando tenía que navegar entre Escila y Caribdis.

—No recuerdo haber escuchado nunca esa historia.

—Pues os la contaré brevemente para distraeros un rato porque, después de vuestra confesión, lo necesitamos tanto vos como yo. Os aconsejo que escuchéis con atención, por si os es de utilidad lo que la maga Circe aconseja al astuto Ulises para sortear dos temibles escollos del vasto mar por los que tenía que pasar con gran peligro.

—Ardo en deseos de conocer semejante aventura.

—En uno de los peñascos había una gruta tenebrosa en la que habitaba un maligno monstruo de seis cabezas sobre largos cuellos llamado Escila, que pescaba delfines y monstruos marinos y no había barco que pasara junto a ella al que no arrebatara buen número de tripulantes. —Berenguela escuchaba encantada el relato—. En el peñasco de enfrente, junto a un cabrahígo cubierto de hojas, Caribdis sorbía el agua con fuerza y después la escupía tres veces al día hundiendo los barcos. Circe recomendó a Ulises acercarse rápidamente al peñasco de Escila y pasar de largo porque era preferible que el monstruo se llevara a algunos compañeros a que Caribdis sorbiera a todos ellos.

—Desde lejos escogería Caribdis porque parece que asusta menos. No me placen los cabrahígos y me huelen mal, pero esperaría antes de cruzar para ver cada cuánto tiempo sorbe la marea Caribdis y cada cuánto la escupe. Aunque como tengo entendido que Ulises era muy astuto, preferiría saber lo que eligió para salir con vida del lance.

—Hizo lo que aconsejó Circe. Escogió pasar junto a Escila. Perdió seis compañeros, pero se salvó a sí mismo y al resto de su tripulación.

—Entonces escojo Escila.

—No habéis errado, majestad, porque estando entre la espada y la pared habéis seguido la enseñanza de Aristóteles: de dos males, el menor ha de ser siempre elegido.

—Pues tendremos que hacer lo mismo que hizo Ulises y bendijo Aristóteles, porque Dios no querrá en ningún modo que Alfonso le retire a mi hijo el derecho al reino de León y empiecen de nuevo las guerras que tantos daños y sufrimientos han causado a nuestros súbditos. Si mi marido hace lo que me temo, daremos tiempo a los infieles para agruparse de nuevo contra nosotros, la cruzada estará muerta y perderemos para siempre la posibilidad de recobrar lo que los moros nos quitaron hace ya cinco siglos. Por eso pienso que si Alfonso no hace jurar como heredero legítimo a mi hijo Fernando y le besan la mano los obispos y nobles del reino de León, la guerra entre los reinos está asegurada y la cruzada será imposible.



on Rodrigo estaba asombrado de la lúcida inteligencia con que Berenguela encaraba el problema, veía que era un ser superior y por eso le infundía mucho respeto.

—Esto que habéis razonado así de corrido tan cuerdamente, ¿se os ha ocurrido ahora?

—Lo venía barruntando al contemplar la ola de tristeza que se ha abatido sobre mi padre desde que murió mi hermano Fernando, el heredero. Esta reflexión me volvió a la cabeza cuando me dijisteis ayer que el Portugués había regresado con todos los honores a la corte de su padre.

—Los caminos del Señor son inescrutables y a nosotros, que somos sus criaturas, solo nos queda hacer su santa voluntad. ¿Pero cuál es su santa voluntad? —se preguntó el arzobispo en voz alta.

—En el negocio que nos afecta tenemos que hacer caso a Aristóteles y obedecer lo que dicen las bulas del papa referidas a la cruzada. Vos, que le conocéis mejor que yo y gozáis de su amistad y confianza, sabéis con qué saña combate a los herejes de Tolosa.

—Me hago una composición de lugar, majestad —le dijo monseñor, mirándole fijamente a los ojos—. Ahora que habéis confesado conmigo vuestras zozobras y temores, debéis recobrar la tranquilidad y el sosiego con un sueño reparador. Mañana debéis emplazar a vuestro antiguo esposo al juramento y homenaje de sus notables a vuestro hijo Fernando.

Reinaba un silencio absoluto en el convento. Berenguela se había quedado pasmada mirando fijamente al crucifijo que centelleaba en el pecho del

arzobispo mientras este, con voz cálida y persuasiva, desgranaba pausadamente sus consejos como si de una salmodia se tratara. Las palabras confesado, sosiego, zozobra, confesado, sosiego, zozobra, repetidas una y otra vez, rodaban por su cabeza como las ruedas de una rueca movidas rítmicamente proporcionándole una beatífica tranquilidad. Cuando, finalmente, don Rodrigo le dio a besar el crucifijo que balanceaba colgado en una cadena de plata, todos sus temores desaparecieron como el humo de la chimenea se pierde en el cielo, al igual que los jirones de niebla se deshilachan cuando el sol se pone a la tarea.

Berenguela volvió a la cama y se durmió con la beatitud de un niño de pecho mecido por su madre hasta bien entrada la mañana. Pero mientras soñaba con un ángel que blandía una espada de fuego, la despertaron los golpes que le parecieron las palpitaciones de su propio corazón en el pecho.

En la puerta del aposento estaba su hermana Leonor, la infanta que todavía estaba por casar, que, alarmada por la tardanza de Berenguela en acudir junto a sus padres, que estaban enfermos, llamaba con fuerza a la puerta desde hacía un rato tratando de despertarla.

—¿Pasa algo malo, Berenguela? ¡Qué cara tienes!

—Me has asustado con tus golpes y al verte me acabo de acordar de nuestra hermana Blanca —mintió—. Recordarás que en su última carta nos dijo que entre abril y mayo saldría de cuentas y alumbraría al heredero de la corona de Francia. Ya sabes que las primerizas corren peligro.

—Si hablamos de alumbramientos, soy yo la que tendría que estar triste —exclamó Leonor apesadumbrada—. Ya me gustaría a mí ser ahora primeriza. Los años pasan deprisa y no tengo matrimonio a la vista. Tú todavía eres la reina de León porque Alfonso no ha vuelto a contraer matrimonio. Blanca es reina de Francia; Urraca, reina de Portugal. Nuestros padres han arreglado tan bien vuestros matrimonios que han terminado por olvidarse del mío y no parece que busquen uno tan apropiado como el vuestro.

—¡Ay, Leonor, Leonor! Un buen matrimonio es un buen sueño casi siempre y una mala experiencia las más de las veces, porque a las mujeres nos toca sufrir mucho y callar más todavía. Y no hablo solo de los achaques y riesgos que conlleva el parto. Lo digo sobre todo por el devenir de los hijos que demasiadas veces ni siquiera llegan a florecer y, si lo hacen, no llegan a conseguir nuestros propósitos ni los suyos porque los trunca la vida o se lo impiden las circunstancias. Buenos ejemplos tenemos de ello en la familia —dijo Berenguela, pensando en su hermano Fernando.

—Buenos ánimos me das.

—Ten confianza, hermana, que matrimonio y mortaja del cielo baja. Estoy segura de que tarde o temprano encontraremos para ti un esposo conveniente.

\* \* \*

El temporal no amainaba en Carrión y, aunque había mejorado la salud de los reyes de Castilla, no procedía ponerse en camino hacia Sahagún. A pesar de ello, Berenguela decidió adelantarse a la comitiva para preparar los aposentos más apropiados para sus padres. Ella sabía que andaban más necesitados del reposo de sus cuerpos que de enojos protocolarios, por eso se puso en camino aprovechando que los dos frailes de Sahagún también querían regresar cuanto antes.

A lo largo de aquel viaje a través de los verdes campos de cereales, que, festoneados de choperas, tapizaban las monótonas e interminables ondulaciones y tenían como fondo las nevadas montañas que miraban al mar por el otro costado, Berenguela iba cruzando villas y villorrios de su dote y propiedad cuyos castillos le recordaban a su paso sus encuentros con Alfonso, distrayéndola de su preocupación, que no era otra que buscar una salida al atolladero en el que se encontraban.

Transitar por el Camino de Santiago como si fueran peregrinos iguala a los viajeros. Esta circunstancia permitió a Berenguela, lo mismo que hizo Jesús con los que iban a Emaús, acercarse a los frailes de Sahagún con toda naturalidad para platicar con ellos y, con el pretexto de curiosear sobre la vida monástica, obtener alguna información de provecho.

—Gran influencia y poder tiene el monasterio de Cluny en todo el orbe cristiano. ¿No es cierto, hermanos?

—Es tanta la grandeza de nuestra casa madre que nuestros hermanos de Cluny han sido capaces de dar alojamiento al papa, con su séquito de doce cardenales y doce obispos con sus respectivos cortejos; al rey de Francia con toda su corte, la de su hermano y su madre, sin tener que prescindir ellos de ningún edificio o dependencia necesario para su ordenada vida monástica — exclamó muy ufano el más joven de los frailes.

—Para todos los hermanos que están esperando vuestra llegada a nuestro monasterio de San Facundo y San Primitivo de Sahagún, es todo un honor hospedar a las familias reales de ambos reinos. Vuestros padres son nuestros mejores benefactores al otorgarnos con mucha frecuencia generosas donaciones. Necesitamos permanentemente la protección real, porque al ser de abadengo los pobladores de la villa, para no pechar lo que les corresponde provocan motines tan graves que solo los reyes pueden sofocar —explicó el anciano fraile.

—Supongo que actualmente reina la paz en el monasterio —aventuró Berenguela.

Aunque el más viejo de los religiosos, que era el boticario, por prudencia, guardó silencio, el cillero, que era muy joven, bastante vehemente y por tanto más osado, tomó la palabra de inmediato.

—Nuestro monasterio anda revuelto porque desde hace un año tenemos como abad a don Miguel Grajal. Su elección, aunque canónica, no fue a gusto de todos y ha dividido a la comunidad en dos facciones irreconciliables.

—Don Miguel Grajal es monje muy virtuoso y arreglado, amante de la paz, la virtud y la justicia —replicó el boticario apresuradamente, lanzando una mirada de advertencia a su lenguaraz compañero.

—No es esa la opinión de una buena parte de la comunidad, padre Anselmo. Es manifiesto que vende los cargos y los servicios espirituales al mejor postor. Si Dios no lo remedia pronto, este pleito terminará alborotando a todo el pueblo y dirimiéndose en Roma ante el pontífice.

Berenguela no osaba intervenir, esperando a ver en qué paraba aquella disputa.

—Don Miguel no es perfecto del todo —explicó el anciano boticario—, pero es el abad y lo hemos elegido entre todos, aunque a algunos no les plazca el resultado. Mi experiencia me dice que en este mundo no hay comunidad en la que no se entrometa algún maledicente, vicioso o envidioso; pero es locura y temeridad cargar sobre toda la comunidad el defecto de uno o de pocos partícipes de ella, que son precisamente los que, en este caso, han envenenado la convivencia.

—La división de los reinos y la agitación de los burgueses de Sahagún han envenenado la convivencia, pero peor todavía es que se envenene a las personas —exclamó el joven monje, dando un vuelco inesperado a la conversación—. Antes de elegir al abad Miguel tendríamos que haber sabido quién envenenó al anterior abad.

—¡Gran pecado es la calumnia! —exclamó fray Anselmo, irritado—. Lo que decís sin fundamento, hermano, son habladurías de frailes chismosos que quieren ocultar sus vicios y pecados sembrando infundios y cuchicheando falsedades. Rumores, solo rumores propios de una juventud osada y ociosa que busca al abrigo de los muros de los monasterios la seguridad, el pan y el poder que no halla en el mundo. Los asuntos de tanta gravedad y trascendencia deben dirimirse en la sala capitular. Como bien sabéis vos y todo el mundo, el abad Guillermo se fue consumiendo poco a poco como una vela. Murió de puro viejo en olor de santidad.

—Con todos los respetos, padre Anselmo, aunque algunos vengan a nuestro convento por el pan y la seguridad, no se puede decir lo mismo de todos los hermanos —dijo el cillero, volviéndose hacia la reina—. Podéis estar segura,

majestad, de que, a pesar de la presente discordia, la mayoría de los padres solo busca la salvación de su alma, la paz entre los reinos y la derrota de los infieles. En mi humilde opinión, solo a Dios compete juzgar si la vocación de cada hermano es sincera y su fe, inquebrantable.

—Compruebo desolada, hermanos, que mi curiosidad ha sido contraproducente porque ha sembrado la discordia en vuestros corazones — interrumpió Berenguela—. Lamento mucho haber estado en el origen de esta disputa.

Aprovechando que el anciano hermano se separó de ellos para hablar con los muleros, Berenguela se dirigió al joven fraile, que estaba encantado de que la reina le escuchara con mucha atención e interés.

—A pesar de vuestra juventud, habéis hablado con mucha sabiduría. Me gustaría conocer vuestro nombre y vuestra procedencia.

—Es un honor para mí el halago que hacéis a este humilde servidor de vuestra majestad. Mi nombre es Guillermo, el mismo que tenía nuestro anterior abad, y procedo del convento de San Juan de Burgos.

—Tengo las mejores referencias de ese lugar.

—Si vuestra majestad así lo dispone, nada me gustaría más que regresar a mi tierra burgalesa para una tarea tan noble como la que realizan nuestros hermanos de San Juan.

—Precisamente en este convento ha quedado vacante el cargo de prior. A pesar de vuestra juventud, sería muy conveniente para nosotros teneros cerca del hospital del rey del monasterio de Las Huelgas.

—Aceptaría gustoso solo por estar a vuestro servicio y cerca de mi familia. Su majestad tendría en mi humilde persona el más fiel de todos sus servidores.

*Sahagún. Primavera de 1214*

El grande y famosísimo monasterio benedictino de San Fructuoso y San Primitivo estaba perfectamente preparado para el encuentro, con la torre irguiéndose soberbia muy por encima de los campanarios de las iglesias de Sahagún oteando la inminente llegada de los reyes de Castilla, que estaban tardando más de la cuenta.

A pesar de que, quebrantado por sus achaques, Alfonso de Castilla obligaba a detenerse a la comitiva con cierta frecuencia para tomarse un descanso, el recorrido entre Carrión y Sahagún por el Camino de Santiago lo realizaron en una jornada.

Al contrario de lo que le ocurría cuando llegaba a San Zoilo de Carrión, que para don Alfonso el Noble era un cesto de recuerdos de la infancia y un remanso de paz, el imponente recinto monástico de San Fructuoso y San Primitivo de Sahagún le entristeció sobremanera porque le traía siempre malos presagios a causa de la muerte de su padre, pocos meses después de firmar el Tratado de Sahagún con su hermano Fernando.

Hacía muchos años que no se reunía la familia real en Sahagún y, por ello, los monjes disputaban para participar en el servicio del comedor. El abad don Miguel Grajal habilitó turnos entre los monjes, de modo que ningún hermano ni novicio de cierta edad se quedara sin servir al noble rey don Alfonso, vencedor de Las Navas de Tolosa, y al resto de su familia.

Berenguela, que ya había tenido tiempo para asearse, cambiarse y acicalarse para disimular la fatiga del camino, mandó que fueran a buscar al rey Alfonso de León. Cuando se encontraron a solas, después de observarle de los pies a la cabeza y de acariciarle con la mirada, al igual que hacía cuando se daba cita con

él en los castillos del reino, exclamó:

—¡Vaya, vaya, vaya con Alfonso el de León! El más aguerrido y astuto de todos los príncipes cristianos, vencedor de cien batallas contra los infieles. ¡Qué bien le sienta el paso de los años a este hombre valeroso que ha decidido no envejecer y llena de espanto a las canas insolentes que todavía no han osado esconderse en sus rizados cabellos! —Le miró fijamente a los ojos y enredó sus largos dedos en su cabellera.

«Esta mujer no cambia, siempre tan zalamera, siempre con la misma música», se dijo, sonriendo de oreja a oreja.

Alfonso sospechaba que Berenguela exageraba, pero le sabía a miel el borbotón de elogios que salían volando como mariposas de los labios de la mujer amada o que fue amada y deseada y poseída y ahora añorada. Todo eso era todavía Berenguela para él, aunque no quisiera reconocerlo. No pudo evitar evocar aquellos siete años que pasaron juntos en los que ella siempre le sorprendía con sugerentes disfraces e ingeniosos comentarios llenos de halagos y elogios hacia su persona, preámbulo de encuentros apasionados y galopadas tumultuosas. ¿Adónde fueron a parar aquellos divertidos juegos de amor y placenteras sorpresas en los lugares más imprevistos? ¿Dónde quedó el puerto seguro en el que atracaba el bajel de sus temores, en el que se serenaba su brazo y se posaba el furtivo sueño sin fantasmas y pesadillas? Todo aquello que había vivido y soñado se lo llevó para siempre el papa dejando en sus labios el regusto de la añoranza y el sabor agridulce del vinagre de las maldiciones y el deseo de venganza.

—¡Qué te puedo decir a ti que no parezca vulgar! ¡A ti, Berenguela, tan hermosa e ingeniosa como siempre! Lástima que malgastes tu juventud y vivas como una monja recluida en Las Huelgas, en vez de holgar de vez en cuando conmigo en los castillos como amantes que fuimos no hace tanto tiempo. ¡Qué bien nos irían las cosas si me hicieras caso por una vez! Sé que no te lo vas a creer, pero te sigo echando de menos y siempre me agrada encontrarme de nuevo contigo.

—Más te agradecerá todavía mirarte en el espejo de nuestros hijos cuando veas reflejados en ellos la gracia, la hermosura y la fuerza que tuvimos en nuestra juventud. En todo nos aventajan y en mucho nos superarán, cada cual con su propia personalidad, con dones acrecentados y con nuestros defectos disminuidos. Te harás lenguas de lo mucho que se quieren y se respetan entre ellos y a nosotros también.

—¿De veras? ¿Lo dices en serio?

—Han crecido tanto que no los vas a conocer. Preguntan a menudo por su padre. Yo les tengo informados y se enorgullecen de tus conquistas... salvo de las

amorosas, que desconocen por completo. Por cierto, me han contado maravillas de doña Aldonza.

—Nada que tú puedas envidiar, salvo su extremada juventud...

—Parece que también es portuguesa. Se ve que te atraen más la dulzura y la melancólica tristeza que la alegre franqueza de las castellanas.

—Me tengo que consolar con esto que encuentro porque no hallo aquello que tuve... y que me robó este maldito Inocencio. A no ser que cambies de opinión y volvamos de nuevo a lo nuestro.

—Aquello pasó, querido amigo. Como el papa no lo permite y Dios no lo ve con agrado, la conciencia no lo consiente.

—Eso lo dices ahora, pero no era lo que hacíamos entonces, a pesar de la excomunión.

—Entonces jugábamos con fuego. Con el fuego del infierno. Ahora rige la sensatez y el deber gobierna mi vida, y esta ya no me pertenece porque está al servicio de la cruzada. —Berenguela tenía prisa por hablar de lo que de verdad le interesaba y, como si no supiera nada al respecto, le preguntó haciéndose la ignorante—: ¡Qué descortesía la mía, te pregunto por tus amantes y no me intereso por tus hijos!

—¿A cuáles te refieres? Porque tengo muchos y de distintas madres.

—Eso ya lo sabía, pero me refiero a los que conozco y que tuviste con Teresa de Portugal.

El rey de León no se esperaba que Berenguela sacara tan pronto el asunto.

—Mis hijos mayores están conmigo ahora. Los he acogido en mi corte porque tu cuñado Alfonso, el rey de Portugal, maltrataba a mis hijas y, como Teresa no puede soportarlo, ha preferido que Sancha y Dulce vengan conmigo.

—Entonces, ¿has dejado a Fernando en Portugal? —preguntó Berenguela, haciéndose de nuevas.

—También he traído a Fernando. ¿Qué otra cosa podía hacer? —musitó, esquivando la mirada de Berenguela.

—Supongo que eso no afectará al derecho de sucesión de nuestro hijo, tal como fue acordado en el Tratado de Cabreros.

—En principio, no tiene por qué afectarle. Lo escrito escrito está.

—¿Cómo que «en principio»? En principio, no me gusta tu ambigüedad. ¿No será que has cambiado de opinión? Te conozco, Alfonso, y noto que me ocultas algo.

—Ya empezamos con los celos de siempre. Eso son solo suposiciones tuyas.

—¿Suposiciones? Según tengo entendido, en todos los documentos oficiales ya figura como el «primogénito».

—¿Acaso no es el primogénito? En ninguna parte se ha escrito que sea el heredero del reino de León. Es tan hijo mío como los demás, y por ello tiene que acompañarme cuando yo lo diga o cuando me convenga. Y como hijo mío debe conocer a las gentes y estar al corriente de los asuntos de mi reino como lo estaba tu difunto hermano Fernando de los del reino de Castilla, porque nunca se sabe lo que puede ocurrir. Sabes de sobra que si no llevo otra reina conmigo es para que tú sigas siendo la reina de León para mis súbditos. ¿Te parece poco?

—Ahora que tienes a las hijas de Teresa contigo ya no tienes sitio en tu corte para más reinas.

—También pueden quedarse nuestros hijos conmigo. Me refiero a los hijos varones Fernando y Alfonso —terció Alfonso.

«Nunca se sabe lo que puede ocurrirle a nuestro Fernando si se queda en la corte contigo estando el otro por medio», pensó Berenguela angustiada, al otear el peligro que se cernía sobre el derecho a la sucesión y sobre la misma vida de Fernando el Montesino.

—¿Qué prisa tenemos por dejar a nuestros hijos contigo al albur de los vicios y peligros de la corte? Fernando todavía no ha cumplido los trece años. Alfonso acaba de cumplir once y les queda mucho por aprender. Todo se hará a su debido tiempo, si no tienes opinión en contrario.

—Tienes toda la razón en eso. Ya sabes que yo llevo una vida muy agitada y en lo que concierne a la educación de los hijos no soy un modelo que digamos. No me cabe duda de que, bajo tu mirada, no pueden estar en mejores manos —respondió el rey de León, que prefería tener al «heredero» lo más alejado posible de su corte.

—En eso estamos de acuerdo. Porque tú te dejas llevar por las pasiones y aparte de la guerra y de los negocios del reino tienes muchas otras preocupaciones. Y sabes muy bien que la mejor educación es el buen ejemplo de los padres.

—Para qué nos vamos a engañar si me conoces de sobra. Los tres que traigo conmigo ya están crecidos y, bien o mal, ya están educados. Ahora toca casar a las infantas...

—Y colocar al primogénito, ¿no es eso?

—Eso lo dices tú, que siempre sacas las cosas de quicio y solo ves mala intención en todo lo que hago. También es mi hijo, ¿no? Después de declarar heredero al nuestro, algo tendré que hacer por el primogénito, o quieres que le encierre en un convento como a su madre.

La conversación no daba más de sí y solo podía empeorar. Berenguela acababa de confirmar sus temores. «No caben dos gallos en el mismo corral», pensó. Con un padre tan voluble, los derechos de su hijo Fernando no estaban

garantizados en absoluto. Si el «primogénito» seguía en la corte y acompañaba a su padre por todos los lugares del reino, los nobles, los obispos y el pueblo entenderían lo que eso significaba. El rey le estaría designando *de facto* como «heredero» del reino de León. De ser así no habría servido para nada su matrimonio con Alfonso. El encuentro con este había sido esclarecedor. Berenguela ya sabía a qué atenerse, pero cuando se dirigía en busca de su familia para acudir a la cena con todos ellos, no sabía de qué modo hacerlo.

—Se nota que hoy no tienes un buen día —le espetó su hermana Leonor, viendo que llegaba con cara de pocos amigos, cuando se encontraron para acudir a la cena en familia a la puerta del salón que había acondicionado el abad Grajal para el acontecimiento.

—No es el mejor precisamente y lo peor es que no encuentro el modo de enderezarlo —musitó entre dientes Berenguela cuando entró en el refectorio del abad y contempló a Fernando el Portugués riendo a carcajadas, sentado a la derecha de su padre, que ya había ocupado el lugar preferente de la mesa.

«¡Ay, Señor! Este Fernando ya no es el niño que yo conocí, ahora es un hombre hecho y derecho. Y se parece mucho a Alfonso. En la hechura y en los gestos. Salta a la vista que el padre ha puesto en él todas sus complacencias. Parecen uña y carne. Esto se ha puesto para mi hijo mucho más difícil de lo que yo esperaba y a mí se me va a atragantar esta cena, si es que pruebo bocado», pensó Berenguela, haciendo de tripas corazón.



Berenguela habría deseado posponer la cena para darse tiempo a reflexionar sobre la situación sobrevenida, pero consideró que tener enfrente al primogénito le permitiría conocer si, por su comportamiento en la mesa, por su actitud y conversación, estaba preparado para heredar el trono de León. Nada más ver cómo estaba sentado y cómo gesticulaba se extrañó de que, siendo su hermana Urraca la reina actual de Portugal, la corte en la que se había criado ese chico, no se siguieran allí las estrictas reglas que al respecto habían establecido sus padres en la corte de Castilla.

Para dar una muestra de ello hizo un aparte con sus hijos, Fernando, Alfonso y las infantas Constanza y Berenguela y con su hermano Enrique.

—Ya sabéis que los hijos de los reyes deben comer y beber limpia y apuestamente —les advirtió— y no deben hacerlo como las bestias por el linaje de donde vienen, el lugar elevado que les corresponde y porque los demás han de tomar ejemplo de ellos. Hoy tenéis que hacer una demostración de ello ante vuestro padre y vuestros hermanos. Enrique, tú que eres el más pequeño, ¿qué harás durante la cena?

—Ese rey no es mi padre y ellos no son mis hermanos. Que responda Fernando, que al fin y al cabo está destinado a ser rey.

—No podemos meter en la boca otro bocado hasta que hayamos comido el primero, ni tomaremos con los cinco dedos de la mano los bocados, porque así los hacen grandes y no nos caben en la boca —les recordó Berenguela con paciencia.

—Tenemos que comer despacio, porque si se mastica deprisa no se puede

mascar bien lo que se come. Y no hablar mientras se mastica para que no salga de la boca lo que se come —señaló Fernando.

—Ni comer mucho, ni comer poco. No beber vino pero si acaso un poco de agua. Hay que limpiarse en paños y toallas y nunca con los vestidos o las bocamangas —apuntó Berenguela hija.

—Recordad también que no se puede empezar a comer hasta que todos estén servidos. Ni tampoco os podéis levantar de la mesa sin permiso y, si tenéis alguna necesidad o duda, nos lo preguntáis a la tía Leonor o a mí. ¡Hijos míos, acercaos corriendo a abrazar a vuestro padre y a vuestros hermanos!

Obedeciendo de inmediato a su madre, Fernando el Montesino se presentó en la mesa de tal manera que, a pesar de tener solo doce años, parecía que era el señor de todos los allí presentes. Tanto él como Enrique, Alfonso y sus hermanas hicieron un saludo reverencial a sus hermanos de padre, besaron a este con exquisita cortesía y después se dirigieron a sus asientos con lentos andares y altivos gestos de dignidad.

Don Miguel Grajal, el contestado abad de Sahagún, había preparado a conciencia el mejor salón de su palacio para, una vez convertido en refectorio, obsequiar a los reyes con una cena en familia, pero, dado su corto entendimiento, había dispuesto el tablero como si de un campo de batalla o una partida de ajedrez se tratara.

En ausencia de los reyes de Castilla, que no acudieron a causa del cansancio, no se le ocurrió otra cosa que situar a la parte portuguesa y la castellana del rey una enfrente de la otra. A Berenguela, que había perdido el apetito y tenía un nudo en el estómago, le tocó sentarse justo frente a Fernando el Portugués y al que fuera su marido. Para que el padre los contemplara durante toda la cena y viera lo hermosos que eran sus hijos, ella aceptó el reto y se colocó enfrente con los cuatro que habían sobrevivido. A espaldas de la chimenea, en el centro del lateral corto de la mesa, estaba el pequeño Enrique, de solo nueve años, heredero de la corona de Castilla, flanqueado por su hermana la infanta doña Leonor y por don Diego López de Haro, el noble más importante de Castilla, a quien el rey había designado tutor de Enrique en su testamento. Cerrando el tablero, en el lateral junto a la ventana, se colocó el propio abad, acompañado por don Rodrigo Jiménez de Rada y don Pedro Muñiz el Nigromante, arzobispos de Toledo y de Compostela respectivamente, que, a su vez, se disputaban la primacía de la Iglesia española.

El rey de León tenía a su derecha al primogénito Fernando el Portugués, que ya contaba veintitrés años, y a su izquierda a su hermano bastardo Sancho Fernández. A ambos lados se habían situado las infantas Sancha y Dulce, que tenían veintitrés y veintiún años respectivamente, habidas por don Alfonso de

León, al igual que el Portugués, con doña Teresa de Portugal.

Fernando el Montesino y su hermano Alfonso, que no se esperaban ni remotamente que don Pedro Muñiz el Nigromante estuviera sentado en la misma mesa que ellos, estaban muy cohibidos y casi perdieron el apetito cuando le vieron. En cambio Berenguela se alegró mucho de verle allí porque le tenía gran aprecio desde los tiempos en que era reina de León. Él, a su vez, le estaba muy agradecido porque el apoyo que le brindó Berenguela fue decisivo para su designación como deán de la catedral, lo que le permitió sentarse en la silla episcopal unos pocos años más tarde cuando ella era todavía reina de León.

A los mayores les sirvieron los mejores vinos de su afamada bodega y otros traídos de los monasterios benedictinos cercanos a Burdeos. A los pequeños les obsequiaron con zumos, refrescos y limonadas. Después vinieron los embutidos y los quesos, trajeron lustrosos cangrejos de los arroyos de Sahagún y las mejores truchas frescas capturadas en el Cea y el Valderaduey. A la reina no le pasó desapercibida la presencia de don Anselmo y don Guillermo entre los frailes que servían el comedor. El primero trajo las truchas y el segundo, los cangrejos.

Perniles y costillares de cordero lechal hubo para los varones porque las infantas y la reina comieron frugalmente. Y de postre higos, pasas, avellanas y nueces. También confituras y mermeladas de todas clases, hojaldres, pestiños, orejuelas y bizcochos para niños y mayores. A estos se les obsequió con licores elaborados por los propios benedictinos del convento, siendo el primogénito de León el más bebedor de todos los comensales.

Pero el trajín de los frailes con sus manjares no distraía a Berenguela y sus hijos en su severo examen de urbanidad y buenos modales a sus hermanastros. No paraban de hacer señales con los pies o las rodillas a la vista de la glotonería y rudos modales del Portugués o cuando sus hermanastras Sancha o Dulce quebrantaban las reglas de buena educación en la mesa. Sus hermanastros, en contrapartida, hacían risitas entre ellos a la vista de la rigidez e impostada apostura con que comían los niños que tenían enfrente.

Ajeno a la conversación de los mayores, que hablaban acaloradamente, el pequeño don Enrique, heredero del reino de Castilla, pidió a fray Guillermo unos cuantos cangrejos vivos para hacer carreras con ellos junto a su tío el infante don Alfonso.

En ausencia de los reyes de Castilla, una vez terminada la cena, con el fin de ratificar los acuerdos firmados meses antes en Alcántara, quedaron en el salón por parte del reino de Castilla Berenguela, don Rodrigo Jiménez de Rada y don Diego López de Haro. Por la parte leonesa se encontraban el rey don Alfonso; su hermanastro el infante don Sancho, sobrino de don Diego; y don Pedro Muñiz,

arzobispo de Santiago.

Para regocijo de los infantes, el abad Miguel Grajal, después de disponer unas bandejas con dulces de todas clases para los pequeños, y copas y jarras de benedictine para los mayores, mandó despejar una gran mesa y ordenó a fray Guillermo traer una cesta de caracoles para que disputaran carreras entre ellos en representación de sus reinos respectivos. Los que ganaran quedarían absueltos y los perdedores irían a la cazuela al día siguiente.

Las carreras de caracoles, que incluían jugosos premios y arriesgadas apuestas, fueron un acontecimiento inolvidable para todos los participantes en ellas, sin apercibirse de que aquella competición era una metáfora de las que todos aquellos infantes de distintas camadas estaban emprendiendo por llegar a la meta que les ofrecía la vida, que no era otra que sentarse un día en el trono por encima de sus competidores.

Aquellos animalitos, escogidos al azar de la huerta por fray Guillermo, no sabían muy bien hacia dónde dirigirse; tan pronto como se veían en libertad sacaban una parte de su cuerpo de sus conchas espirales, unos buscando copular de modo insensato para quedar descalificados de inmediato y otros deslizándose por la mesa babeando con todas sus fuerzas hacia los límites del terreno de juego para desviarse hasta los laterales o llegar victoriosos a la meta premiada, que solo muy pocos de entre ellos sabían encontrar en el grito de ánimo de sus propietarios para proseguir el tortuoso camino que los conducía hasta la victoria o hasta la cazuela de los frailes, si empujados por los niños se despeñaban.

Aunque la imponente presencia arbitral del abad de Sahagún, cuyo juicio era inapelable, obligaba a moderarse a los infantes, hasta el salón donde se discutía el acuerdo de paz para Castilla a cambio de castillos para León, llegaban las risas, los vivas, los gritos de las infantas o las quejas del príncipe Enrique, que exclamaba después de cada carrera de caracoles: «¡Alfonso es un tramposo, Alfonso es un tramposo, que siempre coge los más gordos porque quiere ganar todas las veces!».

Aunque el rey de León no se daba por aludido, Berenguela tuvo que advertirle irónicamente que contuviera sus ansias de ganar a toda costa porque hasta aquel salón llegaban las protestas del pequeño Enrique de Castilla quejándose de su sobrino.

Al contrario que Dulce, Sancha y Berenguela hija, que se mostraron dispuestas al combate contra los varones, tanto Leonor como Fernando el Portugués, que había comido y bebido más de la cuenta y no había quitado ojo a su tía durante la cena, sabe Dios con qué propósito, declinaron la invitación a sumarse al juego y se colocaron en otra mesa que estaba cerca de la chimenea. Ambos eran más bajos que altos y más gruesos que menudos y menos

agraciados que Alfonso y Berenguela. En eso era en lo único que se parecían entre sí, porque el Portugués, que ya tenía veintitrés años, carecía del arrojo y la valentía de su padre y era más simple que este y la infanta, que tenía quince, hacía gala de una simpatía y una frescura cautivadoras. Comoquiera que él había vivido casi siempre en Portugal y ella estaba siempre en Toledo o en Las Huelgas de Burgos, se acababan de conocer en Sahagún.

Después de mofarse de las infantas Dulce y Sancha por participar con entusiasmo en un juego tan absurdo como era la carrera de caracoles, más propio de niños de corta edad que de infantas casaderas, y de protestar por el alboroto que producían, Leonor, aprovechando que el infante tenía la lengua suelta, con el fin de conocer las aspiraciones del «primogénito de León», hizo derivar la conversación hacia los asuntos de la familia.

—Yo tenía solo nueve años cuando el papa Inocencio, después de excomulgarlos dos o tres veces, separó a tu padre y a mi hermana, y me acuerdo perfectamente del disgusto que se llevaron mis padres y de lo contenta que me puse cuando regresó Berenguela con nosotros trayendo cuatro sobrinos — empezó Leonor.

—Pues yo tenía dos o tres años cuando otro papa, que no sé cómo se llamaba, separó a mi padre y a mi madre y no me enteré de nada porque estaba al cuidado de una nodriza. Después estuve con tu hermana Berenguela y con mi padre unos años, y más tarde me mandaron a Galicia con el obispo, luego a Portugal con mis tíos y con tu hermana Urraca y ahora estoy contigo, que eres hermana de las dos. Como ves, siempre me han llevado de un lado para otro.

—Conmigo estás solo de momento, porque tú y tus hermanas habéis regresado con vuestro padre con intención de quedaros para siempre. ¿Tan mal os trataba mi hermana Urraca? —inquirió Leonor, que, como veía que el infante era tan simple como su padre y seguía bebiendo, le tiraba de la lengua sagazmente.

—Tu hermana no es mala, pero mi tío Alfonso no se ha ocupado de nosotros. Se desentendió de casar a mis hermanas y a mí no me quería ni ver. Mi madre lo ha arreglado todo para traernos con mi padre para ver si todavía está a tiempo de casarlas y para ver lo que puede hacer conmigo de ahora en adelante.

—Digo yo que querrá hacerte rey de León y llegar a tiempo de casar mejor a tus hermanas.

—A lo mejor es por eso...

Leonor se dio cuenta de que el infante no negaba la mayor.

—Y siendo tú tan buen partido, ¿por qué no te busca tu padre una buena infanta? ¡Que ya no eres un muchacho y vas teniendo edad para ello! ¿No te parece? Aunque los hombres no tenéis ninguna prisa, que os buscáis solitos las

oportunidades.

—Cuando todavía era mancebo, yo ya estuve prometido a tu hermana Mafalda, pero la pobre se murió en Salamanca al poco de marcharse tu hermana Berenguela.

—¿Se sabe de qué murió?

—Seguro que si no fue en accidente, se murió de alguna enfermedad de esas. Yo tenía doce años más o menos. Nadie me dijo nada cuando volví de Compostela. Ya no estaban ni ella, ni tu hermana Berenguela, ni mis otros hermanos. Solo Sancha y Dulce, pero enseguida nos llevaron a Portugal con mi madre.

—¿Por qué no has dejado de mirarme durante la cena?

—Porque te pareces mucho a Mafalda, aunque eres un poco mayor.

—¿Crees que soy mayor para ti?

—¡Para mí no lo eres! Quería decir mayor que Mafalda cuando se murió.

—Si fueras algún día rey de León, ¿me pedirías en matrimonio?

—Eso tendría que hacerlo mi padre, pero a lo mejor no quiere porque tiene miedo de Berenguela y del papa.

—Cuando seas rey, podrás decidir por ti mismo. Pero para que tú puedas ser rey se tiene que morir tu padre.

—Vete a saber si a lo mejor no me muero yo mucho antes.

Todavía seguían las carreras de caracoles cuando ambos reinos llegaron a un acuerdo para la firma de una prórroga de las treguas y, como consecuencia de ello, los infantes tuvieron que dejar su entretenimiento con gran disgusto, aunque no todos, porque Fernando el Montesino había ganado la partida a todos sus hermanos e incluso a su tío Enrique, que se fue a la cama protestando a regañadientes.

\* \* \*

Cuando Berenguela despertó, a Alfonso le había dado un pronto repentino y tanto él como su familia y séquito habían emprendido el regreso a León, porque llevaban ya muchos días en Sahagún deseando que escampara de una vez. Alfonso había conseguido que se ratificara el acuerdo sobre los castillos que había logrado en Alcántara, pero se marchaba contrariado porque Berenguela no le había permitido intimidad alguna ni esperanzas de un posible acercamiento y, para rematar, consideraba un desprecio que el rey de Castilla no hubiese acudido a la cena pretextando una enfermedad que le pareció una mera disculpa.

Berenguela encontró una breve nota que don Pedro Muñiz había hecho pasar por debajo de la puerta a modo de despedida.

*Señora:*

*He visto el sufrimiento pintado en vuestro rostro. Entiendo vuestras razones y comparto vuestra preocupación y zozobra y siempre he procurado servirlos cumpliendo vuestros deseos. Conviene que sepáis que nunca he olvidado ni agradecido lo suficiente que solo gracias al empeño y a la insistencia de vuestra majestad pude ser consagrado como obispo de León y poco después de Compostela.*

*Vuestro más humilde siervo,*

*Pedro Muñiz*

«Pues muy bien y que os vaya bien, don Pedro, pero esperaba de vuestra eminencia mucho más que vuestro agradecimiento», pensó Berenguela, distraída, porque llamaban a su puerta.

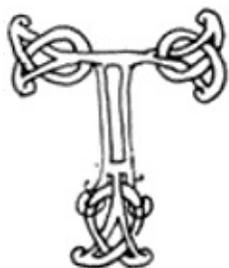
Desconcertada, salió de su cámara y en el claustro encontró al arzobispo de Toledo, que había salido a pasear aprovechando que había escampado.

—Parece que os envía la Divina Providencia, don Rodrigo —exclamó—. Me imagino que ya sabéis que el rey de León nos ha abandonado y estoy asustada porque no encuentro a mis hijos por ninguna parte y no sé en qué ha parado el asunto que nos preocupa, ni si se los ha llevado sin mi beneplácito.

—No tenéis nada que temer, señora mía; aunque los niños no estén con su padre ni con su madre, y tampoco perdidos entre los doctores del templo de Jerusalén, podéis hallarlos con fray Anselmo y fray Guillermo en los gallineros de Sahagún, contemplando el milagro del nacimiento de un polluelo cuando se asoma vacilante a la vida, desde la cuna de su cascarón. En cuanto a lo «otro», espero que entre todos encontremos la solución definitiva —exclamó el prelado, mirando a la reina con intención, para después quedarse en suspenso sumido en sus pensamientos.

«Ni por Escila ni por Caribdis. Cómo se ve que don Rodrigo no es Ulises —razonó Berenguela pensando que todo seguía igual—. El barco se ha quedado sin rumbo y no hemos salido del atolladero».

No queriendo saber más del asunto, fue a visitar a sus padres para comprobar su estado de salud.

*Burgos. 1214*

an pronto como aclararon los cielos, hicieron el camino de vuelta y regresaron a Burgos para descansar durante una temporada, pero, al cabo de dos meses, el rey, que andaba muy débil de fuerzas, dispuso la salida del judío islamizado Ibrahim Al-Fakhar a Marrakech para proponer la firma de una tregua con el Miramamolín, de modo que el pequeño Enrique tuviera diez años de paz con los sarracenos para afirmar su reinado.

Durante unas semanas, don Alfonso y doña Leonor esperaron en Las Huelgas una carta de Blanca. Cuando llegó, supieron que el heredero de Francia había sido bautizado con el nombre de Luis, como el padre, que el parto había sido normal y que nada más nacer rebosaba salud. Terminaba pidiendo noticias de Urraca, que no contestaba sus cartas.

—Yo pensaba que solo nos lo hacía a nosotros, pero veo con tristeza que hace lo mismo con su hermana Blanca —exclamó don Alfonso.

—Nunca ha llevado bien que mi madre eligiera a Blanca en vez de a ella para casarla con el delfín —intervino la reina Leonor—. Y no nos lo ha perdonado porque pensaba que le correspondía a ella por orden de nacimiento. En las pocas cartas que escribe se nota que no es nada feliz con el rey de Portugal. Nunca le cita por su nombre de pila ni nos habla de él con entusiasmo. Sus hermanas Sancha y Teresa han tenido que ponerse bajo la protección de la Iglesia porque las vejaba y maltrataba.

—Hicimos de menos a Urraca y nunca me lo he perdonado a mí mismo. Siento que estoy en deuda con ella —musitó don Alfonso.

La infanta Leonor, que todavía estaba por casar, sintió envidia de Blanca,

pena por Urraca e inquietud por su padre, que, con tal de desagraviar a su hija y conocer a sus nietos, era capaz de emprender un viaje que podía ser el último de su vida.

Cuando todavía se estaban acomodando en el monasterio, se presentó el mayordomo con la cara desencajada trayendo consigo a un fraile benedictino recién llegado de Sahagún profundamente alterado:

—Santo cielo. Es fray Guillermo. Algo terrible le ha ocurrido al rey de León —dijo Berenguela, corriendo a su encuentro.

—Lo peor que podía pasarle, señora —respondió, con la respiración entrecortada—, porque ha muerto el infante don Fernando el Portugués este lunes. Le entró un flujo del vientre, como a muchos otros en estos reinos, y no le dieron mucha importancia. Después tuvo unas fiebres tan altas que le fueron consumiendo y los médicos no fueron capaces de salvarle la vida. Le llevarán a enterrar a Compostela junto a su abuelo don Fernando. Hay voces que dicen que el joven infante murió a causa de un veneno. Puede que el obispo don Pedro Muñiz averigüe si es solo un infundio o son ciertos esos rumores.

La noticia cayó como un rayo entre los miembros de la familia real de Castilla. Mientras observaba de reojo a Berenguela para no perderse la reacción de su hermana ante la noticia, la infanta Leonor, que estuvo charlando con el mozo hasta muy tarde, enmudeció y se quedó pensativa recordando todo lo ocurrido en Sahagún.

—Pobre muchacho. Algo parecido le sucedió a nuestro primogénito cuando tenía una edad semejante —exclamó la reina Leonor, rompiendo a llorar.

—Me imagino lo que estará pasando ahora mi primo y le compadezco — señaló el rey don Alfonso compungido.

«¡Escila! ¡Hemos pasado por Escila! ¡Qué horror!», pensó para sus adentros Berenguela, viendo al infante con una imagen tan viva y exacta que se quedó pálida y fue incapaz de articular una sola palabra, pero se repuso de inmediato y rompió el silencio preguntando a fray Guillermo si, antes de morir, le fueron administrados los sacramentos.

—Tuvo tiempo justo de recibirlos. La comunión y la extremaunción se las administró el obispo don Pedro Muñiz. Después, pidió perdón por sus pecados y, poco antes de expirar, dijo que perdonaba a todos los que le habían hecho algún daño porque no quería ir ni al infierno ni al purgatorio.

Esto sabido, estuvieron un buen rato cabizbajos, lamentando en voz baja la muerte del muchacho, recordando la cena en el monasterio de Sahagún e imaginando la futura relación entre los reinos.

—El rey de León es imprevisible y no sabemos cómo reaccionará ante esta desgracia. Tenemos que reforzar nuestra alianza con el rey de Portugal.

Enviémosle emisarios para pedirle que se acerque con Urraca y sus hijos a Plasencia y allí nos encontraremos con él. Que vayan otros a Nájera para informar a don Diego López de Haro de la muerte del muchacho y decirle que le esperamos en Valladolid para ir todos juntos. Salgamos lo antes posible ahora que todavía los días son largos para, si Dios quiere, estar de regreso antes del invierno.

Mientras el rey ordenaba a su mayordomo acelerar los preparativos para el viaje, Berenguela, sobre la que había caído la negra nube de la culpa y notaba que le faltaba la respiración, viendo que necesitaba sentir el aliento de la vida, escuchó la llamada de la sangre y fue en busca de sus hijos Fernando y Alfonso para confirmar que estaban bien de salud y fundirse en un abrazo con ellos.

Tan pronto como se encontró con ellos, les comunicó la funesta noticia y los abrazó estrechamente, enredándose sus brazos a su cintura como los zarcillos de una parra, juntándose a su cuerpo, haciendo que fueran un solo espíritu y una sola carne. Una carne llena de vida con una misión que cumplir. En aquella realidad terrenal que era aquel abrazo, a ras de tierra había una energía ilimitada. Sentía que los tres juntos serían invencibles y podrían lograr todo lo que se propusieran. Ella era la cabeza y marcaría el rumbo de los acontecimientos. Ellos eran la fuerza de los brazos y las piernas. Pero los tres tendrían que latir al unísono con un mismo corazón. Esta beatífica sensación disipó todos sus temores y en un momento recuperó todas sus fuerzas, y mientras los muchachos pugnaban por desasirse, ella trataba de retenerlos. Tanto forcejearon en uno y otro sentido que los tres terminaron rodando por el suelo.

Como la pugna era de dos contra una, mientras Alfonso le hacía cosquillas, Fernando utilizaba la fuerza para tratar de sujetarla y enseguida se volvieron las tornas y entre los dos apresaron a la madre.

—Ríndete o muere, sarracena —exclamó Fernando.

—No me rindo a ti, me rindo al rey de León.

—¿A mi padre?

—A tu padre, no. Me rindo a vosotros dos porque juntos tendréis que heredar su corona en el momento en que Dios así lo disponga. Esa corona por la que tanto he luchado os pertenece también a ambos y deberéis compartirla. Aunque la lleve Fernando sobre la cabeza porque es el primogénito, tú también, Alfonso, la llevarás en el corazón, porque Dios ha sentenciado que ese reino sea para vosotros. Ya me encargaré yo de que Enrique, cuando herede el de Castilla, no se distraiga de la empresa que mi padre no va a poder terminar y de que juntos la hagáis realidad cuando los tres llevéis a los ejércitos cristianos a la victoria en una nueva cruzada.

—Nuestra madre dice cosas rarísimas, ¿no te parece? —exclamó Alfonso,

tan pronto como Berenguela desapareció de su vista.

—Un poco sí, me pareció al principio. Nunca la he visto reírse de esa manera. Casi se ahoga de las risas —replicó Fernando.

—De las risas y de las lágrimas. Tan pronto hacía lo uno como lo otro.

—Yo no he entendido muy bien lo que nos ha dicho cuando empezó a hablar en serio. ¿En qué cabeza cabe que dos hermanos se pongan a la vez la misma corona? Tú no te hagas ilusiones, que el primogénito de nuestros padres soy yo —sentenció Fernando.

—El primogénito de nuestro padre es el otro Fernando.

—Pobrecillo, era el primogénito, aunque el heredero era yo. No te olvides de que ya se ha muerto, aunque yo no termino de creérmelo.

—Entonces, si tú te mueres, el rey seré yo.

—Primero se tiene que morir nuestro padre y después... después no me pienso morir yo, aunque sea muy viejo. Y detrás de mí reinará mi primogénito.

—No es justo que los segundones no puedan llegar a reinar.

—Más os vale, porque ser rey es lo más difícil que hay en el mundo. Todos te miran y todos te vigilan y no te dejan hacer lo que te da la gana, como sueles hacer tú, aprovechando que todos se fijan en mí. Para ser rey hay que acostumbrarse a sostener la mirada de los demás, a que todos te miren y te critiquen, y tú te has acostumbrado a todo lo contrario: a escaparte de cualquier manera, a sacudirte de todas las obligaciones, a dejar las cosas a medias y a que te den todos los caprichos.

—A los reyes también les dan todos los caprichos. Mira nuestro padre, tiene todas las mujeres que quiere.

—Eso no es cierto, porque no consigue que vuelva con él nuestra madre, que es lo que más le gustaría. ¿Por qué no tomas como ejemplo a nuestro abuelo?

—Ya me fijo en él, pero me da mucha lástima. Está muy viejo y muy enfermo. Me parece que no va a durar mucho y que ha salido de Burgos huyendo de la muerte, porque siento que la muerte viaja ahora con nosotros.

*Valladolid. Gutierre Muñoz. 1214*

El infante don Alfonso tenía razón cuando dijo que la muerte viajaba con ellos, porque Escila se cobró una nueva víctima, causando una gran angustia a Berenguela, pues llegando a Valladolid los esperaban con la noticia de la muerte de don Diego López de Haro, que enfermó a su vuelta de Sahagún.

Con la muerte del que fuera su mano derecha durante tanto tiempo, la acidia y la melancolía se apoderaron de tal modo del ánimo del rey que no daba la menor señal de querer mudarse de Valladolid, a sabiendas de que el rey de Portugal se pondría pronto en camino hacia Plasencia.

—¡Ay, mi viejo amigo don Diego, compañero de tantas batallas! ¿Por qué nos abandonáis cuando mi hijo Enrique puede necesitar pronto de vuestra experiencia, lealtad y valentía? Os habéis ido sin despediros, justo cuando íbamos a encomendaros la administración de nuestro reino y que guardarais nuestra casa y pagarais nuestras deudas.

Vivían con esta pesadumbre cuando un servidor del prelado toledano llegó de los confines de su diócesis con la noticia de que había muerto en Marrakech don Pedro Fernández de Castro, que para Berenguela fue la tercera cabeza que se cobraba Escila.

Al enterarse de la muerte de quien había sido su gran enemigo, don Alfonso se sintió aliviado de una pesada carga y notó que el aire entraba en sus pulmones como si acabara de quitarse la armadura que le había oprimido el pecho durante toda la vida.

—Espero que este alivio mío no sea pasajero y sea la señal de que una vez más he recuperado la salud y las fuerzas. ¡Ea! Haced los preparativos para proseguir el viaje hacia Ávila, que pronto nos encontraremos en Plasencia con

Urraca.

Recobrado el ánimo, el rey siguió adelante porque no osaron contrariarle, ni el arzobispo toledano, ni tampoco sus familiares. Berenguela estaba aterrorizada pensando que la enfermedad le mataría y Escila se cobraría la vida de su padre si seguían en el camino. Al llegar a Gutierre Muñoz, una aldea entre Arévalo y Ávila, preso de la fiebre comenzó a desfallecer de tal modo que se vieron obligados a detenerse. También se encontraba con fiebre y muy debilitada la reina doña Leonor.

Estaba a punto de producirse lo que tanto temía Berenguela, que era la desaparición de su padre cuando aún no había cumplido sesenta años y su hermano Enrique tenía solo diez.

—Dejadnos solos, que tengo que hablar en confesión con don Rodrigo, y, una vez que acabe, haced que pase Berenguela —dijo el rey con un hilillo de voz.

Al filo de la medianoche se confesó con don Rodrigo en presencia de don Tello y don Domingo, obispos de Palencia y Plasencia respectivamente, que junto al primado le administraron los últimos sacramentos. Con voz entrecortada, el rey se dirigió al toledano:

—Conocéis de sobra mis flaquezas y pecados de toda la vida. Así que no perdamos el tiempo. Como albacea de mi testamento, haced que se reparen mis daños a la Iglesia y que se restituyan los bienes que tomé más por necesidad del reino que por avaricia. Repartid limosnas entre los pobres que sufren las calamidades de la falta de cosechas y asistid a mi hija Berenguela en todo lo que necesite y dadme cuanto antes la absolución que no merezco y los últimos sacramentos que tanto necesito.

Una vez que recibió la extremaunción, se quedó Berenguela a solas con su padre.

—¡Hija mía! Yo solo tenía tres años cuando murió mi padre en Toledo. Enrique te tiene a ti, que, dado el delicado estado de salud de vuestra madre, tendrás que actuar como tal, además de como hermana. No termina de madurar y es más niño de lo que le correspondería ser a sus años. Así que pronto tendrás que ser reina regente. Nada temo por ese lado porque estás bien preparada para ello y de otra cosa que tengo que decirte no me salen las palabras. —Don Alfonso no soltaba la mano de su hija—. En unos instantes deberé presentarme ante quien nos ha de juzgar. Es el que todo lo sabe y todo lo pesa. Una duda de última hora me atormenta y no quiero llevarme este peso a la tumba.

—Decidme, padre, ¿qué queréis saber? —preguntó Berenguela, con tristeza.

—¿Qué ha pasado en Sahagún para que en unas pocas semanas hayan

muerto de seguido el infante y don Diego, y estemos a las puertas yo mismo y quizás tu madre? Dime la verdad, hija mía —imploró el rey—. El fraile dijo que habían envenenado al muchacho. Si ha sido así, también han podido envenenarnos a don Diego y a nosotros. ¿Has tenido algo que ver en este asunto? —Trató de incorporarse, pero en ese instante, tras agarrar con fuerza la mano de su hija, cayó desplomado sobre el lecho sin dar tiempo a Berenguela a aclarar lo sucedido.

\* \* \*

Antes de que despuntara el sol del día 6 de octubre de 1214, con la asistencia de unos pocos familiares, acabó don Alfonso el Noble su tránsito en esta vida terrenal. Para sus allegados más cercanos, sobre todo los niños y los infantes, aquel viaje que había comenzado como una caravana festiva, a pesar de los achaques de los abuelos, se convirtió en un cortejo fúnebre. Cuando alguien muere y está de cuerpo presente, toda otra cuestión debe dejarse de lado.

De embalsamarlo se ocupó don Arnaldo, el médico regio, y sus ayudantes, que durante los últimos viajes llevaban consigo el instrumental y los ungüentos para estos menesteres. De la fabricación de un ataúd apropiado se encargaron los carpinteros y tapiceros de la cercana villa de Árevalo.

Cuando los médicos entregaron el cadáver embalsamado, el mayor don Diego García de Villamayor lo amortajó. Para ello encomendó a los servidores habituales del rey ataviarle para tan luctuosa ocasión como si de una solemnidad se tratara. Le pusieron una camisa de lino blanco inmaculado que le ciñeron con unos cordones dorados. No ocurrió lo mismo con la túnica, que, a pesar de que era cerrada, la vistieron sin problemas gracias a que era hendida al centro para mejor cabalgar. Era una hermosa saya de tafetán azul de preciosa hechura que iba adornada con estrechas franjas de tapicería y listas pareadas de oro corriendo a lo ancho de toda la prenda. Después le colocaron la espada colgada de un rico cinturón metálico y, a continuación, un hermoso manto semicircular adornado de listas pareadas verticales, que contrastaban con las horizontales de la túnica y, al igual que los adornos de esta, también estaban realizadas con tafetán barrado con lisas de sarga y tapicería de hilos muy finos. Finalmente, pusieron la mano derecha sobre la espada y el brazo izquierdo lo doblaron para que la mano izquierda quedara sobre el pecho.

Cuando estuvo preparado el catafalco, Berenguela, acompañada de su hermana Leonor, a pesar de estar muy afectada, hizo llamar a sus hijos Fernando y Alfonso y a su hermano Enrique, para escuchar las sentidas palabras de don Rodrigo, que les dijo con una emoción profunda:

—Miradle por última vez para mantener siempre vivo el recuerdo de vuestro padre y abuelo y transmitídselo a vuestros hijos y a toda vuestra descendencia lo mismo que haré yo cuando esto escriba para que sea recordado también por hombres y mujeres de generaciones venideras que le admirarán por sus hazañas y sus buenas obras y querrán saber cómo era en persona. Diré que era de rostro hermoso y encendido y, aun dentro de un ataúd, siendo de estatura mediana, respiraba majestad. Relataré que su frente sin desproporción era ligeramente abultada y que antes de encanecer tenía el color de la barba tibiamente negro, los ojos garzos, la nariz inclinada a lo grande, sin desmesura que ocasionase fealdad. Fue flor del reino, honor del mundo, notable por su bondad de costumbres, justo, prudente, valeroso, espléndido y no manchó su gloria por razón alguna. Pregonaré a los cuatro vientos que durante su vida colmó su reino de virtudes y dones porque de tal modo le habían acompañado desde su niñez la valentía, la generosidad, la simpatía, la sabiduría y la modestia, que ni la envidia ni el olvido podrán borrar el testimonio de vuestras justas alabanzas.

Sus familiares más cercanos, que estaban transidos de tristeza, se quedaron contemplándole un rato para fijar en su memoria todo lo que les había dicho don Rodrigo para confortarlos.

El pequeño Enrique, que había escuchado con mucha atención, aunque había visto morir animales, viendo a su padre tan engalanado, con un aspecto tan apacible y tranquilo, dio en pensar que acaso se hacía el dormido y que todo aquello era una representación, pero al comprobar que algunos de los presentes se marchaba, preguntó inocentemente:

—¿Pero no se va a levantar y le vamos a dejar solo? —Se hizo un silencio abrumador porque nadie acertó a responderle—. Entonces, ¿ya nunca volveré a ver a mi padre?

—Nos tienes a nosotros a tu lado y estaremos siempre contigo —le dijo Berenguela, tomándole de la mano.

Enrique aguantó el llanto que le subía por el pecho a borbotones mientras los obispos allí presentes rezaban los preceptivos responsos, pero, antes de que terminaran sus plegarias, rompió a llorar y sus lágrimas se derramaron como si brotaran de un cántaro que se rompe en mil pedazos cuando choca contra una roca.

Berenguela, viendo la congoja del niño y la postración de su madre la reina Leonor, lacerada por la muerte de su marido y consumida por la fiebre, decidió retornar a Valladolid, ciudad de su pertenencia, para que allí se le rindieran las honras fúnebres correspondientes a su rango.

Estando en la ciudad del Pisuerga, aprovechó un momento de reposo para

escribir una breve carta a su hermana Blanca en la que mostraba su alegría por el feliz nacimiento de su hijo Luis y su dolor por la muerte de su padre con una escritura vacilante y casi ilegible:

*Al conocer su muerte, acudieron a sus honras fúnebres en Valladolid obispos y abades, religiosos y seglares, nobles y caballeros, débiles y poderosos de todos los rincones del reino. Pues la noticia de su fallecimiento hirió los corazones de todos del mismo modo que si fueran atravesados por una flecha. Las mujeres prorrumpieron en lamentos y los hombres rociaron con cenizas sus cabezas, ceñidos de cilicio, y se vistieron de saco. Toda la gloria de Castilla cambió como en un abrir y cerrar de ojos y empapó de lágrimas todo el reino.*

\* \* \*

Fernando, Alfonso y Enrique asistieron en Las Huelgas al entierro y funeral de su abuelo y padre. Oficiaron todos los obispos de Castilla, acompañados por religiosos de su reino, entre ellos, y muy compungidos, los de Sahagún. De todo se tuvo que ocupar Berenguela, que, consumida por el sufrimiento y el insomnio, estaba tan transida de dolor que casi pierde la vida a causa de las puñadas que se daba y los desgarradores gemidos y llantos que profería, con gran espanto de don Rodrigo, aterrado como ella.

A ayudar en tan doloroso trance a doña Berenguela acudió el arzobispo toledano.

—No os lamentéis más, señora mía —la consoló el arzobispo—, que vuestro padre ya goza de la paz de los justos en el seno de Nuestro Señor. Debéis estar orgullosa de ser la hija de tan gran padre y monarca y de su fecundo y glorioso reinado.

—Agradezco vuestras palabras, monseñor, pero ellas no pueden disipar el horror que me paraliza. No entiendo nada de lo que nos está ocurriendo. ¿Qué está pasando, monseñor? ¿Qué está pasando? ¿Que yo me estoy volviendo loca de miedo y ansiedad? ¿Os acordáis de cuando dijisteis que no quedaba más remedio que pasar entre Escila y Caribdis? ¡Ya van cuatro muertes en pocos meses y tengo para mí que empieza lo peor de la travesía, porque mi madre desfallece a ojos vista y lleva el camino de mi padre! Solo encuentro una explicación: ¡que el demonio habita en ese monasterio y se ensaña con nosotros!

Mientras Berenguela y monseñor chapoteaban en medio del confuso oleaje de sus remordimientos entremezclado con ignorancia, Fernando, Alfonso y Enrique paseaban por las Claustillas hablando de sus cosas.

—Me imagino que te han dicho que ahora te toca ser rey —comentó

Fernando.

—Sí, pero mi madre está enferma y no me puede ayudar. Eso lo sabría hacer mejor mi hermana Berenguela, que para eso ha sido ya reina de León — señaló Enrique, que hacía poco tiempo había cumplido diez años.

—Ya verás como se pone buena enseguida —lo animó Fernando.

—Si mi madre tuviera que hacer de regente, te llevaría por el reino con ella y estarías todo el tiempo vigilado. Pero un rey puede hacer todo lo que se le antoja, salvo que se lo prohíba el papa. Eso es lo que dice nuestro padre — precisó Alfonso.

—No le digas esas cosas a Enrique, que le maleducas. Un rey tiene que dar buen ejemplo a sus súbditos y estar siempre dispuesto a cumplir con su deber — corrigió Fernando.

—Siempre está con el deber a cuestas —replicó Alfonso—. Pues yo me escabullo siempre que puedo y hago lo que me da la gana. Porque como no voy a ser rey en la vida, pues esa suerte que tengo y me aprovecho de ella. No como Fernando, que siempre está callado o diciendo: «Hay que hacer esto porque esto es lo que toca. No podemos hacer esto otro porque es pecado...». Así que estamos pillados entre el deber y el pecado.

*Las Huelgas (Burgos). 1214*

uando hace mucho frío en Burgos en otoño, en Las Huelgas se nota menos porque sus muros guardan el calor. Los infantes y el pequeño rey regresaron a la iglesia monacal que había quedado vacía y tenía el suelo de madera. A la hora entre las vísperas y las completas, todavía nadie había echado en falta al pequeño rey y a sus sobrinos.

—Dice mi madre que, tarde o temprano, nos van a enterrar a todos nosotros en esta capilla —se lamentó Fernando.

—Connmigo que no cuenten de momento. No tengo ninguna prisa por taparme con una piedra. ¡Con lo a gusto que se está tapado con una buena manta! —exclamó Alfonso, riendo.

—Tú tómatelo a broma en vez de estar preparado por si te llega la hora cuando menos te lo esperas. Mira nuestro hermano Fernando el Portugués, o el tío Fernando el heredero, que se murieron, uno en León y el otro en Madrid, y estaban en la flor de la vida —replicó Fernando.

—¿Cómo podemos saber por dónde viene la muerte? —interpeló el pequeño rey—. Habrá que mirar para todas partes para que no nos pille por sorpresa.

—Pues yo he oído decir que en la familia de la abuela pasan muchas cosas raras —intervino Alfonso—. Y que hay una maldición o algo parecido. Que se van muriendo uno por uno los herederos... El último que murió fue el tío Ricardo, el que estuvo en la cruzada. Dicen que porque era muy pecador y le castigó Dios, que no le quitaba el ojo de encima. ¿Os dais cuenta de que es mejor no ser el heredero?

En aquel momento pasaban por delante de un pequeño sepulcro primorosamente labrado. Había mucha humedad en el ambiente y amenazaba tormenta.

—Ahí están metidos los restos del primer heredero, el infante Sancho, que nació después de nuestra madre y murió a los pocos meses. Si viviera, sería él el rey y tú no tendrías que preocuparte de los asuntos del reino. Y siendo el pequeño podrías vivir a tu antojo, rascándote la barriga en vez de andar de un lado para otro —dijo Alfonso.

—Vaya consejos que le das tú al rey de Castilla.

—¿Dónde está enterrado vuestro otro abuelo? —preguntó Enrique.

—En Compostela, al lado del apóstol Santiago, el primo de Jesucristo que tiene la llave del reino de los cielos —explicó Alfonso.

—No le hagas caso, el que tiene las llaves es San Pedro. Santiago tiene un caballo blanco y una espada para matar a los moros —lo corrigió Fernando.

—Nosotros hemos subido al caballo y nos ha llevado volando hasta Córdoba y entró al galope en la mezquita —exclamó ufano Alfonso.

—Eso es mentira. Los caballos no vuelan —replicó Enrique.

Como si quisiera llevarle la contraria, un relámpago lanzado por el Hijo del Trueno iluminó los sepulcros del templo, inmediatamente retumbó un trueno formidable que hizo temblar el recinto desde los cimientos hasta las bóvedas y llenó de pavor a los infantes, pero sobre todo al pequeño rey.

De pronto el pequeño Enrique se dio cuenta de que, si Dios no lo remediaba, iba a quedarse huérfano de padre y madre. Trató de mostrarse digno ante sus sobrinos, pero las lágrimas resbalaban por su cara, tan silenciosas como las gotas de lluvia que se deslizaban serpeando por las vidrieras de la iglesia, sin acordarse de que al día siguiente sería elevado al trono por los obispos, los nobles y magnates de todo el reino, que entonarían en su honor un solemne tedeum.

\* \* \*

Mientras esto ocurría, su madre, la reina Leonor, se apagaba como una lamparilla sin aceite. Una de aquellas noches aciagas, le dijo a su hija Leonor, que no se separaba de su lado:

—Creo ha llegado para mí la hora de rendir cuentas al Altísimo. ¡Haz que venga Berenguela!

Nada más llegar, Berenguela cogió a su madre de las manos y se puso a acariciarlas.

—Se me escapan las fuerzas como el calor de la chimenea por las rendijas

de las ventanas y, antes de que se me nuble la cabeza, quiero decirte algunas cosas. Ni siquiera he podido hacerme con el gobierno, y Dios ya dispone que lo deje en tus manos.

—Ten esperanza, madre mía, que Dios sabe que nuestro reino y nuestra familia necesitan de tu prudencia y sabiduría.

—¡Nada podemos hacer en contra de la voluntad de Nuestro Señor, que es dueño de nuestros días!

—Lo que hace falta ahora es que duermas un poco para recuperarte del agotamiento que padeces desde que murió mi padre.

—Al igual que le pasó a él, tampoco yo levanto cabeza desde que volvimos de Sahagún. Siento que me toca seguir su camino. Te entrego la regencia del reino hasta la mayoría de edad de Enrique. Debes ocuparte de su custodia. Edúcale en el temor de Dios como has hecho con tu hijo Fernando. Con cuatro hijos por cuidar, un rey por tutelar y dos hermanas por casar, no se te ocurra volver al matrimonio, ¡por Dios! Sería lo que te faltaba.

—¡Ay, madre, en eso podéis estar muy tranquila, no se me pasará por la cabeza semejante locura! ¡Lo juro por Dios, que nos estará viendo!

—Testamento no hace falta que haga. Confirмо el que hizo tu padre. Dejo también de albaceas al arzobispo de Toledo y al obispo de Palencia y a doña Mencía, abadesa de San Andrés de Arroyo, tan ligada a nuestro monasterio, para que sujete a sus sobrinos, los hijos de Nuño. Guárdate de ellos, que son ambiciosos y soberbios. Siempre se han tenido en mucho y piensan que les hemos dado muy poco para sus méritos.

—Ya me he dado cuenta de que, fallecido don Diego, se han puesto a las órdenes del rey de León, acechando nuestro reino.

—¡Hija mía! Haz que me traigan a tu hermano Enrique, que es menester que reciba de mi parte algunos consejos.

La orden de la reina fue obedecida y al instante apareció Enrique, somnoliento.

—Sentadle en una silla junto a mí —pidió Leonor—, bien envuelto en una manta que le cobije. No vaya a ser que se resfríe. Sería lo único que nos faltaba. Escucha bien, hijo. Presta atención a lo que voy a decirte y guárdalo en tu cabeza y en tu corazón.

—Tengo mucho sueño y quiero dormir.

«Y yo tengo mucha pena y quiero vivir», pensó doña Leonor, pero respondió:

—Ahora mismo te devuelven a tu cama y te duermes de nuevo. Cuando despiertes, es muy probable que yo ya no esté con vosotros. Porque tu padre, que está en el cielo, reclama mi presencia y ha pedido a Nuestro Señor que me lleve

con él cuanto antes.

—¿Te vas con mi padre y me dejas solo? ¿Por qué no puedo ir contigo?

—Porque donde yo voy tú no puedes venir hasta que Dios así lo disponga. Espero que tarde mucho en hacerlo. De momento, te quedas con Berenguela, con Leonor y con Constanza, y también con tus primos y con tu caballo y tus perros, y con los pollitos que trajiste de Sahagún.

—Ya no son pollitos. Ahora son gallos y gallinas.

—Pues tienes que cuidar a las gallinas para que ellas tengan pollitos que se conviertan en gallinas que tengan pollitos. Así es la vida, hijo mío. Así somos las reinas, como las gallinas que tienen pollitos, que son infantes y se convierten en reyes que tienen infantes. Ahora eres un pollito que se va a convertir enseguida en gallo y vas a ser rey y te sentarás en el trono de tu padre.

—Madre. Ahora el gallito tiene sueño y no quiere sentarse en el trono porque prefiere tumbarse en la cama.

—Tienes toda la razón. Te llevarán de inmediato, pero no olvides lo que te digo. Pase lo que pase, haz siempre caso a Berenguela.

Cuando estaba a punto de cruzar la puerta, la reina Leonor sintió un deseo irreprimible de ver por última vez a su hijo, por eso le gritó sacando fuerzas de su condición de madre:

—¿Recuerdas lo que acabo de decirte, Enrique?

—¿Lo de los pollitos o lo de Berenguela? —respondió él, volviéndose desde la puerta hacia ella.

—Lo de Berenguela.

—Es que mi hermana es un poco mandona.

—Pues escucha bien lo que te digo. Aunque llegues a ser un gallo muy grande, ¡haz siempre caso a Berenguela, pase lo que pase! Te ibas sin darme un beso. ¡Anda, vuelve! ¡Dale un beso a tu madre y vete ahora mismo a la cama! —dijo Leonor, conteniendo el llanto que le manaba del pecho.

La salida de Enrique abrió las compuertas de la pena y la tristeza de la reina, que agotó sus últimas fuerzas en una llantina interminable que le sirvió de alivio y le dio un poco de tranquilidad.

—¡Qué duro es morir, hija mía, pero sobre todo cuando se tienen hijos tan pequeños! En tus manos dejo este reino que os pertenece, como también el reino de León. Dejo a tu cuidado a tu hermano Enrique, que a partir de ahora será un hijo más para ti. Yo ya era muy mayor para tenerle, el parto duró más de la cuenta y él no termina de madurar. No lloves esta carga tú sola, que es demasiado pesada para una mujer. No lo digo por la prudencia, que nos sobra, sino por la guerra que tanto gusta a los hombres. Apóyate en los mejores y más leales señores de tu reino, que los tienes en Palencia y son los Meneses,

empezando por el obispo don Tello y sus hermanos. Y sobre todo, mantén a tu lado a los sabios varones de la Iglesia, don Mauricio y don Rodrigo, en especial a este último, que es el más culto y el más prudente de todos los eclesiásticos de Hispania. Confía ciegamente en él porque, a pesar de ser navarro y pariente del rey don Sancho, siempre estuvo al lado de tu padre en la diplomacia y en la guerra.

Cuando Berenguela creía que su madre iba a guardar silencio para siempre, notó que le apretaba con fuerza la mano y movía los labios. Se acercó cuanto pudo a ella y escuchó que decía:

—No sé qué será de mi pobre Enrique, pero tú no cejes, Berenguela, no cejes hasta que no se termine de construir este monasterio de nuestra familia. Sería un deshonor para todos nosotros. De verdad te lo suplico. Sobre todo la sala capitular.

Y así expiró la hija de Leonor de Aquitania y Enrique de Inglaterra, hermana de Ricardo Corazón de León, al que adoraba. La niña que con diez años cruzó los Pirineos, dejando atrás la dulce Francia, para casarse con un rey que solo tenía catorce años, con el que tuvo tres hijos y siete hijas. Durante el casi medio siglo que estuvo en el trono, Castilla se abrió decididamente hacia el exterior y ocupó un lugar destacado entre los reinos de Europa y asumió el mayor protagonismo de la Reconquista entre los reinos de Hispania.

Leonor de Plantagenet murió en su propio monasterio en la vigilia del día de Todos los Santos del año 1214. Se llevó consigo la tristeza de abandonar el mundo sin ver crecer a Enrique, un hijo tardío que solo tenía diez años, dejando en sus inexpertas manos un reino que tendría que hacer frente a las embestidas de los almohades, a las ambiciones de los reyes vecinos y a las conjuras y traiciones de los principales nobles de su reino.

Berenguela no quiso que, con su madre de cuerpo presente, la angustia, el miedo y la soledad la devoraran, por eso mandó llamar a sus hermanas Leonor y Constanza para velarla, y estuvieron acompañándola durante un buen rato, cogidas de sus manos hasta que se enfriaron.

En aquel intervalo de tiempo, Berenguela pensó que una época tocaba a su fin y otra nueva acababa de nacer, abriéndose camino entre Escila y Caribdis, pero en vez de ello, se encontró enredada en un cabrahígo cubierto de follaje y agua negra, prisionera en un antro sombrío de dientes negros, negras muertes, horripilantes cabezas, monstruos malignos y terribles abismos.

***SEGUNDA PARTE***





e rompió el silencio de la noche cuando las campanas de la espadaña comenzaron a tocar a muerto. Mientras las damas del servicio de la reina iban en busca de las plañideras y de los obispos, los médicos disponían los efectos y utensilios precisos para el embalsamamiento y comenzaban los preparativos para el traslado del féretro hasta el templo. Berenguela abrió la Biblia buscando consuelo y leyó llena de espanto: «Aconteció, pues, que a eso de la medianoche mató Yahvé a todos los primogénitos en la tierra de Egipto, desde el primogénito del faraón, su sucesor en el trono, hasta el primogénito del esclavo, y a todos los primogénitos de los animales».

—¡Ay, Señor! ¿Qué hemos hecho nosotros para que nos enviéis la décima plaga? ¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo?

Tenía razón Berenguela para estar alarmada porque se temía que, hasta estar fuera del alcance de Escila y Caribdis, a aquella cadena de muertes le faltaban algunos eslabones.

Su hermano Enrique, en cambio, pasaba sin solución de continuidad de las risas a las lágrimas. Como viera, al principio, que era objeto de todas las atenciones y que las damas a su servicio satisfacían de inmediato todos sus caprichos, no era consciente de que se había convertido en un prisionero, pero todo cambió el día que le coronaron en la catedral de Burgos con toda solemnidad.

La ceremonia le pareció la cosa más tediosa de su vida y le distrajo el desfile organizado en su honor, y en el banquete que se celebró apenas si probó bocado esperando los dulces, que era lo que más le gustaba, pero tardaron tanto

en llegar que se moría de aburrimiento. A su lado, su hermana Berenguela no cesaba de decirle:

—¡Decoro, Enrique, decoro, que todo el mundo te está mirando!

—¿Y eso a mí que me importa? Yo quiero que vengan los postres ya de una vez.

—A ti no te importará, pero a mí sí, que soy la regente y me encargó nuestra madre que cuidará de ti.

—Ya le dije yo que eras una manducona.

Mencionar Berenguela a la madre, acordarse de ella y entrarle la congoja fue todo uno. A Enrique se le encharcaron los ojos y se le escaparon algunas lágrimas. Al principio eran solo un hilillo que le corría entre suspiros por las mejillas como unas gotas de rocío que resbalan silenciosas por el musgo, pero enseguida se desbordó la presa de la vergüenza que contenía el manantial de su congoja y salieron como torrente entre lamentos. De pronto cesaron las conversaciones. En la sala solo se escuchaba el llanto incontenible de un niño que acababa de perder a sus padres y que no podía soportar ni de lejos el peso de la corona que acababan de colocarle sobre la cabeza.

\* \* \*

En el testamento otorgado en 1208, el rey don Alfonso, para evitar que se confundiera posesión y propiedad, había advertido: «Todos tengan por cierto que los castillos que poseen los obispos de mi reino son míos y de mis sucesores». Con ello pretendía que no menguaran los bienes de la corona.

Berenguela fue muy dadivosa con el arzobispo de Toledo, porque, junto con el resto de los testamentarios —que eran don Tello, obispo de Palencia; Gonzalo Ruiz Girón, mayordomo del rey, y doña Mencía de Lara, abadesa de San Andrés de Arroyo—, le dieron al arzobispo y a la catedral de Toledo un buen número de villas y heredades en diversos lugares de su diócesis por el sufragio de las almas de sus padres. También hubo dádivas a las iglesias de Burgos y Palencia para deshacer agravios pasados del rey don Alfonso. Además, concedió al monasterio de Aguilar de Campoo exención de portazgo a pastos libres para sus ganados en todo el reino y confirmó el privilegio que tenía el abad de Sahagún para que nadie prendiera a sus hombres o se apropiara de bienes del monasterio y extendía su protección sobre ganados y pastos.

Aunque estas y otras donaciones y privilegios se fueron otorgando en cumplimiento del testamento del rey difunto, a lo largo del mes de noviembre de aquel nefasto año de 1214, un cierto número de nobles, encabezados por Gonzalo Núñez de Lara y su hermano el conde don Fernando, mostraron su

disconformidad con Berenguela, a pesar de que había acordado mantener a potentados, nobles y caballeros en los mismos cargos que tenían a la muerte de su padre, al igual que se hizo a la muerte de don Sancho el Deseado en 1155.

Durante el primer año de su reinado, Enrique terminaba sus rezos con la recomendación que le dio su madre, cuando estaba a las puertas de la muerte: «Pase lo que pase, haré siempre caso a lo que diga Berenguela. Amén». No se le olvidaba la jaculatoria porque estaba muy a gusto bajo el paraguas de su hermana, que ejercía de madre y regente. Ella había sido jurada como heredera en Burgos a poco de nacer y ratificada años más tarde cuando se acordó su boda con Conrado Hohenstaufen, el hijo del emperador Federico Barbarroja. Había sido también reina consorte de León durante siete años, circunstancia que le daba preeminencia, conocimientos, experiencia y autoridad más que indiscutibles para hacerse cargo de la regencia. ¿Quién mejor que ella para ejercer de ama del rey durante los cuatro años que faltaban para que alcanzara la mayoría de edad y pudiera reinar por sí mismo como era costumbre?

En principio, Berenguela no vislumbraba obstáculo alguno durante unos cuantos años, porque la tregua con los almohades tenía plena vigencia y era observada escrupulosamente por ambas partes. Tenía cerca de ella a familias de nobles leales como los Meneses de Palencia, y los Haro y los Cameros de La Rioja, hombres sabios y prudentes como don Mauricio de Burgos y Rodrigo de Toledo. Sin embargo, a los pocos meses de comenzar Enrique su reinado, un acontecimiento trastocó completamente los planes de Berenguela.

Al ver Inocencio III que sus días estaban llegando a su final, convocó en la primavera del año 1215 el IV Concilio de Letrán, con las siguientes palabras: «En nombre de aquel que es fiel testigo en el cielo, entre todas las cosas deseables para nuestro corazón, a dos cosas aspiramos, a la reforma de la Iglesia y a que podamos conseguir la recuperación de la Tierra Santa. Que nadie vaya con pompa superflua, sino la necesaria, y hagan gastos moderados».

«¡Ay, Señor, qué desgracia me ha caído encima otra vez con el papa Inocencio! Primero me quita el marido y el reino de León, y ahora me quita los obispos y pone en peligro el reino de Castilla. ¡Quiera Dios tenerle en el purgatorio hasta el día del Juicio Final, porque a mí me ha tenido una temporada en el infierno!», pensó Berenguela.

La ausencia indefinida de los prelados fue hábilmente aprovechada por los hermanos Lara, justo en el momento en que más desvalida y necesitada de apoyo estaba Berenguela, para avivar el descontento de los nobles ante el gran poder de los eclesiásticos, durante los comienzos del reinado del pequeño Enrique.

Don Álvaro, don Fernando y don Gonzalo Núñez de Lara estaban muy resentidos porque no fueron incluidos como albaceas en el último testamento del

rey don Alfonso y tampoco se les otorgó papel alguno en el consejo de regencia. Habiendo llegado el momento propicio, se confabularon para apoderarse del pequeño Enrique, al que cuidaba y educaba el caballero García Lorenzo bajo la jurisdicción del obispo palentino don Tello Téllez de Meneses, repitiendo la astuta maniobra que habían urdido, en perjuicio de la poderosa familia de los Castro, hacía ya sesenta años, don Nuño, don Manrique y don Álvaro Pérez de Lara para apoderarse del rey Alfonso de Castilla cuando solo tenía tres años de edad.

—Nuestro padre y el tío Manrique lo tenían entonces mucho más difícil que nosotros ahora. Al niño lo tenían los Castro y eran unos enemigos formidables. Ahora solo tenemos enfrente a Berenguela, que no es más que una pobre mujer —exclamó Gonzalo.

—De pobre mujer nada. Mirad lo que dice el documento que acaba de firmar el pequeño rey Enrique: «Lo hago con la aprobación y consentimiento de Berenguela, reina de León, ya que en ella descansa el gobierno y la disposición del reino por delegación de su madre doña Leonor». No os hagáis ilusiones sobre la tutela y crianza del niño porque el asunto no va a ser nada fácil. Como habéis visto, el rey hace todo lo que le dice su hermana —puntualizó Fernando.

—El niño está cerca de Palencia y tenemos que hacernos con él como sea. Ya sabéis lo que decía nuestro padre —intervino Álvaro—. La regencia importa poco porque el que tiene al rey tiene el poder. Ellos pueden hacer decretos y efectuar donaciones, pero ahora mismo el dominio de las armas lo tengo yo, que soy el alférez y mando el ejército del rey y eso da mucho poder. Sin ejército, Berenguela no pinta nada. Todavía se guarda en Castilla memoria del nefasto reinado de la reina Urraca. El rey caerá en nuestras manos por su propio peso. Para ello tenemos que movernos con rapidez y astucia y conseguir buenos aliados entre los nobles y los concejos de las villas.

—Nadie quiere en este reino a una mujer de regente y nosotros somos los que mejor posicionados estamos para aprovecharnos de la ausencia de los obispos —argumentó Gonzalo—. Nos quedan cuatro años de minoridad de Enrique y unos cuantos más hasta que sea mayor y espabile. Seguro que si rompemos las treguas y reanudamos la guerra contra los moros, las gentes preferirán estar del lado de los nobles antes que bajo las faldas de los obispos.

—Ahora mismo, una guerra contra los infieles no tiene ningún sentido, porque los hombres están exhaustos, las tierras siguen yermas y no quedan muchas caballerías. Pero es cierto que para tener éxito en esta empresa tenemos que inventarnos un enemigo creíble —terció Fernando—. Yo puedo acercarme a León para convencer a Alfonso de que, si nos apoya un poco, ganará mucho, porque forzaremos a la reina a entregarle algunos castillos en litigio —explicó el

conde don Fernando.

—Yo, por mi parte, no me quedaré de brazos cruzados esperando a que vuelvas de León. Antes de que regreses, ya estará el niño en mis manos —afirmó don Álvaro con rotundidad—. Me acercaré a Tablada del Cerrato y convenceré a García Lorenzo de que me lo entregue. Este caballero hará lo que yo diga mientras esté en Roma su valedor, el obispo don Tello, porque tiene poco que perder y mucho que ganar si me obedece. Os aseguro que desaparecerán todas sus dudas cuando compruebe hasta dónde estamos dispuestos a llegar —concluyó don Álvaro, que, a pesar de ser el benjamín de los hijos de Nuño y Teresa, era el más decidido de los tres y quien llevaba la voz cantante en el asunto.

Puesta en marcha la conjura, a través de caballeros y nobles afines a su causa, hicieron correr la especie de que el rey de León se disponía a invadir Castilla si no se le entregaban los castillos en disputa. Para hacer frente a esa plausible amenaza se convocarían unas Cortes en Burgos en las que ellos mismos o sus compinches cuestionarían la continuidad de Berenguela como regente de Castilla.

El caballero García Lorenzo, que se ocupaba aquella temporada de la crianza y educación del niño en un ambiente familiar y campestre, era un hombre sosegado y de buen talante, aunque avariciosillo. Más largo de talle que de luces y más dado a las componendas que a las disputas, era respetuoso del orden y de la jerarquía y tan pacífico como prolífico. Buena prueba de ello era la docena de hijos de todas las edades que poblaban aquella extensa heredad suya situada en el borde de un monte a las afueras de Tablada del Cerrato.

Estaba dicho caballero sentado a la mesa con toda su prole cuando las campanas de la iglesia comenzaron a tocar a rebato. Subió a la azotea del castillo, que dominaba todos los caminos del territorio. No le gustó la nube de polvo que crecía a ojos vista en el camino de Palencia.

«¿Muchos soldados son y parece que vienen con prisa? ¿Qué se les habrá perdido por estos pagos? En estos tiempos de penuria, gran desgracia será para mi familia que caigan todos ellos sobre mi hacienda como una plaga de langosta. Espero que no descubran la entrada de la bodega donde guardamos las provisiones».

Descendió de la torre justo cuando los componentes de una tropilla, al mando del alférez del rey, desmontaban de sus caballerías. Un enjambre de niños y mozuelos se disputaban sujetar las bridas del caballo del noble para recibir a los visitantes en la corralada de la entrada de la casa, que junto con las cuadras, pajares y el gallinero formaban aquella heredad.

*Tablada del Cerrato. 1215*

El caballero García Lorenzo no le gustó nada la petulancia del alférez del rey cuando desde lo alto de su caballo lanzó una despectiva mirada a la casona donde habitaba, pero le recibió con una simulada cortesía haciendo una gran reverencia.

—Gran honor es para este humilde caballero acoger en nuestra casa al glorioso don Álvaro Núñez de Lara, portaestandarte del noble rey don Alfonso en la memorable batalla de Las Navas de Tolosa.

—Mayor honor será el mío, si pudiera postrarme a los pies de su majestad para besarle la mano y rendirle homenaje como se merece.

—Lo tenéis al lado vuestro, señor mío, es el zagal que sujeta las riendas de vuestro caballo.

—¿Acaso el obispo don Tello os ha entregado al rey de Castilla para que hagáis de él un vulgar palafrenero?

—Señor, aunque le placen los latines, su majestad ya ha hecho hoy sus tareas, bien es cierto que con notable esfuerzo, porque prefiere andar con los conejos y las gallinas y ordeñando cabras con mis hijos, antes que recitar de corrido los latines. Pero decidme, don Álvaro, ¿a qué se debe el honor de vuestra visita?

—Una vez que metan las monturas en las caballerizas, haced que preparen acomodo y una buena cena a mis hombres, que no hallaremos mejor hospitalidad en muchas leguas a la redonda.

—¿Vais de camino?

—¿Os molesta acaso nuestra presencia? —exclamó don Álvaro, con

simulado enojo—. De vos solo depende que regresemos de inmediato o gocemos de vuestra hospitalidad por tiempo indefinido. Mis hombres y yo mismo necesitamos un lugar como este para el reposo y la holganza.

Mientras familiares, servidumbre y cautivos y cautivas moriscos se arremolinaban alrededor de los visitantes y conducían a soldados y bestias al abrevadero, el caballero García Lorenzo, rascándose la cabeza con preocupación, le dijo al ilustre visitante:

—Mejor será que encontremos a solas el modo más sencillo de satisfacer vuestras necesidades su señoría y vuestro humilde servidor.

—Eso lo haremos con toda franqueza tan pronto como estemos sentados a la mesa departiendo los dos solos mientras nos sirven una buena cena.

—¿Solos vos y yo o en presencia de su majestad?

—No he venido desde tan lejos para aburrir al rey con nuestra cháchara, sino para darle el protagonismo que se merece por los altos designios que le esperan. Me gustaría hablar un momento con él, porque no me ha parecido conveniente para su educación que ande corriendo por los corrales entre los gañanes y detrás de los animales. Un rey es rey desde que nace hasta que reposa en el sepulcro de un templo dos siglos después de muerto.

Enrique, que llevaba en la mano un polluelo, no le mostró su mejor cara al visitante y agachó la cabeza en cuanto estuvo en su presencia.

Don Álvaro miró con extrañeza al caballero García Lorenzo y, señalando al polluelo, hizo un gesto de desaprobación.

—Señor, es muy propio de los niños encariñarse con los animales, sobre todo si son de su propiedad —replicó el preceptor del rey.

—¿Me estáis diciendo que ese niño tiene pollos?

—Así es, don Álvaro. Tiene pollos, gallos y gallinas, que los trajo de Sahagún.

—También tengo conejos en el gallinero y patos... y cangrejos en el arroyo —interrumpió Enrique—, y son de mi propiedad.

—Mala educación es esa. Las crías de los animales enternecen a los niños. Los reyes tienen intereses y razones de estado. Los sentimientos los ablandan y les estorban y son cosa de mujeres. Aviados estarían sus reinos si fueran a la guerra o a la justicia con el corazón enternecido.

A Enrique le disgustaba el caballero y le ignoraba. Solo miraba al polluelo, al que acariciaba sin disimulo.

—¿Eso que llevas en la mano es pollo o pollita? —preguntó con sorna el de Lara.

—Es un gallo muy hermoso y muy grande y pronto será el amo del corral —respondió el rey niño mientras recordaba lo que le dijo su madre poco antes de

morir. «Aunque llegues a ser un gallo muy grande. Haz siempre caso a Berenguela. Pase lo que pase».

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es ley de vida.

—¿Y si el pollito muere antes de tiempo?

—Me daría mucha pena, pero no pasa nada porque hay más pollitos en su familia. Alguno de ellos ocupará su sitio porque siempre hace falta un gallo en el corral.

En aquel momento —¡oh, casualidad!— cantó un gallo en el corral.

—Nada me gustaría tanto, señor García Lorenzo, como que prendierais a ese gallo que ha cantado y me lo sirvierais asado para la cena —pidió el de Lara.

\* \* \*

Hasta donde cenaban a solas llegaban las risotadas y los cánticos de la soldadesca y los gritos de las moriscas que los atendían. La mesa era servida por las hijas del caballero, muchas de ellas en edad de merecer.

—Tenéis muchas hijas, por lo que veo, señor García, pero no veo a vuestra esposa por ninguna parte. ¿Acaso está enferma o no le agrada recibir visitas?

—Tres son mis hijos varones y nueve son las doncellas que la pobre me dejó. Ya me gustaría que nos acompañara, pero murió hace seis años, cuando nació la pequeña.

—Compruebo complacido que en esta casa no falta de nada, vuestras hijas son muy hermosas y no escasean los alimentos. La servidumbre no está famélica y tampoco los animales. ¿Se puede pedir más? Me alegro por vos y por el rey. Este es un buen lugar para su crianza siempre que... —Don Álvaro dejó el condicionante flotando en el aire y él ánimo del caballero en suspenso—... Siempre que nos entreguéis al rey para su educación y bajo nuestra guardia y custodia.

—Educar y cuidar al rey niño es una gran responsabilidad y un gran honor para mí, pero la tarea que se me ha encomendado me está ocasionando la ruina. Sin embargo, para entregároslo se requiere la autorización de su hermana, la reina doña Berenguela. Y tiene que ser por escrito o que lo ratifique el obispo de Palencia, que es quien me lo ha encomendado.

—No tengo ninguna prisa en convencerlos de que hagáis cuanto antes lo que os digo. Aquí se está bien y se come mejor. Se nota que tenéis buen servicio y buena despensa. Tanto mis hombres como yo podremos reposar y solazarnos, por lo menos hasta que vuelva don Tello del concilio, que, por lo que dicen, va para largo. Mientras tanto, podemos dar instrucción militar a su majestad, que

buena falta le hace, enseñarle a dominar el caballo e iniciarle en las artes de la guerra.

El caballero García Lorenzo calló mientras hacía cálculos de lo onerosa que iba a resultarle la educación del rey más el hospedaje de aquella tropa si la estancia se prolongaba.

—Vuestro silencio me dice que sois un hombre listo y razonable y pensáis en las consecuencias de vuestros actos. El niño se quedará a vuestro cuidado por un tiempo con sus conejos y sus polluelos, porque ese afecto suyo por los animales me ha ablandado el corazón y no quiero separarle de ellos. Pero me tendrá que acompañar cuando haya menester de su presencia. Sin embargo, para aliviaros de la carga que supone su crianza, me llevaré conmigo a las más hermosas de vuestras hijas para que me sirvan como doncellas y a vuestro primogénito para que quede a nuestro servicio y se ejercite en el oficio de la caballería. A cambio de esta generosidad mía para con vuestra prole y de garantizar su seguridad y su honra, tenéis que jurarme que todo seguirá como hasta ahora y que nadie sabrá nada de este acuerdo nuestro entre caballeros.

Al ver que el susto de su interlocutor le había hecho abrir desmesuradamente los ojos y cerrar a cal y canto la boca, sonrió satisfecho porque era señal de que aceptaba cederle la educación y custodia del rey.

—Decidle a vuestros hijos (mis nuevos servidores) que se vayan preparando, porque partimos mañana tan pronto como amanezca.

\* \* \*

Berenguela sabía que habiéndose apoderado los hermanos Lara de la tutela del niño, su situación había empeorado considerablemente y, ante la petición de reunir a las Cortes de Castilla que habían formulado los nobles y los representantes de las villas y ciudades, no podía hacer otra cosa que determinar la fecha y el lugar de su convocatoria. Lo hizo sin demora, a pesar de que, en ausencia de los obispos, era consciente de la soledad en que se encontraba en medio de aquel mundo de guerreros y hombres fácilmente manipulables, que eran cómplices, vasallos o paniaguados de los hermanos Lara.

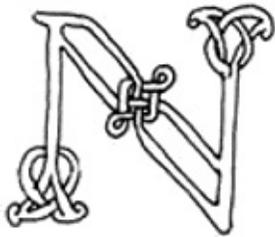
En la soledad de sus austeras estancias del palacio real del monasterio de Las Huelgas de Burgos, echaba de menos la indiscutible autoridad de su padre y los sabios consejos de su madre.

Ansiosa de ayuda, abrió su corazón a don Rodrigo en una carta en la que le ponía al corriente de los asuntos del reino.

*Berenguela, por la gracia de Dios reina de León y también, junto a su*

*hermano Enrique, reina de Castilla y de Toledo, a nuestro respetado y bienamado hermano en Nuestro Señor a cuyo servicio tiene vuestra reverencia entregada su vida y su alma como arzobispo de Toledo y primado de España, paz y bien.*

*Esperando que esta carta mía no os distraiga de las importantes deliberaciones que los santos padres de la sacrosanta Iglesia romana estáis llevando a cabo para la salvación de las almas cristianas, la regeneración de las costumbres, la erradicación de las herejías y la derrota de los infieles, como regente del reino he de deciros que me he visto obligada a convocar Cortes Generales en Burgos con carácter urgente, a petición de los representantes de numerosas villas y ciudades de nuestros reinos con el pretexto de una inminente invasión por parte del rey de León, que, según ellos, ha generado mucha turbación entre las gentes. Como barrunto que detrás de todo ello hay escondidas inconfesables ambiciones de ciertos nobles que se aprovechan de vuestra ausencia y la de otros preclaros prelados, os suplico que, cuando los asuntos del concilio lo permitan, consigáis del papa licencia para regresar a Castilla en estos momentos de tribulación en que tanto necesitamos de vuestra presencia y de vuestro sabio consejo.*



ada más recibir aquella misiva de doña Berenguela, que no esperaba y era la primera que ella le escribía de su puño y letra, honor que solo reservaba para su familia, el arzobispo, en un gesto muy suyo, se llevó las manos al pecho y apretó aquel tesoro contra su corazón. Después de besar la carta repetidas veces, la abrió temeroso de que las letras salieran volando como mariposas negras y se perdieran en el aire para siempre, por ser portadoras de una desgracia irreparable. Pero al ver que nada de esto había ocurrido, porque no se había añadido ningún eslabón más a la cadena de muertes habidas durante los meses precedentes, procedió a su relectura porque le había llamado la atención la palabra «bienamado».

Aquella dichosa palabra le trajo a la memoria la enorme turbación que le produjo la confesión de los pecados de incesto y perjurio de Berenguela en los castillos y los celos *a posteriori* que desencadenaron. Pero halagado y a la vez sorprendido por este calificativo, procedió a oler y leer la misiva despacio y entre líneas para saborear su contenido y descifrar su significado hablando consigo mismo en voz alta en la soledad de su aposento de Letrán.

—No te confundas ni te engañes a ti mismo, Rodrigo, y mucho menos te hagas ilusiones sobre el significado. El encabezamiento dice bienamado hermano. No dice bien y después amado. Léelo de corrido y fíjate en lo que sigue: bienamado en Nuestro Señor. Lo de amadísimo es un formulismo. Recuerda la Epístola de San Pedro cuando dice: «Amadísimos, esta es la segunda carta que os escribo. Mi propósito es excitar con mis exhortaciones vuestra sana inteligencia». Pues aplícate el cuento. Ella, al igual que San Pedro, no quiere excitar tus insanas pasiones, sino exhortar tu sana inteligencia.

»Pero lo de solicitar permiso al papa Inocencio y escaparse del concilio para socorrer a Berenguela, ¡a Berenguela precisamente! ¡Ni se te ocurra! Lo que urge ahora es contestarle a la señora de inmediato, pidiéndole mucha prudencia, sobre todo en lo que atañe a los negocios del reino, y que envíe cuanto antes a sus hijos Fernando y Alfonso a la corte de León, con el mandato de que frenen las pretensiones de su padre. Que se apresure, no vaya a ser que por la preocupación de salvar la regencia de Castilla descuide los derechos de su hijo Fernando a la corona de León que legítimamente le pertenece.

\* \* \*

En Burgos, Berenguela sabía que aquellas Cortes no eran las habituales. Se notaba en el ambiente que el aire estaba enrarecido. Los tres hermanos Lara estaban tranquilos y se mostraban discretos, pero algunos de los nobles más cercanos a Berenguela, como los Meneses de Palencia, y los Haro y los Cameros de La Rioja, andaban inquietos porque había mucha agitación y revuelo entre los representantes venidos de Ávila y otras importantes localidades situadas al sur del río Duero, que era donde los Lara tenían más partidarios.

Pasados los encendidos elogios y los lamentos por el fallecimiento de don Alfonso y doña Leonor y las posteriores presentaciones de las delegaciones y los saludos protocolarios, comenzaron las intervenciones, que, quizás por la ausencia de los reyes Alfonso y Leonor y de los obispos, se desarrollaban en un tono más desordenado y encendido de lo que era habitual en Cortes anteriores. Curiosamente, en todas ellas se interpelaba a la reina Berenguela directamente.

—Señora, en este consejo no seremos los concejales del otro lado del Duero quienes digamos que hay que entregar esos castillos para tener la paz con el rey de León. Quienes digan que hay que darle esas fortalezas porque nuestro rey es niño y no puede defenderlos deberán ser tenidos por traidores —dijo el primer orador.

«Bien empezamos —pensó Berenguela—. ¿Se refieren a Enrique o me señalan a mí?».

—Señora, los que dicen que no podemos sostener una guerra, porque el rey es niño, no representan a nadie, porque él tiene muy buenos vasallos para aconsejarle y defender la tierra que le dejó su padre. Que no hay rey en el mundo que tenga mejores y más leales súbditos que nosotros —añadió un segundo interviniente.

«Ya veo adónde quieren ir a parar estos caballeros con semejantes advertencias. “Los mejores y más leales”, ¿leales a quién? No me gusta nada el camino que llevan», se dijo Berenguela, que había accedido a regañadientes a

convocar aquel consejo después de las reiteradas peticiones de nobles y representantes de villas y ciudades.

—Señora, sabéis que las milicias concejiles de Ávila guardamos a vuestro padre cuando era mancebo y defendimos y conquistamos castillos durante su glorioso reinado. Todos los que nos deis ahora, aunque sean muchos, los defenderemos cumplidamente.

«Es lo que yo me temía. Hablan y hablan uno tras otro y, si cierro los ojos, me parece escuchar siempre al mismo sujeto. Se nota a la legua que están confabulados. Todos van por la misma vereda trillada dando a entender que un rey niño es incapaz de defender su reino y una regente mujer mucho menos», seguía elucubrando, alarmada, Berenguela al comprobar que, tal y como ella se temía, aquellas Cortes eran una verdadera encerrona de los ambiciosos hermanos Lara y sus aliados, que pensaban que la reina se había echado en brazos de los obispos.

—Señora, después de estos años de malas cosechas, inundaciones, sequías y calamidades sin cuento, que, añadidas a la guerra contra los infieles, dejaron las arcas del reino vacías, no estamos en condiciones de sufragar un ejército que nos defienda. Necesitamos la paz con el reino del León y mantener las treguas con nuestros enemigos de África para permitir a nuestros vasallos que repongan sus ganados, siembren sus cosechas y planten nuevos frutales y viñedos. Tenéis que entender que es una gran tentación para nuestros enemigos que el rey sea un niño y el regente sea una mujer.

«Acabáramos. Ya soltaron lo que querían y traían bien preparado. De eso se trataba... ¡Cuánto rodeo han tenido que dar para llegar a donde querían desde el principio!». Berenguela, tras este pensamiento, disimulando su enojo, respondió, hablando pausada y persuasivamente:

—¡Podéis estar tranquilos, caballeros! Sabéis todos que he tenido por guía y ejemplo a mi padre, el mejor maestro del mundo, el gran rey don Alfonso el Noble, de imperecedera memoria, al que tanto debemos todos. Él me nombró por dos veces heredera de su reino. Soy la reina de León y por ello estoy al corriente de los asuntos del gobierno, tanto por experiencia propia como ajena. Quizá algunos no sepáis que durante los preparativos y el desarrollo de la batalla de Las Navas me ocupé de la intendencia de nuestros ejércitos y de ejércitos venidos de otros reinos, y junto con los mejores servidores de mi padre me encargué de que, a pesar de las penurias que sufríamos entonces, no les faltara de nada a nuestros soldados, entre los que os encontrabais muchos de los aquí presentes y, al principio, a los cruzados que llegando de allende nuestras fronteras. ¿Qué tiene de malo que gobierne una mujer? ¿Es que acaso soy extranjera en mi tierra y desconozco su gobierno, su religión y sus costumbres?

—No es por menospreciaros, señora, pero lo mejor para evitar ataques de nuestros enemigos sería que la regencia descansara sobre algún noble guerrero que haya prestado impagables servicios a Castilla y haya gozado de la confianza de vuestro nobilísimo padre, el gran rey don Alfonso. Y como conviene que el rey conozca las ciudades, los castillos y los asuntos del reino, parece deseable que la regencia y la tutoría recaigan sobre una misma persona. De este modo, habría una sola voluntad y un solo corazón.

Tal como lo habían preparado los hermanos Lara con lisonjas y promesas, la mayor parte de los nobles y caballeros consintió en que don Álvaro fuera tutor del rey y llevara los asuntos del reino.

Sabiendo que García Lorenzo, haciendo dejación de su obligación de ayo nutricio y educador del niño, había dejado a este en manos de don Álvaro, ¿qué otra cosa podía hacer Berenguela que rendirse a la evidencia de lo precario de su situación? Sabía que era mejor ceder momentáneamente y negociar, esperando tiempos mejores cuando regresaran los obispos, que encastillarse en una posición indefendible en medio de aquel conciliábulo de guerreros, burgueses y villanos confabulados con los hermanos Lara para sustraerse a su gobierno.

—Puedo admitir que sea como decís, pero solo daré mi asentimiento si se aceptan estas tres condiciones: que mía será la última palabra y por ello tengo derecho a veto sobre los asuntos que considere fundamentales para el bien del reino y de nuestros súbditos; que no se hará nada de importancia sin mi conocimiento ni pondrá nuevos tributos sin una autorización expresa y que nadie declarará la guerra o firmará treguas sin mi consentimiento. Y nadie cambiará los actuales gobiernos ni efectuará donaciones de importancia en contra de mi voluntad. Para que quede claro, no habrá nombramientos de nobles ni remociones de cargos próximos al rey y estos quedarán tal y como los dejó mi padre, hasta que mi hermano Enrique sea mayor de edad y gobierne por sí mismo. Para conseguir que yo consienta en lo que me pedís, tenéis que jurar solemnemente que cumpliréis fielmente mis condiciones.

Don Álvaro juró ante la cruz y los Evangelios que todo se haría como decía doña Berenguela y añadió que, si no cumplía lo estipulado, lo tomaran por perjurio con todas sus consecuencias.

\* \* \*

Tan pronto como obtuvieron la regencia, los hermanos Lara se apoderaron del tesoro real quitando el cargo de mayordomo a don Gonzalo Ruiz Girón para que lo tuviera Fernando Núñez de Lara. No contentos con esto, don Álvaro, que seguía siendo alferez del rey, envió mensajeros a la reina con una carta del rey

Enrique para exigirle la entrega inmediata de los castillos de Burgos, San Esteban de Gormaz, Curiel, Valladolid e Hita y también los puertos de la mar. Aquel golpe de mano significaba desposeerla de muchos lugares estratégicos que eran suyos por herencia y donde se habían hecho fuertes sus partidarios.

Cuando Berenguela leyó la carta de su hermano, se llenó de tristeza. Le respondió a través de un mensajero de confianza que le daría los castillos y lo demás que él le mandase como hermano y señor suyo que era. Pero que solamente lo haría cuando se entrevistaran a solas.

El rey —que odiaba y temía a su alférez, y recordaba todos los días el consejo postrero de su madre: «Pase lo que pase, haz siempre lo que te diga tu hermana Berenguela»— respondió que sentía lo de la carta anterior y que se iría con ella de inmediato si conseguía distraer la atención de sus guardianes.

Vista la voluntad de su hermano de regresar junto a ella, Berenguela envió a don Rodrigo Valverde, hermano de un fiel servidor suyo bien conocido del rey niño, para que sacara a este de las manos de los hermanos Lara, que le tenían confinado en el castillo de Maqueda. Para desgracia del mensajero, que fue descubierto por los soldados de don Álvaro, después de acusarle de intentar envenenar al rey, le dieron muerte en la horca.



nquietos por el posible rescate de Enrique y por las deserciones de nobles que se producían en la corte para engrosar las filas de los leales a doña Berenguela, los hermanos Lara urdieron una estratagema.

—Tarde o temprano se nos escapará. Echa de menos el ambiente familiar y la vida muelle que tenía en Las Huelgas —dijo Fernando.

—Es un poco corto de entendimiento y, como benjamín tardío y criado ente mujeres, se nota que es blando y perezoso y poco dado al esfuerzo y al ejercicio de las armas. Parece que ha nacido para granjero o para pastor. Cuando sea mayor preferirá cuidar un rebaño que conducir un ejército —añadió Álvaro.

—Mejor para nosotros, así nos dejará hacer durante la minoridad y después al hacerse mozo. Para cuando eso ocurra, bueno será tenerle entretenido con mujeres para que se engolfe en los placeres de la carne —propuso Gonzalo.

—Todavía no tiene edad para corromperle con prostitutas. Lo mejor sería buscarle una infanta fogosa y maternal más interesada en hijos y en rezos que en cosas del gobierno del reino. Podrían ser Dulce o Sancha, que las tiene el rey de León por casar, aunque lo tiene difícil porque no son muy agraciadas y andan entradas en años —replicó Álvaro.

—Cualquiera de las dos podría ser su madre. Mejor convendría Mafalda de Portugal, antes de que se meta en el convento porque ya anda cerca de los veinte —sugirió Fernando.

—Pero Enrique todavía es impúber y mucho me temo que le queda bastante para despuntar —puntualizó Álvaro.

—A lo mejor espabila si se le ayuda con estímulos. Si Mafalda colabora, no

pensará en otra cosa —intervino Gonzalo.

—Aparte de la diferencia de edad, hay consanguinidad. ¿Qué pensarán Berenguela y el papa? —preguntó Fernando.

—Ella ni se imagina esta astuta maniobra. Se enterará cuando hayamos cerrado el negocio y hará cuanto esté en su mano para desbaratarlo. Y el papa que diga misa... que la Iglesia es tan pronta en amenazar como lenta en sentar la mano. De momento los casamos y luego ya se verá. El caso es ganar tiempo ahora que el papa y los obispos están entretenidos con el concilio —concluyó Álvaro, que, aunque era el menor de los tres, por ser el alférez y el más osado siempre decía la última palabra.

\* \* \*

Viajó a Portugal don Álvaro, trajo con engaño a Mafalda, doncella de largos cabellos, agraciada, menuda y muy lozana, diciéndole que Enrique tenía ya trece años y era muy cumplido para su edad.

Nada más ver al niño, y la cara de susto que tenía cuando le dijeron que le casarían enseguida con ella, Mafalda se dio cuenta de la trampa. Pero no quería volver de inmediato a Portugal sin comprobar algunos pormenores.

—No tengas miedo, hijo mío, que no tenemos ninguna prisa. Ya habrá tiempo para ello en cuanto madures.

—No tengo miedo, señora, solo tengo un poco de susto.

—¿Pero tú de verdad cuántos años tienes?

—Eso quisiera saber yo, porque antes tenía solo once, pero ahora tengo dos más.

—¿A qué juega mi señor cuando tiene que distraerse? —preguntó Mafalda para ganarse su confianza.

—A cuidar a los conejos y a los pollitos y a perseguir gallinas corriendo detrás con el gallo.

«Como hacen todos los reyes —pensó ella sonriendo—. Pobre criatura, este niño lo que necesita es la madre que le falta y no la esposa que le sobra».

Mafalda se sentía burlada y estaba confusa, pero no quería precipitarse ni agobiar al muchacho. Por una parte, prefería esperar un cierto tiempo, pero, a la vista del enconado conflicto que había entre la hermana del pequeño rey y el regente, sopesó regresar a su país. Para ello escribió una carta a su hermano el rey Alfonso contándole lo sucedido y pidiéndole que deshiciera el acuerdo. La contestación fue un jarro de agua fría para ella porque el rey de Portugal le exigió que cumpliera con su deber de esposa y que intentara por todos los medios consumir el matrimonio cuanto antes para no perder la dote asignada por

el rey de Castilla. Por ello se armó de santa paciencia y con cristiana resignación procedió a aproximarse poco a poco a la criatura, jugando a menudo con él al ajedrez y llevándole a dormir a su cama, contándole historias y cantándole nanas y coplillas.

*Pequeño vigía de la torre,  
vigilad vos al celoso,  
vuestro malvado señor,  
más aborrecible que el alba,  
porque nosotros aquí abajo  
hablamos de amor.  
Pero nos da miedo el alba.  
¡el alba, ay, el alba!*

Entre canciones, cuentos y caricias, Mafalda entretenía las veladas esperando pacientemente el despertar de su esposo.

—Si os molesta, lo dejamos, mi señor, que no quiero apremiaros ni afligiros.

—El que me apremia y me aflige es don Álvaro, pero vos podéis seguir poco a poco, señora mía, porque las cosquillas y las caricias que hacéis me dan mucho gusto y así me duermo enseguida.

Mafalda le había cogido cariño a la criatura y, como no le quedaba más remedio que dejar pasar el tiempo para que el árbol floreciera, se afanaba en ganarse su confianza a la espera de que la naturaleza proveyera lo que se esperaba de ella cuando estuviera en sazón Enrique. Este estaba gozoso con tan grata compañía por la dulzura con que le trataba y por las mañas que le enseñaba.

\* \* \*

Berenguela, que se había enterado por una carta de su hermana Urraca de la boda de Mafalda y Enrique, aunque furiosa, nada pudo hacer ante los hechos consumados, a pesar de que consideró inapropiado e inconveniente el disparatado y precipitado casamiento de su hermano, asunto que por importante era de su exclusiva competencia. Pero hizo mucho para desbaratarlo porque, tan pronto como tuvo noticia de este, escribió al arzobispo de Toledo con el encargo de que entregara su petición de excomunión en mano al papa Inocencio, porque

sabía que era imprescindible utilizar el conducto episcopal para evitar que se perdiera en los vericuetos de la curia entre el montón de asuntos cuya resolución se posponía por la urgencia en acabar el concilio.

El cardenal primado se las prometía muy felices al ver lo abultado del sobre que contenía las misivas y pensaba sin fundamento que la totalidad del contenido sería para él. Su decepción fue grande porque se dio cuenta de que le escribía solamente por su condición de intermediario del papa. A pesar de ello, leyó con mucho nerviosismo el encabezamiento.

«Nada nuevo —se dijo decepcionado—, lo de bienamado es un calificativo protocolario. Lo pone por rutina en todas las cartas. Podría poner sapientísimo de igual modo. Menos mal que me ha hecho caso y ha enviado a sus hijos a León con el padre. Por lo demás, lo que yo me temía: fracasos, retrocesos, congojas y lamentos de mujer. Solo me echa en falta a causa de su soledad y en ausencia de un consejero fiable, que es lo único que necesita de mi humilde persona».

En su carta al papa, Berenguela se refería exclusivamente al casamiento de Enrique con Mafalda, pero aparte de recordarle el grado de consanguinidad que había entre los contrayentes, no dejaba de mencionar que ella había hecho penitencia por su pecado al haberse casado también con un familiar cercano, añadía que ni había causa de guerra entre Castilla y Portugal, que ni ella, que era su hermana, ni el niño, que era menor de edad, habían dado su consentimiento y que la excomunión de ambos debía ser inmediata... y el entredicho cumplido con toda severidad. Y sobre todo recalca que si el niño se daba a la lascivia cuando le faltaba mucho para poder procrear, no habría modo de apartarle de la lujuria en todos los días de su vida y se desentendería por completo de la cruzada, del cuidado del reino y del servicio de la Iglesia.

La carta de Berenguela tuvo un efecto fulminante. «¡Válgame Dios, cuánta ambición, cuánto despropósito y cuánto desatino hay en los hijos de don Nuño y doña Teresa! ¿Adónde van a parar con semejante matrimonio que ni Dios ni la Iglesia aprueban ni la naturaleza consiente?», se dijo, escandalizado, don Rodrigo. Vista la gravedad del asunto e impaciente por servir a su reina, el arzobispo viajó a Perugia, donde, a pesar de sus muchos quehaceres conciliares y de su deplorable estado de salud, fue recibido por el papa Inocencio, que era un furibundo enemigo de los matrimonios incestuosos.

Como el caso que les ocupaba implicaba además a un rey niño de escasas luces, dictó excomunión para la pareja y, pocos días antes de morir, ordenó a Mauricio, arzobispo de Burgos, y a don Tello, obispo de Palencia, que separaran de inmediato a la pareja que ni había consumado ni había modo de que lo hiciera.

\* \* \*

Don Álvaro no quería en ningún modo que Mafalda, de la que se había encaprichado porque era ya una mujer muy cumplida, volviera a Portugal.

—Señora mía, desde que habéis llegado a esta tierra habéis dado tales muestras de prudencia, sagacidad y buen corazón que es muy de lamentar la decisión del papa de privarnos de una reina tan piadosa, cumplida y hermosa como vos.

—Agradezco vuestro empeño de hacerme reina de Castilla. Vuestros elogios me halagan, pero ellos no tienen poder para torcer la voluntad de su santidad, que yo, como cristiana obediente, acato sin la menor reserva.

—A pesar de no haber podido conseguir el fin previsto, no por eso tenéis que regresar a vuestra tierra de inmediato.

—Disuelto el vínculo con don Enrique, ya nada puede retenerme en tierras de Castilla. Vuelvo tan doncella como llegué, porque nada he perdido en este tortuoso camino hacia el matrimonio y nadie espera otra cosa que mi retorno. Lo siento por don Enrique, que me tenía mucha afición y me temo que se llevará un gran disgusto porque se había encaprichado conmigo.

—¿Me podéis creer si os digo que vuestra presencia juvenil y vuestra radiante alegría han disipado la fúnebre tristeza de esta mortecina corte y han compensado los quebrantos y sinsabores que el oficio de regente conlleva?

—Es muy amable lo que decís, don Álvaro, pero abreviad porque ya lo tengo todo dispuesto para partir. El viaje es largo y el tiempo apremia — respondió Mafalda, ofreciéndole la mano en señal de despedida.

—Tengo que deciros que os amo desde el primer instante que os vi y, ya que no podéis ser la esposa del rey Enrique porque no lo consiente el papa, me ofrezco yo mismo en su lugar para daros en abundancia lo que él no podía — exclamó don Álvaro, poniendo cara del santo que acude al martirio con resignación.

Al sentir que don Álvaro, después de echarle su fétido aliento, retenía su mano con su extremidad sudorosa, sintió tal escalofrío que se quedó sin aire, crujió el hielo bajo sus pies y se fue hundiendo lentamente en el agua gélida de una charca sin fondo y a punto estuvo de sufrir un desmayo. Hasta entonces apenas había prestado atención al regente, uno más de los estirados y avejentados nobles castellanos que custodiaban a Enrique más que como a su rey, como si fuera un prisionero. Pero ahora le observó con detenimiento y repugnancia. ¿Cómo se atrevía a hacerle una proposición semejante aquel viejo de mirada fiera, respiración agitada y nariz hendida por un profundo corte, al que le faltaban tantos dedos como dientes en la mano gélida que le apretaba la suya y

que arrastraba una pierna al andar como si llevara atada en ella una piedra? Dedujo que el regente había perdido el oremus y que, a causa de los muchos años, achaques y batallas, carecía por completo del sentido de la proporción, de la medida y del decoro, y que estaba fuera ya de su tiempo o no estaba en su sano juicio de tantos disparates que hacía y desmanes que cometía tratando de alcanzar por la fuerza donde no llegaba con sus facultades o por sus méritos. Empujada por una repulsión visceral, hizo acopio de fuerzas y tiró fuertemente del brazo tratando de desasirse de aquella garra que apresaba su mano.

—¡Cómo os atrevéis a hacerme una proposición semejante! ¿En tan poco me tenéis? ¿Me tenéis por tonta o es que habéis visto pintada en mi rostro la desesperación de una mujer burlada y engañada? ¿Me estáis diciendo que lo que al niño le falta a vos os sobra? Desvergüenza es lo que os sobra, señor regente, porque habéis perdido la cabeza después de perder el honor. ¿Con qué tesoros y lisonjas queréis comprar el mío? Soltad mi mano, os pido, que vuestro aliento envenena todo lo que os rodea. Triste destino le espera al rey Enrique apresado en vuestras garras, como triste habría sido el mío de no haber sido por el papa, porque vos, después de haberme burlado con este matrimonio imposible, queréis herirme con otro reprobable. Hija y nieta de reyes soy. Mi destino estaba escrito. O reina o convento. Sabed que me espera en este último un esposo fiel que nada exige y siempre consuela.

Por fin pudo soltarse y escapar corriendo de aquel odioso caballero que levantaba castillos en el aire.

\* \* \*

El pequeño rey Enrique se llevó un gran disgusto cuando conoció la partida de Mafalda, pero al cabo de unos días encontró consuelo de nuevo entre los polluelos y los conejos. Ella volvió a Portugal tan virgen como había venido. Cuando salió de Castilla, como no soportaba el trato que le daba su hermano en la corte, ya había decidido ingresar en el convento de Arouca, buscando la santidad entre la soledad de sus muros.

A pesar de aquel fracaso, los hermanos Lara no cejaron en su empeño y prepararon una entrevista en la ciudad de Toro entre los reyes de León y Castilla, Alfonso y Enrique respectivamente. Asistieron, acompañando al rey de León, las infantas Sancha y Dulce para ver si alguna de las dos era del gusto del pequeño Enrique.

«Hacer a Enrique yerno del rey de León es lo peor que puede ocurrirle a Berenguela, después de haberle quitado el reino de Castilla, porque además desplazaríamos a su hijo Fernando en la sucesión al reino de León que el rey

Alfonso quiere para una de sus hijas», pensaba el regente cuando acudía a la entrevista.

A pesar de los esfuerzos de don Álvaro, aquella disparatada propuesta matrimonial tampoco cuajó. La familia real leonesa estaba escarmentada con tantas excomuniones y entredichos por culpa de los sucesivos matrimonios entre familiares cercanos. Y además, a Enrique, que acababa de cumplir doce años y todavía echaba de menos las caricias de la dulce Mafalda, aparte de adustas y engreídas, le parecieron muy mayores aquellas señoras, no en vano Sancha tenía veinticinco años y Dulce solo veintitrés, aunque parecía mayor que su hermana.

Se frustraron los matrimonios, pero ese fracaso le costaría muy caro a Berenguela, porque visto que el camino diplomático estaba cortado, los Lara acudieron a la fuerza para resarcirse de las afrentas y afianzar su posición.

*Castillo de Autillo de Campos (Palencia). 1217*

el mismo modo que la claridad del amanecer termina por mostrarnos la condición material de los objetos que esconden sus defectos entre las sombras, el horizonte del infortunio se despejaba para Berenguela en Castilla, porque los abusos de poder, los desafueros y los desmanes que cometían a la luz del día los hermanos Lara gobernando en propio beneficio les hicieron granjearse muchos enemigos entre el resto de la alta nobleza y en el clero, de tal modo que algunos de ellos se unieron al bando de Berenguela junto con los Ruiz Girón, los Téllez de Meneses, los hijos de Diego López de Haro y los Díaz de Cameros, para hacer frente a los usurpadores.

Doña Berenguela se hizo fuerte en el entorno de Valladolid, que era ciudad de su propiedad, y en Palencia, cuyo obispo era don Tello Téllez de Meneses. El conde Álvaro Núñez de Lara, por su parte, se retiró hacia tierras de Ávila y de Toledo, donde consiguió el apoyo de las principales villas y ciudades, asumiendo el poder absoluto. El magnate, además de seguir siendo alférez real y mantener la regencia en su mano, seguía teniendo al rey consigo. No contento con ello, se tituló a sí mismo procurador o ministro plenipotenciario universal del reino, título nunca utilizado, que era equivalente al de virrey.

Con la división de la nobleza, del pueblo y de los territorios, la guerra civil estaba servida. Por la Pascua de Resurrección de 1217, el señor de Lara inició por Tierra de Campos una campaña de saqueo y castigo a los territorios y propiedades de sus enemigos, que no se atrevían a presentar batalla porque el rey Enrique acompañaba al de Lara en el ejército que los combatía. La presencia de Berenguela y el rey su hermano en cada uno de los bandos en aquella

inexplicable guerra civil hacía que la confusión y el desconcierto en las poblaciones fueran creciendo según avanzaba aquella contienda, que añadía más sufrimiento y penalidades a las sufridas por las gentes a causa de las inundaciones y las heladas de años precedentes.

La situación se hizo tan insoportable para Berenguela que optó por refugiarse en el castillo de Autillo bajo la protección de don Gonzalo Ruiz Girón, un leal caballero que había sido mayordomo con el noble rey don Alfonso y gozaba de toda su confianza.

«¡Quién le mandaría al papa Inocencio convocar el Concilio de Letrán dejándome a merced de la ambición de don Álvaro y sus hermanos, al privarme del apoyo de los prelados que me protegían y defendían...!», pensaba la reina Berenguela, que había subido a una de las torres del castillo de Autillo mientras oteaba el horizonte desde lo alto, temerosa de que los usurpadores atacaran la fortaleza y la hicieran cautiva o la asesinaran para acabar con su tenaz resistencia. Al cabo de un rato le dio un vuelco el corazón al divisar en el horizonte una polvareda al tiempo que el centinela gritaba: «¡Viene un jinete al galope por el camino de Palencia!».

A los pocos minutos llegaba al puente del foso un clérigo, que, perdido el resuello, apenas si podía balbucear.

—¡Tengo que hablar de inmediato con la reina! Me envía el obispo don Tello. ¡Es un asunto muy grave! ¡Es un asunto muy grave!

En el patio de armas rodearon al canónigo numerosos caballeros, entre ellos don Lope Díaz de Haro y el señor de los Cameros, que habían puesto sus hombres y posesiones al servicio de la reina.

—El rey don Enrique se muere sin remisión...

Estas fatídicas palabras golpearon como piedras los oídos de Berenguela, que se precipitó por la escalera.

Cuando el clérigo vio que llegaba la reina, dobló la rodilla, humilló su cabeza y después de besar su mano musitó:

—¡Una desgracia irreparable! ¿Quién lo iba a pensar? Diabluras de los muchachos.

La reina enmudeció e hizo un gesto de incredulidad y le indicó por señas que fuera más explícito.

Todos en el castillo, empavorecidos, escucharon el relato.

—Al parecer, don Enrique estaba jugando con unos donceles de su compañía en el patio del palacio del obispo y no se les ocurrió otra cosa que tirar piedras a las campanas de las torres con tan mala fortuna que uno de los guijarros que lanzó don Íñigo de Mendoza rebotó en la torre y partió una teja del alero, que salió volando y fue a parar a la cabeza del rey. Este se desplomó como

un pichoncillo sobre el enlosado. La sangre le manaba a borbotones de la cabeza y casi murió allí mismo. Enseguida llegó el médico y acertó a parar la sangría.

El correo pidió agua, sació la sed, se secó la boca con la manga del hábito y, ante la expectación de la concurrencia, exhaló un profundo suspiro y prosiguió su relato:

—Avisado del grave percance, el regente don Álvaro puso centinelas en las puertas y ordenó que nadie saliera del palacio sin su permiso bajo pena de muerte.

—¿Cómo habéis podido burlar vos el encierro?

—Llegó el obispo don Tello, administró los últimos sacramentos al moribundo y, dado que la herida es gravísima, sabedor de que solo un milagro puede salvarle, me llamó aparte y me ordenó que sin más tardanza me acercara a traeros la funesta noticia para que obréis en consecuencia. En cuanto se hizo de noche me escapé por el pasadizo que va del palacio a la cripta de la catedral.

—Correréis mucho riesgo si se entera don Álvaro.

—Pude pasar desapercibido porque había muchos clérigos y no notarán mi ausencia. Don Álvaro, vista la gravedad del rey, ordenó operarle a vida o muerte. A pesar de que el médico dijo que era inútil porque, de sobrevivir, quedaría muy dañado, le amenazó si no obedecía. Cuando estaban afilando el cuchillo, me escabullí aprovechando el barullo.

El relato del emisario de don Tello tenía a todo el mundo sobrecogido, especialmente a Berenguela, a quien le faltaba el aire porque aún no le habían brotado las lágrimas, pero un sudor helado como de escarcha le corría por la frente recordando las palabras del papa Inocencio: «Procederé contra ti y contra tu reino y a esta admonición seguirá una venganza mucho más acre de lo que te puedas imaginar».

«¡Ay, Dios mío, ayúdanos en esta hora funesta!», imploró recordando las palabras de su madre en el lecho de muerte, cuando le pidió que cuidara de Enrique como si fuera su hijo.

Viéndola tan descompuesta, el mensajero interrumpió su relato y hacia ella se dirigieron las miradas de todos los presentes.

Ella sabía que era mucho lo que estaba en juego en aquella encrucijada. Nada más y nada menos que el futuro del reino de Castilla y el de la cruzada. Las ideas sobre lo que convendría hacer y los temores sobre sus consecuencias restallaban en su cabeza como relámpagos. Enrique había muerto o podría quedar incapacitado a causa del accidente sufrido en el palacio de don Tello. Al igual que hicieron cuando ahorcaron a don Rodrigo Valverde después de acusarla de enviarle a Maqueda para envenenarle, don Álvaro y sus secuaces harían correr la especie de que ella había sido instigadora del accidente de su

hermano. Aunque por derecho le correspondía el trono de Castilla por ser la primogénita, los hermanos Lara, confabulados con su antiguo marido, reclamarían para este el reino de León y se pondrían de su parte las ciudades y villas de Castilla, como ya había comprobado en las Cortes de Burgos cuando le privaron de la tutela y de la regencia. Tenía por cierto que no admitirían por reina a una mujer por el mero hecho de serlo y mucho menos bajo sombras de sospechas. No contaba con apoyos suficientes para resistir en una guerra civil interminable que a nadie beneficiaría. Pero bajo ningún concepto quería volver al lecho del rey de León. Estaba de nuevo entre Escila y Caribdis. Solo había un modo de salir de aquel atolladero. Lo tenía claro. Como ella era la heredera legítima, ella misma heredaría el reino y asumiría el poder para gobernar junto a su hijo. Ella sería la reina legítima y Fernando el rey nominal, pero le debería el reino y tendría que seguir en todo sus directrices, tanto en lo político, como en lo militar y en lo moral.

De pronto se rehizo, recobrando el ánimo y el color, y con un timbre emotivo y decidido y la voz entrecortada por el dolor del momento exclamó, dejando estupefactos a todos los que la observaban:

—Hay que sacar a mi hijo Fernando del reino de León como sea y hay que hacerlo antes de que sea demasiado tarde para todos nosotros.

Recuperada la entereza, invitó a los nobles a que pasaran al salón del homenaje para recabar su consejo mientras les era servida la cena.

—No me cabe duda de que los hermanos Lara, tanto si el rey fallece como si queda incapacitado, se darán mucha prisa en ofrecer el reino de Castilla al rey de León. Lo harán invocando el Tratado de Sahagún. Me imagino que sabéis que don Álvaro y sus hermanos se titulaban a sí mismos hijos de la reina de León cuando al enviudar don Nuño, doña Teresa Fernández de Traba, se casó con el rey don Fernando de León —explicó don Lope.

Todos miraron a la reina Berenguela, que estaba ensimismada y guardaba silencio, pero no abrió la boca ni para hablar ni para comer.

—Vuestro antiguo marido aducirá que, como ya no queda ningún descendiente varón de vuestro padre, le toca a él heredar el reino de Castilla —apostilló Girón—. El tratado que firmaron don Fernando de León y vuestro abuelo Sancho dice *filius*, que puede ser hijo o hija. Creo más bien que significa descendencia, y vos sois la legítima heredera porque así fuisteis jurada por las Cortes castellanas por dos veces. Pero dada la situación de indefensión en que os encontráis, prácticamente sitiada por los señores de Lara, si estos se alían con el rey de León y nos atacan por ambos flancos, no creo que podamos ofrecerles resistencia alguna, y el reino de Castilla desaparecerá.

—Me tendrán que matar si quieren que renuncie a mi derecho a poseer el

reino de Castilla.

Admirando su determinación, todos miraban a Berenguela cuando vieron que un chispazo de energía y una sonrisa de malicia iluminaban su pálido rostro.

—Tenemos que traer con nosotros a mi hijo Fernando antes de que sea demasiado tarde... —afirmó con firmeza, señalando al de Haro y al de Girón—. Creo que por vuestro parentesco y amistad con ese rey, sois los más indicados para hacerlo. Marchad de inmediato hacia Toro, donde, según mis noticias, se encuentran desde hace días. Haced que venga con vosotros mi hijo Fernando, que ya es mayor de edad. Os lo pido por el amor de Dios para que podamos proclamarle rey de Castilla si fallece mi hermano, cosa que, por desgracia, parece inminente. Hacedlo con osadía, con sigilo o con fingimiento, pero traedme a mi hijo cuanto antes. —Dicho esto y dejándoles con la palabra en la boca, se puso en pie y exclamó—: ¡Señores! Una vez decidida su venida, sobran deliberaciones. ¡No perdamos más tiempo! Salid de inmediato. Aguzad el ingenio, jugad vuestras cartas y actuad según requieran las circunstancias. Dios proveerá y Castilla, el nuevo rey y yo misma os recompensaremos.



rotegidos por el embozo de la oscuridad, como si de ladrones se tratara, los señores de Haro y Girón, acompañados de unos pocos caballeros, se encaminaron a Medina de Rioseco, donde llegaron después del amanecer. Allí pudieron confirmar que el rey de León y sus hijos se hallaban en Toro con toda su corte. Después de reponer fuerzas y dar descanso a las caballerías, se dirigieron a su peligroso destino. Una misión incierta en una situación que no podía ser más complicada. El cesto de cerezas que era la nobleza de Hispania estaba revuelto, sobre todo para don Lope, que era primo hermano de Sancho Fernández, el hermanastro del rey de León, y además cuñado de Álvaro Núñez de Lara, el enemigo de la reina.

Con un rey menor de edad agonizante y el reino de Castilla dividido y en guerra, ellos tenían que engañar al rey de León para evitar que se apoderara del reino de Castilla que regentaba don Álvaro. Un hombre que había ganado un enorme prestigio, cuando, siendo alférez y portaestandarte del rey Alfonso de Castilla en Las Navas de Tolosa, saltó con su caballo por encima de la barrera de guerreros negros que defendían el palenque del Miramamolín.

Para no poner en riesgo sus vidas, les vino a la cabeza más de una vez durante el trayecto la idea de anticiparse a los señores de Lara y comunicar al rey de León la extrema gravedad del rey de Castilla. Un simple desliz en la conversación con el rey o una confidencia en un aparte... y la recompensa sería enorme.

Cuando cruzaban el puente sobre el Duero, con el castillo al fondo, y divisaron un templo majestuoso sobre el elevado terraplén que sustentaba las

murallas, las dudas flotaban sobre la cabeza de don Lope como las neblinas sobre las aguas del río.

Al poco de subir el empinado camino y cruzar la puerta de la muralla, después de identificarse como embajadores de la reina Berenguela, se dieron de bruces con don Pedro Muñiz, arzobispo de Compostela, que andaba husmeando entre los andamios de la iglesia de Santa María la Mayor. Su alargada y escuálida figura tanto como sus melifluos ademanes le identificaron.

—¿Qué se les ha perdido en esta humilde villa a los nobles servidores de mi señora doña Berenguela? —quiso saber el prelado cuando se acercó a saludarlos después de que descendieran de sus cabalgaduras.

—¿No estará el guardián del sepulcro del apóstol pensando en llevarse las piedras de la torre de esta iglesia para completar la catedral que no termina en Compostela?

—En la basílica de Compostela nos sobran torres, pero nos faltan campanas, que se las llevó Almanzor a Córdoba. Sin embargo, en Castilla oyeron campanas tocando a difunto... por casar al rey niño con la infanta Mafalda de Portugal a destiempo, porque el papa los excomulgó y tuvieron que devolver a la moza tan virgen como llegó.

—Se nota que su eminencia ha estudiado en Bolonia y sabe muchos latines.

—Uno dice lo que sabe, pero también sabe callar lo que no conviene que se sepa, como echar las campanas al vuelo antes de tiempo para celebrar acontecimientos que todavía no han tenido lugar.

Las enigmáticas palabras del arzobispo llenaron de confusión a los nobles castellanos, que, temerosos de que les hubiese precedido la infausta noticia, guardaron precavido silencio, por lo que don Pedro Muñiz, que era socarrón y lenguaraz, les preguntó:

—¿Puede saber este humilde servidor del rey de León qué misión ha encomendado a sus señorías mi señora la reina doña Berenguela? Porque no me puedo creer que anden de paso o hayan venido solo para comprobar que a esta iglesia le sigue faltando una de sus torres.

—Aunque buena falta nos hace, de momento no necesitamos confesarnos con su eminencia porque sería una descortesía para con su majestad.

—El rey no se halla disponible porque la caza le retiene, pero una confesión a tiempo alivia el alma de la zozobra y allana el camino de la salvación.

—¿Para cuándo se espera el regreso de don Alfonso?

—No consiente que se le busque, a no ser por asuntos de mucha urgencia. Y supongo que no será este el caso.

Los nobles castellanos dudaban en responder, pero las noticias vuelan y el tiempo apremiaba.

—Pues sí es este el caso, porque la reina Berenguela reclama a su lado la presencia de su hijo Fernando, que suponemos que no habrá ido de caza con su padre.

—El infante don Fernando nunca acude a este tipo de monterías ni solo, ni acompañado, porque es un dechado de virtudes. Aunque hay mucha relajación en esta corte, todavía no conoce mujer y es tan virgen como una novicia, al contrario que su hermano Alfonso, que, como sale a su padre, siempre está a la que salta, pero solo de caza menor. Es evidente que el permiso para acudir en socorro de la madre solo lo puede otorgar el rey. Si se retrasa en demasía, y la urgencia de la reina no admite demora, habremos de darle cuenta de vuestra llegada, lo que le causará gran enfado o regocijo, dependiendo de por dónde sople el aire, porque las noticias que provienen de la que fuera su esposa nunca le dejan indiferente.

La llegada de aquella selecta comitiva no había pasado desapercibida en la fortaleza ni en el entorno más próximo de los servidores del rey y, antes de que terminara la plática, fueron convocados al castillo de Toro para asistir a un almuerzo invitados por el monarca, que había colocado a su derecha a Fernando y Alfonso, habidos con Berenguela, y a su izquierda a Sancha y Dulce, habidas con Teresa de Portugal, y a su amante de entonces, que era una joven dama portuguesa llamada Teresa Gil de Soverosa.

Nada más intercambiar los saludos con los visitantes, el rey les interpelló:

—¿Sabe la reina Berenguela que el regente de Castilla ha pedido para vuestro pequeño rey Enrique la mano de mi hija Sancha? ¿No os habrá enviado para disuadirme?

—Conocéis a doña Berenguela mejor que nadie. Y sabéis que nunca daría su consentimiento a semejante enlace. Con todos los respetos, Sancha, que le dobla en edad, bien podía ser su madre y además, después del fallido matrimonio con vuestra sobrina Mafalda que anuló el papa, esa boda era imposible. Tampoco querrá ella condenar a su prima al convento ni vos lo consentiríais.

—Esas cosas dependen del papa de turno. Lo que uno ata el otro lo desata. Este Honorio que tenemos ahora es más llevadero que el maldito Inocencio, que nos amargó la vida a Berenguela y a mí con sus excomuniones y sus entredichos. Vos erais ya obispo de León cuando nos excomulgó.

—Solo era deán, majestad. Poco pude hacer para torcer la voluntad del papa. El obispo era Manrique de Lara. En cuanto a la excomunión, sabéis bien que los caminos de los papas son impredecibles y que nosotros solo podemos acatar su voluntad.

—Como no habéis venido a pedir ni a negar ninguna mano porque la voluntad de los papas, se llamen Inocencios u Honorios, sigue siendo

excomulgar a los consanguíneos, decidme, pues, ¿qué quiere de mí la reina Berenguela que yo no deba negarle?

—Quiere que vuestro hijo Fernando venga con ella una temporada a Castilla para hacerle compañía porque se encuentra refugiada en la fortaleza de Autillo junto con su hermana Leonor y vuestras hijas Constanza y Berenguela esperando un ataque de las tropas del regente don Álvaro.

Todas las miradas convergieron sobre el infante don Fernando.

—Así que ese es el motivo de vuestra venida. Dadme una razón, solo una, por la que deba permitir a mi hijo acudir a Autillo junto a su madre en esta hora incierta para ella.

—Dice doña Berenguela que si estuviera vuestro hijo con ella, don Álvaro, por el afecto que os tiene, no se atreverá a asediar ni atacar el castillo donde se halle vuestro hijo. De este modo, vuestras hijas y ella estarán a salvo mientras los obispos hallan una solución que sea aceptable para las dos partes.

Al escuchar de boca de tan importantes mensajeros que el honor, la dignidad e incluso la vida de su madre y sus hermanas estaban en grave peligro, el infante don Fernando abrazó a su padre y dijo:

—No sería un hijo digno de un rey tan noble y valiente como vos, ni un caballero de honor, si no os pidiera que atendieseis el ruego de mi madre para que yo pueda acudir de inmediato en su socorro cuando me necesita y me reclama.

—Yo creo que no solo Fernando, sino que también Alfonso debe partir con estos caballeros en defensa de su madre, porque también tiene edad para ello, de lo contrario, el otro hijo de Berenguela se sentiría avergonzado de su comportamiento. ¿Verdad, Alfonso? —dijo Sancha, en tono malévolamente, porque deseaba alejarlos de la corte de León con cualquier pretexto y la ocasión no podía ser más propicia.

—Yo iré donde diga mi padre... y mi madre, que también soy hijo de ambos. Y ayudaré a mi hermano en todo lo que sea menester.

—Vista la loable disposición de mis hijos, ¿qué dice a todo esto el custodio de las reliquias del apóstol? —preguntó don Alfonso de León, riendo a carcajadas.

—Yo repito el consejo del rey Salomón:

*Escucha, hijo mío, la instrucción de tu padre  
y no rechaces la enseñanza de tu madre  
porque son corona de gracia  
para tu cabeza*

*y collares para tu cuello.  
Si te dicen ven con nosotros,  
correrás tu suerte con nosotros  
y tendremos bolsa común.*

—Si mi hijo Fernando me lo suplica, mi hija Sancha me lo aconseja y el rey Salomón me lo ordena, ¿qué otra cosa puedo hacer que cumplir la voluntad de doña Berenguela? Al fin y al cabo, no hice otra cosa durante los años que vivimos juntos y felices, hasta que el maldito Inocencio nos separó en mala hora.

—Padre mío, ¿si Fernando se va, yo qué hago, me quedo con vos o me voy con mi madre? —preguntó Alfonso.

—Lo que diga el rey Salomón.

—¡Tomad vuestra espada y partidle por la mitad y dad la mitad a cada uno! —exclamó jocoso el arzobispo de Compostela.

—No haré tal porque le amo —replicó el rey, haciendo grandes aspavientos—. Prefiero que se vayan las dos mitades de una vez con su madre y que esta le busque cuanto antes a este pecador una esposa que le sujete para que deje de perseguir a las doncellas de mi corte —respondió el rey entre grandes carcajadas de todos los comensales—. Pero... pero solo les pongo a ambos una condición, que, estando con su madre, la predispongan para que vuelva de buen grado a mí y al reino de León, ahora que Inocencio está maniatado en un sepulcro y Honorio puede atar lo que el otro desató. Sabemos que necesita mucho dinero para armar una nueva cruzada. Yo podría ser muy generoso con la Iglesia de Dios, si me concediera esa ventura.

Cumplido el objetivo con menos problemas de los que esperaban, tomaron de inmediato el camino de vuelta por un itinerario alternativo, evitando encontrarse con Álvaro Núñez de Lara o sus esbirros.

*Autillo de Campos. 1217*

El viento soplaba favorable y de poniente para la nave azul de Berenguela porque la veleta del rey de León no había girado todavía: los infantes y sus acompañantes se alejaron discretamente para llegar hasta Aguilar de Campos. Desde allí se encaminaron a Autillo, donde los esperaba Berenguela hecha un manojo de nervios.

El accidente del rey había trastocado todos los planes de don Álvaro Núñez de Lara. Sin un rey menor de edad a quien tutelar, todo el poder que le daba la regencia se esfumaba como el humo. De pronto el reino volvía a las manos de Berenguela.

Mientras agonizaba el pequeño rey, el regente convocó a sus hermanos Fernando y Gonzalo con el fin de evitar que aquella mujer detentara de nuevo el poder en Castilla.

—Bastante tuvimos con la reina Urraca, como para tener a Berenguela en el trono. Ya ha sido reina de León y sabemos cómo se las gasta.

—Pongámonos cuanto antes al servicio del rey de León —apuntó don Gonzalo.

—Mejor le servimos en bandeja el reino de Castilla. Al fin y al cabo, esa es la solución que proponía el Tratado de Sahagún. Si uno de los reinos se queda sin heredero, el reino será heredado por el que sobreviva. Menuda alegría se va a llevar don Alfonso en cuanto se muera el muchacho.

No tuvieron que esperar mucho para llevar a cabo sus planes porque el 6 de junio de 1217, once días después del accidente, fallecía el rey Enrique. En vez de difundir la noticia y entregar a su hermana el cadáver, sacaron este del palacio episcopal y lo ocultaron en el castillo de Tariego, a poca distancia de la ciudad

de Palencia.

Mientras sus hermanos lo custodiaban, don Álvaro fue en busca del rey de León para contarle lo sucedido y ofrecerle el trono de Castilla.

—¡Que venga inmediatamente Pedro Muñiz, que le voy a partir por la mitad con mi propia espada! —ordenó don Alfonso de León, viéndose burlado y dando grandes voces mientras cortaba una mesa de un solo tajo.

Cuando llegó al custodio del sepulcro del apóstol, el monarca blandía la espada con una mano mientras que con la otra se mesaba las barbas.

—Decidme, Salomón de pacotilla, ¿estabais vos al tanto de la artimaña urdida por la maldita madre de mis hijos para llevárselos consigo mediante el engaño y la complicidad de caballeros de toda mi confianza?

—No sé de qué me estáis hablando, majestad.

—¿Os dijeron en algún momento que el rey don Enrique de Castilla estaba moribundo o había muerto ya, cuando salieron de Autillo?

—No hablamos del rey Enrique en ningún momento. ¡Pobre muchacho! ¡Que Dios le tenga en su gloria!

—Don Álvaro Núñez de Lara, este caballero que tan bien conocéis, viene a ofrecerme el reino de Castilla en bandeja mientras que vos, con la ayuda del rey Salomón, ayudasteis a su madre a recuperar a sus hijos y yo, ¡tonto de mí, como si no conociera de nada a esa serpiente y, aunque solo me había pedido el mayor, le entrego los dos como un idiota! ¡Pero mira que es lista y maligna esa engañadora! ¡Mala como la tiña es ese demonio de mujer...! Lástima que no esté todavía excomulgada y en entredicho semejante víbora —vociferó el rey, dándose puñadas en el pecho. Cuando por fin se tranquilizó un poco, se dirigió a don Álvaro y le dijo, señalando a don Pedro Muñiz—: Este arzobispo de Santiago se sabe la Biblia de carrerilla y es más sabio que el rey Salomón. Habéis oído que el señor de Lara me acaba de dar la solución perfecta para hacerme dueño del reino de Castilla. ¿Qué dice a esto el sabio Salomón de Compostela?

El custodio del sepulcro le respondió cortésmente sin perder la sonrisa:

—Decía un viejo profesor que tuve en Bolonia: «Hijo mío, queramos o no queramos la vida sigue su curso inexorablemente. Nunca se baña uno dos veces en la misma agua de un cauce, porque los ríos corren todos hacia abajo siempre, siempre, siempre. Aunque hagan meandros a veces».

—Dejad de andaros con meandros y decirme las cosas a las claras.

—Doña Berenguela fue obligada por su padre a casarse con vuestra majestad. Entonces era muy joven. Han pasado veintidós años y ha llovido mucho desde entonces.

—Dejemos que los ríos de Castilla sigan trayendo sus aguas al reino de

León y decidme, don Álvaro, ¿qué hacemos para que el reino de Castilla venga a mis manos?

—Hacedme mayordomo vuestro y yo os serviré en bandeja el reino que os pertenece.

—¿Así de fácil?

—Yo me ocuparé de que Segovia y Ávila os abran las puertas de par en par y os aclamen como soberano. Después entraremos en Toledo, no sin ciertas dificultades, porque el arzobispo no es hombre de fiar, porque está enemistado con nosotros y lleva meses ausente de la corte del rey don Enrique.

\* \* \*

A pesar de que necesitaba mantener el ánimo para sostener la moral de los defensores de la fortaleza de Autillo que seguían esperando un inminente ataque de las tropas de los hermanos Lara, aquellos días de eterna espera fueron un tormento para Berenguela. ¿Moriría Enrique? ¿Llegaría a tiempo su hijo Fernando? ¿Tendría ella fuerzas para soportar tanta responsabilidad e incertidumbre a fuerza de no dormir?

A fuerza de no estar en nada, procuraba estar en todas partes. Tan pronto inspeccionaba las cocinas como bajaba a las caballerizas. Vigilaba que todo estuviera en orden y limpio. Que no le faltara la comida ni la bebida a la guarnición y sobre todo que estuvieran alerta los centinelas y que nadie bajara la guardia.

El deseo de escapar de aquella diabólica encrucijada le impelía a subir a menudo a la azotea para otear el camino de Medina de Rioseco, por donde esperaba que apareciera cuanto antes la solución a aquel embrollo. Pero su hijo no terminaba de llegar y antes de que lo hiciera, tal como se temía, se recibió en Autillo la funesta noticia de la irremediable muerte del rey su hermano, el pequeño Enrique.

¿Cuántas veces le había oído decir a su madre que los herederos varones de su familia morían uno tras otro como les había ocurrido a sus tíos Enrique, Godofredo y Ricardo y después a sus propios hermanos Sancho, Fernando y Enrique? De nuevo se abatía sobre su familia la maldición de los Plantagenet que tanto hizo sufrir a su madre. Y también la maldición del papa Inocencio, que le había anunciado «una venganza más acre de lo que te puedas imaginar», se cumplía inexorablemente, aunque albergaba la esperanza de que Fernando llegaría a su destino porque ya habían dejado atrás los escollos de Caribdis y Escila.

Se vistió de luto riguroso, se arrancó los cabellos, lloraban las plañideras y

tocaban las campanas a muerto cuando el centinela avisó de la llegada de una comitiva de caballeros que venía por el camino de Medina de Rioseco.

—Se acercan don Lope y don Gonzalo y traen con ellos a los infantes — gritó el centinela.

Doña Berenguela gritó: «¡Bendito sea Dios, estamos salvados!», y sin esperar a que entraran en el castillo, salió corriendo a abrazar a sus hijos en medio del camino.

De pronto las campanas suspendieron el fúnebre repique y se agitaron al unísono tocando a rebato.

—También se aproxima un nutrido grupo de guerreros por el camino de Palencia.

—Pueden ser los caballeros leales a don Álvaro con alguno de sus hermanos —musitó doña Berenguela—. No puede ser que estando mi hijo a las puertas del castillo le hagan preso estos rebeldes traicioneros. Sería el fin de todas nuestras esperanzas.

Subió corriendo a la azotea de la torre y se quedó con el corazón en un puño oteando el horizonte, ora hacia oriente, ora hacia occidente, sopesando quién llegaría primero a la fortaleza.

—Ensillad las cabalgaduras y que se prepare todo el mundo para salir a combatir a campo abierto. Tenemos que estorbar la llegada de nuestros enemigos hasta que don Fernando esté a salvo en el castillo —ordenó el señor de la fortaleza.

Ya se estaba formando el primer haz de caballeros cuando el centinela gritó de nuevo.

—Vienen con la divisa de don Tello, el obispo de Palencia, que es de los nuestros.

—Mantengan la formación hasta que se le distinga perfectamente, puede ser una estratagema de nuestros enemigos para confundirnos.

Para alivio de doña Berenguela, llegaron antes los que venían de Toro. Los infantes descabalgaron a toda prisa y se abrazaron a su madre. El sol de junio pegaba fuerte y se apartaron a la sombra de un olmo para contarse lo ocurrido en Palencia y en Toro.

—¡Pero si ya casi no os conozco! ¡Cuánto habéis crecido en este tiempo! ¡Pero si ya sois unos hombres hechos y derechos! —dijo Berenguela, llorando y riendo a la vez y mirando a Fernando y a Alfonso alternativamente.

Al poco entró el obispo palentino con su mesnada. La llegada de las comitivas, aquellos gritos y aquel alborozo hicieron que, picados por la curiosidad y atraídos por el alboroto, dejaran sus quehaceres y labores y corrieran a sumarse a la fiesta los habitantes del castillo y los lugareños que

poblaban los alrededores, que, viendo de cerca a la reina y los infantes, empezaron a gritar: «Viva la reina doña Berenguela», «Viva el rey», «Viva el rey de Castilla», y otros vociferaban: «Viva el rey don Fernando», sin saber quién de los dos hermanos era, tal era su parecido físico y tan semejante su atuendo y estatura que muchos los confundían. Para sacarlos de dudas, unos caballeros hicieron subir a don Fernando sobre un escudo y, al pie de un olmo centenario que les daba sombra, le juraron fidelidad y le aclamaron como rey de Castilla.

Al ver doña Berenguela que su hijo Alfonso quedaba excluido de la ceremonia, le abrazó diciendo:

—Hoy es un gran día para nuestra familia. Que no se te olvide nunca lo que te voy a decir: hijo mío, haz como todos nosotros con el olmo. Cobíjate bajo la sombra de tu hermano y disfrutarás de sus frutos sin pasar por sus trabajos. Que no hay mayor tormento que sufrir como un rey ni mejor recompensa que vivir como si lo fueras.

Mientras escuchaba las prudentes palabras de su madre, el infante se distraía contemplando a una lozana morena que le miraba de forma seductora, le guiñaba un ojo y le obsequiaba con una sonrisa picarona, después de relamerse los labios.

—Creo que entiendo lo que me decís y que lo decís por mi bien, ¡querida madre! Y desde ahora mismo estoy dispuesto a seguir vuestros sabios consejos al pie de la letra. Es más, por lo que a mí respecta, creo que no tendré que hacer ningún esfuerzo para obedeceros.

El anzuelo que le tendía la sirena cimbreado el cuerpo y sonriéndole con descaro se balanceaba en el aire con el cebo al alcance de la vista. Por ello, dejando todo el protagonismo a su hermano mayor, se quedó remoloneando en las proximidades del olmo, esperando que la muchacha cayera en sus manos como fruta madura.

*Autillo de Campos. 1217*

ernando y Berenguela se dirigieron a la iglesia para celebrar con toda solemnidad la aclamación del rey. Todos menos el infante don Alfonso, a quien nadie, ni siquiera su madre, había echado en falta, a causa de la agitación y el barullo que había en la pequeña iglesia abarrotada de nobles, caballeros y lugareños. El muchacho estaba con la sirena intercambiando sonrisas de aproximación. Como viera que ella tampoco hacía ademán de entrar en el templo o acercarse a la puerta y no se había separado del olmo ni un ápice, dijo, al modo trovadoresco:

*Me conformo sin más con admirar vuestra piel morena  
y puesto que me ofrecéis amable compañía,  
no os pediré favores, pero os daré las gracias,  
porque fuisteis la primera que me miró desde lejos.*

Ella que, a pesar de su juventud, tenía mucho vivido, replicó en el mismo tono:

*¡Señor! Valiente no sois porque teméis  
que vaya en vuestra busca el daño que rehuís,  
pero ya que me habéis gustado tanto,  
solacémonos ahora en esta umbría protectora.*

Hasta el olmo bajo el que intercambiaban sonrisas y trovas llegaban los ecos del solemne tedeum que oficiaba don Tello en honor a Fernando y dando gracias al Altísimo, que los había acompañado durante todo el viaje.

*Tú eres el rey de la gloria.  
Tú eres hijo único del padre.  
Salva a tu pueblo, Señor,  
y bendice tu heredad.  
Sé su pastor y ensálzalo eternamente.  
Día tras día te bendecimos  
y alabamos tu nombre para siempre,  
por eternidad de eternidades.*

A la sombra del olmo centenario, oculto por su enorme tronco, el infante don Alfonso, que se sabía de memoria el tedeum, de tantas veces que lo había escuchado, entonó al oído de la sirena una de las estrofas finales.

*Dígnate, Señor, en este día  
guardarnos del pecado.*

Mientras retozaba con ella pensaba: «Cuánta razón tenía mi madre cuando me dijo que lo importante no era ser rey, sino vivir como si lo fuera. No me cabe duda de que se está mucho mejor aquí, cobijado bajo la sombra de este olmo, retozando con esta sirena, que rezando en la iglesia, sumergido bajo una nube de incienso, a la sombra de mi hermano. Después, Dios dirá».

Berenguela se olvidó por completo de Alfonso porque asuntos más importantes ocuparon sus pensamientos durante la ceremonia religiosa. Todo había ido muy rápido, pero nada estaba resuelto definitivamente. ¿Qué haría su antiguo marido cuando se diera cuenta del engaño? ¿Se atrevería el señor de Lara a atacar la fortaleza de Autillo con sus hijos protegiéndola? Ella no ignoraba que la llegada de Fernando solo era el primer paso de una carrera muy difícil hasta verle asentado en el trono; por eso, nada más acabar el tedeum, se retiró al salón principal del castillo para hablar a solas con su hijo.

A Fernando, que estaba tosiendo más de la cuenta, le habría gustado quedarse más tiempo con aquellas gentes saboreando las mieles de su exaltación.

Le sorprendió la seriedad de su madre, pero sobre todo no comprendía la razón por la que, cuando llegaron al salón del homenaje, ella se situó al otro lado de la mesa ocupando la presidencia.

Berenguela se quedó pensando que aquella estancia le traía recuerdos de pelea con sus primos de Aragón y voces de la infancia.

—Tú no vas a ser reina.

—Yo seré la reina de Castilla y tú no lo serás.

—El rey será tu hermano. Las mujeres no son reinas hasta que no se casan con un rey.

—Yo no tengo ningún hermano ni lo pienso tener, así que seré reina os guste o no os guste. Y vosotros seréis mis vasallos.

Tan desconcertado estaba Fernando como distraída su madre, que elevaba la voz progresivamente.

—Soy la reina, soy la reina, soy la reina de Castilla por derecho propio, porque así lo dispuso mi padre en varias ocasiones —exclamó, levantándose de su sitio.

—¡Nadie duda de que seáis la reina, madre!

—¡Qué equivocado estás, hijo! ¿Te piensas que me dejo engañar? Tú mismo has sido testigo. Todos te han aclamado como rey espontáneamente porque no quieren que ocupe una mujer el trono de Castilla. ¿De dónde nos vienen estos males? ¿Por qué te crees que los nobles obligaron hace dos siglos a la reina Urraca a casarse con el rey Alfonso de Aragón? Por la misma razón que a mí me aconsejaron con sutiles amenazas dejar la regencia en manos de don Álvaro de Lara. Podemos desgarrarnos para parir, pero no podemos elevarnos para reinar. Estos son tiempos de guerra y, como las mujeres no servimos para combatir, cuando después de una guerra se negocian unas paces, nos casan con nuestros enemigos.

—Pero a mí me han aclamado como rey.

—Sabes que no es lo mismo aclamar en Autillo que proclamar en Burgos o en Toledo, para eso hay que remover un sinnúmero de obstáculos y comprar muchas voluntades bajo un espeso manto de oscuridad y silencio. Y después calentar muchos corazones con grandes oropeles, celebraciones y solemnidades. Para eso he utilizado todo disimulo y el engaño que ha sido preciso para que te sacaran de las manos de tu padre. Lo he hecho por lo mismo que consentí casarme con él. Para salvar el reino de Castilla de su impía alianza con los infieles. Lo hice después de la derrota de Alarcos porque me lo pidió mi padre y lo hice para que un hijo mío heredara el trono de León a su debido tiempo, y ahora lo hago para colocarte cuanto antes en el de Castilla, que ha quedado vacante por designio de Dios. Pero no te sentarás encima de mí, sino junto a mí,

ni lo harás antes que yo, sino que lo harás a la vez que yo. Y eso es lo que te pido que jures ante Dios ahora mismo, porque los tratos entre reyes, aunque sean familiares cercanos, deben tener a Dios por testigo.

—De sobra sabéis, madre mía, que no haré nunca nada en contra de tu voluntad.

—Mira, hijo mío, también eres hijo de tu padre y has heredado de él un carácter muy impulsivo. En nuestra familia ha pasado de todo, tanto por la parte inglesa como por la hispana, así que vamos a dejar las cosas claras entre nosotros. Tú serás el rey, pero yo seguiré siendo la reina incluso cuando te cases. ¿De acuerdo, hijo?

—De acuerdo.

—Debes saber que yo seré reina mientras viva. He sido reina de León por matrimonio, ahora soy la reina de Castilla por derecho. Así que tendrás que contar con mi consentimiento para todas las decisiones importantes del reino. También con esto estás de acuerdo y lo juras, ¿verdad, Fernando?

—Estoy de acuerdo y lo juro.

—Tan pronto como estés asentado en el trono, yo misma me encargaré de buscarte cuanto antes una esposa conveniente que acepte sin reparos mi rango y mis atribuciones. ¿De acuerdo, hijo?

—De acuerdo.

—Ni harás guerras ni firmarás treguas con otros reinos sin mi consentimiento... Y las donaciones y prebendas de importancia a eclesiásticos y nobles contarán necesariamente con mi aprobación. ¿Lo juras también?

—Lo acepto y lo juro.

—Y en todos los documentos reales tiene que haber una frase en el encabezamiento que diga: «Con el consentimiento y el mandato y beneplácito de mi madre, la reina doña Berenguela».

—Que sí, madre, te aseguro que en todos los documentos oficiales incluiré esa condición. Se le da la orden al canciller y lo pondrá desde el primer día. Estate tranquila.

—Si así lo haces, el reino de León también será para ti, aunque tu padre quiera dejárselo a tu hermano Alfonso o a sus hijas Sancha o Dulce. Yo me encargaré de que así sea porque no quiero que nunca vuelvan a luchar por un reino otros Alfonsos o Fernandos de nuestra familia. Solo estando unidos bajo una sola corona los reinos de León y de Castilla podrán terminar lo que mi glorioso padre empezó con la victoria en Las Navas de Tolosa, conquistando para la fe verdadera todas las tierras que ocupan los infieles en Hispania porque Dios así lo quiere —exclamó enardecida. Fernando asentía a todo con la cabeza y con la palabra—. Veo que eres dócil y obediente, pero ¿crees que serás capaz

de cumplir lo que yo, que soy tu madre, Nuestro Señor y su Iglesia esperamos de ti, hijo mío? —Ante el asentimiento de su hijo, añadió—: Pues debes saber que el tío Ricardo, al que los trovadores llamaban Corazón de León, no pudo reconquistar Jerusalén porque era pecador. ¡Un gran pecador! Tú tienes que ser un dechado de virtudes y un preclaro ejemplo para tus súbditos, de este modo tus obras serán gratas al Señor y él te dará la recompensa que mereces y serás recordado por las generaciones venideras. ¿Me lo prometes?

—Lo prometo, madre.

—Pues mi voluntad es que, postrado de rodillas, tomes la espada en una mano y este crucifijo en la otra y jures por tu honor y nuestro Dios que no harás nada contra mi voluntad en los asuntos del reino y ni contra la divina voluntad en los asuntos que incumben al alma. Sabes de sobra que los pecados de mis abuelos han acarreado grandes males y mayores desgracias a nuestra familia. Ya has visto cómo la espada del ángel exterminador ha caído sobre el cuello de mis hermanos; sobre Sancho, al poco de nacer, después sobre Fernando en la flor de la vida y ahora el dedo implacable de Dios ha derribado una teja sobre la cabeza de Enrique, que el conde Álvaro Núñez de Lara había llenado de confusión. Conviene que sepas que si Dios te da este reino, es para que lo conserves y lo engrandezcas a costa de los enemigos de nuestra fe y solo contarás con su ayuda si te muestras justo y misericordioso y eres limpio de corazón.

La solemnidad de aquel acto protocolario y la soledad de madre e hijo, besando este la cruz de la empuñadura de su espada como señal de sumisión en el ángulo oscuro de aquel salón del castillo de Autillo, iluminado a duras penas por dos hachones, contrastaban con el jolgorio y la algarabía de los lugareños que celebraban la llegada de un nuevo rey. Y mientras madre e hijo acordaban los altos designios de aquel, el infante don Alfonso y la morisca, ajenos por completo a un acontecimiento tan trascendental, celebraban sus efusiones amorosas, cobijados por las robustas ramas de un olmo varias veces centenario.

# ***TERCERA PARTE***



*Autillo de Campos. 1217*

uando se hizo el silencio después de haber perdido la noción del tiempo, el infante don Alfonso, temeroso de que cantara el gallo y su madre le echara en falta, se desprendió del cálido abrazo con el que la morisca le sujetaba con las piernas y, después de darle unos cuantos besos de despedida, salió corriendo hacia la fortaleza.

Ladraban los perros en Autillo y un somnoliento búho que había sido testigo de sus devaneos abucheaba descaradamente al infante —¡uuuuuh! ¡uuuuuh! —, afeándole su libidinosa conducta cuando regresaba para acostarse, tratando de pasar tan desapercibido por la noche como lo había hecho durante el día. Pero, para su sorpresa, cuando atravesaba el patio de armas de la fortaleza para acceder a la escalera que comunicaba con los dormitorios, se topó de bruces con su hermano Fernando, que iba en dirección contraria.

Los dos hijos varones de Alfonso y Berenguela habían nacido con poco más de un año de diferencia. Eran dos mozos fornidos de similar estatura y de un parecido sorprendente, de modo que, si no se les veía a menudo, costaba trabajo distinguir al uno del otro. No era de extrañar dado el parentesco de sus padres. Y se asemejaban más al difunto rey de Castilla que al rey Alfonso de León. Ambos eran de mediana estatura, cuerpo recio, rostro agraciado y luminoso, tez morena, ojos garzos, nariz tirando a aguileña, pelo rizado castaño oscuro, barba incipiente, andar seguro, trato cortés y modales esmerados.

—Así que su majestad tampoco puede dormir a causa de la emoción y anda velando armas toda la noche —exclamó Alfonso sonriente, palmeando el hombro de su hermano—. ¿Qué se siente siendo rey de sopetón de la noche a la

mañana?

—Calla, que no he pegado ojo en toda la noche, pero no a causa de la emoción... porque cuando nuestra madre me ha explicado lo difícil que es salir con bien de la situación en que nos encontramos, me han empezado a temblar las piernas.

—A simple vista yo no te noto raro, aunque bien mirado te veo un poco aturdido. Se ve que la procesión va por dentro.

—Tengo que aceptar los designios de la Divina Providencia que han dispuesto las cosas del reino de esta manera, pero con el agobio que siento me cuesta respirar allá dentro y he salido al patio a que me dé un poco el aire aquí fuera.

—Eso es por culpa del asma que te tortura. Procura abrigarte. Aunque estemos casi en verano, por las noches refresca y los catarros te rondan en el pecho. Que necesitarás toda la salud para afrontar los avatares y las responsabilidades que se avecinan... Y vete alerta y con cuidado y no andes con la cabeza descubierta por los patios de los castillos de Castilla, que el Altísimo camina por los tejados y los ángeles que le acompañan agitan sus alas haciendo volar las tejas para descalabrar a los reyes cuando no andan espabilados y ojo avizor.

—No me parece muy noble por tu parte hacer bromas con la desgracia de nuestro tío.

—Tenemos que aceptar los designios del Señor, que alimenta a las avecillas del campo, que ni siembran ni tampoco siegan, igual que cuida de los reyes, aunque a unos les quita la vida y a otros les pone la corona. Él sabrá por qué lo hace, y yo no estoy capacitado para preguntárselo, no vaya a ser que se enfade y me tire del caballo como a Saulo cuando iba camino de Damasco.

—Déjate de bromas y parloteos y cuéntame de dónde vienes, que no te he visto el pelo en todo el día.

—Mientras su majestad, olvidado por completo de mi humilde persona, estaba dando gracias y alabando al Altísimo por la merced que le ha hecho, yo no he podido entrar en la iglesia y he pasado la tarde pidiendo peras al olmo, que tengo entendido que era un olma.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que me he estado todo el rato bajo el olmo pidiendo al Señor misericordioso que calme la agitación de nuestro padre como calmó las aguas del mar de Tiberíades, cuando se desató la tempestad que estuvo a punto de echar a pique la barquichuela de Pedro, porque estoy seguro de que no le va a gustar nada el engaño de nuestra madre. Para mi desgracia, me temo que, si tú te quedas con el reino de Castilla, pretenda engatusarme con la promesa de

otorgarme el reino de León. Pero yo no quiero que vuelen sobre mi cabeza los ángeles que corretean por los aleros de los tejados.

—No hagas caso de las promesas de nuestro padre, si es que te las hace. Ya le conoces. Lo que hoy te doy mañana te lo quito sin dar explicaciones. Bien sabes que su juicio cambia de dirección según sople el viento. Mira lo que pasó con los tratados que firmó con nuestro abuelo y las mil promesas y renunciados que hizo a su primogénito el pobre Fernando el Portugués, nuestro hermano, que murió con la miel en los labios pero sin catar una sola cucharada. Y lo hizo únicamente por tenernos en vilo a nuestra madre y a mí.

—Solo hablas de ti y de tus aspiraciones, porque todo lo quieres para ti. ¿No te parece un poco egoísta por tu parte?

—Yo te he prometido que cuando sea rey te tendré siempre a mi lado, que mi reino será tu reino, sea este el de Castilla o el de León, mi trono será tu trono y mi casa será tu casa, mi lecho será tu lecho y mis honores serán tus honores... Y estando libre de los deberes que me serán asignados, tú podrás gozar de los placeres que me estarán vedados, de los manjares que me estarán prohibidos y de las libertades que me serán retiradas por razón de mi alta dignidad.

—¿Juras que cumplirás durante todos los días de tu reinado lo que me has dicho y que, si no lo cumples, te lo demande el Señor arrojando una teja sobre tu cabeza?

Fernando sacó la espada de su vaina y besó la cruceta de la empuñadura.

Alfonso dio unas palmaditas a su hermano, se fue corriendo escaleras arriba en busca de los aposentos reservados para la familia real y, para evitar que le oyera su madre, se metió sigilosamente en el que no tenía corrido el cerrojo por dentro, pensando que sería el suyo o el de su hermano Fernando, que en aquellos instantes paseaba por el centro del patio evitando los aleros de los tejados, que estaban llenos de palomas que batían sus alas como los ángeles.

El lecho en el que se introdujo Alfonso era grande, pero el susto que se llevó fue mayor todavía, porque había un bulto dentro y su olfato mujeriego le confirmó que bajo las sábanas y las mantas reposaba una mujer.

No tenía marcha atrás porque la ocupante de la cama se revolvió y murmuraba entre sueños.

«Como sea mi madre, me mata, espero que sea una de mis hermanas», pensó mientras se desnudaba a toda prisa y se metía en la cama diciendo en voz baja:

—¡Constanza, Berenguela! No os asustéis, que soy Alfonso.

—¿De dónde vendrás tú a estas horas, que no te hemos visto el pelo en todo el día, pedazo de sinvergüenza? ¿A ver a qué hueles? ¡Anda, pajarillo, cierra bien la cortina para que no se cuele el frío en el dosel y acércate a mi lado si

quieres que te dé un poco de calor con mi cuerpo, que estás helado como un témpano!

Alfonso no se hizo de rogar porque la voz de la mujer era amigable y le tranquilizó; además, el lado izquierdo estaba frío y húmedo, cosa habitual de las camas en los castillos cuando no se los acondiciona previamente con un ladrillo caliente envuelto en un trapo. Por ello, al igual que había hecho muchas veces cuando era niño y dormía con la doncella, se abrazó a su tía Leonor, pues era en su cámara donde se había metido, y pegó su cuerpo a ella todo lo que pudo para entrar en calor lo antes posible.

—¡Válgame Dios, cómo ha crecido mi niño! Con el lío que ha habido no me había dado cuenta de ello. Ya que me has despertado, no te me vayas a dormir ahora. ¿Estás contento de que tu hermano sea el rey de Castilla?

—Un poco solo, porque me da mucha pena que haya muerto Enrique. Aunque creo que a mi madre le correspondería ser la reina y al final será ella quien diga la última palabra.

—¿Y tú querías ser rey de León?

—Será lo que disponga mi madre, que para eso le encargaron mis abuelos ocuparse de estas cosas. Ella me ha dicho que me ponga bajo la sombra de mi hermano y le ayude en lo que pueda, porque es mucho mejor vivir como un rey que tener que pasar por los trabajos de serlo. Y ya que me preguntas tanto, ¿por qué sigues estando soltera? ¿Es que no te encuentran un marido que sea de tu gusto?

—Esas cosas llevan su orden. Los abuelos casaron primero a tu madre, que era lo que correspondía. Después a tu tía Blanca saltando por encima de tía Urraca por un empeño de mi abuela Leonor. Yo tenía que esperar a que casaran a mi hermana Urraca, pero costó emparejarla con el primo portugués. Por fin me tocaba a mí, pero con tantas desgracias en la familia y tantos conflictos en el reino, creo yo que si las cosas no se arreglan y tu madre no lo remedia pronto, me quedo para vestir santos como mi hermana Constanza. Yo casi he perdido las esperanzas, y me veo dentro de unos años recogida en el monasterio de Las Huelgas bordando casullas de frailes y haciendo pastas en el obrador, que es el destino que nos espera a las reinas viudas y a las infantas solteras. ¿A quién de nosotras no le gustaría casarse con un príncipe valiente y hermoso heredero de un gran reino y tener muchos hijos e hijas repartidos por los reinos del mundo? Fíjate en mi abuela Leonor, que fue reina de Francia y después de Inglaterra, y mi madre, que se desposó con el rey más grande que ha habido nunca en Castilla, o Blanca, que pronto será reina de Francia. En cambio, yo... si todo sigue como hasta ahora... me veo cantando maitines en Las Huelgas.

—No te pongas triste por eso, ya verás como mi madre te busca un marido

apropiado.

—En los reinos de España no hay ninguno, que yo sepa.

—Pues que busque allende los Pirineos o encuentre un rey moro que valga la pena.

—Eso quiso hacer mi tío Ricardo casando a su hermana Juana con el hermano de Saladino. Y llegó hasta pedir permiso al papa.

—¿Qué dijo la tía Juana? —preguntó el infante Alfonso, que, como se había desvelado y ya había entrado en calor, se iba pegando al cuerpo de su tía de tal modo que ella le respondió riendo a carcajadas, pero sin separarse de él.

—Que no hiciera tal cosa si no se hacía cristiano... ¡Demonio de muchacho! —exclamó riendo Leonor—. ¡Oye, tú...! ¡Pero esto qué va a ser! ¿A qué juegas, Alfonso? ¡Dime qué buscas o te echo de la cama ahora mismo...! ¿Cuántos años tienes, bribón? Anda, deja ya de arrimarte tanto porque poco a poco me has ido trayendo hasta el borde de la cama.

—Ya he cumplido los quince.

—Pues hace rato que me viene pareciendo que tienes los veinte por lo menos. ¡Válgame Dios con la criatura! ¡Qué barbaridad! ¡Adónde vamos a parar con semejantes sinvergüenzas en la familia!

Al ver Alfonso que su tía no separaba su cuerpo ni dejaba de reírse, comenzó a jugar, a hacerle cosquillas por todo el cuerpo por encima de la camisa todavía sin malicia, al igual que cuando era niño. Pero al contrario que entonces, esta vez le dijo:

*Tanto os deseo que antes de conseguir  
gozo alguno de otra prefiero morir por vos.  
Sabed que he venido aquí a vuestro poder,  
solo para daros placer.*

—Pero ¿cómo se te ocurre decirle eso a tu tía, pedazo de sinvergüenza? ¡Qué mentiroso eres! A mí me vas a engañar. De sobra sé que solo has venido buscando una cama caliente y te valía cualquiera porque estabas muerto de sueño, pero ahora que te has encontrado conmigo te quieres aprovechar de las circunstancias. A saber de dónde vienes tú a estas horas —exclamó Leonor, siguiéndole el juego sin tener en cuenta cómo ni cuándo podía acabar aquello.

Alfonso y Leonor fueron pasando poco a poco de las cosquillas a las caricias, de las caricias a las risas, de las risas a los suspiros, de los suspiros a los susurros, de los susurros a los abrazos y de los abrazos a las caricias por debajo

de la camisilla. Y aquí empezaron las peleas y los abrazos y los revolcones. Y ya sin las camisas, dieron paso a otro tipo de caricias y con ellas llegaron los ayes y los suspiros lastimeros.

—Pero ¿quién te ha enseñado a ti todas estas picardías? Tú no eres el sobrino que yo conocía, porque te has convertido en un ladronzuelo, que ha venido a robarme el pudor y la honra.

*Aunque te parezca tentadora  
porque no tengo atadura a la vista,  
mi cuerpo es serrano y casto mi juicio.  
Todavía espero  
que me sea dado un buen marido,  
que no se espante de mis primaveras,  
mas como estás tan cerca de mí,  
obraré como ligera,  
y con el compromiso de un leal juramento  
tendrás conmigo todo el amor que necesites.*

A la vez que recitaba la trova, Leonor recordaba a su madre contándole que la abuela Leonor de Aquitania era diez años mayor que Enrique de Inglaterra cuando se casaron. Si se quedaba encinta de su sobrino Alfonso, acaso podría ser todavía reina de León como su madre.

Cuando Alfonso oyó susurrando en su oído esta trova tan bien traída a colación, entendió que ella le daba permiso para llegar hasta el final y se dispuso al asalto.

*Aunque es muy firme la raíz del tronco  
que brota hacia fuera, ello curaría mis males,  
pero temo mucho que os hiera con tal daño  
que casi prefiero seguir adormecido.*

—¡Ay, Dios mío, pon mucho cuidado en lo que hagas, y sobre todo no me hagas daño!

En aquel momento Leonor escuchó la voz nítida de su hermana Berenguela que le decía al oído: «Tente en ti, desdichada, dónde vas con semejante desvergüenza que te lleva hacia el pecado. De sobra sabes que si pierdes la

virginidad, ni el papa autorizará semejante unión incestuosa, ni tu hermana te buscará un matrimonio acorde con tu alta condición».

—Para un momento, Alfonso, y no tengas prisa, que tenemos que pensarlo un poco mejor —pidió Leonor, tratando de soltarse de los brazos de su sobrino.

—¡Leonor! Que esas cosas hay que hacerlas en caliente. Que si nos ponemos a pensar, me enfrió... me congeló y me retraigo.

—¿No decías hace un momento que prefieres adormecerte a herirme con gran daño? Pues eso es lo que pasaría si siguiéramos adelante con el juego que nos traemos. Si cegado por la pasión te olvidas por completo del daño que puedes hacerme, si pasa lo que puede pasar, ya se ha encargado tu madre de recordármelo. ¡Anda, Alfonso, sé bueno! Cubramos nuestras desnudeces y ven a mis brazos al igual que hacías cuando solo eras un niño, que todavía queda noche para que descanses de tu viaje, y de paso damos tiempo a que se apaguen nuestros ardores. Días y semanas tenemos por delante para solazarnos de nuevo encendiendo la hoguera cuando más nos convenga.

No sin protestas, más aparentes que sinceras, accedió Alfonso a la petición de su tía, porque el trajín que se había traído con la morena bajo el olmo había aflojado su pasión y gastado buena parte de sus fuerzas. En aquellos momentos Cupido era menos poderoso que Morfeo cuando este tomó al infante bajo su cuidado.

\* \* \*

Apenas había dormido una hora cuando cantó el gallo anunciando el amanecer y encontró a la pareja enredada como un ovillo su cuerpo.

Alfonso se despertó sobresaltado pensando que su madre podría sorprenderle en la cama de Leonor, pero al comprobar que Cupido había vuelto a las andadas y estaba otra vez dispuesto a la carga, y que Leonor estaba apenas despierta y se dejaba acariciar sin ofrecer resistencia y al sentir en su mano que su femenino y sedoso cuerpo estaba tan suave y cálido como las plumas de un polluelo cuando da los primeros pasos, comenzó de nuevo con las caricias y los suspiros, pero dándose bastante prisa porque el gallo cantaba de nuevo avisando de la inminente aparición del sol en el horizonte.

Sabedor de que su madre era muy madrugadora, aprovechándose de la pasividad de Leonor, que seguía adormilada, se colocó encima de ella dispuesto a pasar al ataque.

—Hasta ahí podríamos llegar y además con prisas —le dijo Leonor, aprisionándole con piernas y brazos—. Aquí te quedas conmigo hasta que venga tu madre a buscarte. ¡Ya verás cómo se pone cuando le diga que has intentado

forzarme!

—No harás tal cosa si nos sorprende porque le diré que...

—¿Qué le dirás? ¿Que acabas de entrar en mi alcoba con el sigilo de un ladrón? ¿Y que lo que aquella picaruela no te ha dado lo has buscado imperiosamente entre mis muslos, bandido?

Como Alfonso ya no pugnaba por soltarse y había cejado en sus forcejeos, ella tomó la iniciativa con mucha malicia para comprobar si la fuerza del deseo de Alfonso era más poderosa que el miedo, pero entonces volvió a cantar el gallo, esta vez con mucha más fuerza y determinación, y contó con el acompañamiento del resto de los gallos de Autillo de Campos. Y ladraron los perros, relincharon los caballos y rebuznaron los burros, iniciando el barullo de todas las dependencias del castillo. Entonces Alfonso se arrancó de los brazos de su tía Leonor:

*Adiós, señora mía,  
que no puedo quedarme más,  
pero muy dura me es el alba,  
cuando veo amanecer tan pronto  
porque necesito un descanso.  
Muy a mi pesar tengo que marcharme.  
Nos quiere separar el alba,  
¡el alba, ay, el alba, el alba!*

Alfonso dejó en ansias a Leonor cuando se marchó corriendo. Ella estaba tan excitada cuando se quedó sola que, por mucho que lo intentó, no pudo volver a conciliar el sueño y se pasó un buen rato tratando de sacar conclusiones de todo lo ocurrido durante la noche.

«¿Qué razón tiene mi hermana cuando me dice que todos los hombres buscan lo mismo de nosotras y lo quieren con urgencia como los gallos! Por lo que he comprobado esta noche y cuenta Berenguela de nuestros antepasados, me da la impresión de que los machos de nuestra familia tienen algo especial. ¿Habrás salido a su padre o a mi abuelo Enrique de Inglaterra? ¿Como Fernando se asemeje a este, a ver cómo le sujeta Berenguela cuando empieza a catar la miel de las colmenas, si es que no las ha catado todavía!».

Leonor, que no sabía nada de la fogosidad de su hermana Berenguela, estaba intrigada por las ardorosas particularidades de la familia: «¿Eran también así los antepasados aquitanos de la abuela Leonor? ¿Será cierto lo que los

trovadores cuentan de ella con su tío Raimundo de Poitiers y con el emperador de Bizancio? ¿Somos acaso como ella las mujeres de la familia? A ver cómo hago para hablar del asunto con Berenguela, que tiene experiencia al respecto, porque yo solo sé lo que nos han contado las dueñas francesas».

*Tariego. Valladolid. 1217*

Al alba precisamente partía hacia Palencia, después de despertar a todos los gallos de Autillo, el obispo don Tello Téllez de Meneses para adecentar su palacio, preparar la llegada de doña Berenguela y sus hijos y movilizar a los palentinos en favor de la reina su señora, organizando los festejos civiles y las ceremonias religiosas que los aclamarían como sus soberanos, temeroso, porque algunos maledicentes partidarios de los Lara habían corrido la especie de que doña Berenguela había comprado voluntades para acabar con la vida de su hermano el rey Enrique y de este modo recuperar el reino de Castilla.

Nada más llegar a la fortaleza del obispo, doña Berenguela, acompañada de sus hijos Fernando y Alfonso, mandó llamar a los testigos del desgraciado suceso y los fue convocando uno a uno al patio del edificio.

Aunque los muchachos no se ponían de acuerdo sobre quién empezó el fatídico juego, todos coincidieron en que era casi de noche y que el joven que lanzó la piedra y causó la muerte de Enrique había sido el doncel don Íñigo de Mendoza. Este se arrojó a los pies de la reina, llorando a lágrima viva y suplicando perdón como un penitente. Los restantes sospechosos no acertaban a explicar lo que había ocurrido a continuación, porque unos decían que le había lanzado directamente la piedra a la cabeza y otros sostenían que esta había caído rebotando en la torre y los más que fue la teja que se rompió por el golpe de la piedra.

La reina decidió así acabar con su pesquisa al ver que no sacaba nada en limpio de aquellos donceles y que a nada conducía aquella búsqueda. Los muchachos ponían más interés en exculparse a sí mismos que en dar testimonios

fiables de lo ocurrido. Era tal su miedo que lo que decía uno lo desmentía el siguiente y al final había más versiones que lanzadores de piedras contra el campanario.

—No porfiemos en aclarar lo irremediable —concluyó—. Ahora toca recorrer el reino para conseguir el apoyo de las ciudades.

\* \* \*

Después de tomar al asalto el castillo de Dueñas a poco de salir de Palencia, se dirigieron a Valladolid, sabedores de que don Álvaro Núñez de Lara había vuelto de Toro y estaba en el cercano castillo de Tariego, donde tenía escondido el cadáver del difunto rey Enrique. Con el fin de evitar que siguiera corriendo la sangre, el obispo de Palencia, acompañado de sus hermanos Suero y Pedro, con el beneplácito de doña Berenguela, que seguía adelante con el grueso de las fuerzas leales al rey don Fernando, se acercaron a parlamentar con los hermanos Lara para dar término a los enfrentamientos.

—Solo reconoceré al infante don Fernando como rey cuando le tenga bajo mi tutela —proclamó don Álvaro.

—Esta propuesta vuestra es innegociable. Ni doña Berenguela ni él aceptarán. Además, don Fernando no necesita tutela, porque ya es mayor de edad y puede reinar por sí mismo. Más os valdría que os acogierais a su benevolencia antes de que sea demasiado tarde, porque habéis cometido crímenes imperdonables. Es mejor para vos una sumisión pactada con doña Berenguela y su hijo que una derrota deshonrosa.

—A esa mujer no la quiero ni de lejos. Reyes y reinos hay bastantes en este mundo dispuestos a pagar mejor que doña Berenguela por nuestra lealtad y nuestros servicios.

—No busquéis en otros reinos la paz y la estima que podéis tener en el vuestro, porque vuestras tenencias y heredades están en su mayoría en Castilla. Sabéis que el deshonor, cuando se produce, se arrastra en una familia de generación en generación. Seguid nuestros prudentes consejos —dijo el obispo palentino—. Las heredades os pertenecen y podréis mantener muchas de vuestras tenencias si no sois díscolo de ahora en adelante. Solo así podréis volver a servir a doña Berenguela y a don Fernando y, al igual que vuestros antepasados, gozar de los mismos favores que ellos les otorgaron.

—Nosotros no descendemos de los reyes, son los reyes los que descienden de nosotros y nos deben el reino que ahora pretenden.

«A quienes los dioses quieren destruir los ciegan primero con la soberbia y los castigan con la locura», pensó el prelado palentino, sabedor de que la suerte

de don Álvaro al asaltar el primero el palenque del Miramamolín, ondeando la enseña de Castilla en Las Navas de Tolosa, le había trastornado por completo.

—Si mi padre no hubiera sacado de Ávila al rey don Alfonso, ahora no existiría el reino de Castilla —exclamó don Álvaro, reventando de arrogancia por los cuatro costados.

—Ha llovido mucho desde entonces. Eso fue hace muchos años, don Alfonso era hijo único y era un niño muy pequeño. Ahora está doña Berenguela, que es legítima heredera, y junto a ella su hijo don Fernando, que puede sucederla de inmediato —respondió don Tello, que no reclamó la entrega de los restos del difunto rey, porque, sin acuerdo con los Lara, era muy arriesgado llevarle a enterrar a Las Huelgas de Burgos.

\* \* \*

Vista la obstinada cerrazón del menor de los hermanos Lara, la comitiva regia se dirigió a Valladolid, ciudad que pertenecía a la reina, donde esta y su hijo fueron recibidos y agasajados con los mismos honores y solemnidad que en Palencia. Después de descansar unos días en la ciudad del Pisuerga, muy bien aprovechados por Leonor y su sobrino Alfonso, pusieron rumbo a Segovia y Ávila para lograr los apoyos que necesitaban, pero, al llegar a Coca, sus habitantes se negaron a darles cobijo y ellos se vieron obligados a buscar alojamiento en otra parte.

—Has comprobado, hijo mío, que este no es un camino de rosas y que entre estas hay siempre espinas. Ayer dormíamos en colchones de plumas y hoy lo haremos sobre sacos de paja —dijo Berenguela a su hijo, con mucho pesar—. Tendremos que acercarnos a Santiuste para pasar la noche a cubierto.

Fernando, que, a pesar de estar advertido por su madre, no se esperaba el rechazo, quería tomar a toda costa el castillo de Coca y, no pudiendo contener su furia, gritó amenazador:

—Juro que os arrepentiréis algún día de vuestra cobardía.

—Contén la cólera, hijo mío, que nada resuelve y a nada conduce. Ahora somos débiles y no tenemos fuerzas para cumplir esas amenazas. Ellos son nuestros súbitos y no nuestros enemigos. Ahora dudan y están confusos porque acaban de conocer la muerte de Enrique, y solo Dios sabe qué les habrán contado del accidente. Ni siquiera ha habido entierro porque don Álvaro lo tiene escondido en Tariego. Todo son rumores sobre su suerte y es muy posible que el señor de Lara haya esparcido la especie de que yo misma habría ordenado su muerte.

—No fue tan difícil tomar Dueñas por la fuerza cuando se negó a

entregarnos la fortaleza su alcaide. Podríamos haber hecho lo mismo en Coca — exclamó su hijo, que no podía disimular su enojo.

—El de Tariago era vasallo de don Álvaro y necesitábamos dejar expedito el camino entre Palencia y Valladolid, que junto con Burgos son las tres ciudades que nos apoyan con más firmeza, pero estamos en tierras donde los Lara han tenido siempre sus tenencias y sus moradores no saben qué hacer en estos tiempos de incertidumbre. No añadamos más sufrimiento a su zozobra. Ahora toca inclinar los corazones hacia nuestra causa y guardar la fuerza contra nuestros verdaderos enemigos. Esperemos con paciencia las noticias que nos traiga el obispo de Palencia de su viaje a Segovia.

—No son buenas —dijo don Tello a su regreso—, porque en estos momentos sus moradores consideran vuestra visita inconveniente y precipitada y, por ello, la inquietud y la desazón se han adueñado del corazón de sus habitantes. Ni en esta ciudad ni en la de Ávila os abrirán las puertas hasta que todas las villas y ciudades de este lado del Duero y del otro lado de la sierra hayan deliberado acerca de la solución más justa y conveniente para el reino de Castilla.

—Las noticias pueden ser peores todavía, porque, conociendo a mi padre, estoy seguro de que ya habrá enviado a su ejército para hacerse con el reino que ambiciona —argumentó don Fernando.

—Lo habéis adivinado, porque ha llegado con estas intenciones el infante don Sancho, hermanastro del rey de León y tío vuestro, a las cercanías de la ciudad de Ávila talando frutales e incendiando cosechas, pero las fuerzas del concejo de esta ciudad salieron a su encuentro y le infligieron una severa derrota. Temerosos los segovianos de que los leoneses quieran apresar a vuestras majestades para llevarlas por la fuerza ante el rey de León, os recomiendan que regreséis de inmediato a Valladolid y, acogidos a seguro, esperéis dentro de su cercado a los representantes de vuestros súbditos, que a no mucho tardar acudirán allí con el resultado de sus deliberaciones después de que se celebre en Segovia la reunión de los concejos de este lado del Duero y del reino de Toledo.

Las cosas estaban más complicadas de lo que suponía Berenguela. Aún había concejos en los que los partidarios de los hermanos Lara eran reticentes a proclamarla como legítima reina de Castilla. Pero tanto los rebeldes como el rey de León cometieron un gran error, porque la presencia en Castilla de tropas leonesas destruyendo cuanto encontraban a su paso en su intento por amedrentar a los abulenses consiguió todo lo contrario, ya que dejaron en claro que el rey de León estaba impaciente por apoderarse del reino de Castilla por la fuerza.



erenguela estaba muy preocupada por la enfermiza condición de Fernando. Aunque no quería ni pensar en ello, no descartaba en absoluto que se ahogara en alguno de los virulentos ataques de asma que padecía durante las primaveras. Imaginando el peligro que podía suponer para el reino aquella adversidad de su hijo, convino que, durante sus ausencias a causa de las múltiples ocupaciones del reino, alguien de la familia tendría que hacerse cargo de la correcta educación del infante don Alfonso, que su padre había descuidado por completo. «Nadie mejor que Leonor para estos menesteres. Es paciente y generosa. Quiere mucho a su sobrino y Alfonso le tiene afición y respeto».

—Aunque no tienes hijos, por la educación que hemos recibido de nuestros padres, bien sabes que, según dijeron los sabios, «los mozos son muy capaces de aprender las cosas mientras son pequeños, porque son como la cera blanda, que queda estampado en ella aquello que figura en el sello, mas si se los quisiere corregir cuando se hacen mayores y comienzan a entrar ya en mancebía, no lo podrán hacer tan ligero, a menos que antes no se ablanden con grandes apremios, y aunque lo aprehendiesen entonces, las olvidarán más pronto por las otras cosas a las que estaban acostumbrados».

—Tengo para mí, querida hermana, que tu hijo Alfonso ya es mancebo y muy mancebo, y que para ablandar la cera que ya ha endurecido siguiendo malos ejemplos, harán falta grandes apremios.

—Tú eres recia de carácter, de trato sutil y de dulces modales, por eso te pido que endereces lo que ha torcido su padre. Hazlo para que, en ausencia de su hermano Fernando, sepa presentarse ante el público de tal manera que todo el

que le vea se percate, a causa de su apostura, de que es señor de todos los allí presentes.

«Adiós matrimonio conveniente para mí. Adiós marido soñado. Adiós hijos por venir», se dijo Leonor, porque, si bien la propuesta de su hermana le halagaba por la confianza que depositaba en ella al elevarla a la categoría de educadora, solo reservada a los obispos y a los abades, no ignoraba que, para Berenguela, la prioridad de las prioridades era asegurar el dominio de los reinos para su hijo Fernando, casar lo mejor posible a Berenguela hija y reeducar a Alfonso de modo que, sin ambicionar la corona en el presente, estuviera preparado para reinar en cualquier momento, si ese fuera el designio de la Divina Providencia. Estas reflexiones la llevaron a confirmar que su hermana movía a sus familiares de un lado para otro según las necesidades de la partida en cada momento. Ahora tocaba mejorar la posición de Alfonso para aproximarle al final del tablero por lo que pudiera ocurrir. A ella le asignaba el papel de obispo para proteger al infante en su avance. Con ello su matrimonio se estaba convirtiendo en un objetivo cada vez más difícil a medida que pasaban los años.

Pero, a la vez, Leonor se dio cuenta también de que la propuesta de su hermana había llevado la alegría a su corazón por las posibilidades que le ofrecía de encontrarse a menudo a solas con Alfonso, con el que tenía tantas cosas en común. Los fugaces encuentros íntimos que había tenido con su sobrino desde que se encontraron en Autillo, aparte de acercarle al disfrute de placeres prohibidos hasta el matrimonio, cosa que le producía mucha dicha, le habían permitido descubrir que el infante, al igual que su hermano Fernando, era experto cazador, así como buen jugador de tablas y ajedrez y otros muchos buenos juegos. Le deleitaban los buenos cantores y él mismo lo sabía hacer con mucha donosura; gozaba de la presencia en la corte de hombres duchos en cantar y trovar y de los juglares que tocaban bien los instrumentos, cosa que le entusiasmaba mucho, y entendía quién lo hacía bien y quién no. Pero a ella no se le ocultaba que tenía unos defectos propios de su temperamento y la influencia de su padre que era necesario corregir para que tuviera la elegancia y la apostura exigibles a una persona de su dignidad.

Como no podía ser de otra manera, y menos en aquellos momentos de tanta agitación, Leonor aceptó la encomienda y mandó buscar al infante, que acudió solícito al reclamo de su tía. Pero, tan pronto como se encontraron a solas en los aposentos, el alumno, incapaz de sujetar sus instintos, se abrazó a ella de tal modo que mostró palpablemente sus libidinosas intenciones.

—Aprecio tu afecto y entiendo tus efusiones —exclamó Leonor, desembarazándose del infante como pudo y mostrando un semblante circunspecto—. Querido sobrino, veo con mucha preocupación que, ante la

cercanía de una mujer de tu gusto, muestras tales urgencias por poseerla que a ti te delatan y te empequeñecen, al tiempo que a ella la denigran.

Alfonso se quedó tan desconcertado por la inesperada acogida de Leonor que no osó decir palabra porque no comprendía el motivo de la frialdad de su tía, que, en su fuero interno, consideraba territorio conquistado de antemano.

—Deberías comportarte como si fueras un rey, sujetar tus instintos y no mostrar nunca la incontinencia y voracidad de tus apetitos, tal como hacen los animales cuando les ponen delante del hocico la comida en un pesebre. ¿Te parece bien que alguien que puede estar llamado a ocupar el trono si ocurre una desgracia (Dios no lo quiera) ande corriendo tras las sirvientas y las costureras de la corte mendigando sus favores? No pongas esa cara y siéntate junto a mí, que tienes que aprender cuatro cosas para que todo quede claro entre nosotros.

—Yo lo tengo claro. Tú eres mi tía y yo soy tu sobrino.

—Y algo más que todavía no sabes, porque tu madre me ha encargado que, en estos tiempos de tribulación e incertidumbre, sea tu educadora y yo añado de mi cosecha... a lo mejor también tu amante, que es algo que ella no sabe y que en todo caso es un secreto que debe quedar entre nosotros. —Leonor le miró de frente y agregó—: Por el destello de tus ojos compruebo que mis palabras han llenado tu mirada de codicia, pero para llegar a ser mi amante tienes que merecerlo. Esta fortaleza no es una ciudad que se conquista mediante asedio, sino un delicado huerto que hay que trabajar, cuidar y regar con esmero para que dé los frutos más sabrosos y las frutas más apetecibles y jugosas.

—¡Ay, tía Leonor, que se me está haciendo la boca agua!

—Pues cierra bien la boca cuando alguna cosa te digan y no lo escuches con la boca abierta para que no se te caiga la baba y parezcas un tonto. Y aguza el entendimiento, porque se nota a la legua que, aunque te crees que tienes mediada para mucho, no tienes medida para nada. ¡Medura, Alfonso, medida es lo que tú necesitas más que el comer! Porque lo que se hace con medida es siempre bueno —le repitió Leonor, pero, como él solo aprendía mediante ejemplos, por más que su maestra se lo explicara, el pupilo seguía boquiabierto porque no alcanzaba a captar su significado—. Por tu bien y el de nuestros súbditos, tienes que comprender cuanto antes que todas las cosas del mundo tienen medida, pues quien se pasa de medida desborda y quien no cumple la medida estipulada yerra siempre.

—¿A qué te refieres cuando hablas de pasarse de medida? No estarás pensando en lo que ambos sabemos y a ti te complace.

—No me refiero a lo que tú piensas con mucha malicia, haciendo alarde y ostentación de algo que no viene a cuento, porque en las cosas del gobierno y en la vida es preferible apoyar a quien gasta con medida que al que tiene grandes

riquezas y es derrochador.

—Hablando de gastar con mesura las grandes riquezas que atesoro. ¿Cuándo podré conseguir lo que añoro y lo que sueño?

—Solo estará a tu alcance cuando hayas demostrado tu honradez, observado el decoro y ejercido la bondad.

—La bondad y la honradez sé lo que significan porque era lo que tenía en abundancia mi abuelo Alfonso, que en gloria esté. Pero nunca me han explicado bien en qué consiste el decoro.

—El decoro es amor de Dios. El decoro es la suma de las bondades y su culminación es tener vergüenza de Dios, de los hombres y de uno mismo. Además, decoro es que se refrene el hombre en tratar de conseguir al momento todas las cosas que desea. Es coger la fruta del árbol una a una con cuidado en vez de azotar las ramas con una vara. Es comportarse en cada situación y lugar con prudencia, respeto y sabiduría. —Al ver Leonor que al sobrino se le cerraban los ojos, concluyó—: Me parece que te estoy aburriendo a estas horas con tantas explicaciones y que te pueden las ganas de meterte en la cama.

—Es que desde que salí de León no he parado de ir de un sitio para otro.

—Si debes lavarte las manos antes de comer, también debes hacerlo antes de irte a la cama, porque la vianda cuanto más limpia es comida, tanto mejor sabe, y tanto mayor provecho hace, y después de comer, te las vuelves a lavar y a limpiarlas con toallas y no con otra cosa, y no las debes limpiar en los vestidos, que es lo que hacen las gentes que no saben de limpieza ni de apostura.

—Entiendo lo de lavarse las manos antes de comer, pero ¿por qué hay que hacer lo propio antes de ir a la cama?

—Para que estando dormido no se lleven sucias a la boca o a los ojos y estando despierto tampoco se lleven sucias a otras partes del cuerpo. Y sobre todo, acostúmbrete a comer despacio y saborear la comida y a no levantarte de la mesa hasta que no estén bien servidos y comidos los demás comensales. Y esto que te digo para la comida vale igualmente para el descanso —le dijo Leonor, sonriendo para después cogerle de la mano y conducirlo directamente hasta la alcoba.

Leonor no sabía muy bien qué hacer. Por un lado deseaba meterse con su sobrino de nuevo en la cama para darle ocasión de regocijarse con sus excesos de medida. Y por otro lado, pensó que mejor sería irse cada uno por su lado para que no se malacostumbrara. Al final decidió quedarse porque así podría enseñarle que los modales que hay que usar en la cama son similares a los que hay que usar en la mesa.

—Pues si esta es su alcoba y aquella fue la cama de tus padres, aquí vamos a dormir nosotros para celebrarlo como se merecen ellos, siempre que esta

misma noche no le dé a él por presentarse en Valladolid con su ejército y nos sorprenda retozando en el lecho.

Al ver ella que, después de lavarse las manos y tan pronto como se introdujeron en el lecho, Alfonso, haciendo caso omiso de las lecciones acerca de la medida y el decoro, no se andaba por las ramas e iba derecho a lo suyo, le contuvo como buenamente pudo y le dijo:

—Puesto que lo que vamos a hacer es cosa que casi ninguna criatura puede excusar, con todo, los hombres no lo deben hacer bestialmente, sobre todo los hijos de los reyes, y tanto por el linaje de donde vienen como por el lugar en que se encuentran deben hacerlo apuestamente.

—¿Cómo se hace apuestamente en nuestro caso?

—Hacerlo apuestamente es como el andar, que hay que hacerlo ni muy enhiestos de más, ni otrosí encorvados, ni muy aprisa ni muy despacio, que no se dejen caer súbitamente ni se levanten otrosí con arrebatamiento. O haciendo mal continente con los miembros, moviéndolos muy a menudo, en manera que semejasen a los hombres que más se atreven a mostrarlo por ellos o por palabra y esto es gran falta de compostura y mengua de razón, otrosí es menester que la obra sea cumplida, pues así como sería mal cuando fuese de más, otrosí no sería bien cuando fuese de menos. ¿Entiendes lo que te quiero decir con todas estas razones para explicarte lo que es la medida en el continente?

—Entiendo que estamos perdiendo el tiempo, porque como enseña el arzobispo don Rodrigo: «El que aprende y aprende y no practica es como el que ara y ara y no siembra», que es lo que les ocurre a los eclesiásticos en estos menesteres.

—Pues aviados estaríamos si esto fuera solo de arar y sembrar, ¡hijo!

\* \* \*

Después de practicar la medida con Alfonso y dejar a este dormido, a punto estuvo Leonor, que entraba sigilosamente en su aposento, de encontrarse con Berenguela cuando esta se preparaba para entrevistarse con los representantes de los concejos de Segovia y Ávila y también los venidos del reino de Toledo, justo en el momento en que Fernando había caído nuevamente enfermo con un ataque de asma.

—No puedo... madre... No puedo acompañarte. Me estoy... ahogando... — musitó Fernando, que yacía en el lecho con la cabeza tapada con una toalla tomando vahos de plantas aromáticas para mejorar su respiración.

—¿Y ahora qué hacemos? —se lamentó Berenguela, desolada—. Tal como están las cosas, no podemos aplazar la proclamación. Estas gentes tienen que

volver a sus pueblos y los obispos, a sus púlpitos esparciendo la noticia de que hay nuevo rey en Castilla para tranquilizar a sus convecinos y asustar a nuestros enemigos. ¡Santo cielo, qué desgracia...!

Unas toses interminables fueron la única respuesta del interpelado.

—Tienes que venir conmigo por lo que pueda ocurrir —continuó la reina—. Conozco bien a nuestros súbditos y sobre todo a los nobles y a los obispos y no digamos a vuestro padre, que está con su ejército en Arroyo esperando noticias. Los nobles no quieren en ningún modo que una mujer se sienta en el trono de Castilla. Este ha sido el origen de todos nuestros males recientes. Necesito tenerte a mi lado cuando me encuentre con ellos, porque si aplazamos tu proclamación ahora, volverán las sospechas, las calumnias y las insidias...

—Estoy muy enfermo, no puedo ir en estas condiciones.

Un nuevo ataque de tos con los subsiguientes jadeos fue todo lo que Berenguela obtuvo por respuesta.

—¿Y ahora qué hacemos, hijo mío? —repitió la madre, abatida—. No podemos decir que estás enfermo ahora que estamos a punto de recuperar el reino que me pertenece. No se lo creería nadie...

—¡Que vaya... mi hermano!...

—¿Cómo? —exclamó sorprendida Berenguela.

—Con mi ropa. Es de noche y con el barullo que hay nadie se dará cuenta.

Un rayo de luz iluminó la cabeza de Berenguela.

«¿Cómo no se me había ocurrido antes semejante idea? Dos personas distintas y un solo rey verdadero. Que digo dos. Con Alfonso somos como la Santísima Trinidad».

—¡Pero qué listo eres, hijo mío! Enfermizo sí, pero listo como el hambre. ¡Lástima de salud tan endeble!

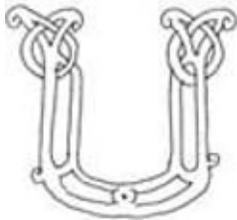
Y en verdad que era sufrido el infante. Tosía y jadeaba como un perro, pero nunca se quejaba, ni siquiera cuando era niño. «En Galicia casi se me muere, menos mal que le traje a Castilla y aquí revivió, que si le dejo un poco más con su padre, no resiste otro invierno. En cambio Alfonso... es todo lo contrario, fuerte como un roble y noble como mi padre, pero no es tan sufrido como Fernando».

—A saber dónde estará tu hermano. ¿Sabes tú dónde puede estar a estas horas?

—Supongo que durmiendo en su alcoba, pero no tienes por qué molestarle ahora. Esperemos a mañana, que esta noche a lo mejor me pongo bueno para acudir mañana a las deliberaciones de las gentes del común.

—Aunque seáis muy parecidos, estas cosas hay que prepararlas con un poco de tiempo para que nadie se dé cuenta. Él está un poco más fuerte... y tiene

la cabeza más grande. Ahora mismo ordeno que vayan a buscarle. Habladlo entre vosotros, que hermanos de padre y madre sois y como hermanos os entenderéis... por la cuenta que nos tiene a todos para salir con bien de este maldito embrollo... Así que si no puedes venir, arréglatelas como puedas con tu hermano, que me están esperando los obispos de Burgos, de Palencia y de Toledo con los nobles que están de nuestra parte.

*Valladolid. 1217*

na abigarrada muchedumbre venida de pueblos y ciudades de Castilla llevaba un tiempo reunida en un descampado que hacía de mercado fuera de las puertas de Valladolid para deliberar sobre la sucesión del rey don Enrique y acordar los términos de un hipotético apoyo de las gentes fuera de todo protocolo.

También estaba fuera de protocolo la presencia del infante Alfonso, suplantando la personalidad de su hermano Fernando por la imposibilidad de este de acompañar a su madre en la asamblea.

Era de noche todavía en el palacio real de la fortaleza vallisoletana, emplazada sobre el río Esgueva, al borde del río Pisuerga, cuando, llamado por su hermano Fernando, hizo acto de presencia el infante don Alfonso medio dormido.

Aturdido y sin saber para qué demonios le habían convocado tan de mañana, se acercó a la alcoba donde el heredero de Castilla estornudaba, tosía y escupía.

—No entiendo para qué me han sacado de la cama por orden de nuestra madre y me han traído de madrugada a tus aposentos. ¿De qué tenemos que hablar entre nosotros a estas horas? ¿Ocurre algo grave? —preguntó el infante Alfonso, que, al ver a su hermano toser, estornudar y escupir entre ahogos, afirmó—: Con lo que te cuesta respirar, estás tú bueno para hablar.

—Mi reino será tu reino... mi trono será tu trono... mi corona será tu corona... mi casa será tu casa... y mis honores serán tus honores —dijo Fernando de un tirón, aguantando las toses.

—Eso ya me lo dijiste el otro día en Autillo, y ¿para repetirme lo mismo me

sacáis a estas horas de la cama, con lo bien que estaba?

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo en la cama cuando tenemos el reino en el aire?

—El lecho es el único lugar donde se puede estar a salvo de las tejas voladoras de Castilla. Aquí todo está muy agitado. Ayer estábamos con nuestro padre y hace un rato con nuestra madre. Yo me estoy quieto, por si acaso, porque estando libre de los deberes que te han sido asignados y siguiendo tus consejos, estaba gozando de los placeres que te estarán vedados, de los manjares que te serán prohibidos y de las libertades que te serán retiradas por razón de tu alta dignidad.

—La razón de mi alta dignidad te pide que me sustituyas en la ceremonia de mi proclamación. Salta a la vista que no estoy en condiciones de acudir a una solemnidad que puede durar muchas horas.

—¿Me estás pidiendo que sea un rey de quita y pon?

—Te estoy pidiendo que te pongas mis vestimentas, tosas de vez en cuando, respires con dificultad y te ciñas la corona con solemnidad y hagas con toda naturalidad todo lo que corresponde a un príncipe que está siendo coronado y realices todo ello con mesura y con decoro, para que nadie se aperciba del artificio. Pero no olvides que, después de hacerte aclamar como rey, tienes que regresar a palacio y dejar la corona sin hacerte de rogar. No es la primera vez que nos confunden y además casi nadie de los allí presentes nos conoce en persona.

—Pero ¿a quién se le ha ocurrido semejante embuste?

—Tómalo como un juego.

—¿Así que esto es un juego? Pues accedo gustoso. Vamos a jugar todos, que buena falta te hace a ti porque eres demasiado serio. Es bien sencillo, solo tienes que dejarte llevar.

—No sé adónde quieres llegar.

—Como yo te sustituyo y me pongo donde estás tú, tú me sustituyes a mí y te pones donde estaba yo. Tenemos que intercambiar nuestras respectivas alcobas para que nadie se dé cuenta del engaño. Donde dormía yo, tendrás que dormir tú y en la cama en que estás tumbado tú me tengo que meter yo a mí vuelta de la coronación. Tú haces de Alfonso y curas el catarro en mi cama y yo hago de Fernando en la procesión, en la iglesia y en el trono de pacotilla y me cuido de tu corona.

Esa ocurrencia tan ingeniosa, acompañada de un pensamiento turbador que se resistía a desvanecerse, se le posó de repente en la frente a Alfonso como una neblina precedida de un soplo de aire frío. Tenían que realizar el intercambio con absoluta discreción, por ello el menor de los dos, después de ayudar a su

hermano a sentarse en el borde del lecho, le colocó las babuchas en los pies y una manta sobre la cabeza y los hombros y le ayudó a ponerse en pie. Juntos llegaron hasta la puerta del dormitorio de Alfonso y allí le dio unas palmadas en la espalda diciendo en voz baja:

—Suerte, hermano, que la vamos a necesitar, porque a mí me pueden matar por usurpador y a ti a lo mejor se te pasan todos los males. Date toda la prisa que puedas y no dejes que se te enfríe la cama —le apremió.

«Esta sí que es buena. Yo sería legítimo rey si se muere Fernando de esta... o de otra, sin necesidad de disfraces», se sorprendió Alfonso albergando semejante pensamiento porque había asumido de tal manera el papel de segundón que era la primera vez que se veía a sí mismo como rey.

—Y sobre todo procura que nadie conozca el engaño, por la cuenta que nos tiene —puntualizó Fernando—. No vaya a ser que una indiscreción tuya eche por tierra los planes de nuestra madre... o los míos, que me tengo que proclamar rey. No me lo vayas a fastidiar y ahora vístete a toda prisa y arréglatelas para encontrarte con nuestra madre.

Fernando tampoco las tenía todas consigo porque conocía las veleidades y andanzas de su hermano. «Esto no puede terminar bien. Vamos de engaño en engaño. Primero a mi padre y ahora a los súbditos», pensó, porque de pronto se acordó del engaño de Jacob y Esaú cuando este vendió a su hermano el derecho de primogenitura por un plato de lentejas engañando a Isaac con una piel de carnero en el momento de su bendición.

\* \* \*

Como todos querían hablar en aquella asamblea interminable, las deliberaciones se prolongaron durante toda la noche y todavía quedaban muchos turnos de palabra pendientes cuando la reina doña Berenguela, aliviada porque había llegado a tiempo el infante Alfonso, encarnando a don Fernando, atravesó la puerta de la muralla y junto a los obispos y nobles que la apoyaban se llegó hasta la explanada del mercado donde le esperaba la muchedumbre de gentes venidas de los concejos del sur del Duero y del reino de Toledo.

—¡Qué difícil nos lo ha puesto el canalla de don Álvaro! —dijo Berenguela al arzobispo de Toledo, que caminaba a su derecha—. El mundo al revés. ¡Cuándo se ha visto que los súbditos escojan a sus reyes! Hija de reyes soy y reina de León he sido antes de que un papa decidiera lo contrario. Palabras no me han de faltar y a vuestras eminencias tampoco, si es necesario tomar la palabra para convencer a los que vacilan.

La llegada de la reina a la explanada puso fin al alboroto y, como las gentes

habían llegado a un acuerdo razonable, en nombre de todos los allí presentes, tomó la palabra un caballero abulense en medio de una gran expectación, dirigiéndose a su majestad en tono directo y coloquial.

—Señora, como por desgracia ha fallecido el rey y no hay otro heredero varón del reino de Castilla y como vos, que ya habéis sido reina de León, sois la mayor de las hijas habidas por don Alfonso, y ya os habíamos jurado como sucesora en 1181, en las Cortes de San Esteban de Gormaz en 1187 y en Carrión en 1188 por voluntad de vuestro padre el noble rey don Alfonso, vencedor de Las Navas de Tolosa hace tan solo cinco años, consideramos que os corresponde legítimamente ocupar el trono que es vuestro por derecho y propiedad.

Una gran salva de aplausos sin ninguna discordancia saludó lo justo de sus razones y la concreción del orador.

—Pero... pero hay voces que sostienen que, según el Tratado de Sahagún, ese derecho le asiste a vuestro antiguo esposo don Alfonso de León, que en pocos días se hará presente con su ejército para reclamarlo.

Gritos de «¡fuera, fuera!». Silbidos y abucheos fueron proferidos contra el intruso, interrumpiendo la perorata del abulense, que a duras penas pudo continuar su parlamento.

—Puede estar bien tranquila vuestra majestad porque los que están en contra de vuestra causa son los menos. Pero sería conveniente que os avengáis a dejar la corona a vuestro hijo Fernando, que además es hijo de ambos, porque, siendo vos mujer, no podréis soportar el peso del gobierno del reino, ni empuñar las armas para combatir contra los enemigos de Castilla.

—Es lo menos malo que podría ocurrirnos en las presentes circunstancias —le dijo en voz baja Berenguela al menor de sus hijos.

—Él tendrá que acompañaros para que su proclamación se produzca inmediatamente después de la vuestra. Loado sea Dios, que inspiró vuestra clarividencia para traer a Castilla a vuestro hijo Fernando.

Visto que la muchedumbre no quería perderse la proclamación de un nuevo rey y salió en desbandada hacia la iglesia de Santa María, y conseguido su propósito, Berenguela se puso en camino en medio de aquella multitud.

\* \* \*

Era bien entrada la mañana cuando volvió el médico don Arnaldo a visitar a Fernando y le despertó con la agradable sorpresa de que su temperatura era normal y el ataque de asma había remitido completamente.

Tal como le había enseñado su madre, lo primero que hizo fue ponerse de rodillas y dar gracias a Dios por haberle concedido un nuevo día de vida. Y

como esta le corría por las venas y se sentía lleno de alegría y de fuerzas, decidió levantarse. Agitó la campanilla que tenía sobre una alacena y al punto se presentó una hermosa cautiva.

—¿Ha descansado bien mi señor? He comprobado que desde el amanecer no habéis vuelto a toser.

—Estáis en lo cierto, porque con la ayuda de Dios he conseguido curarme.

—Tengo las friegas preparadas y dispuesto el baño de agua caliente... ¿Qué preferís primero, el baño y después las friegas o más bien al contrario? —le preguntó ella en la penumbra de la habitación con una sonrisa llena de picardía.

En aquel preciso momento tocaron a gloria las campanas convocando a la solemne ceremonia de la coronación real.

«¡Mi hermano debe de estar a punto de recibir la corona sobre su cabeza!».

—Ayúdame a vestirme lo antes posible, que tengo que marchar a toda prisa.

Al salir del palacio, el barullo de la multitud que venía de la plaza del Mercado situada extramuros le arrastró en dirección a la iglesia de Santa María. Los vítores al rey eran ensordecedores. Fernando se abrió paso como pudo y dio alcance a la comitiva de los nobles; delante de ellos iban los obispos, abades y clérigos flanqueando a doña Berenguela y Alfonso. Fernando no quiso avanzar más y le siguió a prudente distancia.

Llegaron todos alegremente a la iglesia de Santa María y ya en ella Fernando se abrió paso a los sitios de honor emplazados en el presbiterio.

Cuál no sería la sorpresa de doña Berenguela cuando al descansar su vista en el sitio que creía vacío se dio cuenta de que su hijo Fernando, al que suponía sumido en el pozo de la enfermedad, le guiñaba un ojo con una sonrisa de oreja a oreja, ocupando el lugar de su hermano Alfonso, que saludaba a una multitud con tal naturalidad que parecía que lo venía haciendo durante toda la vida. Después de cantar el tedeum, todos los presentes besaron la mano a don Alfonso, que sonreía complacido ante tantas muestras de acatamiento.

Al ver lo bien que se desenvolvía Alfonso interpretando el papel de rey, Fernando dio en pensar que si su hermano se aficionaba a semejantes agasajos, podría convertirse en un enemigo a tener en cuenta.

Berenguela, exultante de alegría, se colocó en medio de ambos y saludando a la multitud regresó al palacio real de Valladolid, donde, nada más llegar al salón del homenaje, viendo que el coronado Alfonso no se desprendía de la corona y hacía ademán de sentarse en el trono para seguir con la chanza, se abrazó a él y le dijo al oído:

—Lo has hecho todo a la perfección, nunca se ha visto en Valladolid un joven rey tan mesurado, tan decoroso y tan digno y majestuoso como tú... pero es necesario que, sin que nadie os vea, entregues de inmediato la corona a tu

hermano para que no se te suba a la cabeza. Es voluntad de Dios que los reinos los hereden los primogénitos y así será por los siglos de los siglos. Lo que hoy has hecho tendrá su recompensa en este reino y en el reino de los cielos.

En esto estaban madre e hijo cuando los representantes de los concejos que les habían dado su apoyo en su elevación al trono castellano se presentaron en la puerta de palacio para despedirse. No era solo la reina la que reclamaba sus derechos.

—No querrán regresar a sus villas y ciudades con las manos vacías —dijo Berenguela.

—Que vaya Alfonso, que es el más generoso —bromeó Fernando—. Que si voy yo, a lo mejor la fastidio.

—Iremos los tres para impresionarlos y haremos que nos acompañen los obispos de Toledo, de Burgos y de Palencia.

Salieron, pues, a escuchar las peticiones de los representantes.

—Habéis de jurarnos que no nos vais a desposeer de nuestras aldeas para entregárselas a otros en pago de sus servicios —dijo uno de los hombres.

—¡Señor! A vos os pedimos que por vos mismo no toméis ninguna decisión importante antes de cumplir los veinte años, a no ser que la comparta vuestra madre —puntualizó otro.

Los nobles allí presentes aprovecharon la ocasión para pedir al rey —mientras miraban a la reina— que respetara todas las tenencias que disfrutaban.

—Se hará como decís porque espero que no habrá causa o motivo para que se haga de otra manera —convino el recién coronado monarca.

\* \* \*

No hubo tiempo para celebraciones, porque el rey de León, encabezando un gran ejército, después de hacerse sin dificultad con una parte de los Campos Góticos limítrofes y las villas de Villagarcía de Campos, Urueña y Castromonte, seguía acampado en los sotos del Pisuerga a su paso por Arroyo de la Encomienda y amenazaba con atacar la ciudad de Valladolid para hacerse con el reino de Castilla ocupando el trono por la fuerza. Pero iban pasando los días y el ataque no se producía.

—Parece que a vuestro padre no le ha gustado nada que seas rey de Castilla. Ahí le tenemos sin saber qué hacer, si atacar o negociar con nosotros —dijo Berenguela.

Aunque los nobles castellanos que acompañaban a Berenguela eran partidarios de salir a combatir a los leoneses, Berenguela afirmó que su hijo jamás cometería la insensatez de ir a luchar contra su padre y tampoco ordenaría

a otros que lo hicieran.

—Hijo mío, tenemos que levantar nuestra vista muy por encima de estos avatares. No solo porque Dios nos dice en sus mandamientos «honrarás a tu padre y a tu madre», sino porque nos enseña también la Biblia que Absalón quedó colgado por los cabellos entre las ramas de un árbol cuando se rebeló contra el rey David, su padre. Recuerda cuánto sufrió tu abuela Leonor por los enfrentamientos del abuelo Enrique con el tío Ricardo y los males que trajeron a nuestra familia. Al que levanta espada contra su padre Dios le maldice.

Fernando escuchaba lo que le decía su madre con la sangre alborotada. La sangre rebelde de los Plantagenet y su impaciencia juvenil le incitaban a defender lo que era suyo por herencia y por aclamación del pueblo, pero su madre le dio el argumento definitivo para apaciguarle.

—Hijo mío, los ríos corren hacia abajo. Tu padre es muy veleidoso y el enfado le ciega. ¡Si le conoceré yo bien! Hay que saber esperar hasta que pase la tormenta. Él quiere el reino de Castilla y lo quiere ahora. Nosotros ya lo tenemos ahora y queremos el reino de León solo cuando Dios así lo disponga. No me cabe duda de que, si sabemos esperar, lo dispondrá a no mucho tardar. Si ahora sales a combatir contra tu padre, ganarás una batalla inútil porque habrás perdido para siempre el reino de León. Y solo teniendo ambos reinos unidos bajo tu cetro podremos derrotar algún día a los almohades y añadir sus reinos a tu corona.

Aquellas sabias palabras de su madre hicieron mella en el ánimo de Fernando.

—Pero no nos podemos quedar quietos indefinidamente. Los campos están en sazón y pronto llegará el tiempo de recolección. ¿Qué hacemos cuando comience mi padre a incendiar las cosechas y talar los huertos que nos alimentan?

—No hará tal en Valladolid porque me teme... Pero tienes razón, no podemos estar cruzados de brazos. Enviaremos al obispo Mauricio y a don Domingo de Ávila a parlamentar y entre ires y venires de esos preladados irán pasando los días. Mientras tanto se dará cuenta de nuestra firmeza y se irá convenciendo de que tenemos más apoyos de los que se esperaba.

*León. 1217*

El rey de León, aunque hervía por dentro, escuchó con mucha atención el mensaje de los prelados. Toda su vida había girado en torno a dos obsesiones. Incorporar el reino de Castilla a la corona de León y recuperar a Berenguela para el lecho conyugal. Desaparecido su poderoso primo Alfonso de Castilla, vista la extrema debilidad en que se encontraba Berenguela y sus aliados enfrentados a los Lara, la muerte del pequeño Enrique le había puesto el sueño en bandeja. Ya sentía el peso de la corona flotar sobre su cabeza cuando Berenguela había colocado al hijo de ambos en medio y le había arrebatado ese derecho con astucia.

—Majestad, os ruega vuestro hijo encarecidamente que no sigáis haciendo tanto daño a los campesinos, antes al contrario, os pide que os retiréis cuanto antes de su reino. Alegraos de que vuestro hijo reine en Castilla, por la gracia de Dios, que si antaño os hicieron mucho daño y os causaron grandes quebrantos desde estas tierras, de ahora en adelante no recibiréis de ella ningún perjuicio.

—Lo que diga ese hijo mío y su madre, que me acaban de quitar con engaño el reino de Castilla, no tiene ningún valor. Él solo hace la santa voluntad de su madre. Decidle a doña Berenguela que ahora que ya no está el maldito papa Inocencio, que Dios tenga en los infiernos, es tiempo en que nos volvamos a juntar ella y yo. De este modo, se arreglarían las cosas definitivamente. Ambos seríamos los dueños de Castilla y de León reinando juntos a lo largo del resto de nuestras vidas y, al finalizar estas, ambos reinos irían a parar a las manos del heredero común.

Nadie mejor que los prelados sabía a quién correspondía encoger o estirar la potestad de atar o desatar que Jesús le dio a Pedro en el caso de casamientos

entre reyes.

—Para que tal ocurra sería preciso que el papa Honorio otorgara la dispensa.

—Seguro que necesitará dinero y hombres para la cruzada... y dos reinos juntos podemos ser muy generosos...

—Pero hace falta el consentimiento de doña Berenguela.

—Ya consintió una vez y se separó con mucho pesar por culpa de la excomunión. No creo que haya olvidado los buenos ratos que pasamos juntos casados... y separados. Que escoja como la otra vez: ¿placer o dolor?, ¿cama o guerra?

A los obispos de Palencia y Burgos, aunque con mucha brusquedad en su exposición, la idea de la reconciliación matrimonial no les pareció tan descabellada. Al fin y al cabo, los reyes habían estado casados unos pocos años y fueron un matrimonio bien avenido, tuvieron hasta cinco hijos y se separaron con grandes muestras de dolor. Incluso entonces se las ingeniaron para verse de vez en cuando en los castillos en litigio. No era del mismo parecer el arzobispo de Toledo, que se negó en redondo a acompañarlos ante Berenguela para hacerle aquella desvergonzada propuesta, porque, desde que escuchó su confesión en Carrión y conocía los aspectos más escabrosos de aquella relación, le atormentaban los celos.

Los prelados burgalés y palentino no sabían cómo trasladarle a la reina la insólita pretensión del rey de León y fue el arzobispo de Burgos el que tomó la palabra.

Al escuchar de labios de don Mauricio aquella obscena oferta del rey de León, enrojeció Berenguela porque recordaba los sucesos que, en otro momento de locura, había confesado a don Rodrigo, y ahora sabía que ya no volvería a ver a Dios en aquellos trances, sino que se encontraría con el diablo en forma de marido. Pasados aquellos años de enajenación, tenía otra percepción de los hechos. ¿Casarse otra vez ella? Ella, que había sido una víctima propiciatoria, que se había visto arrastrada al tálamo de aquel monstruo para conseguir unas paces que su padre malherido necesitaba después de la derrota de Alarcos cuando el reino de Castilla estaba en peligro por la impía alianza de Alfonso de León con los infieles, que llegaron hasta profanar Villasirga y otras iglesias del Camino de Santiago. «¿Cómo se atreve a proponerme tamaño desatino a mí, que, una vez pasados los ardores de la juventud, he consagrado mi vida a mis hijos, a Dios y a mis reinos? A Dios como una monja más de Las Huelgas y a mis reinos, velando y luchando para que la obra de mi padre perdure y fructifique en mi hijo Fernando, que es el elegido por el Altísimo para culminar la Reconquista?».

—¡Muy equivocado está don Alfonso si piensa que se puede desandar lo andado! ¡En los nidos de antaño ya no hay pájaros hogaño! Las mieses están en sazón y pronto llegará la hora de la siega. Ya no es hora de sembrar sino de recoger. Dios no quiere que yo vuelva al pecado... y a una corte llena de bastardos. ¡Antes moriré que consentirlo! —Tanto los obispos como el rey Fernando se quedaron atónitos ante la contundente respuesta de doña Berenguela, que añadió—: ¡Decidle que el reino de Castilla no lo quiero para mí, lo quiero para mi hijo Fernando, que también es hijo suyo, y ya lo tiene, porque así lo dicen los tratados y porque se lo ha dado Dios y los hombres buenos de esta tierra!

Sabedor de la debilidad de la reina a causa de la rebeldía de los hermanos Lara y sus partidarios, que eran fuertes en muchas partes de Castilla, y de que su hijo Fernando no le haría frente en ningún caso, el rey de León pensaba que el reino de Castilla caería en sus manos y Berenguela, en sus brazos por su propio peso, como fruto maduro, y se las prometía muy felices porque se veía coronado emperador como su abuelo Alfonso. Pero cuando conoció la respuesta de Berenguela, aunque todos esperaban de él un ataque de ira y una réplica furibunda, sintió frío y se quedó paralizado, no pudiendo disimular su dolor y su pesar. Inmediatamente dio orden de levantar el campamento y, rumiando venganza, se encaminó con su ejército hacia Burgos.

El camino entre Valladolid y Burgos lo recorrió saqueando los pueblos y heredades de los nobles que permanecían fieles a la reina Berenguela, pero, aunque satisfizo sus deseos de venganza, perdió en ello un tiempo precioso. Esta circunstancia permitió a don Lope Díaz de Haro anticipársele a su llegada a la capital de Castilla, de modo que, cuando se dispuso a atacar la ciudad por sorpresa, esta se hallaba tan bien guarnecida y pertrechada que podía resistir sin dificultades un largo asedio. Además, los apoyos de otros nobles que le habían garantizado los hermanos Lara se esfumaron una vez que había sido coronado don Fernando como rey de Castilla.

Muy a su pesar, tuvo que reconocer la inutilidad de su pretensión de hacerse con el reino de su hijo. Despechado, inició la retirada hacia León. Y lo hizo arrasando todas las propiedades del odiado don Tello Téllez de Meneses, obispo de Palencia, que era el mayor de los valedores de doña Berenguela y, para él, el máximo responsable de su estrepitoso fracaso.

A pesar de ello, el rey Fernando y su madre no quedaron satisfechos porque don Álvaro, que había perdido todo el poder y todas las prerrogativas derivadas de la regencia del reino, continuaba en rebeldía, pero ahora no era solo contra doña Berenguela, sino contra el rey don Fernando, su legítimo señor. A este, una vez que su padre se retiró de Castilla, todavía le quedaba pendiente sofocar la

rebelión de los Lara en tierras burgalesas, donde tenían muchas fortalezas y partidarios, para dejar expedito el camino entre Palencia y Burgos y, de este modo, trasladar el cadáver del malogrado rey Enrique y darle la sepultura que le correspondía en el monasterio de Las Huelgas.

Aunque los partidarios de don Álvaro entregaron el cuerpo del finado, se hicieron fuertes en algunos castillos que el nuevo rey hubo de tomar al asalto antes de hacer su entrada triunfal en la capital de su reino el día 17 de agosto de 1217.

El antiguo regente, al que solo apoyaban sus hermanos Gonzalo y Fernando, estaba furioso porque incluso en Belorado, villa bajo su obediencia, habían recibido con gran regocijo al rey cuando se dirigía a La Rioja. Cegado por la ira, saqueó la villa para escarmiento de la población y de otras de la misma comarca, ocasionando la muerte de muchos de sus habitantes y dejando a su paso solo ruinas y desolación.

Enterado el rebelde y su hermano Fernando de que el rey retornaba a Palencia desde Burgos, planearon una emboscada a la comitiva regia. Cuando el monarca se aproximaba con los suyos a Palenzuela, se desató una formidable tormenta. El conde don Álvaro esperaba escondido con sus fieles en las viñas de una boscosa colina que dominaba el camino de paso obligado para huestes reales con la intención de caer por sorpresa sobre el séquito del monarca, hacerle prisionero y obligarle a claudicar.

El relincho de uno de los caballos de los emboscados alertó a las fuerzas reales. Los hermanos del obispo de Palencia se lanzaron con los suyos sobre los rebeldes, que escaparon a toda prisa para buscar cobijo en el castillo de Herrera de Villacañas. Para su desgracia, don Álvaro, que se movía con torpeza a causa de su cojera, resbaló sobre su caballo al tratar de montar a toda prisa. Los hermanos del obispo palentino le dieron alcance y lo derribaron en un lodazal.

Sin gloria y con gran vergüenza, cubierto de barro todo el cuerpo y profiriendo amenazas y maldiciones, le llevaron a presencia del rey, que, después de recriminarle su vergonzosa conducta, le condenó a pan y agua hasta que le devolviera los gobiernos que detentaba. Luego ordenó que le pusieran cadenas y le encerraran en una mazmorra.

Aunque el otro hermano, Fernando Núñez de Lara, se había hecho fuerte en Castrogeriz, viendo la hueste del rey acercarse con su hermano encadenado, se convenció de lo absurdo de su rebeldía y se declaró vasallo del monarca, tras entregar sus castillos. Fernando de Castilla se los devolvió después de que el noble le jurara vasallaje. Enterado el rey de León del apresamiento de su mayordomo y del sometimiento del mayor de los hermanos Lara, envió de inmediato al obispo de Oviedo para proponer unas treguas y una entrevista con

su hijo y la reina Berenguela.

Pero antes de ello se celebró vista pública en Valladolid para acordar el castigo que se debía imponer al rebelde.

—Señora, el conde don Álvaro se levantó contra vos —intervino Munio Mateos, un enviado del concejo de Ávila— y quiso Dios y vuestra buena ventura y el derecho que teníais que pudieseis prenderle. Pero os rogamos y pedimos que no le matéis por el daño que hizo, sino que obréis como lo que sois, la mejor señora del mundo, hija del mejor señor que en el mundo hubo. A este desventurado señor hacedle merced y obligadle a que os entreguen él y todos los que le ayudaron los castillos y fortalezas que todavía tienen.

Aunque le repugnaba hacerlo, Berenguela sopesaba la posibilidad de decapitar al sublevado para evitar otras rebeliones y para castigar crímenes como los de Belorado, pero no ignoraba que los hermanos Lara tenían mucha parentela entre la nobleza y bastantes seguidores en Castilla.

Después de escuchar con atención la petición de clemencia del concejal de Ávila y pensárselo durante un rato, manteniendo en vilo a toda la concurrencia, dijo:

—Agradezco a Nuestro Señor misericordioso la buena suerte y la protección que me brindó, y a vos y a todos mis vasallos, que tan lealmente me ayudasteis. Si Dios lo quiere así, mi hijo Fernando y yo os haremos por ello mucho bien y os concederemos abundantes mercedes y, como vos lo pedís, perdonaremos la vida al conde, aunque más le habría valido no levantarse contra mí hace dos años, ni ahora contra mi hijo el rey Fernando.

A cambio de su libertad, el rebelde conde debía entregar todos los castillos, villas y fortalezas que detentaba, pero, mientras tanto, le dejaron en manos de Gonzalo Ruiz Girón en el castillo de Autillo, que hasta hacía unos pocos meses había servido de refugio a la propia doña Berenguela.

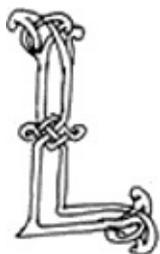
Viendo que su hermano Fernando se había avenido con el rey y que el ayuno al que le sometían estaba quebrantando gravemente su salud, accedió a entregar los castillos en el mismo otoño del año que fue coronado el rey.

Aunque acompañado por la suerte, don Fernando había acabado en unos pocos meses con la rebeldía de los poderosos hermanos Lara; por ello el rey de León, sorprendido de la valentía y la determinación de su vástago y sabiendo que podía tener en él un enemigo de la fortaleza y obstinación de su abuelo el rey don Alfonso, ofreció unas treguas a su hijo.

La reunión entre ambos tuvo lugar en Sahagún, en el mismo monasterio en que setenta años antes los hermanos Sancho de Castilla y Fernando de León firmaron un tratado de paz declarándose mutuamente herederos hasta la segunda generación. Y donde hacía tan solo tres años habían acordado otras treguas a

cambio de unos cuantos castillos.

Allí estaban enfrente el uno del otro, padre e hijo, reyes ambos de León y de Castilla, teniendo la primera entrevista como tales con Berenguela en medio de ambos.



Los muros y bóvedas del monasterio de Sahagún tenían memoria de sesenta años de paces y guerras entre los descendientes de Alfonso el Emperador y la primera Berenguela. Primero entre hermanos —Sancho y Fernando—, después entre primos hermanos —Alfonso y Alfonso— y, tras el paréntesis de Enrique, entre padre e hijo —Alfonso y Fernando, con Berenguela de por medio.

—¿Quién me iba a decir que mi propia mujer se llevaría consigo a nuestro hijo para, con el engaño de ambos, quitarme el reino de Castilla?

Berenguela respiró aliviada porque, de momento, su antiguo marido no había dicho nada de la muerte de su primogénito, ocurrida tres años antes.

—Bien empezamos, Alfonso. En vez de estar feliz y orgulloso de que nuestro hijo ocupe el trono de Castilla con gran dignidad y con todo derecho como hijo mío, nieto del gran y noble rey Alfonso y biznieto de Sancho el Deseado y tataranieta de tu abuelo Alfonso el Emperador, nos sales con esas. ¿No te das cuenta de que Nuestro Señor quita y pone reyes a su antojo y nada podemos hacer contra su voluntad?

—Y el papa deshace matrimonios como el nuestro a su antojo y poco hizo la voluntad de tu padre para evitarlo.

—Sabes perfectamente que el papa Inocencio dijo que tenía agarrada el alma de mi padre con las dos manos y la iba a lanzar a lo profundo de los infiernos si no forzaba nuestra separación.

—Supongo que una vez que Fernando tiene el reino de Castilla en su poder no querréis además poseer el de León.

—Los reinos los heredan los hijos varones.

—Los heredan los primogénitos, aunque sean mujeres, ¿o no ha sido así

con el reino de Castilla hace muy poco?

—Sabed, padre mío, que nunca pretenderemos tener vuestro reino por la fuerza —intervino Fernando.

—Sé que cuando yo muera, si no lo tenéis por la maña, os haréis con mi reino por la fuerza.

—Por la maña no, Alfonso, por los tratados que hemos firmado, empezando por el de nuestro matrimonio y luego por el de Cabrerros. Recuerda que entregaste muchos castillos en prenda y otros tantos concedió mi padre para confirmarlo. Se ve que tenías muchas ganas de casarte conmigo y no escatimaste promesas ni prendas para conseguirlo.

—Pero el papa Inocencio decretó que Fernando no podía heredar, así que el reino le pertenecía al primogénito Fernando el Portugués. Y después de que el pobre muriera, pertenece a Sancha y a Dulce.

—O sea, que maldices la excomunión del papa y estás con él cuando dice que Fernando no podrá sucederte. ¿En qué quedamos?

—¿En qué vamos a quedar? En nada. Había una solución más justa para todos. Muerto ese maldito papa de corazón de piedra, nos podríamos volver a casar de nuevo tú y yo. Ambos seríamos reyes de Castilla y de León, de hecho y de derecho, y a Fernando le correspondería heredar ambos reinos por acuerdo y por herencia. ¿Por qué rechazaste tan generosa propuesta mía?

—Cada cosa a su tiempo, Alfonso. Aquel tiempo ya pasó. Sabes que nunca segundas partes fueron buenas. Te conozco, Alfonso. A ti nadie te sujeta. De entonces acá has tenido muchas concubinas y has llenado la corte de bastardos. Por primera vez en muchos años los almohades están divididos y puede que haya llegado el momento...

—¿A qué momento te refieres?

—Al de dar el empujón definitivo a la Reconquista si con nuestras obras somos gratos al Señor. Tenemos que merecer su ayuda con una vida virtuosa y ejemplar. Tú no estás en condiciones de obtener esa ayuda porque te interesa más conseguir botín y que paguen impuestos los moros que conquistar territorios para la cristiandad, pero Fernando sí que puede, siempre que no se nos tuerza.

—La que se está torciendo es esta conversación —interrumpió Fernando—. ¿No sería más provechoso que dejáramos de discutir sobre el pasado y nos pusiéramos de acuerdo en resolver los problemas del presente? Aquí hemos venido a firmar unas treguas que den paso a un acuerdo de paz definitivo, que bastantes enfrentamientos ha habido desde el tratado de nuestros antepasados a causa de los malditos castillos en litigio.

—Yo me conformo con poco —dijo Alfonso—. Me devolvéis unos pocos castillos y arregláis de buena manera lo de don Álvaro y sus hermanos. No

olvides, Berenguela, que si no llega a ser por don Nuño, su padre y su tío Manrique, mi padre se habría apoderado del reino de Castilla.

Tanta insistencia y pasión puso el rey de León en la defensa de los hermanos Lara que Berenguela confirmó sus sospechas de que detrás de los rebeldes estaba la larga mano de su antiguo esposo. Meter los castillos en la discusión era un pretexto para disimular las verdaderas intenciones de su exmarido.

—Haced que pasen nuestros notarios y escriban lo que acordemos.

—«En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo. Amén. Esta es la tregua firmada por Alfonso rey de León y Fernando rey de Castilla, y la reina Berenguela, su madre, y debe durar desde este día hasta el año de la Pascua, después de la Cuaresma del año venidero. Y el rey de Castilla y la reina doña Berenguela aseguran al rey de León los castillos de Villar, San Cebrián de Mazote, Urueña con su alcázar, Villagarcía, San Pedro de Latarce, Santervás, Herrera y Belvís con sus alfoces» —enumeró el notario regio.

—¿Respetaréis los bienes que el conde don Álvaro y su hermano Gonzalo tienen actualmente y lo que ganen mientras sean vuestros vasallos? Responderéis vosotros de que nadie se los quite por la fuerza y si lo hace no los recibiréis como vuestros.

—Eso haremos.

—Tampoco le quitaréis al susodicho don Álvaro lo que yo o mi hermano Sancho quisiéramos darle.

—Que lo tenga y lo disfrute como quiera.

—¿Nos aseguras tú la propiedad de mis castillos y los de mi reino, así como los castillos y tierras que recibí como dote? —preguntó Berenguela.

—No me queda más remedio que hacerlo. Pero vosotros tenéis que pagarme los once mil maravedís convenidos que no me había pagado tu hermano, el difunto rey Enrique, por unos castillos que le entregué.

—Nos comprometemos a hacerlo si nos das dos plazos.

—De acuerdo: cinco mil maravedís antes de la siguiente Pascua de Resurrección y los seis mil que faltan me los entregaréis a lo más tardar en la fiesta de Pentecostés.

—Nos comprometemos a pagarte en esos plazos.

—Para que no se os olvide juntar el dinero, me dejáis como rehenes al hijo de vuestro mayordomo y al hijo de Rodrigo Rodríguez.

—Se ve que no te fías ni de mí ni de tu propio hijo. Pero para que conste para la posteridad el buen espíritu que anima este tratado, déjame a mí redactar el encabezamiento de este importante documento: «En nombre de Dios misericordioso y de Nuestro Señor Jesucristo. Don Alfonso, rey de León, amará

a don Fernando, rey de Castilla, su hijo, y a la reina doña Berenguela, como un padre ama a un buen hijo y le ayudará de buena fe y sin mal ingenio contra todo hombre de este mundo. Igualmente, don Fernando, rey de Castilla, y la reina deben amar al rey de León como un buen hijo ama a un buen padre y le ayudarán de buena fe y sin mal ingenio contra todo hombre de este mundo».

—¡Pero bueno! ¿Esto es un tratado de paz o las Tablas de la Ley de Dios que bajó Moisés del monte Sinaí?

—Las dos cosas, Alfonso, porque es un acuerdo de familia entre un buen padre y un buen hijo que firman prestarse ayuda mutua cuando lo necesiten, porque no debes olvidar que los infieles siempre estarán al acecho de nuestras debilidades y se aprovecharán de nuestras discordias como siempre han hecho. Y con este tratado nos aprovechamos nosotros de las suyas.

Cuando salieron de Sahagún camino de Carrión cruzándose con los peregrinos que miraban con curiosidad y se paraban a dar vivas a la comitiva regia, Berenguela dijo a su hijo:

—Date por satisfecho, Fernando. Tu padre solo quería que diéramos una salida honrosa a los hermanos Lara. Lo que demuestra que estos estaban a su servicio antes y lo siguen estando ahora. Ya has visto cómo han venido enseguida acompañando a Sancha y a Dulce para confirmar el documento que hemos firmado con tu padre. ¡Si hubiéramos cortado la cabeza al rebelde cuando le hicimos prisionero en Herrera, esto habría sido imposible! En la vida vale la pena ser generosos porque nunca se sabe. Con este acuerdo de treguas, te ha reconocido como heredero de su reino y como rey de Castilla, y a mí como reina de Castilla y dueña de los castillos que él y mi padre me dieron en el reino de León, tal como dicen los tratados de Cabrerros y Valladolid. ¡Qué más podemos pedir! Y no he necesitado casarme con él otra vez.

—¿Te habrías vuelto a casar con él en algún caso?

—No te lo vas a creer, hijo mío. Pero si tú no llegas a venir a tiempo de proclamarte rey, visto que los hermanos Lara estaban al servicio de tu padre, no me habría quedado otro remedio que volver a casarme con él con tal de que tú heredaras estos dichosos reinos. Pero, a estas alturas de mi vida, Dios no ha querido hacerme pasar por una humillación semejante. No podemos cantar victoria así como así, porque ahora nos toca pagar los dichosos maravedís, y no va a ser nada fácil juntar los primeros cinco mil, que los años precedentes han sido muy malos para las gentes y para el comercio. La recaudación ha sido muy magra y las arcas reales están vacías.

—No quiero más conflictos con mi padre, tenemos que sacar lo que nos pide, aunque sea de debajo de las piedras.

—De la Iglesia nada podemos esperar. Bastante tienen los obispos con

enviar al papa las vigésimas de las cruzadas. Como de dinero se trata, vayamos cuanto antes a Toledo y apretemos un poco a los judíos, que algo nos darán, aunque sea a regañadientes, y el resto se lo pedimos prestado a cuenta de tributos futuros.

Fernando se quedó tan contento porque se había evitado el enfrentamiento con su padre, pero su madre, que se temía que su antiguo esposo le acusara ante su hijo del envenenamiento de su primogénito, aunque disimuló su nerviosismo como pudo, estuvo todo el tiempo que pasaron en Sahagún enredada en las ramas del cabrahígo, revuelta y azotada por el agua negra que había tenido que sorber amargamente desde que muriera Fernando el Portugués y no había podido escupirla todavía.



Si alguien era capaz de remover Roma con Santiago ese era don Rodrigo Jiménez de Rada, el arzobispo de Toledo. Estaba muy bien situado para ello, porque conocía personalmente al papa y a muchos de los cardenales por sus estudios en Roma, en Bolonia y en París y a su activísima presencia en el Concilio de Letrán. En España, porque había sido nombrado canciller del reino, lo que le daba acceso directo a los reyes que visitaba a menudo en el vecino alcázar para despachar no solo de los asuntos generales del reino o los relativos a las relaciones con la Iglesia, sino también en su condición de confesor y guía espiritual de la soberana, de la que era el principal informador y espía a su servicio.

Tan pronto como Berenguela tuvo noticia de que el cardenal acababa de volver de Roma, le hizo llegar un billete que decía: «Amadísimo hermano en Nuestro Señor. Sabiendo que, debido a los múltiples dones que habéis recibido del Altísimo y a las excelsas cualidades y virtudes que atesoráis, esperamos con ansiedad recibirlos en el alcázar para conocer de vuestra boca el resultado de la delicada misión que os hemos encomendado ante su santidad, esperando que vuestra eminencia haya culminado con éxito».

Don Rodrigo, que acababa de llegar de un largo viaje, apenas había comenzado a desvestirse y solo deseaba reponer fuerzas y dar un reposo a su fatigado cuerpo, no se esperaba tanta celeridad por parte de la reina por reclamar su presencia; pero después de besar el billete que le enviaba y leer una y mil veces «amadísimo hermano», «múltiples dones» y «excelsas cualidades y virtudes», se dijo: «No me puede tener en tanta estima como yo a ella, pero salta

a la vista que me aprecia y que tiene puesta en mí toda su confianza, del mismo modo que yo tengo puestas en ella todas mis complacencias».

Sin dudarle un instante, procedió a realizar minuciosamente su cuidado corporal. Después de bañarse con agua perfumada, de dejarse secar concienzudamente por una cautiva, de atarse el pañalón y enfundarse una camisa inmaculada, colocó unos sencillos hábitos blancos, confeccionados con lana virgen, similares a los de los frailes cistercienses, que estrenaba siempre que celebraba alguno de aquellos encuentros a solas tan gratos para él y para doña Berenguela, y acudió a verla.

La reina le esperaba en los aposentos privados del alcázar y, nada más entrar, don Rodrigo realizó una profunda reverencia.

—Sentaos a mi vera, monseñor, y habladme de su santidad. ¿Es tan anciano como se dice? —preguntó Berenguela maliciosamente, ayudándole a incorporarse de la genuflexión.

—Aunque es proveya, nadie sabe a ciencia cierta la edad que tiene el papa Honorio. Para mí que Cencio Savelli es septuagenario. Al igual que le ocurrió al cardenal Jacinto Bobone, de grato recuerdo para vuestro reino, ni esperaba ni quería ser papa a sus años. Probablemente le eligieron porque conoce bien al emperador Federico y es un hombre de consenso, más partidario del acuerdo y del compromiso que de imponer su santa voluntad por la fuerza, como le ocurría a su predecesor.

—No me recordéis al papa Inocencio, que tanto daño nos hizo y tantos males y sufrimientos ocasionó con su intransigencia a nuestra familia, a nuestros reinos y a mi matrimonio. Os confieso que a nadie he odiado tanto como a él en mi vida.

—¿Después de todos estos años?

—Todavía estamos pagando las consecuencias de su rigidez: «Cúmplase la norma y húndase el mundo». En qué cabeza cabe preferir una guerra sin fin entre reinos a un matrimonio bien acordado, por muy parientes que fueran los contrayentes.

—Del odio ya hablamos en el momento de la confesión. Me habíais preguntado por el papa Honorio, ¿no es cierto? Pues os diré que prefiere arreglar los conflictos por el acuerdo antes que por victoria en una guerra. Pero, sobre todo, evitar las guerras entre los príncipes cristianos.

—Gracias a Dios, es todo lo contrario del otro.

—Tenéis razón, porque este papa es un romano amabilísimo y muy querido por sus compatriotas. Su elección ha sido muy bien recibida en la Ciudad Eterna por la curia, no en vano ha sido durante muchos años el tesorero de la Iglesia. Ahora sus mayores preocupaciones son la reforma de nuestra sacrosanta

institución de acuerdo con las resoluciones del Concilio de Letrán y conseguir financiación suficiente para recuperar la Tierra Santa.

—¿Entonces habrá recibido con agrado nuestros donativos y entendido vuestras razones?

—Los dineros con gran alegría, porque no se los esperaba. Bien es sabido que la generosidad de los donantes alegra el corazón y la pluma del receptor y consiguen de él los milagros que se demandan.

—Eso quiere decir que el papa Honorio aprueba lo que hemos firmado recientemente mi hijo y yo con el padre de este.

—Todo eso y mucho más. Ya sabéis que Nuestro Señor le dio a la Iglesia el poder de atar y desatar y a Pedro las llaves del reino de los cielos. Leedlo por vos misma en esta bula que traigo para vos y para vuestro hijo —exclamó exultante Rodrigo, que dejó de mirar de soslayo a Berenguela mientras esta devoraba con los ojos aquel documento que le devolvía a ella la dignidad que otro papa le arrebató al tratarla casi como si fuera una ramera, y además reconocía a su hijo todos los derechos que le otorgaban los tratados firmados durante veinte años entre los reinos de Castilla y de León.

Berenguela lloraba y reía, reía y lloraba mientras decía con la voz entrecortada: «¡Qué le habría costado al antecesor haber escrito una bula semejante aceptando los argumentos de mi padre y la generosidad de mi marido, que estaba deseoso de contribuir con hombres y dinero a la cruzada! ¡Si viviera mi pobre padre y pudiera leer esta bula con nosotros, sería el hombre más feliz del mundo!».

Para ella, el hecho de que Rodrigo hubiera conseguido arrancar al sucesor de Inocencio aquel documento pontificio que le absolvía de todo pecado, restauraba su honor y reponía todos los derechos de su hijo era una verdadera declaración de amor.

Entonces ocurrió algo insospechado incluso para Berenguela porque, en un arrebató, ella saltó por encima de todo protocolo y, sin ninguna clase de prejuicio, dejándose llevar por la alegría y emoción del momento, se levantó de su sitio, le tomó de la mano cariñosamente y, con la ingenuidad y frescura de un torrente de la montaña, se despeñó como una cascada sobre el prelado, abrazándose a él de modo tan efusivo que el pobre hombre, enrojecido su rostro como un campo de amapolas al verse desbordado por la alegría de la reina, solo se atrevió a decir:

—Debéis perdonarme, señora, que no haya correspondido a vuestra majestad con una efusión semejante. Espero que no toméis como desapego lo que solamente es torpeza de este humilde servidor vuestro, muy alejada de sus verdaderos sentimientos hacia vos. Pero no me esperaba de vuestra majestad esta

muestra de consideración tan ajena a los usos y costumbres de la Iglesia y del reino de Castilla.

—Sois muy humilde, don Rodrigo. Demasiado humilde, porque solo vos, con vuestra divina elocuencia, la sinceridad de vuestra palabra y el ardor de vuestro corazón, habéis sido capaz de mover la fría piedra de Roma, que otrora desafiaba nuestros argumentos llenos de razón. Excusadme si os han conturbado mis efusiones de agradecimiento y alegría tan alejadas del frío protocolo palaciego. Pero ¡qué otra cosa podía hacer una pobre mujer para mostraros la enormidad de la consideración y el agradecimiento que os tiene esta hija vuestra como madre, como reina... y como amiga!

—El agradecimiento es mío, porque la misión que me habéis encomendado en Roma me ha permitido reforzar mi relación de amistad y confianza con su santidad, el cual me ha distinguido con el nombramiento de legado pontificio en España y director de la cruzada. Ello me da el poder de recaudar a tal fin las décimas de cardenales y obispos y las vigésimas del resto del clero en una bula que ha dirigido a todos los obispos y que podéis leer con vuestros propios ojos.

*Creemos que ha llegado el tiempo oportuno de levantaros contra los sarracenos que os rodean. Y aunque parezca digno y aún necesario que os enviáramos a este un legado nuestro ad latere, pero dudando nosotros que los pareceres de los reyes se aunaran para juntar sus fuerzas contra ellos, pensamos en la prudencia de nuestro venerable hermano, el arzobispo de Toledo, y en el buen olor de su nombre para este trascendental empeño.*

«Hasta el mismísimo Santo Padre se ha dado cuenta de que este hombre es el eclesiástico que mejor huele en todo el orbe cristiano», pensó Berenguela.

—Yo he aprovechado esta confianza... y llamémoslo intimidad del sumo pontífice, para destacar la enorme importancia de la santidad y el fervor de vuestro hijo, vuestra decidida voluntad y la envidiable posición que tienen el reino de Castilla y la diócesis de Toledo como centro de España y avanzadilla de la cristiandad en la lucha contra los infieles, que ayudarán a que los ejércitos cristianos puedan ganar por occidente mucho más de lo que se ha perdido por el oriente.

—Mi agradecimiento a vuestra persona no se paga solo con abrazos — exclamó la reina con una sonrisa tan cálida que don Rodrigo incluso pensó que era seductora—, y si no tenéis inconveniente, me gustaría que me escucharais en confesión, porque, ahora que he sido recibida en el seno de la Iglesia, tengo que confesar un asunto que me quita el sueño y perturba mi conciencia.

A don Rodrigo le dio un vuelco el corazón.

—Qué prisa tenéis. Vuestra alma es tan transparente para mí como los manantiales de las montañas. No entiendo qué puede ser lo que a estas alturas puede perturbar vuestro espíritu.

—Me desazona y me quita el sueño la muerte del infante don Fernando el Portugués, ocurrida cuando se encontraba en la flor de la vida poco después de nuestro encuentro en Sahagún, y también todas las otras muertes que le siguieron.

—Misterios del Señor o casualidades de la vida que no podemos comprender. Por desgracia, esas cosas ocurren con harta frecuencia. También murió en la flor de la vida, tres años antes, vuestro hermano Fernando. Que yo sepa, salvo vuestro hermano Enrique, que pereció por culpa de la dichosa teja, el resto falleció de muerte natural porque había llegado su hora. Ya lo dijo Nuestro Señor: ¿quién de vosotros, por ansioso que esté, puede añadir una hora al curso de su vida? Y también dijo que debíamos estar preparados porque no sabremos ni el día ni la hora.

—Por eso precisamente quiero confesarme con vos porque temo que en cualquier momento llegue la mía. Ahora que habéis asegurado el derecho de mi hijo Fernando al reino de León, quiero que me digáis, si lo sabéis, ¿quién envenenó al primogénito de Alfonso?

La pregunta de Berenguela acerca de la muerte del primogénito del rey de León le dejó sin resuello. El prelado calló por unos instantes que se le hicieron a Berenguela interminables, pero después respondió de un modo tan tajante que sorprendió a Berenguela porque nunca se había dirigido a ella tan desabridamente. Se notaba que le había incomodado que trajera a colación aquel asunto.

—Que yo sepa, nadie ha dicho en ninguna parte que al pobre Fernando el Portugués le envenenaran.

—El fraile de Sahagún que nos trajo la funesta noticia añadió que se atribuía a un envenenamiento la causa de su muerte. Dicen que el arzobispo de Compostela anduvo examinando las vísceras del muchacho al poco de morir este.

—La Iglesia prohíbe revolver el cuerpo de los difuntos. La profanación de los cadáveres es brujería. Un sacrilegio monstruoso. ¿No andaría don Pedro tratando de vengarse de mí a causa de una disputa que tuvimos en el Concilio de Letrán cuando yo sostuve que el apóstol Santiago no pudo venir a España porque fue degollado por Herodes a causa de su predicación en Galilea?

—No tenía noticia alguna de semejante disputa, pero, como mi hijo Fernando es muy devoto del apóstol, se mostrará muy contrariado si llegan a sus oídos vuestros argumentos por muy razonables que puedan parecernos.

\* \* \*

Cuando el prelado abandonó el alcázar, se llevó con él las sospechas de Berenguela, pero ella se quedó con la bula del papa y estaba radiante de alegría porque, además de que su hijo Fernando gozaba de buena salud, su reconocimiento como rey de Castilla era unánime entre los obispos, nobles y concejos y sobre todo porque el papa Honorio, el sucesor del terrible Inocencio, había desandado jurídicamente las odiosas disposiciones de aquel, totalmente contrarias a los intereses de Berenguela y de Fernando.

—¡Hay que ver cómo han cambiado las tornas en Roma desde que Dios llamó a Inocencio para pedirle cuentas de sus actos! —dijo doña Berenguela a su hijo Fernando cuando este regresó a Toledo—. Me ha confirmado don Rodrigo que el papa Honorio, de conformidad con los poderes que tiene la Iglesia, reconoce tu derecho a suceder a tu padre en el reino de León y declara que tanto tú como tus sucesores sois herederos legítimos del trono y aprueba todos los tratados que hemos firmado con él, especialmente el de Cabberos.

—Espero que si lo dice el papa, quede zanjado este asunto.

—No cantes victoria antes de tiempo, porque en lo que respecta a treguas, tratados y excomuniones, tu padre hace lo que le da la gana. Le conozco muy bien. Nunca nos perdonará que te sacara con engaño de Toro para que vinieras a Autillo a protegerme. Ha intentado varias veces engatusar a tu hermano y, como no se ha dejado engañar, tratará de casar a Sancha o a Dulce con alguien de su confianza al que pueda dejar el reino de León, aunque solo sea para fastidiarme.

—Pero al menos ahora me reconoce como rey de Castilla.

—Lo hemos conseguido con astucia y con esfuerzo y ahora no solo eres rey por voluntad de tus súbditos, sino también por la gracia de Dios, y contra eso poco puede hacer tu padre, aunque lo intente de vez en cuando. Y lo mejor de todo es que el papa te ha colocado bajo su protección y ha pedido a los obispos de Palencia y Burgos que lo hagan en su lugar y sancionen por todos los medios de que disponen, incluida la excomunión y el entredicho, a quienquiera que ose enfrentarse a ti.

—¿Cómo habéis conseguido don Rodrigo y tú estos favores del papa?

—Con muchas oraciones, una buena parte de los once mil maravedís que debe el reino de Castilla a tu padre y con otras razones que con mucha sapiencia argumentó don Rodrigo.

\* \* \*

Por aquellas fechas se encontraba el rey Alfonso de León con los hermanos Lara formando parte de su corte en Benavente y, aprovechando aquellas circunstancias, las tropas leonesas invadieron de nuevo el reino de Castilla. Comoquiera que Fernando eludía el enfrentamiento directo con su padre, para disuadirle de continuar adelante le envió una carta a través de los obispos y nobles castellanos en la que decía:

*Señor padre don Alfonso rey de León, ¿qué saña es esta para hacerme la guerra sin merecerlo? Parece como si os pesara de mi buena andanza, cuando os debería alegrar tener a vuestro hijo como rey de Castilla, que siempre será a honra vuestra y con la certeza de que no hay rey moro ni cristiano que, sospechando de mi fidelidad, se levante contra vos. ¿De dónde os viene esta saña? De Castilla, de donde os solía venir mucho mal y mucho daño y gran deshonra y de donde os quejabais muy fieramente, no os vendrá guerra en los días de mi vida. Os digo que si vos quisierais, debería prevalecer la medida entre nosotros. También deberíais recordar que donde erais guerreado y maltratado sois ahora protegido y respetado y entender que os hacéis mal a vos haciéndome mal a mí. Sabéis bien que yo podría oponerme duramente a todo el que fuera rey de León, pero no puedo hacerlo con vos porque sois mi padre, ni tampoco sería cosa deseable, por lo cual me conviene ser paciente hasta que entendáis el mal que me estáis haciendo.*

Al recibir la misiva, el rey Alfonso replicó al emisario:

—Decidle a mi hijo y a su madre que ya ha pasado la Pascua Florida y también Pentecostés y que si, en vez de remitirme cartas para ablandar mi corazón de padre, tuviera a bien enviarme los once mil maravedís que me dejó a deber su difunto tío Enrique y que tanto su madre como él firmaron entregarme en dos plazos, no habría entrado con mi ejército en su reino. Aseguradle que tan pronto como pague lo que debe, me retiro al mío, no solo con su afecto filial, que no dudo que me tiene, sino con el dinero que me deben, que es lo que necesito.

Cuando llegó la respuesta del rey de León, la reina Berenguela se mostró preocupada, y así se lo hizo saber a su hijo.

—Por culpa de las prisas de tu padre por cobrar, nos hemos quedado sin dinero, hijo mío —dijo Berenguela a su hijo—. No sé de dónde voy a sacar lo que necesito para sufragar la misión diplomática del obispo Mauricio y su séquito por tierras de Francia.

—¿Qué se nos ha perdido por esas lejanas tierras? ¿Acaso tienen que llevar presentes a la tía Blanca?

—Lo que se nos puede perder por estas otras si no te encontramos pronto una esposa conveniente para que satisfagas tus instintos y necesidades, dentro del santo matrimonio, y nos des pronto un heredero. Ya sabes lo que decía San Pablo. «Es preferible que te cases a que te abrases». Y como dijo Dios, apiadándose de la soledad de Adán: «No es bueno que el hombre esté solo; démosle una compañera».

—¿Tanta prisa tenemos?

—Debemos encontrarte cuanto antes una esposa digna y honesta. Es muy peligroso que un rey tan importante y magnífico como tú esté expuesto a pasiones fuera de lugar. Sabes que yo siempre he querido mantenerte alejado del pecado de la carne y en ningún modo quisiera tener bastardos tuyos en mi corte. Estaría bueno que el monasterio de Las Huelgas se pareciera a la corte de tu padre.

—Parece que tienes dos varas de medir para los hermanos, porque los pecados de Alfonso no parece que te causen mucha preocupación.

—Alfonso no es el rey. Algún desahogo tenemos que permitirle al pobre.

—Pues cuando él no encuentra desahogos por su cuenta, parece que tú se los buscas a propósito.

—Para quitarle malos pensamientos de la cabeza, que también él es hijo de tu padre. Ya sabes a lo que me refiero.

*Burgos. 1219*

erenguela seguía buscando una buena candidata para su hijo Fernando, pero, aunque este simulaba que se había desentendido totalmente del asunto, sorprendió un día a su madre preguntándole de improviso sobre el asunto de su boda.

—Que los obispos viajen a Francia significa que entre tía Blanca y tú ya me habéis buscado una candidata.

—Blanca no ha encontrado nada a la altura de lo que te mereces, pero mi prima Constanza parece que sí...

—Así que me quieres casar con una hija del emperador.

—Ella no es hija de Federico, sino sobrina suya. Es hija de su difunto hermano Felipe, que era el emperador anterior, y de Irene de Bizancio. Así que es nieta de dos emperadores, Federico Barbarroja y Alejo, al que llaman Isaac el Ángel.

—Vaya con la muchacha. No parece mal partido.

—Habidas las dificultades que has tenido para acceder al trono, mejor candidata imposible. Esperemos que su tío consienta. No sabemos la dote que pide... ni si ella tiene algún compromiso actualmente.

—No me has dicho cómo se llama ni qué edad tiene.

—Beatriz. Se llama Beatriz y parece que tiene entre quince y dieciocho años.

Fernando estaba contento. Convertirse en primo consorte del emperador Federico mejoraba todavía más el entramado de relaciones que tenía su abuelo y que su madre seguía tejiendo con la paciencia y la astucia de una araña.

\* \* \*

Al cabo de cuatro meses, los embajadores de Castilla consiguieron el acuerdo con Federico, el emperador de los romanos, que dispuso para la protección de Beatriz un importante destacamento militar, reforzado en Francia por una guardia de honor que puso a su servicio el rey Felipe Augusto después de recibirla con grandes honores, al igual que hicieron Luis el delfín y Blanca de Castilla, que la informó detenidamente sobre los pormenores de la corte de Castilla y las particularidades de sus familiares, que ocupaban todos los tronos de Hispania.

En cuanto Berenguela tuvo confirmación de la llegada de Beatriz, organizó un fastuoso recibimiento para impresionarla. Salió de Burgos a su encuentro, acompañada de un numeroso cortejo de nobles y caballeros, abades y monjes, abadesas y dueñas, maestros de las órdenes militares, buena parte de su servidumbre, infanzones, merinos, representantes de los concejos, ricoshomes y ricashembras y llegó con todo aquel gentío hasta Vitoria para recibirla con honores de reina.

«Vaya con la muchacha, ni es joven ni vieja, ni alta ni baja, ni guapa ni fea, más rubia que morena. No habla ni una palabra de nuestro idioma y el suyo no hay quien lo entienda. Un poco mosquita muerta sí que parece, pero a lo mejor nos sale respondona», pensó Berenguela.

Era bien avanzado el otoño de 1219 cuando llegaron a Burgos, donde los esperaban el joven rey don Fernando y el infante don Alfonso, que junto con los principales nobles del reino y los merinos de las ciudades, y encontrándola apuesta y muy cumplida, la recibieron con mucha honra.

La boda se celebró con toda solemnidad en la catedral levantada hacía casi dos siglos, cuando la ciudad de Burgos era mucho más pequeña. A pesar de sus notables dimensiones, no se cabía en el templo. Apenas había sitio para los innumerables eclesiásticos y magnates del reino y sus familiares, unos pocos banqueros y comerciantes y algunos distinguidos caballeros, merinos y representantes de los concejos de villas y ciudades.

Oficiaba Mauricio, obispo de Burgos, que, como había visitado alguna de las catedrales que se estaban levantando en Francia y Alemania, más que atender a la ceremonia que se traía entre manos, se afanaba en colocar la nueva que le rondaba en la cabeza entre la ladera del castillo, el llano y el viejo palacio real que estaba junto a la cabecera de la vieja. La que soñaba mientras los casaba tenía tantos vitrales, naves, arbotantes, triforios, torres y cimborrios que, a juzgar por la tristeza que le producía casar a tan egregia pareja en aquel templo antiguo

y oscuro, más parecía que el prelado estaba celebrando un funeral que una boda real. «¡Ah! Si tuviera una catedral como Nôtre Dame de París o la de Chartres o Amiens para esta ceremonia. Yo sería el hombre más feliz del mundo».

Después daba en pensar en Beatriz, dudando si sería la mujer adecuada para el joven rey.

«A ver cómo nos sale la mocita. Que nosotros sepamos, ya estuvo prometida a Lorenzo, un pájaro de cuenta, que era el sobrino del papa Inocencio. Después anduvo con el conde Otón de Wittelsbach, y al final ha estado bajo la guarda de su cuñado Otón de Brunswick. Por lo tanto, ha ido de prometido en prometido, de corte en corte y de noble en noble. Vaya usted a saber por qué manos ha pasado después de tantos ires y venires. Que aquellos palacios y castillos alemanes no son Las Huelgas Reales de Burgos. Bien mirado, igual es lo que conviene, porque lo que en Fernando es pura cortedad de lo sujeto que le tiene la madre, en la teutona puede ser osadía por lo suelta que le tiene su orfandad, aunque no creo que doña Berenguela le consienta el menor desliz. Buena es ella con los asuntos de la moral conyugal».

Mientras escudriñaba al monseñor al igual que este hacía con los oficiantes, Berenguela se sentía plenamente satisfecha porque había conseguido un doble objetivo, sentar a Fernando en el trono de Castilla y abrir a su hijo o a sus herederos las puertas de la corona imperial. Pero estaba molesta con el obispo porque, en vez de atender a los contrayentes, extraviaba sus pensamientos entre pilastras y bóvedas.

«¡Cómo puede estar tan distraído un prelado de su categoría y de su experiencia! O tiene locura de viejo o ha perdido por completo la memoria... Es imperdonable. ¡Qué pensarán de nosotros los invitados...! Tenía que haber oficiado don Rodrigo, el primado, o el obispo de Palencia, que son más comedidos. Pero a ver quién le quita a Mauricio officiar en su catedral. Con los prelados ya se sabe. Buenos son para el protocolo y el ceremonial. Estos no han hecho caso a Nuestro Señor cuando dijo que los primeros serán los últimos y los últimos, los primeros».

El infante don Alfonso, que estaba en uno de los sitios de honor y tenía de perfil a su futura cuñada, rubia y menuda y de nariz respingona, con ojos azules y mirada ora lánguida ora pícaro que le desconcertaba, se sorprendió a sí mismo pensando: «Mi reino será tu reino, mi casa será tu casa y mi lecho será tu lecho... Yo creo que mi hermano no me lo dijo en serio. ¿A qué vienen ahora mismo estas ocurrencias?». Pero aquella frase dicha por Fernando cuando tuvo que suplantarle para su coronación en Valladolid fue tomando cuerpo y se agarró a su pensamiento como una enredadera y, por más que quisiera cortarla de cuajo, no hallaba modo de sacársela de la cabeza. Mi reino será tu reino, mi trono será tu

trono, mi casa será tu casa y mi lecho será tu lecho. «Déjalo ya, Alfonso, y aleja de ti ese pensamiento, que puede ser tu perdición, y la desgracia de ella y del reino».

«Ni en sueños podía yo imaginar que en solo dos años iban a cambiar las cosas tanto a mi favor —pensaba Berenguela—. ¡Cuánto daño nos han hecho los hermanos Lara, que prefirieron marchar a tierras de moros y ponerse al servicio de los infieles que al servicio de nuestro reino! ¡Y qué mal estaban las cosas para mí hace tan solo dos años con don Álvaro actuando como si fuera un virrey y tratándome con todo desprecio, solo por ser una mujer! Y ahora yace bajo tierra. Su enfermedad era su vivo retrato. Se hinchaba y se deshinchaba como una vejiga cuando se la sopla. Y al fin reventó. No tenía ni donde caerse muerto y no podían llevarle a Uclés para cumplir su última voluntad. Pero me acordé de los servicios que había hecho a mi padre, sufragué su viaje, el paño de oro del ataúd y las velas. Dicen que al final se arrepintió de sus fechorías. ¡Qué Dios le perdone sus crímenes y traiciones y haga lo mismo con Gonzalo y Fernando, que eran mayores que él y ya les debe de faltar poco! A ver si regresan vivos o los traen muertos como a don Álvaro».

Entonces se acordó de la inoportuna boda y de la prematura muerte de su hermano Enrique, y del tiempo que le tuvieron sin enterrar. «¡Pobre hermano mío! Él no tenía la culpa de nada. Y pensar que tuve un instante de alivio cuando me dieron la noticia. ¡Santo cielo! ¡Cuánta ponzoña hay en nuestro corazón! Fue el designio del Señor, que tiene contados hasta los pelos de nuestra cabeza. Nunca sabremos ni el día ni la hora», se decía Berenguela, pero el sentimiento de culpa de aquella alegría sobrevenida hacía inútiles sus esfuerzos por contener las lágrimas. A pesar de estos lúgubres pensamientos, nada se escapaba de su mirada inquisidora, que, con ligeros movimientos de cabeza y rápidos destellos de sus ojos, observaba todo lo que ocurría a su alrededor porque se temía que algo pudiera dar al traste con aquella ceremonia, donde ella había previsto y organizado todo hasta el mínimo detalle. Como si quisiera darle la razón a sus temores, en el momento más solemne y con toda la concurrencia puesta en pie, el obispo Mauricio se dirigió a los contrayentes y preguntó:

—Tú, Alfonso, quieres por esposa a Irene, y prometes serle fiel...

Lo hizo justo en el momento en el que el infante don Alfonso recitaba para sí: «Tu reino será mi reino, tu trono será mi trono...».

—Beatriz, ella se llama Beatriz, monseñor, y mi hijo es Fernando. Fernando. Alfonsos son los abuelos —le reprendió en voz alta Berenguela, olvidándose de sus lágrimas por Enrique.

El obispo Mauricio enrojeció como el óculo del poniente y corrigió su error tartamudeando.

Beatriz también se había percatado del equívoco del prelado, pero, como no sabía el alcance de este, cruzó una mirada interrogadora con el infante Alfonso, que sí se había dado cuenta y se había sentido aludido. El susodicho la contempló compadecido y con fijeza e hizo un molinete con la mano como diciendo: «Luego te cuento lo que ha pasado».

La reina Berenguela hizo un gesto de desaprobación cuando captó el ademán de su hijo Alfonso, y la respuesta cómplice de Beatriz con la cabeza la sobresaltó.

«Dios no querrá que el diablo de la lujuria que anida en el corazón de mi hijo se encapriche con la mujer de su hermano. Tendré que casar cuanto antes a Alfonso y alejarle por una temporada del reino».

Poco antes del solemne banquete de aquellas bodas reales, al que acudió toda la nobleza, los obispos, abades, comerciantes y principales personalidades del reino, se encontraron un momento a solas Alfonso y Beatriz, y ella le preguntó hablando una jerga entre latín y francés:

—¿Tu madre es así siempre?

—¡Siempre! En la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza. Obsesiva como yo. Fiel a sí misma todos los días de su vida. Ya la irás conociendo y te tendrás que adaptar.

Ella solo respondió: «¡Ja!», que en alemán quiere decir sí.

\* \* \*

Habían pasado tres días desde la boda cuando se cruzaron Fernando y Alfonso en las Claustrillas de Las Huelgas.

—No tienes buena cara, hermano, no parece que te haya sentado nada bien el matrimonio —dijo Alfonso con sorna.

—¿Qué sabrás tú del matrimonio?

—Del matrimonio mío poco, pero del de los demás bastante, por lo que me cuentan en la cama algunas esposas, que parece que tampoco están muy contentas con el asunto.

—Yo no te he dicho que no lo esté. Nuestra madre me ha buscado una esposa de la más alta alcurnia.

—Pues parece que tu rostro dice todo lo contrario. Más que de una boda tienes cara de venir de un velatorio. Tengo la impresión de que no has disfrutado todavía de las mieles de la victoria.

Alfonso sabía que su hermano quería desahogarse, porque de lo contrario ya le habría despedido sin más miramientos, pero por pudor o por vergüenza no se atrevía a sincerarse con él. Por eso siguió bromeando.

—¡Oye! ¿De qué habláis vosotros en la intimidad? Porque Beatriz... de nuestro idioma ni media palabra y tú el alemán ni lo hueles... Otras cosas no sé, pero hablar ese idioma es como morder piedras. Aunque no entiendas lo que te dice, yo te lo puedo traducir. —Al ver que su hermano callaba y bajaba la cabeza, le cogió por el hombro y le dijo—: Mira, si te molesta que hablemos del asunto, conversamos de los moros, de nuestro padre o maldecimos a los señores de Lara, pero yo de cosas de la cama tengo mucho aprendido y quizás pueda serte de utilidad. Y no olvides que nuestra madre está esperando de ti un heredero cuanto antes... y cuando a ella se le mete una cosa en la cabeza...

—Tú métete en tus asuntos y deja en paz a nuestra madre.

—El que tienes que meterte en el asunto eres tú, en un sitio donde tú sabes.

—Todas las cosas son difíciles al principio... —farfulló Fernando.

—... Y hay que aprenderlas a su debido tiempo, sobre todo los idiomas y los ayuntamientos.

—Es que no sabemos cómo hacerlo. Ni los idiomas ni lo otro.

—¿En serio? ¿En tres días todavía no habéis consumado?

—Es que le dan temblores cuando me aproximo.

—Si ya te decía yo que no era nada bueno llegar *in albis* al tálamo nupcial. Esas cosas hay que aprenderlas en la práctica con mozas o dueñas despejadas y con necesidad. Mal has hecho en seguir al pie de la letra los consejos de nuestra madre porque para ella todo lo que no sea santo matrimonio es pecado y, aunque los obispos tienen manga ancha cuando les conviene, a la hora de la verdad de poco pueden servirte sus consejos.

—Creo que tampoco pueden servirme los tuyos, porque me da mucha vergüenza hablar de esas cosas.

—Pues si te da reparo hablarlo conmigo y te da vergüenza hacerlo con tu esposa, tendrás que aprenderlo con otra.

—¿Me quieres llevar por el camino del pecado? ¿Qué diría mi esposa y nuestra madre si siguiera tus consejos?

—No tienen por qué enterarse si las cosas se hacen como Dios manda. Déjate de monsergas y dime de una vez lo que os pasa.

Para sorpresa de Alfonso, su hermano respondió de inmediato.

—Que en cuanto me aproximo me voy, y por mucho que intento contenerme no puedo remediarlo y me voy, me voy y me voy.

—Eso se llama *coitum ante portas*. Y es el castigo de los novatos.

—¿Y eso cómo se arregla?

—Piensa en otra cosa.

—No sé pensar en otra cosa. Tú tampoco sabes pensar en otra cosa. Siempre estás pensando en lo mismo. No hay más que verte los ojos de codicia

que pones cuando tienes una mujer delante. Eres igual que nuestro padre.

—¡Señor, Señor! ¡Unos tanto y otros tan poco! Pero ella qué hace, porque decir no puede decir nada a no ser que grite o cante.

—Ya te he dicho que le dan temblores y se queda rígida como un palo.

—¿Pero abre las piernas o no abre las piernas?

—¡Ah! ¿Pero tiene que abrir las piernas?

—¡Hombre, Fernando, eso es imprescindible! Si la puerta no está abierta y la llave se derrite, no hay manera de entrar en la casa. ¿Me entiendes? Y a ser posible os tenéis que quitar el camisón.

—Es que nos da mucha vergüenza enseñar nuestras desnudeces.

—¡Oye! Por qué no os tomáis un baño juntos, a ver si perdéis la vergüenza de una vez. Y olvidaos de procrearr y poneos a disfrutarr.

—¿Ella también?

—¡Hombre, Fernando, no conviene que se quede en ayunas o que llame a otro para que haga tu trabajo!

Alfonso escuchó las voces que le acosaban: «Mi reino será tu reino, mi trono será tu trono...», y no pudo reprimir decirle a su hermano la primera maldad que le vino a la cabeza.

—Oye, si no quieres que te diga cómo se hace, si no quieres aprenderlo con una mujer que sepa, yo puedo hacer de intérprete. Sé unas palabras de alemán. También puedo enseñarte el camino, pero no te ofendas conmigo. Tú no tienes que hacer nada. Solo mirar y callar cuando me ponga en tu lugar como aquella vez que estabas con asma, no podías levantarte y me coronaron como rey. Y otra cosa, como tú no vas a tener tiempo, yo voy a aprender el alemán. Con una doncella de su séquito, que me besa con los ojos y me mira con la boca. Y que conste que cuando yazgo con ella no lo hago por vicio, sino para estar a su servicio por lo mucho que le place. ¡Y si vieras las cosas que me dice en alemán la condenada!

—Eres un sinvergüenza deslenguado, no solo me molesta lo que me dices, sino también me incomoda que te atrevas a pensarlo. Olvidas que, además de ser tu hermano, soy ante todo tu rey y me merezco un respeto. Todas esas barbaridades que salen de tu sucia boca son impropias de tu rango y alcurnia. ¡Qué diría nuestra madre si escuchara semejantes sandeces!

—No te enfades, hombre. ¡Solo era una broma, que no hay ninguna alemana de por medio! ¡Que es una burgalesa! Estas cosas es mejor tomárselas a risa y lo peor es tomárselas a pecho.

—Estos asuntos son sagrados para mí, aunque no signifiquen nada para ti. No te imaginas la responsabilidad que supone tener que engendrar un heredero. De sobra conoces las tribulaciones de nuestra familia cuando el heredero no

llega... o fallece. Los reyes tenemos que cumplir con nuestra obligación como sea y no podemos desairar a Nuestro Señor. Recuerda las consecuencias del adulterio del rey David y la maldición de los Plantagenet que se abatió sobre nuestra familia materna por los pecados de la carne.

—Déjate de sermones y maldiciones y desahógate conmigo, que no vas a tener nunca a nadie a tu lado que te hable con la franqueza que yo lo hago, y escucha este consejo. Ten calma y paciencia en este asunto, que tienes toda la vida por delante. Haz lo que te digo y aplícate a la tarea, que los niños se las apañan para presentarse cuando menos se los espera.

Fue la última vez que los dos hermanos hablaron del «asunto», pero a medida que pasaban los meses sin que la reina doña Beatriz quedara encinta y a la vista de la incomodidad que Alfonso encontraba en su hermano y el evidente nerviosismo de su madre, optó por ausentarse de la corte con cualquier pretexto.

«Mi reino será tu reino, mi trono será tu trono y mi lecho será tu lecho... será tu reino... Esto que dijo mi hermano cuando le auparon como rey en Autillo ¿era una promesa o una profecía?». La letanía no se le iba de la cabeza... Si esa fuera la voluntad de Dios y Beatriz se quedaba viuda antes de alumbrar un heredero, él heredaría el trono y se casaría con su cuñada.

# *CUARTA PARTE*



*Toledo. 1221*

el mismo modo que Dios era el espíritu facedor y la clave de la bóveda que sostenía el universo, el rey era la clave de la bóveda en la que confluían todas las nervaduras del entrado institucional que sostenía la plementería de las sociedades medievales. Cuando una clave se rompía o caducaba, era necesario colocar otra nueva extraída de una cantera apropiada, tallada a propósito para tan delicada tarea. Para evitar que el tinglado se viniera abajo, era imprescindible que la sustitución de la clave inservible por otra nueva se hiciera de modo automático y con el beneplácito del papa.

Ello era así porque, para la Iglesia, la clave era una lámpara luminosa suspendida de una cadena continua de eslabones enlazados por herencia, que, hasta perderse de la vista en el cielo, colgaba del dedo de Dios.

Teniendo un marido tan enfermizo, Beatriz, que había sido la cantera escogida, no podía demorarse mucho en suministrar el heredero que necesitaba el reino de Castilla.

Durante el año posterior a su matrimonio, comoquiera que pasaban los meses y la joven reina no se quedaba encinta, al enfermar Fernando de gravedad, Berenguela empezó a preocuparse seriamente por el problema de la sucesión tanto del reino de Castilla como del de León. «Fue una buena idea que Leonor se ocupara de mejorar la educación de Alfonso, porque el heredero se retrasa y nunca se sabe lo que puede pasar».

Como no podía ser de otra manera, Berenguela tenía contactos en todos los reinos de Hispania, principalmente en los de Aragón y León, que, por ser territorios vecinos, encorsetaban a Castilla, pero la principal informadora que

tenía Berenguela en asuntos diplomáticos y casamientos favorables, aparte de los abades del Císter y los obispos más viajados como Mauricio de Burgos o Rodrigo de Toledo, era su hermana Blanca, que acababa de ser elevada al trono de Francia a la muerte de su suegro Felipe Augusto, y siempre podía recurrir a ella para buscar una candidata adecuada para el infante cuando llegara el momento preciso. Pero no olvidaba que Leonor era otra pieza muy importante de su tablero que podría mover a voluntad cuando la defensa de los reinos lo necesitara.

—Mira que es lista nuestra hermana Blanca —le dijo Berenguela a Leonor, que, a pesar de que ya tenía veinticuatro años, todavía estaba por casar—. Ella no me ha dicho cómo, pero se ha enterado antes que nosotras de que hay conversaciones entre León y Aragón a través del obispo Pelayo para casar a Sancha con Jaime, el heredero de nuestro primo Pedro.

—¡Qué barbaridad, pero si Jaime solo tiene trece años y ella debe de andar por los treinta y además hay consanguinidad! Sus abuelos Fernando y Sancha eran hermanos —exclamó Leonor.

—Este papa no es Inocencio. A lo mejor consiente la boda y deja pasar el tiempo sin tomar medidas —apuntó Berenguela—, porque la vara con que mide la Iglesia estira y encoge según el sastre que la utilice.

—No sé a dónde quieres llegar con las varas de medir del papa —replicó Leonor, intrigada.

—Sabes bien que esta boda es un peligro muy grande para Fernando y para Castilla, y no lo voy a permitir, aunque tenga que remover Roma con Santiago. Ya lo hice, aunque a destiempo, cuando casaron al pobre Enrique con Mafalda. Pero mira lo que son las casualidades y los designios de la Divina Providencia, porque don Ramón de Moncada, cuñado del rey de Aragón y senescal de Cataluña; don Jimeno Cornel y don Guillén de Cervera, nobles de la confianza del rey de Aragón, están muy interesados en tejer una alianza con nosotros para evitar que el conde don Sancho y el infante don Hernando, que no ocultan sus pretensiones de reinar, dada la extremada juventud de Jaime, intenten acabar con su vida con tal de apoderarse del trono.

—¿Piensas casar a tu hija Berenguela con Jaime para impedirlo?

—No te precipites. Esas cosas tienen un orden en la familia. ¡Leonor, esta vez te toca a ti! Mi hija Berenguela todavía puede esperar.

—No puede ser. También hay consanguinidad porque Jaime es sobrino nuestro. Es un caso exactamente igual al de tu matrimonio con Alfonso de León.

—A mí me lo vas a decir, pero el papa Honorio nos tratará bien.

—¡Vaya! Por fin me toca a mí. Aunque sea con un niño de pecho —exclamó Leonor, apretando los puños y conteniendo la rabia—. ¿En todos estos

años no has tenido tiempo de encontrarme, no digo ya un rey..., un infante conveniente en alguno de los reinos de Europa, estando nuestra hermana Blanca al corriente de todo lo que se mueve en sus cortes y muy bien emparentada con la mayor parte de ellas?

Berenguela hizo como que no oía y siguió a lo suyo.

—¿Te imaginas a quién irían a parar los reinos de Aragón y de León si esto ocurriera? ¿No te das cuenta del peligro que corren las aspiraciones de Fernando al trono de León? ¿Qué porvenir tendría el reino de Castilla emparedado entre los dos reinos vecinos? Volveríamos a estar metidos en una guerra interminable como en los tiempos de la reina Urraca y Alfonso el Batallador. ¿Me vienes tú con reproches a sabiendas de lo que hemos tenido que pasar durante estos terribles años desde la muerte de nuestros padres y la rebelión de los Lara? ¿Crees que cuando nos encontrábamos cercados en el castillo de Autillo estaba yo para pensar en bodas? —argumentó Berenguela, con el ceño fruncido y torciendo la boca—. Sabes tan bien como yo que en Portugal no había nada que hacer después de la boda de Urraca. De León es mejor no hablar. Hemos tenido que esperar a que creciera un poco Jaime de Aragón. No tienes de qué quejarte. Jaime es rey y ya va a cumplir trece años y en breve estará en condiciones de engendrar un heredero.

Al ver Berenguela que su hermana daba la llamada por respuesta, continuó:

—Bueno, pues si tú no quieres, tendré que intentarlo con mi hija Berenguela, porque ya he convencido a Constanza de que profese en Las Huelgas. Por lo menos ella terminará siendo abadesa, si Dios quiere.

—¡Déjame que me lo piense, mujer! Me lo has dicho así, ¡tan de sopetón! Nunca habíamos hablado de ello. No te extrañe que me asuste lo que me propones porque casi podría ser la madre de la criatura.

—Pues tendrás que engendrar un hijo con esa criatura y espero que no te cueste tanto como lo que le costó al primo Pedro engendrar a Jaime precisamente.

—Engendrar, engendrar. Solo importa engendrar, poner huevos como si fuéramos gallinas y no hubiera otra cosa en el matrimonio. Eso es lo que me preocupa de esta clase de casamientos. Yo no me imagino cómo hacerlo con un niño de trece años de la noche a la mañana. A mí me gustaría tener un poco de amor, o de ilusión, al menos al principio, pero me apena hacerlo con un mancebo casi a la fuerza, porque me siento como un pájaro en una jaula...

—Cuántas de nosotras tienen la dicha de alcanzar semejantes dulzuras si no llegan de la mano de un pecado que tienen que lamentar durante el resto de sus vidas. Hablando de pecado, ¿sabes cómo cumplió María de Montpellier su obligación de suministrar un heredero al reino de Aragón? —preguntó

Berenguela.

—Según tengo entendido, el primo Pedro, una vez casado con María, trató de repudiarla de inmediato, pero los nobles y los obispos urdieron una artimaña y, después de emborracharle, le acostaron con María haciéndole creer que estaba yaciendo con una amante.

—No fue así exactamente —precisó Berenguela—. Te lo voy a contar con mayor crudeza, por si te toca a ti hacer algo semejante. Al primo Pedro le obligaron los obispos a tener un heredero con María para permitirle repudiarla después. Y consintió con la condición de que fornicara con su amante en presencia de los obispos y de que María solo se pusiera debajo en el momento preciso de recibir la semilla.

—¡Válgame Dios! No me gustaría a mí tener que verme obligada a participar en semejante apañón con tan conspicuos testigos.

—Tendrás que valerte de todas las artes a tu disposición para que tal cosa no llegue a ocurrir al principio. Cuando tengáis el heredero que justifique el matrimonio, y Jaime sea ya un buen mozo y rija el reino por sí mismo, es probable que se encapriche con otra mujer, pida la nulidad, el papa se la conceda y tengas que volver a Castilla. Pero volverás como reina, que es de lo que se trata.

Leonor le respondió llena de tristeza:

*El tiempo se va y viene  
y vuelve a través de los días,  
de los meses y los años,  
y yo, desgraciada, no sé qué decir,  
pues siempre es el mismo mi deseo.  
Siempre es el mismo y no cambia,  
pues a uno quiero y he querido,  
del que nunca he tenido esperanza.*

—Ahora que pretendo casarte con el rey de Aragón me vienes con deseos y gozos. ¿No me digas que has tenido un dueño en tu corazón a escondidas?

—No te lo pienso decir.

—¿Vas a llevarte el secreto contigo si sale, como yo espero, el ventajoso matrimonio que te preparo? ¿Pero cómo has podido mantener conmigo durante tanto tiempo un secreto semejante?

Leonor no pudo aguantar más la presión de su hermana y le vomitó a la

cara:

—Porque se trataba de tu hijo Alfonso... que es mi sobrino. El segundón, el que nunca será rey... el que está al servicio y disposición de su hermano Fernando, como yo estoy a tu servicio y a disposición de los intereses de nuestro reino.

Berenguela, que no se esperaba ni remotamente semejante confesión ni la actitud rebelde de su hermana, ni tampoco quería lastimarla con su respuesta, guardó un silencio preocupante. Un silencio que a Leonor le pareció eterno, porque estaba encendida de rabia y de vergüenza por haber vaciado su corazón ante su todopoderosa hermana, reconociendo su engaño y su secreto.

—Vamos a ver si aclaramos las cosas, hermana mía —respondió Berenguela, midiendo con cuidado sus palabras—. Ni Alfonso está al servicio de Fernando ni tú estás a mi servicio porque todos... —recalcó todos— todos estamos al servicio del reino y de nuestros súbditos, que es lo que importa. De sobra sabes que yo no hago más que seguir el ejemplo que nos dieron nuestros padres durante toda su vida. Después de la del papa, no hay mayor carga ni mayor responsabilidad en este mundo que la mía, la tuya cuando te cases y la de mi hijo Fernando. Su carga es mucho mayor que la de otros reyes y príncipes de todo el orbe cristiano, porque tenemos una misión sagrada que cumplir: arrebatarse a los infieles y reconquistar para la fe de Nuestro Señor las tierras de nuestros antepasados. ¿Te parece poco? ¿No crees que esta misión merece un poco de sacrificio por nuestra parte?

Leonor quería argumentar ante su hermana, a la que nunca osaba llevar la contraria, pero esta seguía con sus razonamientos:

—Dios lo ha querido así, porque él es el que decide el orden de las estaciones del año. También ordena las horas del día y de la noche separando las que hay que asignar al trabajo de las del reposo. Con su santa voluntad decide también el orden del nacimiento de los hijos y la función que a cada uno le corresponde. Así lo tiene dispuesto Dios, que pone y quita reyes cuando quiere y como quiere, y si no que se lo pregunten a nuestros hermanos Enrique y Fernando. Lo contrario sería el caos y el desorden, la guerra fratricida y la perdición de los reinos. ¿Dices que es amor perdido el que solo es mantenido por una parte? Recuerda lo que decía nuestro padre al respecto de los matrimonios: «Mal acaba el matrimonio que al amor solo se debe». Quería decir que tiene que haber algún ingrediente más para que sea duradero. Por ejemplo, que sea conveniente, y eso significa muchas cosas.

Leonor negaba con la cabeza mientras Berenguela trataba de convencerla por las buenas aportando un punto de vista sorprendente.

—Tiene que haber la posibilidad de que el amor compartido quepa dentro

del matrimonio. Estoy segura de ello.

—¡A mí me lo vas a contar! En la imaginación de los trovadores. En la vida real, cuando la tierra es la apropiada y se la cultiva a conciencia, hay que arar, abonar, regar, sembrar, espantar a los pájaros y arrancar las plantas parásitas y hacerlo sin descanso un año y otro y otro. —Leonor no podía rebatirla y por ello guardaba silencio. Berenguela seguía a lo suyo—: ¿Sabes lo que te digo? Me place que mi hijo Alfonso sea tu amor imposible. Así le llevarás en tu corazón cuando te encuentres a solas con nuestro sobrino Jaime. Puedes hacer de la necesidad virtud. Piensa en Alfonso cuando tengas que yacer con tu marido, ya verás como se te hace todo mucho más llevadero, incluso placentero si me apuras. A las mujeres nos obligan a casarnos con el marido que nos escogen, aunque no sea a gusto nuestro. Y con su simiente tenemos que engendrar los hijos que Dios quiera darnos cuando él exige el débito conyugal buscando su exclusiva satisfacción. Yo me pregunto: ¿ya que tenemos que parir con mucho dolor, qué tiene de malo que engendremos con un poco de placer?

—Supongo que si Dios lo ha dispuesto así... tendremos que resignarnos a tener un poco de placer.

Una vez que se distendió la conversación y esta entró en un terreno más coloquial, preguntó Berenguela:

—Oye, Leonor, ¿cuándo empezó lo tuyo con Alfonso?

—Cuando alzaron rey a Fernando en Atillo de Campos. Me dio mucha pena porque todos os fijasteis en Fernando y a él nadie le hacía caso.

—Y tú aprovechaste la ocasión para consolarle y darte un consuelo. ¿No es eso? ¡Vaya manera de celebrar el acontecimiento, picarona! Supongo que no habréis llegado a mayores.

Las despedidas son momentos cruciales en la vida de las personas, tiempos apropiados para la reconciliación y la sinceridad, pero Leonor respondió a su hermana Berenguela de modo que esta entendiera lo que le conviniera.

—Sabes que ya somos mayores y me preguntas si hemos llegado a mayores. Pues te lo voy a decir claramente para que lo entiendas si puedes. Unas veces un poco menos y otras un poco más, pero casi nunca del todo, aunque siempre en la justa medida y con mucho decoro.

—Algo me había barruntado, pero pensaba que todo eran juegos trovadorescos y no te dije nada porque nos convenía que le sujetaras y le retuvieras para que no le entraran celos de su hermano y le diera por volverse a León con su padre. Supuse que había algo entre vosotros cuando comprobé que no se resistía a tus enseñanzas, recibía con agrado tus lecciones sobre el decoro y que trataba de caminar apuestamente. ¡Era curioso verle a él, que siempre había sido un poco montaraz, tratando de caminar erguido y con compostura! Sin

embargo, entendió, gracias a tus desvelos, la importancia del decoro y de los modales. Pero en lo que respecta a las mujeres, tus enseñanzas fracasaron por completo, porque ni tenía medida entonces ni tiene medida ahora.

\* \* \*

«¿Me gustaría saber qué piensa Alfonso de este arreglo matrimonial que ha concertado su madre a toda prisa?», se preguntaba Leonor, revolviéndose en el lecho, esperando en Ágreda la llegada de Jaime, su jovencísimo prometido. Para tratar de conciliar el sueño, repasaba sus enseñanzas acerca de la medida y el decoro y las aventuras que se derivaron de ellas con aquel sobrino suyo, tan maduro para lo que le convenía.

Aunque Berenguela no estaba segura de que su hijo Alfonso asistiese a la ceremonia porque no había manifestado ningún interés en aquella boda, el infante se las ingenió para acudir sigilosamente a Ágreda a altas horas de la madrugada.

Por un instinto especial heredado de sus antepasados tanto por vía paterna como materna, y por la práctica constante a lo largo de siete años, había desarrollado un olfato especial para saber el lugar exacto en que se hallaba la mujer objeto de su deseo. Al igual que les ocurre a los monjes que van de monasterio en monasterio, cuya organización de espacios en torno al claustro permite orientarse correctamente a quien ha llegado de lejos, también Alfonso hacía lo propio en los castillos, porque, de tanto andar en ellos, se apañaba de tal modo que podía caminar por sus pasillos a ciegas y por ello casi nunca solía errar el golpe, aunque algunas de sus equivocaciones a punto estuvieron de costarle la vida.

Como le gustaban las emociones fuertes, mandó por delante a un hombre de su confianza con la encomienda de que, a su llegada, pasada la medianoche, le franquearan las puertas del castillo de Ágreda sin molestar a la guardia. Una luna llena y curiosa observaba al infante arrastrando su sombra por el patio cuando se dirigía con andar sigiloso al lugar reservado a las mujeres para el reposo nocturno.

Después de subir a tientas la escalera del cuerpo de habitaciones, se deslizó por el pasillo del lado derecho tanteando la pared interior y, en cuanto llegó a la cuarta puerta, respiró hondo, contuvo la respiración unos instantes y entró lentamente en el aposento elegido instintivamente.

Por el frailer del ventanuco se colaban destellos de luna indiscreta que iluminaban tenuemente la alcoba donde velaba Leonor.

—¿Habiendo luna llena, se te ocurre llegar casi de madrugada,

sinvergüenza? ¿Es que no pensabas venir a despedirte de tu maestra, ahora que se va para siempre?

—A eso vengo precisamente, para mostrarte lo bien que he aprendido las lecciones que he recibido durante todo este tiempo —respondió Alfonso, sin hacer ademán de desvestirse y meterse en el lecho.

—En lo que respecta al decoro no has aprendido nada de nada. ¿Te parece decoroso penetrar, sin siquiera llamar a la puerta, en el dormitorio de una dama, justo en el momento en que se dispone a recibir a su prometido, que puede llegar de madrugada?

—Te aseguro, tía Leonor, que no he avisado por las prisas que tenía de estar contigo a solas, porque no quería que te fueras de Castilla sin mostrarte lo bien que he aprendido tus enseñanzas.

—Pues si esa es tu voluntad, empezaremos por la medida. Todas las cosas del mundo tienen medida, pues quien se pasa de medida desborda y quien no cumple la medida estipulada yerra siempre.

—Y tú yerras ahora porque, siendo estos los últimos instantes que pasamos juntos, pierdes el tiempo.

—Te lo voy a decir más claro, querido mío. El que no aprovecha la ocasión que se presenta que no se queje cuando la ocasión desaparece. Es verdad que el tiempo apremia, porque de un momento a otro me casan con un mancebo al que no conozco y que querrá gozarse de mí aunque yo no goce. Goce yo aquí y ahora de tu desmesura y del gozo del que está gozoso, que yo no sé si podré volver a gozar en mi vida de semejante gozo.

—Hágase como en el trabalenguas, querida tía, que dices verdad cuando afirmas que yerra quien se queda corto —exclamó jubiloso Alfonso, metiéndose raudo y veloz en la cama con ella—. Porque conociendo de antemano la negativa y la tozudez de mi madre, corto me he quedado contigo por no mostrarte lo largo de mi pasión y lo profundo de mis sentimientos, por las muchas veces que he renunciado a intentar lo imposible, en vez de dar rienda suelta a mis amores por confundirlos con harta frecuencia con mis deseos.

Se buscaron con tanto afán el uno al otro que ni siquiera escucharon las trompetas anunciando la llegada del joven rey de Aragón en compañía de un numeroso cortejo de nobles y obispos aragoneses encabezados por el obispo de Tarazona, el de Huesca y el de Zaragoza.

\* \* \*

Leonor siguió al pie de la letra el consejo de su hermana Berenguela de pensar en Alfonso cuando le tocó yacer con el rey de Aragón siendo ya un altísimo

mancebo. Cumplieron pronto lo que se esperaba de ellos, porque al cabo de un año de la boda tuvieron un hijo al que pusieron Alfonso de nombre, en honor a su abuelo Alfonso de Aragón llamado el Casto.

*Toledo. 1221-1222*

or aquel tiempo murieron casi de seguido Fernando y Gonzálo Núñez de Lara, que tanto daño causaron a Berenguela y al reino. Resentidos con el rey de Castilla porque no recibieron de él las tenencias y los honores que esperaban de su magnanimidad, se expatriaron en tierra de moros. Después de compungido arrepentimiento en el lecho de muerte, pidieron ser enterrados en Castilla bajo el amparo de la cruz. Fernando en Puente Fitero, en el Camino de Santiago, y Gonzalo cerca de Córdoba.

Al poco de casarse Leonor, se quedó encinta Beatriz. El embarazo discurrió con normalidad, pero hasta el 23 de noviembre de 1221 —en que nació en Toledo el deseado heredero al que, como no podía ser de otra manera, pusieron por nombre Alfonso— Berenguela no respiró aliviada porque ya había una clave nueva en reserva para, en su día, colocarla en el centro de la bóveda del reino de Castilla colgada como una lámpara del dedo inescrutable de Dios.

Por si su tío el infante don Alfonso albergaba alguna esperanza de reinar algún día en Castilla por causa mayor, todas aquellas esperanzas se disiparon. No era que se pusiese a cavilar adrede sobre ello, pero aquellas ideas tan bizarras se le pegaban a la cabeza como telarañas de bodegas y desvanes y aparecían en su frente siempre que el aburrimiento o el cansancio las dejaban pasar a primer plano.

Aunque la boda de Fernando había sido para su hermano como una piedra que remueve las aguas de una estanque, sacando a la superficie el cieno que duerme en las profundidades, el nacimiento de un heredero fue como la losa del sepulcro que cerró para siempre sus expectativas de ser rey de Castilla, aunque

todavía él, Alfonso el segundón, podría heredar el reino de León.

«No quiero pensar ni remotamente en esa posibilidad...», se dijo, intentando alejar de su cabeza semejante pensamiento.

«Se acabó lo de mi reino será tu reino. Sus reinos serán sus reinos, que serán dos y serán para él y para su hijo —pensó—. ¿Qué es lo que me ocurre, después de que haya nacido un heredero? Nunca creí de verdad que fuera a llegar este momento. Me engañaba a mí mismo. Y ahora que constato que su reino ya tiene un heredero, solo pienso en apoderarme de su lecho para no ser tenido a menos allí donde se manifiesta el poder y la hombría. No te engañes, Alfonso. Sabes bien que nunca harás a tu hermano semejante felonía porque ni él se lo merece, ni te creo capaz de ello».

\* \* \*

Pasado poco más de un año del nacimiento del heredero de la corona de Castilla, la reina Beatriz de Suabia trajo al mundo otro varón, al que se empeñó en ponerle Federico, en recuerdo del famoso emperador Federico Barbarroja y de su nieto Federico.

El infante, que salió grande y pelirrojo como todos los Staufen —semilla del diablo, que dijera el papa Inocencio III—, no se parecía en nada a su padre, ni al primogénito Alfonso. En la corte dieron en llamarle Fadrique porque Friedrich, que era como le llamaba su madre, era impronunciable para los castellanos.

Beatriz, por su condición de extranjera y por lo difícil que le resultaba aprender el castellano, pasaba por fases como la luna, ya fuera esta nueva, creciente cuando estaba embarazada, llena cuando daba a luz y menguante cuando quedaba a la espera del siguiente embarazo, pero estaba eclipsada por Berenguela, que siempre era luna llena a rebosar y brillaba a veces como el sol del mediodía.

Como el pequeño Alfonso era el primer nieto, fue desde el primer momento el preferido de su abuela, que acaparaba al primogénito todo lo que podía. Eso permitió a Beatriz prestar toda su atención a Friedrich, porque además era el vivo retrato de su difunto padre, Felipe Staufen, asesinado cuando era Rey de Romanos.

Para él reservaba el ducado de Suabia, tal y como figuraba en la dote. Como quería que hablara el alemán, se negó en redondo a entregar al niño a una nodriza y pugnó mientras pudo por alimentarlo de propio pecho, a pesar de la secular costumbre de los monarcas de criar a sus hijos en un ambiente sano y estable fuera de los vaivenes de una corte itinerante.

—No hace falta que vayamos dos reinas a todas partes... sobra con que vaya la reina Berenguela. Yo necesito reposo y me quedo con Friedrich —decía a la menor ocasión, negándose desde el primer momento a llamarle Fadrique.

—Parece mentira que a estas alturas no conozcas a tu suegra —argumentaba el infante don Alfonso—. A Fernando le puedes convencer y quizás acceda a concederte este capricho, pero creo que no sabes cómo se las gasta la reina Berenguela. Fadrique saldrá de tus brazos por las buenas o por las malas, así que mejor será que le dejes partir por las buenas. Y que sea cuanto antes, porque el niño sufrirá menos y tú podrás acompañar a mi hermano en sus viajes por el reino y evitarás que te tomen por enferma o por loca.

Fue el rey don Fernando quien cayó enfermo de gravedad y una vez más se temió por su vida. La reina Beatriz permaneció junto a él con Fadrique a su lado. Ella se entretenía teniéndole consigo, hablándole en alemán en la esperanza de que, siendo tan Staufen como sus primos, también podría llegar a ser nombrado emperador o rey de los romanos, como lo fue en su día su abuelo el malogrado Felipe de Suabia.

*Sahagún. 1222*

or aquellos días, estando el infante don Alfonso en Carrión, recibió la visita de un monje benedictino de Sahagún, que le entregó una carta de parte del rey de León que le llenó de inquietud.

*Necesito hablar contigo a solas, Alfonso, hijo mío predilecto. Cuando recibas esta carta, sal discretamente de la corte con cualquier pretexto. Es muy importante para ti y para mí que nos encontremos. Te estaré esperando unos días en Sahagún. No me falles esta vez. Será la última vez que nos veamos a solas.*

«¿A qué viene ahora esto de hijo predilecto, si no me ha hecho nunca ni caso? Dejarme a mi aire y hacer lo se me antojara, sí, pero él siempre ha ido a lo suyo, a la caza de mujeres o a la pelea contra mi madre».

El infante estaba en un aprieto. No era prudente ausentarse de la corte en un momento en que el rey, que tenía una salud quebradiza, estaba enfermo de gravedad. No podía solicitar la venia a su hermano porque su padre le había pedido discreción, y mucho menos a su madre, puesto que le concernían todos los asuntos referidos al reino de León del que había sido soberana y lo seguiría siendo de no haber sido por la tozudez y la rigidez rocosa del papa Inocencio III, de infausta memoria para ella. Sabía que, de informarle de la misiva paterna, ella le prohibiría moverse de Carrión e incluso era capaz de mandarle prender para impedirle cualquier movimiento... Pero no podía desatender la llamada inesperada y urgente de su padre.

«Nos llamó mi madre y fuimos donde mi madre y con ella estamos. Me llama mi padre en secreto... voy a ver qué le pasa. Igual que se olvidaron de mí cuando proclamaron a mi hermano rey de Castilla en Autillo, nadie me echará de menos mientras dure la enfermedad de mi hermano».

—Buscadme una buena mula y un hábito de fraile que esté suficientemente limpio, hermano, que vamos a peregrinar de inmediato hasta Sahagún — exclamó Alfonso, riendo con ganas. Había dejado su destino en manos de Dios y ahora un enviado del cielo reclamaba su presencia en el gran monasterio benedictino de Sahagún.

Caminando bajo las estrellas siguiendo la estela de la Vía Láctea hacia el oeste, recordaba punto por punto aquel viaje en sentido inverso que había efectuado junto a su hermano Fernando hacia Autillo de Campos después de haber salido con engaño desde Toro para hacerse con el reino de Castilla. Entonces el destino había decidido por él, porque no era consciente de que estaba en sus manos, pero ahora era todo lo contrario. Sospechaba que su padre estaba enfermo y que le iba a tender una celada o ponerle delante de los ojos un dilema insostenible. Sabía bien que su futuro salía de nuevo a su encuentro en una bifurcación del camino y que esta vez le tocaría decidir por sí mismo.

«Todavía estás a tiempo de dar media vuelta. En esta hora crucial, tu hermano te necesita a su lado».

Sabía que su madre era mucho más lista que su padre y que a este le perdían la ambición y no sabía contener sus impulsos... Por eso siempre salía ganando ella, porque le conocía y se anticipaba. Lo mismo que le conocía a él, y muy bien, porque siempre adivinaba lo que ocultaba.

Cavilando y cabalgando sin pausa, llegaron a Sahagún antes de la alborada. Presintiendo su llegada o porque no había pegado ojo en toda la noche, allí, a la puerta del locutorio estaba esperando su padre, avisado por los centinelas.

«¡Cómo ha envejecido desde la última vez que nos encontramos en Toro! ¿Estará enfermo?», se preguntó el infante.

—¿Qué tal está tu hermano Fernando? ¿Es tan grave como me han hecho creer mis informadores? —quiso saber nada más soltarle de sus brazos—. Pasa y que te vea a la luz de los hachones. Veo que estás mucho más fuerte que cuando te escapaste para socorrer a tu madre...

—No creo que Fernando se muera de esta. Me parece que estas toses y estas fiebres son las de siempre. Siempre dice que se muere, pero siempre resucita.

—Vamos a mis aposentos, que tenemos que hablar largo y tendido de asuntos que a ambos nos interesan.

Sentados enfrente el uno del otro en la penumbra de una celda que veía

amanecer con la suave monotonía con que transcurren las horas litúrgicas en los monasterios, padre e hijo parecían dos jugadores de ajedrez disputando la partida más comprometida de su vida.

—Conozco a tu madre un poco, solo un poco, porque nadie puede decir que la conoce del todo. Quizás alguno de los obispos castellanos que pululan a su alrededor como ese Rodrigo de Toledo, que por confesión puede acceder a los escrúpulos de su conciencia, aunque no creo que tenga acceso nunca a la cueva oscura, donde habita el demonio y de donde salen sus ambiciosos delirios. Estoy seguro de que a esta hora ella te estará echando de menos.

Alfonso callaba y dejaba desahogarse a su padre, que no tenía buen aspecto porque se le notaba cansado. Los años habían arado profundos surcos en su rostro y sus ojos habían perdido el fulgor y la brillantez que tuvieron en los buenos años que había pasado junto a él.

—En esta partida que jugamos entre nosotros desde hace un cuarto de siglo, ella lleva las de ganar, porque juega con blancas y yo con negras. Yo soy temerario y me precipito y ella es taimada y me provoca. Siempre me lleva la delantera y va dos o tres jugadas por delante. Ahora mismo está en posición ventajosa, porque casó a tu tía Leonor con el rey de Aragón anticipándose a mi jugada de tejer una alianza entre Aragón y León desposando a Jaime con tu hermana Sancha.

—Hace años que me he dado cuenta de lo que se anticipa. Lo hizo cuando te pidió que nos dejaras socorrerla cuando la tenías cercada con tus alfiles en la torre de Autillo. Aquella fue una jugada maestra. Ella es lista, muy lista, y cada año que pasa más lista. No te haces una idea, porque cada vez observa las cosas desde más lejos.

—Si sabré yo que es más astuta que una culebra. Si por ventura, recela de tu ausencia y te pregunta de dónde vienes, calla, miente, jura, niega, pero esta vez no te conviene decirle la verdad...

Alfonso, que ya tenía veinte años, no era el niño que se despidió en Toro por unos días y, como había visto de todo en la vida, ponía cara de tonto. Su padre escrutaba sus ojos intentando adivinar lo que pensaba su vástago.

—Ahora quiero devolverle el engaño a tu madre y para hacerlo necesito tu ayuda. En esta partida, ella es la reina blanca que se mueve por el tablero a su gusto. El rey de Castilla está enrocado detrás de ti. Tú eres quien le protege. Le proteges de ti mismo. ¿Te das cuenta, hijo mío, de que tú, precisamente tú, eres la pieza clave de esta partida? Solo tienes que cambiar de color, hacerte torre negra y jugar el resto de la partida conmigo.

El rey negro sacó la cabeza de la negra sombra y escudriñó su rostro con una sonrisa maléfica. Alfonso inclinó su cuerpo hacia atrás, quedando protegido

por la oscuridad, porque no aguantaba la mirada inquisidora de su padre.

—Perderás la gran oportunidad de tu vida si en vez de aceptar la generosa oferta que te hago sales corriendo, como los polluelos tras las gallinas, a cobijarte bajo las sayas de tu madre. Desde ellas reina, si a eso se le llama reinar, tu hermano Fernando, al que tiene tan hechizado en su embrujo como me tuvo a mí durante bastantes años. Sobre todo, cuando nos veíamos a solas de vez en cuando en los castillos de Tierra de Campos para darnos el gustazo... de burlar la prohibición del papa. ¡Ay de ti como te agarre de este modo el amor de una mujer! Y no te digo nada si esa mujer es un ser superior que encuentra argumentos para todo como ella, que puede ser tan fría como Judith cortándole la cabeza a Holofernes y tan seductora como Dalila, que se conformó con cortarle el pelo a Sansón, al igual que hizo ella con mi cabellera.

—Estás de suerte, padre, que se conformó con el pelo, porque la cabeza todavía la tienes sobre los hombros, pero aún guardas una espesa cabellera adornada de rizos bien hermosos.

—Tienes razón, hijo mío, de haber querido, ella me habría envenenado una de tantas veces como me tuvo a su merced y como acaso hizo con tu hermano Fernando, al que llamabais el Portugués.

—Eso que dices de mi madre es una barbaridad y una calumnia sin fundamento. ¿Para eso me has pedido que venga a verte, para insultarla de este modo? No sé si alguna vez cupo el amor en tu corazón, pero ahora está lleno de veneno. Del veneno del resentimiento. Sabes que ya no soy un niño, así que, si quieres hablar conmigo en serio, retira lo que has dicho hace un momento.

—Si no queda más remedio, retiro lo dicho para que vayamos enseguida al grano —musitó don Alfonso, que no quería desaprovechar la única ocasión que tenía para sincerarse ante aquel hijo, que era el único ser en el mundo que podía entenderle y ponerse en su lugar en todos los sentidos de la palabra.

El infante estaba confuso e inquieto. A la vista del rodeo que estaba dando su padre, antes de entrar en materia, le entraron las prisas por volver cuanto antes a Carrión para que nadie advirtiera su ausencia.

—¿Me has pedido venir solo para formular infames acusaciones contra mi madre cuando hasta hace poco le suplicabas que volviera a tu trono y a tu lecho? ¿A qué se debe semejante mudanza?

—Hijo mío, ya que te has dignado acudir a la cita con tu padre, permíteme al menos que me desahogue con alguien de la familia, porque guardo tantos agravios y burlas de ella en los últimos años, ¡tantos!... tantos como carantoñas y embelecocos me prodigaba en los primeros, cuando todo eran cuidados y atenciones, amores y desvelos, trabajos y agasajos, que cortó el maldito Inocencio cuando andábamos en lo mejor de las mieles. Entonces me quería a mí

y también a vosotros, y desde entonces solo quiere su reino y el mío para ella y para tu hermano. —Al ver el rey que su hijo callaba pero no asentía y le invitaba a continuar con su perorata, añadió—: Yo no quería separarme de ningún modo, y creo que ella tampoco porque no hacíamos caso de excomuniones y entredichos, pero volvió el maldito Inocencio a la carga, esta vez contra tu abuelo, amenazándole con llevar su alma agarrada por el cuello para sepultarla en lo más profundo de los infiernos. Entonces ella tuvo una idea diabólica que materializó en el infausto Tratado de Cabrerros. Acataríamos el dictado del papa, daríamos a tu hermano Fernando los castillos de la dote y algunos más. Añadiríamos los que quiso darle vuestro abuelo. Y, además, yo le pasaría a ella ocho mil maravedís por el portazgo de Benavente, Astorga y Avilés, entre otros, durante todos los años de su vida con la condición de que no se volviera a casar. Ella se iría con vosotros a Las Huelgas, pero yo me reservaba la posibilidad de pernoctar al menos una vez al año en cualquiera de aquellos castillos que pasaron a poder de tu hermano.

El rey hizo una larga pausa y sentenció con gran solemnidad, haciendo grandes aspavientos y llevándose las manos a la cabeza:

—¡Y allí estaba la trampa...! —Como Alfonso puso cara de extrañeza, su padre continuó—: Dándome a entender que todo seguiría igual que antes entre ella y yo, porque ella me estaría esperando en vuestra compañía, me aseguró que esto permitiría veros a menudo en los castillos. No te imaginas lo que voy a contar ahora, pero creo que tienes una edad suficiente para saberlo, porque aquí radica el motivo de todos los posteriores desencuentros. Yo no me había dado cuenta todavía, pero el demonio se había apoderado de tu madre y ella dejó de creer en la Iglesia y en el papa porque, desde que nos separaron, con tal de llevarles la contraria, siempre estaba dispuesta a yacer conmigo cuando nos encontrábamos. Todo aquello se acabó porque le dio por interrogarme a menudo por la muerte de su hermana Mafalda, que estaba por casar con mi pobre hijo Fernando, y no se dio por satisfecha con mis explicaciones.

—¿Me has hecho venir a verte para contarme tus intimidades de alcoba con mi madre? —preguntó Alfonso, que jamás había recibido de sus padres semejantes confidencias.

—Te he pedido que vengas porque a mí me menosprecia y a ti te sujeta y te relega. Por nada del mundo quisiera que volviera a ser reina de León cuando yo muera... que será a no mucho tardar.

—A juzgar por tu aspecto, este reino tiene quien lo rija todavía por muchos años.

—Ni te engañas ni me dejes engañar con tu lisonja. Mi tiempo termina. No trates de engatusarme diciéndome que me ves bien porque mis muchos excesos y

mis grandes fatigas, muy a mi pesar, me encaminan al lugar donde toda carne acude inexorablemente y se marchita al fin y a la postre. Sabes bien que, siendo hembras y estando sin casar Sancha y Dulce, y muerto mi primogénito Fernando hace ya ocho años, mi reino se pierde y se extravía, pero no quiero por nada del mundo que vaya a caer precisamente en manos de ella. De tu madre. Eso sería el fracaso de mi vida y de la de mi padre, y lo peor para mí, para mi reino y para mi honra...

—¿A qué viene tanta saña contra mi madre después de tanto tiempo? ¿No habíais pactado que heredaría este reino mi hermano Fernando?

—Ella lo hizo con las artimañas que te he contado y lo consumó con veneno.

—¿No habías dicho que retirabas la acusación? ¿Cómo podéis pronunciar semejante calumnia contra ella?

—Porque desde hace años tengo un sueño que me tortura y que me ilumina. Una vez y otra veo su mano artera entregar un frasco con ponzoña a un demonio vestido para oficiar su funeral. Yo había bebido mucho, me había quedado petrificado como una estatua de sal y no podía hacer nada por evitarlo y por más memoria que haga no acierto a recordar quién era el maldito demonio. Y muchas noches mi pobre hijo torna a beber de la copa envenenada.

—Un sueño es una quimera. No se puede vivir y morir enredado en una quimera. ¿Tienes pruebas de semejante vileza?

—Eso quisiera.

—También se dice en la corte de Castilla que vuestro padre envenenó a mi bisabuelo, precisamente en Sahagún, cuando firmaron el dichoso tratado. Yo no me creo ni lo uno ni lo otro. Sospechas, infundios...

—Nobles de mi confianza me dijeron que hombres del obispo de Palencia mataron a tu tío Enrique por encargo de tu madre...

—Ya sé que los hermanos Lara hicieron correr esa especie por toda Castilla y mucho daño nos causaron con ello, pero al final Dios y la verdad de lo ocurrido pusieron las cosas en su sitio y a mi hermano en el trono.

—Trono que me pertenecía por el tratado que firmaron nuestros antepasados.

—Puede que tengáis razón, pero los hechos son tozudos y mi hermano reina ahora felizmente en Castilla y eso no se remedia con lamentos.

—Reinará en Castilla, pero todavía estamos a tiempo de que no haga lo mismo en León.

«Por fin soltó lo que tenía que soltar. A ver por dónde sigue ahora», pensó Alfonso.

—Eso es lo que dicen los tratados que habéis firmado primero con mi

abuelo, después con mi madre —contradijo a su padre— y finalmente con mi hermano, que también es vuestro hijo... Tratados que ha confirmado el papa Honorio. Esa es la palabra puesta por escrito y eso exactamente es lo que debe cumplir el rey que lo ha firmado con testigos.

—Pero Dios Todopoderoso... si se lleva a Fernando puede cambiar la letra y el significado de los tratados. Tu sobrino Alfonso, el primogénito de tu hermano, y si no Fadrique, heredaría Castilla y a ti te dejaría yo el reino de León... Si no te dejas manipular por ella y si haces caso a tu padre. Ves qué sencillo. No te pido que traiciones a tu hermano. Su salud está en manos de Dios como la tuya y la mía. Deja que actúe la Divina Providencia. ¿No es eso lo que te enseña tu madre y todos esos obispos que os rodean? Después de Dios, tú tienes la última palabra. Tuya es la palabra y tuyo será mi reino.

El infante don Alfonso por fin lo vio tan claro como el agua de los manantiales, tan claro como aquellos sueños suyos que le desazonaban. Su padre le había llamado a Sahagún para ofrecerle el reino de León. Por si hubiera alguna duda le oyó concluir:

—Y digo más. Como noto que mi tiempo se acaba, el demonio me acecha y el invierno se acerca, solo pienso en dejar mi reino a un hijo mío, con tal de que no sea Fernando, y de no ser a ti, al primer yerno que encuentre para cualquiera de tus hermanas. Tanto deseo que ese hijo seas tú que estoy dispuesto a cambiar mi testamento y a nombrarte mi heredero e incluso a abdicar en tu persona si es preciso.

Las palabras «testamento» y «abdicación» golpearon la cabeza de Alfonso como un martillazo, fueron como una campanada que hace temblar la torre que la sustenta. Empalideció de tal modo que su padre se percató de inmediato del efecto que había producido el final de su discurso, creyendo por unos instantes que todas las defensas y escrúpulos de su hijo se habían venido abajo.

—Entiéndeme. No abdicaría ahora mismo, pero tendrías que venirte conmigo para que te juraran los nobles y los obispos después de que te conocieran lo suficiente.

Alfonso reaccionó de inmediato ante la astuta maniobra de su padre.

—Eso mismo le hizo mi bisabuelo Enrique de Inglaterra a su primogénito Enrique y a mi tío Ricardo —replicó—. Les prometió un reino que nunca les dejaba sembrando la cizaña de la desconfianza entre los hermanos, que terminaron peleándose entre ellos y contra su padre y, como castigo del cielo, todos ellos murieron en trágicas circunstancias. Como bien sabes, fue Juan sin Tierra quien terminó heredando un reino disminuido después de matar con sus propias manos a su sobrino Arturo, que era un posible heredero.

—Esas son historias que te ha contado ella. Pero lo nuestro es otra cosa

bien distinta. En el tratado se dice que si muriera Fernando, el reino te correspondería a ti, Alfonso. Solo que, para que yo te lo deje, tienes que venirte conmigo cuanto antes. —El infante, que le miraba con desconfianza, se levantó e hizo ademán de marcharse—. Todo esto debe quedar entre nosotros. Lo que yo te propongo es otra cosa. ¡Créeme! Tanto si aceptas como si no, dentro de un rato te vuelves a Castilla y esperas a ver en qué para la enfermedad de tu hermano. Si aceptas, tienes mi palabra, mi trono será tu trono, mi reino será tu reino y mi lecho será tu lecho... —«¡Vaya! Esto me suena. Debe de ser una letanía de la familia», pensó el infante, sonriendo, sin osar interrumpir a su padre—. Si no aceptas y se muere Fernando, tengo que buscar un buen marido para una de tus hermanas, que se las tenga tías con tu madre y con tu sobrino Alfonso cuando sea mayor de edad. Para entonces ella ya no estará en este mundo y podrá hacer lo que le plazca en el otro.

—Ni acepto ni dejo de aceptar. Como tú dices, lo dejo en manos de Dios, que hará su santa voluntad, que es la que pone y quita reyes a su capricho. Veo que sigues siendo el mismo de siempre y que te acompañan los mismos fantasmas que han rondado por tu cabeza durante toda la vida.

—Por la cuenta que nos tiene a ti y a mí, no te dejaré salir hasta que me jures que no le dirás nada de esto a «ella» ni a tu hermano... si es que sale de esta.

—Me voy pensando que esta conversación que hemos tenido solo ha sido el desahogo de un corazón afligido y una muestra del afecto que me tienes. Hace años que he desterrado de mi cabeza y arrancado de mi corazón el deseo o la vana esperanza de reinar algún día. Además, no estoy preparado para ello. La vida me ha deparado muchas satisfacciones y muchas otras me están esperando. Por ahora no pienso renunciar a ellas ni cambiar el lugar que me ha reservado el destino. Me gustan más los goces de la poesía, de la música y de la carne que el apetito de poder con los quebrantos y preocupaciones que conlleva la guerra. Las muchas obligaciones y penalidades que afligen a los reyes, unidas a las innumerables traiciones y deslealtades que sufren para contentar a sus súbditos, amargan su sangre, acortan su vida y sofocan las efusiones. Creo que con la existencia que llevo viviré muchos más años que tú, que mi madre y que mis hermanos y mi vida y mis años serán mucho más placenteros que los vuestros.

—Siempre has sido de este modo y no parece que hayas cambiado. Aunque no pareces hijo mío ni de tu madre, puede que tengas razón en lo que dices. Te lo digo aunque me duela, porque creo que desbaratas todos mis planes.

—Sabes de sobra que este ha sido mi destino hasta ahora y no pueden torcerlo vuestras promesas sin grandes trabajos, traiciones y sobresaltos. La sombra de mi madre me perseguiría como a ti y su maldición pesaría toda la vida

sobre mi conciencia.

Alfonso presentía que estaba viendo a su padre por última vez, por ello, dejando aparte las diferencias habidas entre ellos, se fundió con él en un abrazo y le escuchó decir con voz entrecortada:

—Al menos, júrame que guardarás secreto, pero también memoria de lo que te he dicho y que, por el bien de mi reino, llegado el caso aceptarás lo que el destino te conceda, aunque mientras tanto, al igual que Jonás, tengas que permanecer un tiempo en el vientre de la ballena.

—Así lo haré, si eso te tranquiliza, por eso juro que no me resistiré nunca a los designios del Altísimo... ni a los de mi madre.

Dicho lo cual se separaron y se fueron cada uno por su lado quedando ambos con la duda en la cabeza y con el alma en suspenso, sobre todo el infante, que regresaba temeroso de las consecuencias que tendría para él que su madre o su hermano le hubieran echado en falta y terminaran sabiendo el motivo de su viaje. Por el camino se cruzó con numerosos peregrinos que iban a Compostela.

«En cuanto pueda haré lo mismo que ellos: saludar al apóstol y hablar despacio con don Pedro Muñiz el Nigromante. Necesito averiguar todo lo que pueda acerca de la muerte de mi hermano el Portugués, porque, hasta ahora, me he desentendido demasiado de los asuntos de la familia y de mis propios intereses».

## 1222. Carrión. Compostela.



El infante Alfonso regresó a toda prisa a Carrión intentando pasar desapercibido. Después de comprobar que su hermano Fernando seguía en el monasterio de San Zoilo, bajo los cuidados de don Arnaldo y la mirada atenta de su madre, fue a visitar a su cuñada Beatriz de Suabia, que se entretenía con sus hijos Alfonso y Fadrique.

Le sorprendió que les hablara en un rudimentario castellano y solo en alemán cuando los reprendía.

Al ver que estaba llena de alegría y vitalidad, dedujo que lo de su hermano no debía de ser tan grave. De inmediato entablaron conversación mitad por señas mitad mediante el torpe castellano que ella había aprendido en esos cinco años.

Beatriz observó que su cuñado también hacía más caso a Fadrique que al heredero.

—Son muy diferentes ellos.

—Salta a la vista. Fadrique es alto y rubio y Alfonso, moreno.

—Friedrich muy pequeño anda, pero todavía no salta a la vista. Alfonso no quieto nunca. Como padre. Alfonso no quiere madre, quiere abuela. Friedrich no quiere abuela, quiere madre. Alfonso no quiere Friedrich, quiere solo.

—Eso será porque Alfonso tiene celos del pequeño y pega a Fadrique.

—Alfonso no quiere hermanos, quiere solo.

—Cosas de niños. Siempre ha habido envidias entre los hermanos.

—¿Has visto madre tuya?

—Ni a mi madre ni a mi hermano. He venido a verte a ti. Ellos ya se ocupan la una del otro.

—Siempre hablas de broma. A mí gusta mucho no serio.

—Te veo contenta. Se ve que el rey está mejor.  
—Está no peor, que es mejor.  
—Voy volando a verle.  
—Lleva Alfonso con abuela. Serán contentos y también Friedrich.  
—Dame la mano, heredero, y vamos con la abuela, que seguro que te está echando de menos.

\* \* \*

—¡Vaya! Mira por dónde aparecen juntos los dos Alfonsos. Mi niño grande y la niña de mis ojos... —exclamó la reina Berenguela, que salió corriendo para coger en sus brazos al pequeño heredero—. A saber de dónde vienes, bribonazo, que llevo dos días sin verte el pelo.

A Alfonso le dio un vuelco el corazón al pensar que ella sospechaba el motivo de su ausencia, pero se quedó más tranquilo cuando su madre dejó de prestarle atención y se puso a jugar con el nieto.

—Vengo de visitar a mi cuñada y de jugar con mis sobrinos. Como la he encontrado alegre y tranquila, deduzco que el rey mi hermano está fuera de peligro.

—Aún es pronto para cantar victoria, hijo mío, porque nadie está libre de tener una recaída. Recemos para que esto no ocurra. No está peor, que es como decir que está mejor... Por cierto, ¿qué tal está tu padre? Porque muy enfermo tiene que estar para reclamarte a su lado. Lleva muchos años ignorándote por completo, así que algo grave debe ocurrirle esta vez, para llamarte con urgencia.

No podía negar la evidencia porque, como siempre ocurría, su madre estaba al corriente de todo. «Mira que es lista mi madre y cada año que pasa es más lista y más astuta. A ver cómo salgo de esta».

—¿Te ha pedido tu padre que acudas a socorrerle pensando que Fernando no saldría de esta? ¿Verdad? No hace falta que me digas nada porque lo sé todo. Conozco tan bien a tu padre como te conozco a ti. A ti porque te he parido y a él porque le he querido y le he sufrido. No te imaginas cuánto. Pero es un hombre imposible que siempre quiere lo uno y lo contrario y no se entiende ni a sí mismo. Yo le entendí a la primera. Siempre venía a mis brazos como un corderillo después de cada uno de sus engaños, que eran constantes. El hombre no podía remediarlo. El papa Inocencio decía que era un simple y yo digo lo contrario. De puro enrevesado es transparente como un arroyo recién nacido. Acaba de ofrecerte el reino de León y tú no has sabido qué responderle porque quiere el reino para él hasta después de su muerte. Por eso te lo promete para cuando ya no le pertenezca. No le has sacado de dudas porque sabes que

Fernando saldrá de esta como ha salido de otras, porque Dios lo quiere y reserva a tu hermano para una gran causa. Eso que no consiguen otros reyes cristianos en las cruzadas por sus pecados lo logrará tu hermano con sus virtudes porque es grato a Nuestro Señor, y tú lo sabes.

—Madre mía —dijo Alfonso, buscando una salida—. Solo he cumplido el precepto salomónico. He escuchado la instrucción de mi padre, por eso he acudido presto a su llamada, pero no rechazo el consejo de mi madre, y por eso estoy siempre a su lado.

—Tu sitio está ahora al lado de tu hermano, pero en ningún modo le digas que has estado con vuestro padre. No creo que te pregunte por dónde has andado, y si lo hace, invéntate cualquier cosa, que para eso te das mucha maña.

Cuando llegó al aposento donde reposaba su hermano el rey don Fernando, le encontró profundamente dormido y, aunque se quedó un rato velando su sueño, no osó despertarle. Por la ventana le llegaba nítida la voz juvenil de su madre cantando al heredero de la corona de Castilla una cantiga que podría ir dirigida tanto al rey de León como ser un aviso para él mismo.

*Santa María, estrella del día,  
muéstranos la vía para Dios y guíanos.  
Porque haces ver a los errados  
que se perdieron por sus pecados  
y entender cuán culpables  
son; mas por ti son perdonados  
de la osadía  
que les hacía  
hacer locuras  
que no deberían.*

«Qué sabia es mi madre y qué buen consejo me ha dado mi padre cuando me decía: “¡Ay de ti como te agarre de este modo el amor de una mujer! Y no te digo nada si esa mujer es un ser superior que encuentra argumentos para todo”».

\* \* \*

Con el beneplácito de su madre, pasados unos días de descanso, y con la disculpa de agradecer al apóstol la curación de su hermano Fernando, y de confirmar que don Pedro Muñiz el Nigromante, aunque ya era muy viejo, seguía

vivo y todavía ejercía de arzobispo en Compostela, Alfonso se sumó a un grupo de peregrinos que se dirigían hacia el poniente cantando alegremente.

Lo primero que hizo nada más llegar a la basílica de Compostela fue acercarse al Pórtico de la Gloria, que por culpa de la lluvia le pareció mucho más oscuro y pequeño de como lo recordaba de niño, al igual que le ocurrió con el arzobispo don Pedro Muñiz el Nigromante, que se asemejaba a un viejo árbol cargado de tantos años como ramas era capaz de soportar sobre sus encorvadas espaldas. Aunque menguante en estatura, estaba crecido en sabiduría y perspicacia, porque tan pronto como divisó al infante perdido entre la multitud que se acercaba para postrarse ante el apóstol, mandó a un diácono en su busca para que le llevaran a su presencia.

—El hijo del rey que finalizó esta catedral, por muy humilde que se quiera mostrar y por grandes que sean las dudas que tiene que resolver, tiene derecho preferente a visitar la tumba del señor Santiago y demandarle las mercedes que espera recibir de su mano milagrosa —exclamó don Pedro, dando un fraternal abrazo al sorprendido infante, que no encontraba el modo de soltarse del efusivo prelado.

—Hagámoslo cuanto antes, porque la mayor merced que espero recibir es la curación de mi hermano Fernando, que adolece de mala salud y está postrado en Carrión.

Después de arrodillarse unos instantes ante el sepulcro porque se impacientaban los peregrinos que esperaban su turno, regresó a la conversación con el arzobispo.

—Que no os confunda mi deterioro físico porque, si no estáis muy cansado del camino, estoy presto a emprender con su alteza otro viaje portentoso para preparar entre ambos el retorno de las campanas de bronce, porque, aunque yo no contemplaré ese grandioso prodigio, siento que se acerca la hora en que se realizará el gran milagro de la resurrección de las campanadas en las torres de esta basílica.

—¿Cómo hicisteis el prodigio, monseñor? Porque tanto el rey mi hermano como yo recordamos aquel episodio como uno de los mayores milagros del apóstol santo.

—Más que milagro fue premonición que solo pudieron disfrutar en aquel momento los limpios de corazón.

Sin apercibirse de ello, el infante se encontró de pronto delante de la tumba de su abuelo el rey don Fernando.

Alfonso no necesitaba ir más lejos para sincerarse con don Pedro:

—Desde que mi tatarabuelo el Emperador dividió el reino entre sus hijos en el Concilio de Valladolid, hace tres cuartos de siglo, a pesar de las treguas

sucesivas, el conflicto entre los reinos de León y de Castilla sigue latente incumpliendo lo acordado en diversos tratados, entre ellos, según tengo entendido, el que vos mismo firmasteis y rubricasteis con muchos otros nobles y obispos, en Cabrerros, cuando erais obispo de León. Sois, pues, testigo de que, para lograr la paz definitiva y resolver los litigios y enredos provocados entre ambos reinos por la anulación del matrimonio de mis padres, estos estipularon, de modo muy preciso, unas generosas donaciones de castillos, tierras y alfoques de los Campos Góticos a mi hermano Fernando. Y, además, mi padre aseguró una renta de ocho mil maravedís anuales a mi madre a cuenta del portazgo de diversas villas que eran suyas por dote.

—Es exactamente como decís. No recuerdo de qué villas se trataba, pero lo más importante de lo acordado fue que, cuando aconteciera la muerte de tu padre, este dejaría a tu hermano todo su reino, con el compromiso de que le hicieran homenaje de él sus obispos, nobles y caballeros. Así consta en los primeros párrafos del documento. En el siguiente párrafo se añadía: «Y ordenamos y mandamos que si muriese don Fernando, hijo del rey de León y de la reina doña Berenguela, sea rey de León su otro hermano, hijo del rey de León y de la reina Berenguela». Aunque no te cita por tu nombre, es evidente que se refería a ti, si es esto lo que querías saber.

—Como sois el prelado más importante del reino de León, quería confirmar, por boca de un testigo tan cualificado como vuestra eminencia, los aspectos más significativos de dicho tratado, porque mi padre ya presume de anciano y, si no deja claras las cosas ante su pueblo, puede haber disputas entre sus hijos cuando finalicen sus días.

—En Cabrerros y después en Valladolid quedó todo aclarado. De tal modo fue así que, posteriormente, el papa Honorio dio por bueno lo acordado entre vuestros padres. Además, una vez muerto el hijo primogénito que tuvo de Teresa de Portugal... espero que no vuelva tu padre sobre sus pasos.

—Eso es precisamente lo que me preocupa (y guardádmelo bajo secreto de confesión), porque mi padre no quiere dejar el reino a mi hermano, alegando que mi madre envenenó al otro Fernando. Vos estabais en Sahagún la última vez que le vimos con vida y, a juzgar por lo que comía y bebía, parecía gozar de buena salud. ¿Podéis decirme cómo y de qué murió, si es que acaso lo sabéis? Porque nosotros nunca llegamos a conocer los pormenores de aquella desgracia y a mí me interesa mucho despejar toda sombra de sospecha que pueda recaer sobre mi madre.

—Al poco de regresar de Sahagún, empezó a respirar con dificultad y poco a poco se fue acabando como los peces cuando los sacan del agua. Después vinieron las fiebres y el flujo del vientre. Pero no es conveniente que sigáis

indagando sobre la causa o los causantes de la muerte del primogénito de vuestro padre. Es mejor no conocerla, puesto que no servirá para devolverle la vida y quizás no os guste lo que podáis descubrir. Su muerte, forzada o no, unida a la posterior desgracia de vuestro tío, el pequeño Enrique de Castilla, dejó el camino expedito para vuestro hermano Fernando.

—Mi padre me ha ofrecido el reino de León para el día en que se muera.

—No hagáis caso de las promesas que solo al rencor se deben, porque no van a favor de su alteza, sino en contra de vuestro hermano y de vuestra madre. Un solo rey, un solo reino y una sola misión es lo que prevalece sobre cualquier otra consideración: sacar de Córdoba las campanas que se llevó Almanzor y devolverlas a las torres de esta catedral es lo que la cristiandad necesita. Lo demás son juegos de ajedrez que solo favorecen a los enemigos de nuestra religión.



Para cuando Alfonso regresó de Compostela, al igual que había ocurrido otras veces, el rey don Fernando de Castilla, después de haber tenido sumidos en la zozobra a su madre, a los obispos y al reino, ya se había olvidado de su enfermedad y había recuperado el ánimo y el brío, porque tanto Alfonso, su heredero, como Fadrique gozaban de buena salud y la reina, que era muy fecunda, estaba de nuevo encinta.

Su reinado no había podido empezar con mejor pie, derrotados los tres hermanos Lara, firmadas las paces con su padre el rey de León y reforzado su prestigio por casamiento con una sobrina del emperador, comoquiera que seguían vigentes las treguas con los almohades, hubiera podido decirse que Fernando y su madre tenían los reinos en paz y que podían dedicarse de lleno a restaurar las desastrosas consecuencias que habían tenido para sus súbditos las pestes, inundaciones, sequías, hambrunas y mortandades.

Pero aquel mismo año se rebeló don Rodrigo Díaz, señor de los Cameros, y Fernando se dio cuenta de que reinar no era un camino de rosas.

—Yo le he dado esas tierras para que las gobierne con equidad y justicia, y no para su provecho cometiendo desafueros y abusando de nuestros súbditos, por eso le he pedido que devuelva de inmediato las tenencias —clamaba enfurecido delante de su madre.

—Tienes toda la razón en lo primero, hijo mío, pero eres muy impulsivo. Ese pronto tuyo te mata. Se nota que sales a tu padre en eso. Él todo lo quiere a la primera y por las bravas. Tenías que haber llamado al señor de los Cameros a despachar con nosotros y en secreto y no convocarle ante un tribunal en la curia

de Valladolid. Eso que has hecho es muy humillante para él.

—¿No me habéis enseñado los obispos y tú que la ley es igual para todos y que los poderosos son los que están más obligados a cumplirla?

—Esa es la doctrina en general, pero hay que aplicarla en particular, caso por caso. No olvides que el rebelde es uno de los nobles que más decididamente estuvo a mi lado cuando era vejada y perseguida por los hermanos Lara y que después apoyó sin reservas mi derecho y el tuyo al trono de Castilla. Y tiene mucho poder e influencias y esas cosas conviene tenerlas en cuenta.

—Por eso le entregué los gobiernos.

—Y por eso no se los puedes quitar públicamente.

—Sí puedo.

—No puedes porque a estas horas habrá hecho voto de cruzado y, si se presenta en Valladolid, estoy segura de que lo hará con la cruz en el pecho y gozando de la protección del papa, tal como quedó dispuesto en el Concilio de Letrán. Sabes de sobra que para el sumo pontífice lo primero es la cruzada, por eso ha decretado que los cruzados quedan sometidos al papa y libres de obligaciones con sus reyes.

—Tomar la cruz cuando le reclama el rey su señor será una argucia del de Cameros para escapar a su cita con la justicia.

—Él alegrará que tiene una cita con Dios. Y estando Dios y el papa de por medio, es mejor andarse con cuidado. Con el de Cameros y con todos los demás. Estoy segura de que no va a ser el último de los nobles en hacerse cruzado cuando le convenga.

—Menudo portillo de escape les ha abierto el pontífice. Y eso que dijo que me ponía bajo su protección.

—Por eso te decía yo que la justicia hay que aplicarla en particular, caso por caso, y por eso hay que dar a Dios lo que es de Dios y algunas veces a los nobles lo que es del César. El problema es cuándo y cómo se hace en cada caso. Y para eso es preciso desenredar la madeja y saber cuánto cuesta deshacer el enredo.

—No entiendo nada de lo que dices. Eso de cuándo, cómo y cuánto me parece un trabalenguas sin sentido.

—Espera solo unos días y ya verás el sentido que tiene lo que te digo.

\* \* \*

Pertrechado con la cruz de Cristo, que ostentaba orgulloso sobre su pecho, el rebelde señor de los Cameros se paseó con ostentación por la ciudad del Pisuerga, para que todo el mundo le viera, pero ni se presentó ante el tribunal

que debía juzgarle, ni se disculpó ante el rey, y además se negó en redondo a devolverle las tenencias que le reclamaba.

—No puedo consentir semejante desacato porque cundiría el ejemplo de este desvergonzado vasallo mío. Juro por Dios, como que me llamo Fernando, que obligaré al de Cameros a devolverme los castillos y se quedará sin tierras que gobernar y sin vasallos que le obedezcan.

—Mejor que te ahorres los juramentos y me dejes a mí lograr un acuerdo por las buenas. Sabes bien que ese caballero, por su juramento de cruzado, es un soldado de Cristo y está bajo protección del papa, y que la pena de excomunión pende sobre tu cabeza si tocas un pelo del suyo o un castillo bajo su mando. Y aunque así no fuera, ¿acaso piensas montar un ejército para recuperar tus propios castillos en Tierra de Cameros? ¿Cuánto nos costará mantener semejante tropa en La Rioja durante una larga temporada de asedio? Me imagino que te has dado cuenta de que ese hombre solo vino a Valladolid, bajo la enseña del cardenal Pelayo, a pasearse con la cruz cosida en el pecho para que todo el mundo supiera que estaba al servicio de Dios, y para decirnos a nosotros que pagáramos los gastos de su cruzada ya que no le habíamos permitido seguir cobrándoselos a sus vasallos.

—¿Quién puede ser capaz de deshacer ese enredo?

—Auséntate unos días de la corte y deja que mueva mis hilos.

Al cabo de unas semanas volvieron a reunirse madre e hijo.

—Asunto arreglado por solo catorce mil maravedís.

—¿Le hemos dado a ese rebelde esa fabulosa suma de dinero por devolverme lo que es mío?

—No, hijo mío. Al César no le ha quedado más remedio que dar a Dios lo que es del César. Le he prestado a ese cruzado de los demonios esa cantidad para que se sume a la cruzada con sus caballeros, reconquiste Jerusalén y recupere la cruz de Nuestro Señor, o este se lo lleve para siempre. Mientras tanto, nos devuelve los castillos y los gobiernos, que es de lo que se trata.

\* \* \*

Como eran tiempos de cruzada, y los papas, ya fueran Inocencios u Honorios, no se cansaban de predicar una tras otra, a pesar de los sucesivos fracasos de las anteriores, no eran infundados los temores del joven rey don Fernando de que los nobles aprovecharan la confusión de poderes entre Dios y el César y el difícil deslinde de las obligaciones que ello conlleva. Aprovechando esa circunstancia, don Gonzalo Pérez de Lara, señor de Molina, hizo el voto de cruzado y se puso bajo la jurisdicción del papa Honorio. Inmediatamente hizo donación de la villa

de Molina, junto con todos sus castillos, feudos, villas y territorios al sumo pontífice y en su nombre al arzobispo de Toledo y primado de Hispania y a la Iglesia toledana, declarándose vasallo suyo al reconocerle como su señor a partir de aquel mismo instante.

—¿Estabas al corriente de las intenciones del arzobispo, hijo mío?

—Sabía que ampliar sus dominios hacia el sur era una de sus prioridades, pero desde que hizo la cruzada por su cuenta para llegar hasta Requena, donde fracasó estrepitosamente, sospechaba que algo tramaba para buscar una salida por el levante hasta el mar. ¿Hasta dónde quiere llegar este hombre saltando por encima de la diócesis de Cuenca y metiéndose de lleno en el reino de Aragón?

—Menuda jugada de mago que ha hecho nuestro arzobispo. Estábamos enterados de que era una eminencia, pero nunca podíamos imaginar que llegara tan lejos su sabiduría. Con la mano derecha recibe el señorío de Molina y con la izquierda se lo devuelve a don Gonzalo, cobijándole como nuevo vasallo bajo la capa pluvial de la Iglesia romana y toledana. Y a su rey no le dice ni media palabra. A lo mejor nos da una sorpresa —dijo Berenguela, que, segura de la absoluta fidelidad del arzobispo, pensaba que este oteaba otros horizontes.

—¡Otro que tal! Porque también este estuvo en Las Navas de Tolosa.

—Al igual que los Lara. Él ofició la misa, hizo el sermón y la arenga y estuvo todo el rato al lado de tu abuelo.

—Pues parece que todos han querido sacar tajada de la victoria. Esto del señorío de Molina es mucho más grave que lo del señor de los Cameros. ¡Cara nos va a salir la protección del Santo Padre!

—El papa Honorio es muy generoso otorgando protecciones, y muy rápido confirmando posesiones porque, en su nombre, ya ha confirmado al arzobispo de Toledo la posesión del señorío de Molina —explicó su madre.

Aprovechando la protección del arzobispo de Toledo y de la Santa Sede, alegando que su señorío no tenía límites claros, Gonzalo Pérez de Lara empezó a cometer desmanes y a apropiarse de modo indebido del territorio regio lindante con el señorío de Molina para ampliarlo a costa de las posesiones del rey.

—¿Es que el arzobispo de Toledo no tiene suficiente con el enorme señorío de su diócesis? —dijo el rey don Fernando enfurecido cuando se dispuso a asediar a Gonzalo Pérez de Lara en el castillo de Zafra.

Pero aquella fortaleza era prácticamente inexpugnable y, como su hijo no lograba rendirla por la fuerza de las armas, corrió en su auxilio su madre para ver el modo de arreglar el desaguisado de otra manera. Convenció a Fernando de que licenciara a su hueste y abandonara momentáneamente el territorio en litigio.

—El señorío de Molina está en el límite de nuestros reinos y no es por ahora una prioridad. Este conflicto solo se resuelve con astucia, paciencia y

dando tiempo al tiempo. De momento vayamos a Toledo y veamos con el arzobispo si este espinoso asunto tiene arreglo por las buenas. Pero no le haremos venir al alcázar, sino que iremos humildemente a rendirle visita a la iglesia de la antigua mezquita.

El arzobispo don Rodrigo, que no se esperaba semejante señal de deferencia de sus monarcas, se mostró más humilde y servicial que nunca, sobre todo con doña Berenguela.

—El señor de Molina ha tomado la cruz de Cristo sobre su pecho y, por tanto, don Gonzalo es nuestro vasallo y además vasallo del papa y está bajo la protección de la Iglesia porque así Dios lo quiere —dijo con toda claridad, sin perder la amorosa sonrisa que siempre dedicaba a la reina Berenguela.

El rey don Fernando, sin perder el hilo de la conversación, se había quedado pasmado contemplando la maqueta de la enorme catedral que proyectaba el prelado.

—Es muy grande, monseñor.

—Tenéis razón, majestad, el señorío de Molina tiene una gran extensión...

—Me refiero a la catedral, eminencia. Nunca había visto un templo semejante ni me imaginaba que se pudieran construir a pesar de lo que cuentan los viajeros. Me parece que supera con creces los límites de la mezquita.

—La desborda por todos los lados pero sobre todo hacia arriba. Su torre está incluso por encima del alcázar y tiene cinco naves rodeadas de capillas.

—¿De dónde pensáis sacar el dinero que necesitaréis para semejante construcción? —preguntó doña Berenguela.

—Ese es el problema... con las treguas que habéis prorrogado... no hay manera de incrementar los recursos de la diócesis para una obra de semejante envergadura. Sabéis que yo mismo tuve que ponerme al frente de la cruzada por la parte del reino de Valencia. Pero un grano no hace granero. Se necesita el empuje de todo un reino como el de Castilla para que una cruzada rinda los frutos deseados y para que una catedral como la mía arranque con fuerza suficiente, de modo que las obras no se detengan al poco de empezar.

—La tregua expira dentro de un año. Y puede no renovarse. Y el empuje del reino también puede servir para levantar nuevas catedrales. El obispo Mauricio también tiene un proyecto semejante para Burgos y creo que también el de León —señaló la reina para mortificar al prelado—. Sería una pena que, siendo vuestra eminencia el primado, la vuestra fuera la postrera en comenzar.

El arzobispo se quedó callado haciendo como que meditaba, porque las palabras de la reina le habían conturbado. Por nada del mundo permitiría que otros prelados de menor rango comenzaran sus catedrales antes que él. Tenía que encontrar una solución de inmediato, porque no todos los días recibía la visita de

los reyes. Por fin rompió un silencio que se prolongaba en demasía.

—Su majestad sabe mejor que nadie que muchos de los conflictos se solucionan con un matrimonio conveniente. En lo que respecta al señorío de Molina, yo ya lo tengo todo previsto con una estrategia de largo alcance. Si bien es cierto que la cruzada ha puesto en manos de la Iglesia todo ese territorio, también es posible que un santo matrimonio entre vuestro hijo el infante don Alfonso y doña Mafalda, la hija de don Gonzalo, pudiera devolver a la familia real el dichoso señorío de modo totalmente pacífico. Pero solo si le damos tiempo al tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—El que tarde Nuestro Señor en llamar a juicio al padre de doña Mafalda.

—Doña Mafalda tiene un hermano.

—Que debe ser desheredado por su padre.

—No tenemos inconveniente en casar a mi hijo Alfonso con Mafalda, si el padre de esta pide el matrimonio y si hay un tratado confirmado por la Iglesia al respecto. Tampoco tenemos prisa en recobrar el señorío siempre que siga en manos de la Iglesia de Toledo, es decir, en vuestras manos, hasta que muera finalmente su vasallo don Gonzalo. Si estas condiciones se cumplen, estoy segura de que Dios querrá que no prorrogemos las treguas con los infieles y vuestra catedral comience antes que las de Burgos y León.

—Será un acuerdo mediante tratado porque la Iglesia quiere que las cosas se escriban y ratifiquen para que quede constancia del hecho y no se vean afectadas por algún tipo de desmemoria. Hemos recibido como nuestro el dichoso señorío porque era el único medio de que volviera algún día a las manos de su majestad. Sabéis bien que un vasallo fiel como don Gonzalo no puede enfrentarse a este arzobispo y al papa sin sufrir las penas de la excomuni3n.

*Toledo. 1224*

Los matrimonios bien concertados son muy provechosos y dan fruto durante mucho tiempo. El memorable viaje a Castilla que realizó en su vejez la sin par Leonor de Aquitania para casar a su nieta Blanca de Castilla con el delfín de Francia iba a resultarle muy útil a Berenguela para desbaratar un audaz movimiento de piezas de su contrincante el rey de León. La astuta propuesta del arzobispo de Toledo de ganarle la partida al señor de Molina consistía en hacer saltar al caballo del hermano del rey al escaque del hijo de don Gonzalo, que quedaría fuera de la partida a la muerte de su padre.

Mientras Berenguela se demoraba en comunicarle a su hijo el infante Alfonso que ya habían concertado su matrimonio, al rey don Fernando le faltó tiempo para encontrarse con su hermano con el ánimo de zaherirle y devolverle las burlas por las dificultades que tuvo para consumar su matrimonio con la reina Beatriz.

—¡Hermano, te tienes que casar!

—Será porque tú lo digas.

—Es porque lo ha decidido nuestra madre.

Ante las risas de su hermano, el infante Alfonso comenzó a gritar y lanzar improperios mientras se daba puñadas en el pecho y se mesaba los cabellos:

—¡Oh, cielos! ¿Qué crímenes he cometido para merecer tamaño castigo? ¿Qué nuevos peligros acechan a nuestro reino para que tal cosa suceda? ¿Acaso nos ataca nuestro padre y me tengo que casar con nuestra hermana Sancha? ¿O me reclama el arzobispo de Toledo para apaciguar los ardores de alguna de las hijas de sus vasallos?

—Lo has adivinado y ya va siendo hora de que sientes la cabeza. Dada tu

afición a las mujeres, de no casarte de inmediato, terminarías llenando la corte de bastardos.

—Es cierto lo que dices. Si tú no lo evitas, seguiré al pie de la letra el ejemplo de nuestro padre. Pero me tienes en ascuas. ¿Qué se sabe de mujer tan afortunada?

—Es joven, hermosa y recatada. Tiene cabellos de oro y está aprendiendo a leer y escribir.

—Eso no corre ninguna prisa. Me basta con que sepa hacer lo que a mí me gusta. ¿Tiene buena dote?

—Uno de los señoríos mayores de nuestros reinos.

—¿No será Mafalda, la hija de don Gonzalo Pérez de Lara?

—Tienes dotes de adivino. Cómo se nota que te educaste con don Pedro Muñiz.

—Mi prometida tiene un hermano.

—Al hermano le desheredan.

—Por lo que yo conozco, esa muchacha no tiene más de seis años.

—Mejor para ti. No tienes prisa por casarte.

—¿Y qué pasará con la dote?

—Está en manos del arzobispo de Toledo hasta que se muera don Gonzalo.

—Mejor me caso con una hija del arzobispo.

—A don Rodrigo no se le conoce descendencia.

—Entonces le pido que me adopte y que me haga arzobispo de Toledo. Así tendré un señorío mayor que el de Molina sin necesidad de casarme.

—Por más que insistió nuestra madre, no quisiste seguir la carrera eclesiástica.

—Retiro lo dicho. Ya sabes que me gustan mucho las faldas de otro género.

\* \* \*

El desenlace de aquel salto de caballo del infante don Alfonso se vería al cabo de muchos años, pero la historia no se detiene, porque, estando en la corte de Toledo a principios de la primavera de 1224, la reina Berenguela recibió una larga y sustanciosa carta de su hermana Blanca, reina de Francia, que de inmediato procedió a leer a su hija Berenguela, que le hacía compañía en los jardines del alcázar.

*Querida hermana:*

*La paz del Señor sea con todos vosotros. Te escribo de urgencia*

*porque un gran peligro se cierne sobre las aspiraciones al trono de León de tu hijo Fernando. Acabo de despedir hace unos momentos a un notabilísimo peregrino y afamado cruzado que aparentemente se dirige a Compostela a postrarse a los pies del apóstol. Esto es solo una argucia, porque lo que en realidad pretende es heredar el reino de León o al menos hacerse con la dote de Sancha o Dulce, de las que tiene noticias a través de Pelayo Gaitán, que fue obispo de León después de Pedro Muñiz el Nigromante.*

—¿Qué te parece, hija mía? Tu padre no cesa en su empeño de casar a tus hermanas usando como cebo el reino de León.

—Ellas no son como Constanza, que ha preferido encerrarse en el convento de Las Huelgas a casarse con el primero que llegue por el Camino de Santiago —respondió Berenguela hija.

—Marido y mortaja del cielo bajan. Pero ya no quedan reyes casaderos en Hispania para ti, una vez que hemos casado a la tía Leonor con mi sobrino Jaime.

—¿Quién puede ser ese caballero llovido del cielo que se toma tantos trabajos para merecer a una de mis hermanas? —preguntó Berenguela hija.

La madre continuó leyendo:

*Se trata de Juan de Brienne, que acaba de enviudar por segunda vez, varón tan bravo como viejo, tan esforzado caballero como cargado de deudas y tan necesitado de ayuda para sostener su escuálido reino como el mendigo que requiere la limosna para no desfallecer. Disimula sus penurias con una altivez digna de Carlomagno y con una fiereza que no igualaría el mismísimo Ulises. Pero ese áspero león que sobrevive a todas las batallas se ablanda como un corderillo si es alimentado con honores y halagos o cuando alguien escucha con atención el relato inacabable que hace de sus aventuras y desventuras, que es la cosa que más le place del mundo.*

—Ya tenemos entretenimiento asegurado si es tan largo de lengua como corto de fortuna ese anciano que no se da por vencido con las mujeres a pesar del paso y el peso de los años. Ardo en deseos de conocer a semejante pretendiente, pero sigue leyendo la carta de la tía Blanca —dijo la joven Berenguela muerta de risa.

*Salió de San Martín de Tours el 4 de marzo, y yo misma he sufragado su*

*viaje y el de su reducido séquito a condición de que os rinda visita en la corte. Aunque temo que aproveche la ocasión para pedir os dineros para sostener su reino, espero que se conforme con el recibimiento y la acogida que merece como rey de Jerusalén. Respecto a los dineros, proceded según convenga a las aspiraciones de tu hijo Fernando.*

Cuando llegó a Toledo el 5 de abril de 1224, Juan de Brienne no se esperaba ni por lo más remoto el recibimiento que le hicieron en la capital. Nada más cruzar la puerta de Bisagra, todas las campanas de la ciudad, empezando por las de la catedral, tocaron a gloria. La familia real al completo y el arzobispo Rodrigo Jiménez de Rada con los canónigos y los beneficiarios acudieron a buscarle para acompañarle bajo palio hasta las puertas de la catedral. Y no faltaron en el recibimiento los más conspicuos dignatarios de la corte y de las comunidades judías y musulmanas que salieron con cánticos a recibirle. Desde las callejuelas engalanadas a lo largo de su recorrido hasta la catedral se podía ver la enseña de la cruz desplegada en todos los balcones. El peregrino fue recibido con palmas por los coros celestiales que cantaban: «¡Hosanna, hosanna, bendito el que viene como rey de Jerusalén, hosanna!».

En la catedral metropolitana se cantó un solemne tedeum a mayor honor y gloria del gozoso visitante.

Viendo de cerca a aquel gigante barbudo que portaba con gran majestad la cruz de Cristo en el pecho, todos los toledanos coincidían en que la conquista de Jerusalén era cuestión de unos pocos meses.

—El tío Ricardo sería algo parecido a este hombre, ¿verdad, madre? — preguntó Berenguela hija.

—Sí, pero era mucho más joven y más guapo y tenía la barba roja, cabellera de león y no tan lacia y blanca como la de este.

Berenguela se empleó a fondo y puso toda su cortesía y poderío al servicio de su huésped. Empezando por los baños y ágapes diarios en el alcázar, no le faltó nada por conocer, disfrutar o saludar al ilustre y heroico visitante llegado de improviso a Toledo, incluidas recepciones, presentaciones y besamanos de nobles, eclesiásticos, rabinos, ulemas y principales comerciantes y artesanos, culminadas con una pormenorizada visita a la Escuela de Traductores de Toledo, donde fue recibido por Salio de Padua, que le mostró los documentos que en aquel momento estaban traduciendo Yehuda Ben Moshe, Avicena y Avicibrón.

Aprovechando aquella ocasión única para muchos notables toledanos de conocer lo que ocurría en las cortes y reinos europeos y al otro lado del Mediterráneo, Berenguela organizaba, al anochecer, unas veladas especiales en las que don Juan de Brienne contaba con gran pormenor y detalles las

incontables aventuras en que había participado a lo largo de su vida para regocijo de la familia real y de sus distinguidos invitados.

Después de una de aquellas memorables veladas tan bien amenizadas por don Juan, Berenguela hija trataba de adivinar cómo sería de joven aquel grave anciano de azarosa vida. Lo hacía con su imaginación restando años a sus arrugas y tiñendo de rubio su barba cana, cuando entró su madre en el aposento, preguntando en voz muy queda:

—¿Duermes o velas, hija mía?

—Más bien estoy en vilo con tu visita.

A la infanta no le faltaba razón para estarlo porque, sin más preámbulos, su madre se sentó en el borde de la cama y le espetó:

—¡Señor, qué hombre! Le gusta más andar en guerras que a los niños pisar los charcos. ¡Qué afán de disputa, qué ganas de combatir! Si oye hablar de un asedio, allá que se va. Si hay que resistir, se resiste; si hay que escapar, se diluye. Si no hay una guerra, se la inventa; si una hoguera se apaga, resopla para avivar el fuego. Nada le aflige, nada le acobarda, nada le espanta, antes al contrario: todo lo acomete, todo lo asalta. Pero ¿cuándo descansa el brazo ardiente y reposa el corazón embravecido de semejante guerrero? Cuántas zozobras, fatigas y sinsabores, cuántas batallas a punto de perderse hace mudarse en fulgurantes victorias, cuántos naufragios tornados en felices desembarcos por la gracia divina. ¡Cuántas envidias y traiciones desbaratadas, cuántos sinsabores, trabajos y penalidades ha sufrido este hombre para recuperar la Tierra Santa! Si hubiera entre los cristianos unos pocos guerreros tan esforzados y cumplidores como nuestro huésped, haría muchos años que Jerusalén estaría en manos cristianas.

—¿Y qué me dices de las victoriosas huidas una tras otra?

Viendo los gestos y aspavientos que hacía su madre con una espada imaginaria, imitando al invicto guerrero en sus hazañas bélicas, la joven Berenguela se moría de la risa.

—Después de escuchar a ese coloso contar las batallas en que se ha metido y los conflictos que ha provocado, ¿te imaginas qué sería de nosotros si semejante energúmeno pusiera sus ímpetus guerreros al servicio de tu padre? ¡Era lo que nos faltaba! No te lo voy a decir dos veces, ni pretendo convencerte porque ya lo tengo decidido. Deberíamos encontrar el medio de salvar el reino de tu hermano, pero no se me ocurre nada para desviarle de su camino. Yo me casé con tu padre para proteger el reino de Castilla y a la vista está que aquel sacrificio mío bien ha valido la pena porque lo hemos salvado dos veces, pero ahora estoy sumida en la confusión.

## 1224. Toledo



altaban dos días para que aquel cruzado reiniciara su peregrinación. Para entonces ya había adherido algunas carnes y no pocas grasas en un cuerpo que había rejuvenecido un lustro aventando la mitad de las arrugas de su rostro, porque su corazón enamorado latía con fuerza, soñando con tener en el lecho a Berenguela hija, la flor más preciada de los jardines del alcázar.

—¿Qué hacemos con el viejo, hijo mío? No nos ha dicho en ningún momento que quiera casarse con tus hermanas de León. No podemos dejar que vaya a ver a tu padre y que le engatuse con alguna de ellas. Este hombre es capaz de quedarse en León para hacerse con el reino porque el de Jerusalén lo tiene en el aire. Solo era rey consorte y, al quedar viudo y haber tantos pretendientes, en cualquier momento lo pierde.

—Yo creía que iba a morir de indigestión, ¡mira que come y mira que bebe para rellenar el pozo sin fondo de su vientre!

—Lo es para la comida y para los dineros, porque mantener en pie de guerra un reino contra moros y cristianos tiene que costar una fortuna. Es tan insaciable en la guerra como en la mesa.

—Será igual con las mujeres, porque mira a mi hermana con codicia.

—Ya me había fijado que había picado en el anzuelo.

—Así que era eso lo que te traías entre manos.

—Lo hago por ti y por mí. El reino de León tiene que ser para ti. Por eso me casé con tu padre y para que dejara en paz al mío. Que todo eran agravios por su parte con el litigio de los castillos entrambos reinos. No voy a consentir que el de León se nos vaya de las manos por una boda de más o de menos. Un clavo

saca otro clavo y una boda saca otra boda. Hace casi treinta años me tocó a mí salvar el reino de mi padre. Ahora le toca a tu hermana Berenguela salvar el tuyo y hacer de Jerusalén el suyo. Una boda a tiempo salva dos reinos a la vez.

Fernando torció el gesto. No quería contrariar a su madre porque sabía que ya había tomado la decisión, pero le revolvía las entrañas tener que sacrificar a su hermana para no poner en peligro sus derechos al trono de su padre.

—Pero Berenguela tendrá que dar su consentimiento y supongo que no querrá casarse con un hombre tan viejo.

—Berenguela hará lo que yo hice cuando me lo pidió mi padre, y buenas lágrimas me costó. Lo hará por ti, por mí y por ella. Y porque no se salgan con la suya ninguna de vuestras otras hermanas. Que es lo que más puede dolerle a su edad.

Instantes después de hablar con su hijo, la reina Berenguela mandó llamar a la afectada.

—¡Hija mía, tengo que hablar con nuestro huésped antes de que parta para León!

—Te conozco madre y ya sé lo que me vas a pedir.

—No se hará nada sin tu consentimiento. Tienes todavía un tiempo para pensarlo. Él tiene que volver de Compostela, nosotros le esperaremos en Burgos.

—Qué tonterías dices, yo no quiero que se marche a León sin tener atado el compromiso. Cualquiera de mis dos hermanas estaría loca de contenta por ser reina de Jerusalén. Además, Juan no es tan viejo, solo tiene cincuenta y cinco años. Y ya has visto lo fuerte que es y lo ligero que anda.

—Pues si tú estás de acuerdo, ya solo me falta hablar con el interesado.

\* \* \*

Con las golondrinas acompañando con sus gritos de alborozo la primavera, la mañana era propicia para un paseo lleno de confidencias junto a los estanques de los jardines del alcázar toledano entre un viejo viudo, cruzado y casadero, y una reina casamentera.

—Vuestra visita ha llenado de alegría nuestro reino, nuestra ciudad y nuestro alcázar. Los estanques cantan de alegría y los jardines han sacado a relucir sus mejores colores para celebrar vuestra presencia. Todos en mi familia nos hemos sentido muy honrados con vuestra visita. No os hacéis una idea de lo mucho que vamos a echaros de menos... Mi hija Berenguela especialmente, porque está convencida de que sois el enviado de Dios para recuperar los Santos Lugares y la cruz de Cristo que mi tío Ricardo no pudo rescatar de manos de los infieles.

—¡Vuestra hija Berenguela...! —Se quedó pensando con una sonrisa codiciosa—. ¡Ay, vuestra hija Berenguela! ¡Es un ángel! —exclamó el viejo cruzado, poniendo los ojos en blanco—. Ella me daría las fuerzas que necesito... si ella quisiera acompañarme en esta gloriosa aventura, quizás podría conseguir también, merced a vuestra generosa ayuda, devolver Jerusalén a la cristiandad... Porque estoy seguro de que Dios lo quiere.

—Aunque sería muy doloroso verla alejarse para siempre de nuestro reino, si el Señor le encomendara tan gran destino nos sacrificaríamos como ella y sería un orgullo para nosotros...

—Ese sería el milagro que yo pediré al apóstol Santiago.

—Si vos os atrevierais a solicitar su mano a mi hijo el rey don Fernando... Por mi parte, no habría ningún inconveniente, antes al contrario...

A aquel larguísimo, escuálido y musculoso caballero de mano de hierro y corazón de mantequilla le resbalaron las lágrimas por el rostro y unas gotas de agua marina se le escurrieron por las barbas, grises y mortecinas. Los ojos le brillaron de alegría... y de lujuria imaginando el festín que se ofrecía a su renovada concupiscencia. Se arrodilló y tomó la mano de la reina Berenguela, que besó repetidas veces, humedeciéndosela con las lágrimas.

—Al fin y al cabo, nada perdéis y mucho ganáis. Berenguela es tan hija del rey de León y mucho más joven y hermosa que las otras. Y además, es hermana de un rey que muy pronto será el orgullo de toda la cristiandad porque también así Dios lo ha querido —dijo con regocijo la reina Berenguela, elevando la frente al cielo.

Lo único que le faltaba al viejo guerrero aquel día memorable era que Berenguela llamara a su hija para que contemplara con él un fastuoso crepúsculo toledano desde uno de los torreones de poniente del alcázar de los reyes.

El esforzado y paupérrimo cruzado se relamía de pura glotonería pensando que tenía a su alcance un jardín de las delicias tan oloroso y refrescante como los evocadores recintos moriscos del alcázar. Nunca hubiera imaginado que estaría en Toledo, junto a una hermosa jovencita, hermana del mismísimo rey de Castilla, que regalaba un glorioso atardecer a su concupiscente senectud, llenando de fulgores el horizonte hasta donde alcanzaba la imaginación. Aplastado por tanto despliegue de encanto y de belleza, guardaba un cauto silencio porque no quería decir o hacer nada que pudiera provocar el rechazo de la doncella. Por ello se tapaba la boca con la mano para no mostrar las oquedades de su dentadura, sonriendo como un bobalicón mientras se le caía la baba de pura felicidad.

Ella le miraba de soslayo imaginando los sacrificios que tendría que hacer en el lecho a cambio del gran honor de convertirse en reina de Jerusalén.

Como empezaba a oscurecer y a Juan de Brienne no se le agotaba el repertorio de sonrisas, guiños y visajes, ella tomó la iniciativa.

—Hermosa puesta de sol, ¿no os parece, noble caballero?

—Podéis llamarme Juan a secas —respondió aquel hombre, que era pura mojama.

—¿Son así de bellos los atardeceres desde vuestro palacio de Jerusalén?

—Supongo que sí. Pero mi palacio, que será el vuestro, está todavía por construir.

—¿Qué os falta para ello?

—Completar lo que vuestro tío Ricardo dejó a medio hacer.

—Porque el rey de Francia le abandonó y Saladino se cruzó en su camino —replicó Berenguela a modo de disculpa.

—Pero Dios ha querido que vos os cruzarais en el mío y eso fortalecerá mi brazo, rejuvenecerá mi gastado corazón y me dará los bríos necesarios para arrancar la ciudad santa a los infieles.

—¿No pensaréis hacerlo vos solo?

—No, jovencita, porque espero que Dios y vuestros padres me brinden la ayuda que necesito para tan memorable empresa.

—De mi padre nada puedo prometeros porque es muy suyo, pero de nuestra parte nada ha de faltarnos, porque es voluntad de mi madre y de mi hermano Fernando acudir a socorridos en cuanto se recuperen un poco las arcas de nuestros reinos.

—Me daría por muy socorrido si os dignarais acompañarme en esta misión que el Señor nos encomienda.

—Lo haré de mil amores, si esta es la voluntad de Dios. Porque por parte de mi madre y de mi hermano no existe ningún reparo.

El viejo cruzado se arrodilló a sus pies y, deshecho en lágrimas, besó tantas veces la orla del vestido de su prometida que no terminaba de levantarse.

Berenguela no acertaba a saber qué era lo que le ocurría a don Juan porque no paraba de exhalar suspiros y ayes, justo en el momento en que el sol teñía de púrpura las aguas del Tajo y los tejados de Toledo.

—Vuestras sentidas muestras de amor me halagan y me confunden, señor mío. ¿Hay algo que pueda hacer por vos en estos momentos inolvidables?

—Dejadme cogeros de la mano, si no os importuna, y ayudadme a levantarme, que me ha dado un pellizco en el espinazo y tengo atascada una pierna.

\* \* \*

El rey de León, que esperaba pacientemente al peregrino en la ciudad de Toro, aunque extrañado de su tardanza, achacaba el retraso a la miseria en que se encontraba este, y desconociendo el desvío y la pausa que había hecho en Toledo, pensaba que todo discurriría tal y como había dispuesto el obispo Pelayo; por ello no había preparado nada que se pareciera al fastuoso recibimiento que le habían dispensado en la ciudad del Tajo.

Obsequiado con tantos banquetes y después de gozar de unas semanas de reposo, Juan de Brienne, reconfortado con el compromiso de desposar a Berenguela y rebotando de la felicidad que le había deparado aquel amor de senectud, había recuperado el fulgor en sus ojos, dado lustre y pulcritud a sus carnes y mejorado su aspecto notablemente cuando llegó a Toro. Allí le esperaba un rey Alfonso dispuesto a examinarle de los pies a la cabeza para ver si era el yerno que necesitaba, y también unas infantas difíciles de casar que se habían confabulado para burlarse despiadadamente de las pretensiones del bizarro peregrino tan pronto como le tuvieron a la vista.

Para al recién enamorado Juan de Brienne, que se había visto en el alcázar de Toledo agasajado como rey del mundo, a más altura inclusive que el mismísimo emperador, todo le pareció muy pequeño en la ciudad de Toro, que en un principio tomó por la capital del reino de León. ¿Qué era aquel pueblecillo escondido detrás de una muralla en lo alto de un cerro en comparación con la ciudad de Bizancio, asomada a todos los mares, puente entre oriente y occidente, ambición de los persas y los romanos y joya de los emperadores de oriente? ¿Qué era la minúscula basílica todavía en construcción, comparada con la inmensa y refulgente Santa Sofía de Bizancio?

El rey de León se sintió burlado por el obispo Pelayo, que había omitido la edad del peregrino tanto como recalcado la miseria en que se encontraba. Y tanto Sancha como Dulce habían experimentado una gran decepción ante la llegada de aquel anciano decrepito en apariencia. Como Juan estaba a disgusto desde que llegó, mostró sus prisas por llegar a Compostela y dispuso su salida para el día siguiente y sin más consideraciones pidió al rey que se hablara del asunto que le había traído hasta León.

—Nos ha anunciado el cardenal Pelayo que estáis interesado en contraer matrimonio con alguna de mis hijas.

—Efectivamente. Es mi deseo más ferviente hacerlo con una de vuestras hijas.

—¿Cuál de ellas es vuestra preferida? ¿Sancha o Dulce?

—La pequeña.

—¿Dulce? ¡Vaya por Dios! Habíamos quedado en que fuera la mayor. Es la costumbre en estos reinos —dijo el rey, torciendo el gesto ante la negativa de

Sancha, que movía la cabeza ostensiblemente...

—Ambas me parecen dulces, aunque no las veo muy convencidas.

—Es que así..., vestido de peregrino, no brilla vuestra realeza, pero ya se irán dando cuenta de la grandeza de vuestro reino y de la majestad de vuestra persona porque vuestra altura se percibe a simple vista.

—Ni Dulce ni Sancha, señor. Me han prometido a Berenguela, que también es hija de vuestra majestad y a ambas las sobrepasa en... dulzura.

—Pe... pero no era ese el acuerdo al que llegué con el cardenal... — balbuceó confuso el rey de León.

—Yo solo tenía el compromiso de casarme con una de vuestras hijas. No me dijeron que las teníais tan cumplidas repartidas por varios reinos. A fin de cuentas, Berenguela también es tan hija vuestra como estas. Tendríais que estar orgulloso. ¡Y es tan joven y hermosa... que estoy seguro de que hará las delicias de mi senectud!

Cuando el peregrino se marchó, Sancha y Dulce se quedaron haciendo chanzas y burlas del viejo guerrero arruinado y de su hermana, mientras su padre, que no quería que el reino fuera a parar a su hijo Fernando, era preso de un ataque de furia y tenía razón para ello, porque Berenguela le tenía en jaque desde hacía mucho tiempo.

—Esa mujer es una maldición de Dios. Ella me ha engañado mil veces. Ella me ha robado el reino de Castilla cuando se llevó a mi hijo con artimañas para hacerle rey, me robó como aliado a Jaime de Aragón al casarlo con su hermana Leonor y ahora se anticipa a mi pretensión de desposar a este famoso caballero con una de vosotras dos —gritaba el rey don Alfonso mesándose los cabellos mientras clamaba al cielo.

\* \* \*

Juan de Brienne volvió discretamente de Compostela atravesando como un peregrino más el reino de León y llegó a Burgos, donde se celebró el solemne matrimonio con Berenguela hija.

Su madre lloraba desconsoladamente cuando despidió a los recién casados en Logroño. Lloraba mucho más que cuando comunicaron que había muerto su hermana Urraca en Portugal hacía solo unos meses, de tal modo que Fernando, extrañado, le preguntó:

—Pero si has sido tú la que se empeñó en casarla con ese hombre.

—Hijo mío, por nada del mundo habría consentido que ese guerrero incansable se quedara con el reino de León. Habría sido un enemigo formidable para ti. Más importante que la boda que hemos hecho ha sido el pacto que hemos

deshecho, aunque me rompa el corazón ver marchar a una hija hacia un reino de quimera con un hombre más viejo que Matusalén. A pesar de que a mí me gusta arreglar las cosas por las buenas, estate seguro de que si Juan no hubiese contraído este compromiso, le habríamos envenenado y habría muerto a los pies del apóstol santo.

»Ahora todo depende de ti, porque después de Leonor y Berenguela, ya no me quedan más piezas que la de don Rodrigo, la tuya y la de Dios para darle jaque mate a tu padre y ganarle la partida del reino de León.

Llevándose consigo a Berenguela hija, que se fue para siempre, salió de España Juan de Brienne lleno de euforia por aquel ventajoso matrimonio. No tenía donde caerse muerto, pero se había casado con la joven Berenguela de Castilla, a la que triplicaba en edad, emparentando de este modo con una de las principales monarquías de Europa. En su pecho henchido de emoción y de pasión latía con fuerza un rejuvenecido corazón enamorado que le hacía sentirse capaz de las mayores hazañas. Lo que no habían podido conseguir el emperador Federico Barbarroja o Ricardo Corazón de León con sus respectivos imperios como retaguardia y aunque solo era un «Juan sin tierra», o sea, el soberano de un reino en el aire, lo lograría con un golpe de suerte o con hazañas nunca vistas. Puesto que Berenguela hija se veía reina de Jerusalén y él no podía defraudarla, estaba dispuesto a darle el regalo que se merecía.

\* \* \*

Nota del autor: por decoro y para no caer en la desmesura, hemos ahorrado al lector, si es que ha llegado hasta este punto de la novela, el relato de la noche de bodas y las que les siguieron en el palacio real del monasterio de Las Huelgas, porque Berenguela protegió de indiscretos la intimidad de los contrayentes con una severa clausura del aposento donde se consumó el matrimonio con éxito. Berenguela hija alumbró, en diciembre de aquel año, una niña a la que puso de nombre María, que, a pesar de que no llegó a reinar en Jerusalén, fue emperatriz consorte de Balduino en el imperio latino de Constantinopla.

# QUINTA PARTE



**Burgos. Toledo 1224-1225**

El mismo año que Juan de Brienne se llevó consigo a Berenguela hija, finalizaban las treguas con los almohades justo a los doce años de la victoria de Alfonso VIII en Las Navas de Tolosa.

Fernando se lamentaba en vano y se culpaba sin razón, porque Castilla, que llevaba el mayor peso de la Reconquista, no había podido sacar partido a la resonante victoria de su abuelo en Las Navas de Tolosa.

Las epidemias, las hambrunas, la muerte de los reyes Alfonso y Leonor a las que se añadieron los desórdenes y luchas fratricidas durante la minoría de edad y el convulso reinado de Enrique, más la necesidad de asentar su reinado y dar tiempo a reponerse a la maltrecha Castilla, aconsejaron renovar las treguas con Yusuf Al-Mustánsir, que también necesitaba la paz por los mismos motivos que el rey castellano.

Aquellas treguas, que permitieron a Fernando asentarse en su reino, se renovaron en 1221 a causa de la rebelión de sus nobles y permanecieron estables hasta 1224.

La partida hacia oriente de Berenguela hija había afectado a Fernando mucho más de lo que suponía. Se marchaba para siempre su hermana querida, su confidente y el corazón de la familia. Constanza ya había profesado en Las Huelgas, Alfonso se daba la buena vida corriendo tras las mujeres y su madre solo era la roca que le abrigaba del frío y de los vientos y deshacía todas las tempestades que se abatían sobre sus reinos, pero Berenguela hija era una playa de arena fina que guardaba en su seno generoso todos los restos de los naufragios de la familia.

«Ese Juan de Brienne es un santo o es un loco, o las dos cosas a la vez. Pero

sea lo uno o lo otro, es un valiente cruzado. Yo, en cambio, llevo una vida regalada extraviando mis días y derrochando mis energías de juventud en la caza y en los juegos», divagaba Fernando, tratando de conciliar el sueño cuando, sin saber cómo había ocurrido, el mundo desapareció bajo sus pies y se encontró suspendido en el aire cogido de la temblorosa mano de su hermano Alfonso, que protestaba airado.

—¿Adónde me llevas, insensato, pero no te das cuenta de que don Pedro Muñiz el Nigromante no nos acompaña en este trance? ¡Vuelve en ti, hermano mío, ahora que eres rey de Castilla y deja para más adelante la conquista del reino de los cielos!

Empezaron a caer primero lentamente y después cada vez más aprisa y, al igual que ocurrió durante la consagración de la basílica de Compostela, se posaron blandamente sobre la grupa del caballo blanco de Santiago que los llevaba donde solía.

Sobrevolaban la mezquita por el exterior y, cuando traspasaron los muros, no había nadie en su interior, que estaba tenuemente iluminado por las campanas de Compostela, que vertían sus lágrimas de cera y se lamentaban de su centenario destierro.

—Esta es la misión que te encomiendo, que estas campanas cesen en sus lamentos y que vuelvan a tañer en las torres de mi basílica. Te nombraré mi alférez si lo consigues. Mi espada será tu espada, mi caballo será tu caballo, mi misión será tu misión y te daré un reino mucho más grande que el de Jerusalén para que tu nombre sea recordado por los siglos de los siglos.

—¿Y yo qué, señor Santiago? Que me prometieron el reino de León si se moría mi hermano y a pesar de ello llevo toda la vida como un perro fiel a su lado.

—Te nombraré obispo de Córdoba y de Sevilla a su debido tiempo, si ello te place.

Alfonso, que no se atrevía a decirle al apóstol que rechazaba su generosa oferta, replicó:

—Excusadme la protesta, señor Santiago, era solo una broma. No hace falta que me hagáis obispo de esas diócesis tan principales. Os prometo no estorbar a mi hermano en el logro de su memorable empresa.

Comenzaron a repicar todas las campanas de Burgos y despertaron a Fernando. En su aposento había un perfume de jazmines y se escuchaba el murmullo de las fuentes, pero aguzando el oído oyó a lo lejos el lamento de las lámparas de la mezquita que se consumían de impaciencia en el aceite de Andalucía.

\* \* \*

A principios de aquel año 1224, justo cuando finalizaban las treguas, murió el joven y pacífico Al-Mustánsir sin hijos mayores que le sucedieran, accediendo al trono Al-Wahid, un anciano tío del difunto. Pero su nombramiento no fue aceptado por los gobernadores de Al-Ándalus, que se sublevaron contra el nuevo emir de los creyentes y nombraron en su lugar a Al-Ádil, que en aquel momento detentaba el gobierno de Murcia.

El arzobispo Rodrigo Jiménez de Rada, acompañado del comendador de la orden de Calatrava, fue el primero en comunicar la noticia a la reina Berenguela y a su hijo Fernando cuando, como solía ser habitual, estaban en Toledo porque después de celebrar las Navidades en familia se quedaban un tiempo en la ciudad del Tajo huyendo de los inviernos burgaleses.

—En buena hora acordamos casar al infante don Alfonso con Mafalda para llevar la reconciliación y la paz de los corazones por el sacramento del matrimonio. Por fin llegó el momento de sacar ventaja de la victoria de Las Navas de Tolosa gracias a la pacificación de vuestros reinos y señoríos ahora que la Divina Providencia ha confundido a los infieles que han matado a Al-Wahid, robado y saqueado su palacio y violado a sus concubinas para después dividirse entre ellos. No se puede defender un reino con dos cabezas, Marrakech y Sevilla, situadas cada una a un lado del estrecho de Gibraltar. Iremos todos juntos contra ellos y, de paso..., empezaré las obras de mi nueva catedral en Toledo.

—¿Es posible saber quién gobierna ahora el imperio almohade? —preguntó Berenguela, ansiosa.

—Los sobrinos del difunto se han repartido el poder. Al-Ádil, que era gobernador de Murcia, se ha proclamado califa en Marrakech y ha nombrado gobernador de Sevilla a su hermano Abú El-Ola, relegando a Córdoba a Muhamad, que es el tercer hermano en discordia.

—¡Vaya intercambio de piezas! Han trastocado el tablero de juego completamente. En esta partida tiene que haber ganadores y perdedores —exclamó Fernando jubiloso.

A Berenguela le dio un vuelco el corazón cuando vio el rostro de su hijo iluminado por un fogonazo de alegría y que en sus ojos brillaban los ardores de la guerra. Los mismos fulgores de vida o sombras de muerte que desprendían los hombres cuando se dirigían hacia la batalla o cuando se encaminaban al encuentro de la mujer amada en una cita llena de peligros. Reconoció en aquella mirada iluminada la misma chispa que emitía su padre cuando salió de Toledo para Despeñaperros. Algo semejante en los ojos visionarios y enloquecidos de Juan de Brienne cuando miraba a su prometida en el alcázar o la que tenía

Alfonso de León cuando quiso humillar a su padre, malherido en Toledo después de la derrota de Alarcos.

—¡Tenéis todo a vuestro favor, majestad! —exclamó el comendador de los calatravos con la frente levantada y la mirada dirigida al cielo—. Estáis en plena juventud. Ya tenéis un heredero. Bríos no os faltan. Vuestras virtudes os hacen grato a los ojos del Señor y podéis contar con vuestros fieles servidores, que están dispuestos a seguiros hasta la muerte.

—¡Madre! ¡Por fin ha llegado mi hora! —prorrumpió Fernando, lleno de entusiasmo—. Es el momento de dar la batalla a los infieles. Convocaremos de inmediato la curia regia en Carrión para decretar el fin de las treguas y pasar a la ofensiva contra los infieles, porque Dios omnipotente me pide este servicio contra los enemigos de nuestra fe, tal como nos ha enseñado Nuestro Señor, por quien los reyes reinan, para honor y gloria de su nombre. La puerta está abierta y el camino expedito. La paz nos ha sido devuelta en nuestro reino; discordia y profundas enemistades hay entre los moros. Es la señal de que Cristo, Dios y hombre, está de nuestra parte. ¿Qué nos falta para hacer su santa voluntad? —exclamó el hijo, dejando la pregunta en el aire y a su madre y al resto de los asistentes en suspenso—. Te ruego, madre, que me autorices a declarar la guerra a los moros.

Era lo que le faltaba por oír a Berenguela, que, como un águila previsora, había protegido bajo sus alas a su primogénito, evitándole los peligros de las batallas y consiguiendo lo que él no podía lograr con las armas, librándole de este modo de los peligros que encierra la guerra.

—¡Hijo mío! Reúne cuanto antes a tus nobles vasallos y que ellos nos aconsejen. Y sobre todo, lleva una vida virtuosa, mantén una conducta ejemplar y después... después será... lo que Dios quiera.

\* \* \*

Poco después el rey don Fernando entendió como un regalo de la Divina Providencia la petición de auxilio que hizo Muhamad, uno de los cabecillas que se habían repartido el poder almohade a la muerte de Al-Wahid y era descendiente de los califas. Los moros le llamaba Al-Bayyasi y los cristianos, el Baezano. Había sido gobernador de Sevilla, pero se había hecho fuerte en Baeza, desde donde resistía con muchas dificultades la ofensiva de las fuerzas de su hermano Abú El-Ola, que le había sustituido en el gobierno de Sevilla por orden del otro hermano, Al-Ádil, nuevo emir en Marrakech, contra los que se había rebelado por quitarle todos los cargos.

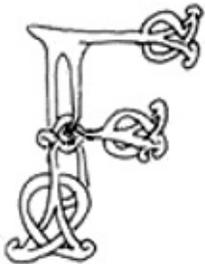
Fernando había escuchado muchas veces de boca de su madre que Julio

César tenía por lema: «Divide y vencerás». Por eso, antes de emprender la guerra, era preciso provocar la división del enemigo, esperar a que se debilitaran las diversas facciones y, a ser posible, aliarse con la que fuera más favorable para sus intereses. La petición de ayuda de Al-Bayyasi —el Baezano— era el pretexto que necesitaba para olvidarse de las treguas y comenzar la ofensiva.

Esperó impaciente a la recogida de las cosechas y a principios de otoño salió de Toledo con su ejército, cruzó Despeñaperros y se dirigió a Quesada, que era el primer objetivo de la campaña. Allí arrasaron las murallas, saquearon el caserío y sus alrededores a conciencia y se llevaron cautivos a todos los hombres, mujeres y niños que sobrevivieron. Para amedrentar a las poblaciones y mostrar su fortaleza, siguieron avanzando hacia Jaén destruyendo poblaciones, huertas y cosechas, además de los castillos que encontraron por el camino.

Aquella no era todavía una operación de conquista de territorio, sino una incursión preparatoria de otras de mayor envergadura. Para obtener recursos económicos y hombres para llevarla a cabo, solicitó al papa Honorio III los mismos beneficios, prerrogativas e indulgencias que se concedían a los cruzados que iban a Tierra Santa. Desde el punto de vista diplomático y militar, se trataba de proteger al Baezano del ataque de sus enemigos y de ayudarle en sus aspiraciones territoriales.

Al inicio del verano del año siguiente, en Las Navas de Tolosa, el Baezano, urgido por su debilidad, besó la mano del rey don Fernando en señal de vasallaje con toda su familia, y como consecuencia de este pacto feudal, el ejército cristiano apoyó al del Baezano en una improvisada campaña por tierras de Córdoba, Granada y sobre todo Jaén, intentando la conquista de esa ciudad, a la que asediaron y trataron de expugnar durante unas semanas de cerco; a la vez que saqueaban olivos, viñas, huertos, arbolado y mieses, dejando yermos los campos, como era costumbre en todos los asedios. Pero las murallas y fortificaciones jienenses eran impresionantes y la operación fue un fracaso, que se saldó con gran pérdida de caballos y hombres para los atacantes. A Fernando no le desanimó el contratiempo porque, juntas sus tropas con las del Baezano, disponía de una fuerza militar suficiente para continuar con la incursión que tenía por objeto debilitar al enemigo común y hacerse con todo el botín y cautivos que pudieran llevarse consigo.

*Toledo. Andalucía 1225-1229*

ernando no se esperaba ni remotamente la celebración que, al final del verano, le preparaban en la ciudad de Toledo, mucho más numerosa y festiva incluso que la que le habían hecho el año anterior al rey de Jerusalén, porque Juan de Brienne llegó solo y pobre como un peregrino, y en cambio el rey regresaba rico y victorioso con su ejército. Con él llegaban esperanzados y jubilosos más de un millar de cristianos libres ya de su cautiverio y varios miles de desesperados y pesarosos musulmanes de todo sexo, edad y condición que, después de soportar el escarnio de la población, serían repartidos entre los nobles y caballeros por todas las ciudades, villas y aldeas de la geografía castellana.

—¡Cuenta, hijo, cuenta, que nos has tenido en vilo todo el verano! —pidió Berenguela, jubilosa, cuando se reunió toda la familia, junto con el arzobispo de Toledo, alrededor de Fernando—. Pero cuenta en primer lugar cómo os las arreglasteis para liberar tantos cautivos cristianos, lo primero para nosotros.

—Se empeñó el Baezano en conquistar de golpe la ciudad de Jaén, pero se torció el asunto porque nos estaban esperando. Aquello era mucho hueso para tan poco perro, porque no llevábamos las máquinas de asedio que habrían hecho falta, ni teníamos los hombres y la intendencia necesarios para vencer la resistencia de semejante fortaleza. Como no tenía sentido perder más tiempo y habíamos juntado un buen ejército, pensé que lo mejor era darnos una vuelta por Andalucía.

La reina Beatriz, el arzobispo don Rodrigo y el infante don Alfonso seguían con interés el relato, pero la reina Berenguela estaba ávida por saber lo de los cautivos.

—Paciencia, madre, que enseguida lo cuento, pero tengo que llevar un orden, porque de lo contrario me pierdo. Desde Jaén, marchamos hacia el sur, como unas doce leguas, y llegamos a Priego. Nada más vernos llegar se rindieron los del alcázar y tomamos la villa en un santiamén. Pillamos lo que pudimos y seguimos unas siete u ocho leguas más hacia el sur hasta Loja. Les pedimos que se rindieran. No lo hicieron. ¡Peor para ellos! La tomamos al asalto y a los que no murieron en el combate los cogimos de cautivos. De allí enfilamos hacia poniente teniendo las sierras de Granada al fondo. Altísimas y todavía con algunas nieves. —Aquí detuvo el relato Fernando haciendo una señal a su madre. Tomó un sorbo de la limonada y continuó—: Llegamos a Alhama. Vacía. Habían escapado sus habitantes llevándose lo que pudieron y también a los cautivos cristianos. Arruinamos todo lo que pudimos en la villa y mandamos algunos prisioneros moros a decirles que iban a pasar mucha hambre durante unos cuantos años, porque si no nos entregaban a los cristianos para devolverlos a sus casas sanos y salvos, saquearíamos y quemaríamos toda la vega. Entonces ocurrió lo más inesperado. Como no queríamos marcharnos sin llevarnos a los cautivos cristianos, empezamos a quemar cosechas. ¿A que no sabéis quién se presentó a parlamentar con nosotros a los dos días? ¡No os lo vais a creer!

Hizo otra pausa, esta vez más larga para tomar limonada y crear expectación.

—¡Nuestro pariente don Álvaro Pérez de Castro! Fue alférez y tenente de León y después mayordomo de nuestro padre. Hacía poco tiempo que había dejado de estar junto a él y, a juzgar por los hechos, se había puesto al servicio de los almohades —informó Fernando, dirigiéndose a su hermano Alfonso—. Pues con él arreglamos lo de los cautivos y se vino con nosotros porque nos dijo que conocía muy bien todo aquello y que podía sernos de mucho provecho.

—¡Vaya, vaya, vaya! Así que vamos a tener con nosotros a don Álvaro —exclamó Berenguela.

—A mí me ha venido como anillo al dedo porque, aprovechando que ha cambiado de bando, le he dejado con una buena parte de sus tropas para ayudar al Baezano en su avance hacia Sevilla. Espero que esté a sus anchas con nosotros porque se ha dado cuenta de que llevamos las de ganar y los almohades las de perder. De momento todos hemos salido beneficiados. El Baezano ha pasado a la ofensiva y a nosotros nos ha entregado los castillos de Andújar y Martos y nos tiene que dar los de Salvatierra, Capilla y unos cuantos más. Pero lo que es más importante de todo: nos ha dejado a su primogénito como garantía para que le eduquemos y, en prenda de que cumplirá, nos deja también el alcázar de Baeza, que ya custodian los frailes de Calatrava, y eso quiere decir... —Se puso en pie y levantó los brazos al cielo exclamando jubiloso—: ¡¡¡Estamos dentro de Baeza y

será nuestra cuando nos convenga!!!

Para aclarar el fondo del asunto, al ver que todos se habían quedado con la boca abierta, sobre todo la reina Beatriz, que no había entendido prácticamente nada del lío que había entre los musulmanes, sabedor de que los hechos descritos por el rey podían tener una enorme trascendencia y podían constituir un ejemplo a tener en cuenta, el arzobispo don Rodrigo tomó la palabra, para que sirviera de aviso a Alfonso por lo que pudiera suceder en León, mirando de soslayo a Berenguela para conseguir su aquiescencia, pero dirigiéndose directamente a Beatriz.

—Cuando las sucesiones de los reyes no quedan claras de antemano, siempre se originan conflictos sucesorios. Desgraciadamente, nosotros lo sabemos por experiencia. En los reinos cristianos hereda siempre el primogénito y lo confirma el papa. Pero entre los musulmanes la cuestión no está determinada claramente y estamos viendo las consecuencias de ello. Murió Al-Mustánsir, nombraron a su tío Al-Wahid, mataron a este y los sobrinos que le sucedieron, aunque son hermanos entre sí, se pelean entre ellos en Andalucía.

»Al-Ádil es califa en Marrakech, Abú El-Ola gobierna en Sevilla y Muhamad el Baezano, que se rebeló contra sus hermanos, es el que acudió a Fernando en busca de ayuda. Podemos adivinar en qué parará todo esto porque ya lo dijo San Marcos en su Evangelio: “Si un reino está dividido contra sí mismo, sucumbe. Si una casa está dividida contra sí misma, se arruina, y si Satanás se levanta contra sí mismo, y se divide, no puede permanecer, porque habrá llegado su fin”.

El rey, que estaba contrariado porque la interrupción del prelado le había quitado protagonismo, abrevió su relato.

—De regreso hacia el norte arrasamos el castillo de Montejícar y otros muchos y no dejamos ni sierra ni llano, ni vega ni monte ni lugar alguno sin escudriñar y destrozar. Resumiendo, como diría mi hermano Alfonso en una trova:

*Esta vez sí,  
que hemos hecho  
un gran negocio  
con Al-Bayyasi.*

No eran muchos los elegidos para escuchar de su boca el relato de lo sucedido, pero todos se pusieron en pie y después de un prolongado aplauso, al

que se sumaron entusiasmados los altos dignatarios del reino, prorrumpieron en vivas al rey y todos se abrazaron con alborozo.

\* \* \*

El resultado de la campaña no pudo ser más favorable para el Baezano desde que se hizo vasallo del joven y poderoso rey de Castilla porque, contando con el talento militar de Álvaro Pérez de Castro al mando de las tropas castellanas que apoyaban a su ejército, infligió una tremenda derrota a las fuerzas de su hermano Abú El-Ola, gobernador de Sevilla, que había salido a frenar su avance hacia la capital almohade en Andalucía. Como consecuencia de ello, el Baezano pasó a controlar un amplio territorio entre Sevilla y Córdoba, incluida esta capital.

Aunque se las prometía muy felices, las cosas se torcieron para el Baezano, porque en la primavera del año siguiente, cumpliendo su compromiso de vasallaje con el rey de Castilla, mandó tropas en ayuda de este para que se hiciera con los castillos que le había prometido a cambio de su ayuda. Los cordobeses, enfurecidos al verse obligados a enviar víveres a los sitiadores de Capilla, degollaron al Baezano en Almodóvar del Río, mandando su cabeza a Sevilla. El rey don Fernando ya no podía contar con el apoyo de su vasallo. Todo lo conseguido estaba en el aire y se vio forzado a defender unos enclaves rodeados de enemigos por todas partes.

Era muy difícil aprovisionar y llegar a tiempo con los refuerzos que necesitaban las fortalezas de Andújar y Martos para sofocar el amotinamiento de sus poblaciones musulmanas, que, mientras esperaban la ayuda de las fuerzas de Abú El-Ola, gobernador de Sevilla y de Jaén, pidieron socorro a las poblaciones vecinas.

A finales de año, a pesar de que los baezanos recibían apoyo de sus vecinos de Úbeda, que después de su destrucción tras Las Navas de Tolosa había sido reconstruida y fortalecida de nuevo, los cristianos que dominaban la alcazaba se apoderaron de la ciudad de Baeza, y esta y las fortalezas y el territorio que era propiedad personal de Al-Bayyasi pasaron a manos del rey don Fernando, quien ejercía la tutela del hijo del rey difunto.

Pero Martos estaba cerca de Jaén y Andújar tenía a sus espaldas y a solo tres leguas Arjona. Sin embargo, los musulmanes de esta ciudad la abandonaron cuando llegaron Álvaro Pérez de Castro y Tello de Meneses a socorrer a los caballeros cristianos sitiados en la alcazaba. Los musulmanes de Martos, al no recibir el socorro que esperaban de Jaén, evacuaron su ciudad cuando supieron que llegaba el rey don Fernando.

\* \* \*

Las divisiones en el bando musulmán no acabaron con la muerte de Al-Bayyasi, porque aquel mismo otoño Abú El-Ola se proclamó emir de todos los creyentes en Sevilla. Dos semanas después, sus seguidores asesinaron a su hermano Al-Ádil, hasta entonces emir de Marrakech. Cuando Abú El-Ola cruzaba el estrecho para tomar posesión de Marrakech, los sublevados habían colocado en el trono a Yahya Al-Mutásim. Mientras tanto el rey Fernando, que había regresado a Andújar, comprobó sobre el terreno que los almohades estaban al borde de la guerra civil y Al-Ándalus, en estado de gran agitación. La confusión y el vacío de poder reinantes fueron aprovechados por un caudillo musulmán enemigo mortal de los almohades llamado Ibn Hud, que reclutó un gran ejército y se hizo con Murcia y se proclamó emir de los creyentes.

Defraudados por sus derrotas, cansados de las luchas fratricidas y deseando sacudirse la dura disciplina religiosa de los almohades a los que consideraban herejes, todo el descontento que había en la España musulmana lo aprovechó Ibn Hud, que persiguió con saña a los almohades, cometiendo contra ellos toda clase de atrocidades.

La situación en el bando musulmán era caótica y había cambiado de modo dramático en menos de un lustro. El liderazgo y el territorio de los creyentes se lo disputaban tres emires. Continuaba Abú El-Ola en Sevilla, avanzaba Ibn Hud desde Murcia y Yahya Al-Mutásim estaba en Marrakech.

Esta inestabilidad robusteció la situación de los ejércitos cristianos porque el emir sevillano pidió una tregua de un año a cambio de trescientos mil maravedís de plata para poder hacer frente al avance de Ibn Hud. Pero pronto fue depuesto por una rebelión en Sevilla, de modo que, a finales de 1229, el poder almohade había desaparecido por completo de la península ibérica.



or entonces, Blanca se había convertido en regente de Francia porque había muerto su marido; Berenguela se ocupaba de abastecer desde Toledo a los ejércitos de su hijo y el infante don Alfonso, que andaba por Valladolid obteniendo de las ciudades de Castilla recursos y hombres para la guerra, tan pronto como supo que el rey Jaime de Aragón había conseguido la anulación de su matrimonio y que Leonor había regresado a Burgos con su hijo Alfonso, se puso en camino hacia la ciudad del Arlanzón para pasar unos días en compañía de su hermana Constanza, que era monja profesa, y con su tía.

Como Leonor, que llevaba toca blanca y sencillo hábito blanco, no se esperaba el regalo de la visita de su sobrino, mandó enseguida a buscarle. Hacía un día muy caluroso, pero en el lateral norte de las Claustillas se estaba divinamente. Allí le hizo pasar la reina doña Leonor para que su hijo, el pequeño Alfonso, heredero de la corona de Aragón, correteara a sus anchas a la sombra.

«Este hombre no cambia ni aunque le maten», pensó, al tiempo que esbozaba una sonrisa, cuando vio que se dirigía hacia ella, haciendo una caricatura de sus lecciones sobre el decoro con cara de bobalicón y exagerando sus andares con una compostura impostada y caminando apuestamente rígido como si se hubiera tragado una escoba.

—¿Te parece bonito llegar al atardecer después de llevar ocho años esperando esta visita? ¡Bandido! ¡Pedazo de sinvergüenza! ¿Es que no pensabas rendir pleitesía a tu maestra ahora que ha regresado para siempre?

—Llevo todo ese tiempo practicando sin medida, para mostrarte lo útiles que me han sido las placenteras lecciones de decoro que recibí en Autillo hace

una docena de años.

—Pues, hijo mío, en lo que respecta al decoro no has aprendido nada de nada. ¿Te parece decoroso presentarte sin avisar y sin darme tiempo a vestirme como corresponde a mi rango? —le recriminó mientras Alfonso se dirigía al niño bromeando:

—¡Ven acá, pajarillo, amorcillo de su madre! Saluda a tu primo Alfonso de Castilla, que es un rey de pacotilla.

—No quiero ir, porque eres un mentiroso. Que ni eres rey, ni eres Alfonso. Porque Alfonso soy yo y, cuando sea mayor, seré rey de Aragón —respondió con mucha altivez la criatura, recolocando su corona dorada y cabalgando muy erguido en su caballo de juguete sin dejar de amenazarle de cuando en cuando con su espada de madera.

—Me despido del rey de Aragón, que es más fiero que un león —replicó Alfonso, haciendo una gran reverencia—. ¡Vaya con el infante! Se ve que ha salido a su padre. A este le das un barquito y se presenta en Sicilia antes de que se haga de noche. No se parece en nada a mí, a pesar de ser tocayos.

—Calla, bobo, que si nace dos meses antes podía haber sido hijo tuyo —le respondió Leonor al oído mientras se fundían en un prolongado abrazo—. Entiendo que te alegras de verme después de estos años de separación.

—Estoy gozoso por verte tan hermosa en este claustro tan hermoso en un día tan hermoso con un hijo tan hermoso y tan, tan, tan grande. En eso sale también a su padre. Dentro de nada tendrás que hacerle un caballo de madera de tamaño natural. ¿Cómo te sentías al lado del gigante de tu marido, que debía de medir siete pies y casi te sacaba dos cabezas?

—No andas descaminado, que en muchas camas en las que dormía tenía que hacerlo atravesado porque no podía hacerlo encogido.

—No sabes cómo le comprendo, es mejor hacerlo atravesado, porque hacerlo encogido presenta muchas dificultades y las más de las veces no se llega a ninguna parte.

Leonor soltó una carcajada que se escuchó en todo el monasterio.

—Sigues siendo el mismo sinvergüenza de siempre. Y sigues sin tener medida. Recuerda que soy una reina y que estamos en un monasterio.

—Pero no me he olvidado de lo que es la medida. Escucha: todas las cosas del mundo tienen medida, pues quien se pasa de medida desborda y quien no cumple la medida estipulada yerra siempre. Jaime cumplió, porque le tuvo con catorce años —dijo Alfonso.

—Y desbordaba al principio por la novedad, pero después erró casi siempre. En cuanto nació Alfonso, me convertí en un estorbo. Porque él andaba siempre guerreando de acá para allá, desbordado por las rebeliones de sus nobles

y los contradictorios intereses de los innumerables señoríos, condados, reinos y dominios que heredó de su padre o de su madre a cada lado de los Pirineos. Cada uno con sus costumbres, derechos, leyes, mañas, caprichos, fueros o privilegios. Demasiados problemas para un niño sin padres, criado entre la espada y la cruz; primero por el fanático guerrero Simón de Monfort, azote de los herejes, y después por los frailes templarios de Monzón. Jaime nació guerrero por encima de todas las cosas porque se crio como un fraile junto a un hombre muy cruel.

—Eso tiene que ser muy duro para una esposa.

—Bastante, ¿para qué nos vamos a engañar? Jaime es frugal y excesivo al mismo tiempo, porque le da igual dormir en un lecho de plumas que sobre una losa de piedra. Puede que sea lo que necesita el reino de Aragón, pero no lo que necesita y desea una mujer. Creo que no sabe lo que es el amor porque cuando lo hace es como si se fuera a la guerra. Ataque violento y retirada segura. Eso sí, infidelidades ni te cuento. Todas las damas que encontraba a su paso las tomaba al asalto como si fueran castillos.

—A este niño le pusisteis Alfonso, que es lo que procede. ¿Por qué le pusieron Jaime a su padre?

—Le correspondía el nombre de su abuelo Alfonso, pero, como ya se estaban separando, se opuso su madre. Cuando le bautizaron, prendieron doce velas con el nombre de los apóstoles. La que más duró encendida fue la de Santiago, por eso le pusieron Jaime. Cuando Berenguela decidió casarme, ya sabía que aquello no podía durar y me lo dijo. Mucha diferencia de edad, educación dispar y pensamientos opuestos. Mi matrimonio ha sido una cruz mucho más pesada de lo que me imaginaba y mucho menos llevadera que lo de ahora; gracias a que todavía tengo aquí a mi hijo que, por desgracia, me quitarán enseguida y para siempre.

—Por lo menos tu matrimonio ha servido para algo, ¿no? —puntualizó Alfonso—. Para eso y porque lo necesitaba el reino de Castilla. Buena es mi madre para las cosas del reino, y para todo.

—Yo siempre le he tenido miedo y creo que vosotros también, sobre todo tu hermano Fernando, porque ella nos mueve a todos como piezas de ajedrez, siendo la reina que se desplaza como quiere por todo el tablero, mientras deja a Fernando en su escaque entretenido con la guerra. Yo era el último de los peones que tenía tu madre para ganar la partida a tu padre. Miento. El último no, porque le tocó ser a tu hermana Berenguela cuando la casaron con un rey de Jerusalén sin Jerusalén.

—Aquel viejo cruzado barbudo que no tenía donde caerse muerto cuando llegó a España y fue la irrisión de Sancha y Dulce acaba de convertirse en emperador de Bizancio por una cabriola del destino. Por ello Berenguela, que

acaba de tener el segundo hijo, es emperatriz. ¡Quién se lo iba a decir a ella! No veas lo contenta que se ha puesto mi madre cuando ha recibido la carta. ¿Sabes lo que nos ha dicho a Fernando y a mí? «¡Os burlabais de mí todos vosotros cuando le preparé aquel grandioso recibimiento en Toledo y mira por dónde...!».

—Tenía razón tu madre. Pieza que mueve, partida que gana. Y no da ni un paso en falso. Lo contrario que me pasa a mí, que, en lo que respecta al amor, ¿qué quieres que te diga...?

*Me entra una envidia tan grande  
de cualquiera que vea gozoso  
que me maravillo de que al momento  
el corazón no se me funda de deseo.*

—Mi deseo es volver a verte, porque siempre hallo gozo y tu alegría me contagia. ¿Volverás?

—Todavía no me he marchado.

—Entonces vuelve mañana si puedes... porque tengo mucha necesidad de ti y todavía nos quedan muchas cosas que hacer y que recordar.

—Te devolveré las visitas que me hagas y prometo no equivocarme de puerta.

\* \* \*

Estando Alfonso a punto de partir, ya se había despedido de su hermana Constanza y, mientras Leonor le acompañaba hasta el compás de entrada al monasterio, después de una noche gozosa, trató de aclarar algunos recuerdos que le desazonaban.

—He pasado unos días muy felices contigo y con mi hermana rememorando nuestro pasado y hablando de cosas de la familia. Pero llevo una espina clavada. ¿Te das cuenta de que no hemos dicho ni una sola palabra, ni hemos tenido un sencillo recuerdo para mi hermano Fernando el Portugués? Me duele y me asusta que haya caído sobre él esta otra muerte silenciosa. ¿Por qué, Leonor, por qué?

Leonor no sabía que el motivo principal de la visita de su sobrino no era otro que averiguar lo que había pasado en Sahagún después de la cena.

Sacar a colación a Fernando el Portugués y aquella pregunta tan imprevista, directa, descolocaron por completo a Leonor, que tardó unos segundos en

reaccionar.

—¿Por qué me lo preguntas ahora que han pasado tantos años?

—Mi padre me aseguró, la última vez que nos encontramos, que a mi hermano le envenenó mi madre en Sahagún.

—¡A quién se le ocurre semejante disparate! ¡Qué tonterías se le ocurren a tu padre! ¡Siempre ha sido un mentecato! ¡Cómo se le nota la saña que le tiene a mi hermana! Por eso anda prometiendo el reino de León a Sancha y a Dulce. ¡Que espabile Fernando cuando muera, por la cuenta que le tiene, que le pueden quitar el reino delante de sus narices!

—Tú estuviste charlando todo el rato con él, mientras nosotros jugábamos con los caracoles. ¿Te acuerdas?

—No me voy a acordar. Perfectamente. Estaba bastante bebido y siguió bebiendo lo suyo. Para eso no tenía medida. Ninguna medida. No te digo que se emborrachara con la jarra del vino dulce que nos trajeron. Pero casi, casi. Y a mí casi se me sube a la cabeza.

—¿Y no notaste nada raro?

—Todo era raro en aquel encuentro. Os íbamos a dejar con vuestro padre y os trajimos de vuelta a Burgos. Mis padres estaban enfermos y el tuyo ni siquiera subió a visitarlos. Los obispos estaban peleados y no paraba de llover. El arzobispo de Toledo estaba muy nervioso y no dejaba de mirar a todas partes. Y tu madre no digamos, no me quitaba el ojo de encima, porque, como hace con todos nosotros, trataba de leer mis pensamientos. Además, había dos frailes que a la vez que servían escuchaban nuestras conversaciones. Un viejo y otro joven. Este bastante guapo y muy alto. ¡Madre mía! Era casi tanto como Jaime. Creo que se llama Guillermo. Mira por dónde, gracias a tu madre, ahora es el prior del convento de San Juan. Te acordarás de él en cuanto le veas. Aquello era una locura y vosotros gritando a los caracoles para que se dieran prisa y el ganador se despeñara desde la mesa para moriros de la risa. Caracol que ganaba, caracol que se mataba y, ¡hala!, a la cazuela de los frailes, como si fuera una premonición. Aquello me sacaba de quicio. Yo qué quieres que te diga, porque después vinieron aquellas muertes una después de otra, que estuvimos una temporada de entierros y funerales. Las de mis padres. La de don Diego. La de mi hermano Enrique. Después se murió mi hermana Urraca. Parecía una maldición de Dios. No sé para qué me pides que recuerde. Prefiero olvidar todo aquello porque forma parte de los días más oscuros y más tristes de mi vida. Más tristes todavía que algunos que he vivido con Jaime. Gracias a Dios, todo aquello es pasado, ¿pero sabes lo que te digo? A mí me sucede también lo que a tu madre, que «él» también se me aparece en sueños, pero en los míos siempre me pide que le sirva una copa, y otra y otra, y no para de beber hasta que me

despierto, empapada en sudor y oliendo a vino como una tabernera.

A Alfonso no le pasó inadvertido que su tía no parara de estrujarse las manos mientras hablaba y sobre todo que no mencionara a Fernando entre los difuntos. Pero no le dijo nada al respecto porque notaba que aquellos recuerdos le producían un sufrimiento insoportable.

\* \* \*

Esta conversación animó al infante don Alfonso a darse una vuelta por el monasterio de San Juan. Había llovido por la noche y la suave frescura de la mañana burgalesa perfumaba su recorrido a caballo por la arboleda y los prados ribereños del Arlanzón. Por el camino se cruzó con operarios que iban a la catedral y carretas que transitaban con los enormes sillares que traían de la cantera de Hontoria para la obra del grandioso templo que levantaba lleno de entusiasmo el obispo Mauricio, haciendo subir los muros de los ábsides y del crucero para imprimir velocidad a la obra, deseoso de ganar la carrera al templo que construía el arzobispo de Toledo a costa de la mezquita.

Alfonso se daba cuenta de que, del mismo modo que la ciudad levantaba su catedral, esta, a su vez, estaba haciendo ciudad, en una relación de mutuo beneficio. Había obras por todas partes en palacios, casas y calles, hospitales y conventos que se construían, ampliaban o reformaban. Después de recorrer media legua por un soto muy ameno al borde del río y de saludar a un grupo de peregrinos que regresaban a Francia, se presentó en el locutorio del monasterio benedictino de San Juan, fundado hacía ya dos siglos por el rey don Alfonso, el del Cid, para el servicio de los peregrinos, socorrer a los menesterosos y sanar a los enfermos.

Anunciar su visita y presentarse el prior don Guillermo fue todo uno. El infante le reconoció de inmediato por el retrato que hizo su tía de él. Bien parecido y de tan alto que era, se veía obligado a agachar la cabeza en todas las puertas que atravesaban.

—¿A qué debemos el honor de recibir al muy noble infante don Alfonso, hermano de su majestad?

—Soy yo quien tiene el honor de agradecer a esta comunidad que multipliquéis los panes y los peces para dar de comer a los pobres. ¡Caracoles! —exclamó el infante alborozado cuando vio numerosos animalillos deslizándose por los árboles.

—Ha llovido esta noche, estamos en primavera, ha salido el sol y también los caracoles. Si tanto os placen, os podríamos recoger un cesto de ellos.

—Mientras litigaban mis padres en Sahagún por aquellos castillos de

marras, trajo vuestra reverencia una fardela llena para que los niños jugáramos haciendo carreras con ellos sobre la mesa. Estos que veo al solecillo de la mañana me traen ahora alimento para mis recuerdos y consuelo para mis tristezas, que era lo que venía buscando. También llevasteis cangrejos a mi pobre tío Enrique para que matara su aburrimiento durante la cena. ¿Se acuerda de aquello su reverencia?

—¡Cómo no me voy a acordar de lo uno y de lo otro! En nuestro arroyo tenemos muchos cangrejos y son suculentos. Dejamos siempre los mejores para obsequiar a nuestros huéspedes. Y da gloria ver a las truchas que se deslizan raudas entre los berros y por este arroyo hasta los canalillos de agua que suben hasta la cocina.

Observando la curiosa jovialidad del infante y su infantil interés por animales tan vulgares como los caracoles, los cangrejos y las truchas, el prior entendía que «recibir alimento para sus recuerdos» podía ser el motivo de la visita; pero le desconcertaba que hubiera dicho también que «buscaba consuelo para sus tristezas». Por ello se preguntó si andaba dando rodeos porque pretendía otra cosa.

—Alteza, yo no veo a nuestro alrededor motivo de la tristeza por ninguna parte. En este convento, al igual que en Carrión y en Sahagún, vivimos felices los frailes.

—Hay motivo bien profundo para mi tristeza, porque quince años han pasado desde aquello de Sahagún y, como recordaréis, al poco de despedirnos, murieron muchas personas de mi familia.

—Tenéis razón para estar afligido, alteza, porque aquello parecía una maldición de los cielos.

—¿Sabe algo más su reverencia de aquel día tan aciago?

—Mientras viva vuestro padre nada más puedo deciros, pero os aconsejaría que no siguierais por ese camino si queréis continuar alimentando vuestros recuerdos y no deseáis aumentar vuestras tristezas.

Hasta el claustro donde se encontraban llegaban las voces del cántico más triste que jamás se haya escuchado en iglesias y monasterios. «*Dies iræ, dies illa, solvet sæclum in favilla, teste David cum Sibylla!*».

Era el mismo lamento que había escuchado durante otros funerales y se quedaba dormido, pero nunca había sentido las voces de los condenados que salían del fondo de la tierra como ahora. Justo cuando estaba indagando sobre muertes concretas de familiares, aquel cántico funerario le había hecho retroceder hasta los días de desolación cuando se celebraron los funerales de sus abuelos y hasta los días de pena durante el entierro de su tío Enrique. Escuchándolo se veía encadenado de tal modo a sus peores recuerdos y al

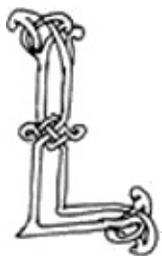
inexorable destino de las plantas, los animales y también de los hombres: nacer, vivir un tiempo, envejecer y morir. Angustiado, Alfonso respiró hondo varias veces para tomar aire, descubrió que le acariciaban el perfume y el frescor de la mañana. Cantaban los pájaros y por el cielo paseaban unas nubes vaporosas que le parecieron especialmente hermosas.

En el mismo instante entendió con una claridad cegadora que en la fugacidad de la vida residían su esencia y su belleza. De golpe recuperó la cordura y se llevó las manos a la cabeza concluyendo: «¡Ya lo tengo! Por encargo de mi padre, don Anselmo, el boticario de Sahagún, envenenó a mis abuelos y a don Diego con las truchas, por encargo de mi padre porque ambos los odiaban... pero ¿por qué iba a envenenar a mi hermano Fernando, que era su hijo primogénito?».

Entonces sintió que su madre le decía: «Deja eso, Alfonso, y no quieras saber más. ¿Para qué enredas, Alfonso, para qué enredas si todo aquello ya no tiene solución?».

Fray Guillermo, desconcertado por el errático comportamiento del infante al que había visto pasar en pocos minutos del abatimiento a la alegría, de la alegría a la pena y a la desolación y después al silencio, dedujo que el visitante, sabedor de que su padre no podía durar mucho, había venido a interrogarle porque quizás todavía tenía pretensiones inconfesables sobre el reino de León.

—Dejemos las cosas como están porque nada de lo que ocurre escapa a los designios de Nuestro Señor. Solo Él sabe lo que ocurrió en Sahagún y vos sabéis de sobra que todo lo que hace o dice vuestra madre es por el bien del reino y para provecho de la cristiandad.

*Camino de Compostela. 1230*

llovió mucho en aquel principio del otoño del año 1230 en Galicia. Diluviaba cuando la comitiva del rey, que se encontraba gravemente enfermo, se hallaba a las puertas del castillo de Monterroso, donde le esperaban impacientes, porque estaban sobre aviso de que la comitiva regia haría un alto en la fortaleza, como hacía siempre que emprendía desde León una peregrinación a Compostela para agradecer al santo su ayuda en sus batallas contra los sarracenos.

—¿Falta mucho para llegar? —preguntó con un hilillo de voz el rey Alfonso de León cuando estaban cerca del castillo que se divisaba entre las brumas donde había pasado el monarca buena parte de su infancia.

Venía de librar una victoriosa batalla. Con la ayuda del santo, había derrotado al reyezuelo Ibn Hud y conquistado Mérida, Badajoz, Elvas y Talavera la Real en una sola campaña. Pero los calores del verano y los quebrantos de la guerra habían minado de tal manera su debilitada salud que, viendo próximo su fin, hizo acopio de las fuerzas que le quedaban para tratar de llegar a Compostela y postrarse a los pies del apóstol y conseguir el perdón de sus muchos pecados y excomuniones y librarse de las penas del infierno.

—Creo que esta vez no llegamos a Compostela a tiempo. Me siento morir —musitó cuando le depositaron en aquel lecho que le resultaba tan familiar porque era el que ocupaba siendo niño y que habían reservado siempre los condes de Traba para los reyes de León o sus vástagos.

Además de los principales nobles del reino, le acompañaba Bernardo II, el obispo de Santiago, que había ocupado la silla episcopal de don Pedro el Nigromante, sus hijas Dulce y Sancha, su última amante Teresa Gil de Soverosa, a la que acompañaban Sancha, María, Martín y Urraca, la prole habida de la

relación entre ambos. Aunque las edades de estos últimos iban de los cinco a los diez años, asistían al acontecimiento con una mezcla de temor y curiosidad propia de sus pocos años.

Tanto sus hijas como su amante y los magnates y eclesiásticos albergaban una gran preocupación por la sucesión al trono.

—Dejadme solo con don Pedro, que es el único que puede devolverme las fuerzas o salvar mi alma —dijo en un desvarío porque confundía al obispo presente con el prelado difunto.

Todos obedecieron al rey moribundo, excepto sus hijas Sancha y Dulce, que se resistían a abandonar la estancia porque pretendían que su padre las ratificara ante la corte como las legítimas herederas del reino.

El rey ardía de fiebre y sudaba copiosamente cuando finalmente se quedó solo con el obispo Bernardo. Este se había dado cuenta de que le había confundido con su predecesor, conocido como Pedro el Nigromante, que había sido tenido por milagrero y también por amigo de magias y hechicerías. El prelado sabía que no era el momento de aclarar equívocos, sino de seguirle la corriente al moribundo.

—De esta me muero si no hacéis algo por evitarlo, y dejaré el reino empantanado y «ella» se apoderará de él enseguida. Estoy seguro de que lleva años esperando este momento para darme el golpe definitivo después de muerto.

—Este no es momento de reproches, majestad, sino de perdones. Nuestro Señor decía perdonad y seréis perdonados. ¿Cómo vais a comparecer a juicio con el corazón rebosante de odio?

El monarca se revolvió en el lecho dando la espalda a monseñor.

—¿Cómo no voy a odiar a esa mujer, si ella me rechazó cuando le propuse casarnos de nuevo! Todo habría sido más fácil ahora. Castilla sería para Fernando y León para Alfonso.

—¿A quién piensa dejar el reino su majestad?

—Lo sabéis de sobra. A mis hijas Sancha y Dulce. He tenido muchos hijos, pero ellas son las mayores.

—¿Dos reinas solteras sentadas juntas en el trono? Nunca se ha visto cosa semejante. Supongo que el papa no aprobará una decisión tan disparatada.

—Si queréis matarme de un disgusto, habladme de papas y excomuniones. Que él se ocupe de su litigio con el emperador Federico y que deje en paz el reino de León. Así que mi reino es para Sancha y Dulce. Que se las apañen como puedan, pero eso está ya decidido. Ofrecí el trono a mi hijo Alfonso, pero el muy tonto y desleal todavía no se ha dignado responderme. Ella no se lo habrá permitido porque quiere todos los reinos para Fernando, que siempre ha sido su favorito.

—Olvidaos de ella en este trance y dejad estos asuntos en manos de Dios, majestad. Dejad de pensar ahora en el reino terrenal y ocupaos solamente de los negocios del alma, que es lo que os apremia.

—Son tantos y tan grandes mis pecados que no creo que los perdones de su eminencia basten para librarme de las garras de este demonio que me muerde las entrañas, pues ya siento en todo mi cuerpo un anticipo de la quemazón que me espera en la vida eterna. Ocupaos vos de que llegue vivo a Santiago y gane las indulgencias que me permitan librarme de las llamas del infierno o de lo contrario haced un exorcismo que saque al maligno de mi cuerpo.

—A buen seguro que lo haré, una vez que os haya oído en confesión y mostréis un sincero arrepentimiento.

—Mis pecados los conoce todo el mundo y no hallo en mi cansado cuerpo memoria ni fuerzas para enumerarlos ahora. No perdamos el tiempo trayéndolos a colación, dadlos por sabidos, dadme por arrepentido y administradme los sacramentos cuanto antes por si acaso no acierto a llegar a Compostela.

El prelado pidió las vestimentas litúrgicas y los santos óleos. La corte se arremolinó en torno al lecho del rey. Había caído la noche y las llamas de la chimenea proyectaban unas inquietantes y temblorosas sombras de muerte en las paredes y en el techo de la estancia.

Después de trazar una amplia señal de la cruz sobre el moribundo y de rociarle con agua bendita, el prelado revestido para la ocasión con unos ricos ornamentos bordados en plata, en medio de un fúnebre silencio solo interrumpido por el crepitar de los tizones cuando rodaban en la chimenea, exclamó:

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, quede extinguido en ti, Alfonso, todo el poder del diablo por la imposición de nuestras manos y por la invocación de todos los santos ángeles, patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, confesores, vírgenes y de todos los demás santos juntos.

—Amén —dijeron todos al unísono.

Era de noche cerrada. Como la estancia estaba húmeda y fría, habían encendido la chimenea. Las llamas trazaban arabescos en la oscuridad mientras los tizones castañeaban sus dientes ensangrentados. La luz vacilante que proyectaban hachones de cera portados por los asistentes a la ceremonia imprimía en sus rostros imágenes de ultratumba. La contemplación de la muerte del rey tenía sobrecogido a todo el mundo. Aquella escena terrorífica tenía a los niños horrorizados viendo desfilar los demonios por las paredes y por el techo. El mefítico y sulfuroso hedor de los infiernos se adueñaba por momentos de la estancia.

Después de la bendición, el prelado mojó el dedo derecho de la mano

pulgar en el óleo de enfermos y trazó una señal de la cruz mucho más pequeña que la anterior, en los ojos, en las orejas, en las narices, en la boca, en las manos y en los pies del rey exclamando en voz alta para que le oyera todo el mundo:

—Por esta santa unción y su benignísima misericordia, te perdone el Señor todo lo que has pecado con la vista... con el oído... con el olfato... con el gusto y la palabra y con el tacto... con el andar.

—Amén —respondieron a coro los asistentes.

—*Kyrie eléison, Christe eléison, Kyrie eléison.*

—Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre... —musitaron todos en un bisbiseo.

—Oremos. Señor Dios, que por tu apóstol Santiago has dicho: «Si enferma alguno de vosotros, llame a los presbíteros de la Iglesia y oren por él, ungiéndole con óleo en nombre del Señor, y la oración de la fe salvará al enfermo, y el Señor le aliviará, y si se halla con pecados, se le perdonarán». Te rogamos, Señor, sanes la dolencia del enfermo con la gracia del Espíritu Santo. Cúrale sus heridas, perdónale sus pecados, quítale los dolores del alma y del cuerpo y por tu misericordia devuélvele la salud espiritual y corporal para que, restablecido con el auxilio de tu misericordia, pueda dedicarse a sus obligaciones anteriores.

Estas saludables palabras trasladaron al monarca al Pórtico de la Gloria durante la solemne consagración del templo que se celebró en 1188. Veía tan vivamente al maestro Mateo, orgulloso de su trabajo, debajo de los dinteles que se extrañaba de que no le dirigiera la palabra. Escuchaba la música de los ancianos de las arquivoltas y le levantó el ánimo que el profeta Daniel le obsequiara con su beatífica y jovial sonrisa. Con aquellas palabras y estas visiones se animó mucho y dio en creer que de un momento a otro se produciría su curación por un milagro del apóstol del que era tan devoto. Presa de una momentánea euforia, el rey interrumpió la ceremonia diciendo en voz alta a la concurrencia:

—No penséis que me voy a morir ahora, porque veo al señor Santiago esperándome apoyado en un bastón en el quicio de la puerta. Oigo músicas celestiales de un coro de ángeles y ancianos que salen jubilosos a recibirme cantando salmos. ¿Los escucháis vosotros también? —dijo, tratando de incorporarse. Después se dejó caer dando muestras de gran abatimiento y se quedó inmóvil musitando palabras sin sentido.

—El céntuplo recibas y alcances la vida eterna —exclamó el prelado de Compostela. Y a continuación le bendijo muy lentamente mientras le observaba de cerca.

El rey tosió varias veces y, tras dar unas cuantas arcadas, vomitó delante de las narices del oficiante. Visto lo cual, el monseñor, después de superar la

repugnancia e invocar a todos los santos, continuó con la ceremonia.

—¡Sele propicio a nuestro rey; perdónale, Señor!

—¡De tu ira líbrale, Señor!

—De mala muerte líbrale, Señor.

—De las penas del infierno líbrale, Señor.

—Del poder del demonio líbrale, Señor, para que ignore la horribilidad de las tinieblas, el chisporroteo de las llamas infernales y la tortura de los tormentos eternos.

Estas horribles imprecaciones contra el maligno produjeron tal pánico al moribundo que sintió escalofríos y le castañeaban los dientes. Después le dieron unas arcadas tremendas, retorciéndose en el lecho pero sin conseguir expulsar lo que le estrangulaba las entrañas.

El prelado imploró en nombre del rey moribundo:

*¡Sálvame, oh, Dios,  
porque las aguas me suben hasta el cuello!  
Me hundo en un fangal sin fondo,  
sin que nada me detenga:  
he llegado hasta el fondo de las aguas  
y me cubren las olas.*

Un olor mefítico llenó de súbito la estancia. Todos los allí presentes retrocedieron espantados porque pensaban que el demonio, que ya tenía firmemente agarrada el alma del rey, desoyendo las imprecaciones del obispo, se resistía a abandonar su presa.

A pesar de ello, Bernardo se armó de valor y con el crucifijo bien levantado en su mano derecha se acercó al moribundo gritando desafiante al demonio:

—Muéstrese vencido ante el crucifijo el horrible Satanás con sus secuaces. Que tiemble y huya la cruel confusión de la noche eterna, cuando Alfonso llegue acompañado de los ángeles. Que todas las legiones infernales sean confundidas y se avergüencen y los ministros de Satanás no se atrevan a impedir tu viaje. ¡Que Jesucristo, Hijo de Dios vivo, te libre de la muerte eterna!

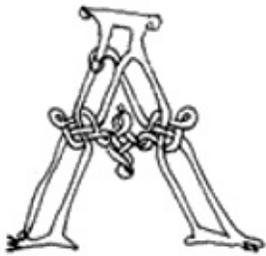
«De esta me muero, seguro que me voy a morir de un momento a otro y no podré llegar a Compostela», pensó don Alfonso al escuchar las imprecaciones al maligno.

El prelado cambió el tono y el contenido de sus conjuros gritando al cielo:

*¡Oh, puertas, levantad vuestros dinteles,  
alzaos, puertas eternas,  
que entre el rey de la gloria!  
¡... Que entre el rey de la gloria!  
¡... Que entre el rey de la gloria!  
Su alma morará en la eternidad.  
Y su progenie poseerá la tierra.*

—Haced obispo a mi hijo Alfonso, para que diga misas por mi alma, y canónigo al hijo de Estefanía, pero sobre todo casad y dotad como se merecen a Sancha y Dulce y después a la otra Sancha, y a María, y no abandonéis a Martín y a Urraca, y del resto ya no me acuerdo del nombre. No os olvidéis de doña Teresa Gil de Soverosa, que tan bien me ha servido hasta ahora...

El prelado no tuvo en cuenta sus palabras porque las tomó por delirios, pero, por sorprendente que pueda parecer, el conjuro hizo efecto y el rey se quedó dormido plácidamente ante el asombro de toda la concurrencia y para tranquilidad de su amante y de sus hijas Sancha y Dulce, que pensaban que su protector y padre sobreviviría. Pero se equivocaron de plano. Por ello nunca olvidarían aquella noche fatídica en el castillo de Monterroso y aquella tormenta que se desató el día 24 de septiembre de 1230.

**Toledo. 1230**

quella misma noche otoñal la reina Berenguela no conseguía dormirse porque su hijo el rey Fernando no terminaba de llegar a Toledo, a pesar de haberlo anunciado de antemano.

Para entretener su espera, abrió al azar la preciosa Biblia que le había regalado el obispo de Toledo.

*Da, oh Dios, tu juicio al rey  
y al hijo del rey la justicia,  
para que con justicia  
gobierne a tu pueblo.*

«¡Dios mío! Bendita casualidad. Ha tocado el salmo 72... y lo dice bien claro. El rey será juzgado ante Dios. Es la señal. Alfonso ha muerto y por fin ha llegado la hora de nuestro hijo Fernando».

Berenguela no esperó a que amaneciera. Se levantó del lecho y convocó de inmediato al mayordomo.

—Buscad un hombre de vuestra confianza. Que ensille un caballo y salga de inmediato en busca del rey, que está tardando en llegar más de lo previsto, para decirle que se llegue a Toledo cuanto antes, porque algo debe de haber ocurrido en el reino de León. Y mañana en cuanto amanezca vos mismo saldréis conmigo a su encuentro por el camino de Orgaz.

El camino es largo y los pensamientos vuelan. Al poco de salir de Toledo al alba, Berenguela se enterneció y por unos instantes se olvidó de todos los sinsabores y daños que le había causado el difunto y su corazón se llenó de tanta

compasión y ternura que los ojos se le cuajaron de lágrimas y se difuminaron las sombras del camino.

«Es la falta de sueño y el frío mañanero, que siempre me ataca cuando voy al galope», pensó sin reconocerse que estaba llorando por todos sus muertos. Por todos ellos sin excepción. Empezó llorando por Alfonso y por Fernando el Portugués, a continuación lloró por sus padres y por el tío Ricardo y el primo Pedro. Por sus hermanos Fernando y Urraca de Portugal y por la pobre Mafalda... y por Enrique, que medró poco y reinó menos. Y por la abuela Leonor de Aquitania, que vino a llevarse a Blanca para siempre... También para siempre acababa de desaparecer Alfonso, su marido y su enemigo, su amor y sus sinsabores, su gozo y su quebranto.

«Maldito papa Inocencio, que amenazaba y excomulgaba y profería unas terribles maldiciones, y pobre de ti, Alfonso mío, al que tanto quise y del que tanto gocé, ya no verás nunca más amaneceres y tampoco florecer la próxima primavera. Ya no contemplarán tus ojos escrutadores los trigales de Zamora cuajados de prometedoras espigas ni saldrán a tu encuentro los tordos y los ruiseñores. Ya no sentirás la caricia de la brisa ni el viento cortante de la paramera ni las nieves tempranas del otoño que se acaba de estrenar. Cayó al suelo tu orgullosa hoja y al fin se apaciguó tu atormentado espíritu y se calmaron tus ímpetus y tus ardores. ¡Para esto tantos trabajos! En esto cumplimos y acabamos. Polvo de los caminos y verdura de las eras. Tiene que haber otra esperanza y otra vida sin tantos trabajos y aflicciones, Alfonso, y me gustaría que en ella vivieras apaciguado para siempre».

Los recuerdos de antaño sujetaban a duras penas las riendas de recuerdos y añoranzas de una vida tejida por igual de venturas y desgracias, pero incluso contra su voluntad la memoria de todo lo vivido con su marido difunto volvía a la carga negándose a desaparecer y nublaba su mirada.

«Pobre Alfonso, que firmabas treguas y desbaratabas paces, que olvidabas promesas y mudabas pareceres como el viento agita las veletas, que tan pronto estallabas como una tormenta inesperada o te apaciguabas como un niño entre mis brazos. Pozo de rencores que combatías a mi padre y a nuestro hijo con renovados agravios para terminar estrellándote contra tu propia inconsistencia. Tú, que soñabas con el reino de Castilla mientras te olvidabas al igual que tu padre del reino que os había regalado el Emperador. Que has dejado este reino desnortado a Sancha y Dulce olvidando las promesas de amor eterno, los tratados entre reinos y las bulas de los pontífices».

Así anduvo Berenguela todo el tiempo, llevando la montura al galope o al trote para sofocar su congoja hasta que llegó un momento en que se le secaron las lágrimas y se le acabaron los lamentos. Solo cuando vio que ya empezaba a

despuntar el sol, dejó que se disiparan a la vera del camino los ayes y los suspiros. Entonces, en gesto muy suyo, apretó la mandíbula y levantó la frente como hacía siempre que se enfrentaba a la adversidad y dijo en voz alta:

—Pues no, marido mío, este reino que ya no te pertenece también es mío y al igual que el de Castilla será para nuestro hijo Fernando, porque para ello contrajimos pecaminoso matrimonio, porque así lo digo yo y porque Dios de esta guisa lo quiere. Fernando ha empezado una cruzada y va a terminar esa cruzada con una resonante victoria cuando cuente con la fuerza que le va a dar el reino que Dios acaba de arrancar de tus manos para entregárselo.

\* \* \*

Las ansias y la impaciencia pudieron esta vez con la templanza que de ordinario exhibía doña Berenguela. Mientras descansaba en Orgaz, se anunció la llegada del rey de Castilla, que retornaba con gran frustración porque, muy a su pesar, había tenido que levantar el asedio a Jaén, ante la imposibilidad de conquistar aquella ciudad, que estaba muy fortificada y contaba con un nutrido grupo de aguerridos defensores.

—Algo muy grave ha tenido que ocurrir para que salgas en mi busca. ¿Se ha abatido sobre nuestra familia una nueva desgracia? —preguntó el rey.

—¡Según se mire, hijo mío! Desgracia es, pero también ventura. Desgracia puede ser si no nos damos prisa en llegar a León cuanto antes. En todo caso, estate seguro de que Dios habrá dispuesto las cosas de manera que la corona que ahora rueda sin dueño por los suelos esté esperando a que la recojas y la ciñas sobre tu cabeza.

—¿Ha muerto mi padre? Últimamente tenía muchos achaques.

—A ciencia cierta no lo puedo afirmar, porque he tenido un aviso del cielo que ha obligado a mi corazón a salir a tu encuentro para que, sin pérdida de tiempo, nos acerquemos hasta Sahagún. Así nos anticiparemos a los partidarios de tus hermanas, si somos precavidos y actuamos con rapidez tomando la delantera. De este modo, evitaremos que se apoderen del trono y nos pongan las cosas mucho más difíciles de lo que están.

—Con estas prisas no me dejas tiempo ni para estar con mi mujer y mis hijos ni para llorar a mi padre. Al fin y al cabo, fue tu marido durante bastantes años y junto a él fuiste reina de León.

—Pero nada perdemos con acercarnos a toda prisa a Sahagún, que los frailes son los primeros que se enteran de las funestas noticias. Es lo más prudente y lo más conveniente en estas circunstancias porque si se nos adelantan los otros se pueden producir desgracias y sufrimientos sin cuento.

—¿Lo sabe mi hermano Alfonso? —preguntó alarmado el rey don Fernando—. No se le vayan a despertar las ambiciones dormidas y le dé por presentarse en León por su propia iniciativa.

—¿Cómo iba a saberlo, si yo me he enterado la primera porque un ángel me lo reveló con un salmo? Pero puedes estar tranquilo. Siempre te ha sido leal y no ha tenido otro remedio que obedecerme ni otra ambición que servirte. Nunca te he dicho que vuestro padre le había llamado en secreto poco antes de que llegara Juan de Brienne. No debió de gustarle a tu padre la respuesta de tu hermano porque se puso a buscar maridos para tus hermanas como un poseso. Se ve que no quería en modo alguno que tú le sucedieras en ese trono.

La noticia de la muerte del rey de León ya se había difundido por el reino de Castilla y, cuando llegaron a Toledo, ya estaban los nobles y los obispos reunidos en conciliábulo para ver el mejor modo de dar cumplimiento a los sucesivos tratados firmados al respecto entre ambos reinos. Había total unanimidad en reclamar la corona del reino de León para el rey don Fernando. Todos esperaban que la proclamación del legítimo sucesor, según la bula del papa Honorio, se llevara a cabo de modo pacífico, pero Fernando y su madre no las tenían todas consigo porque el infante don Alfonso no aparecía por ninguna parte y nadie era capaz de informar sobre su paradero.

—No quiero pensar mal de tu hermano, pero esto me recuerda lo que ocurrió en 1155, cuando murió el emperador Alfonso en Fresneda, regresando por el Muradal después de su derrota en Almería —dijo doña Berenguela.

—Explícate mejor, madre, que me tienes en ascuas.

—Pues que tu abuelo Fernando se desentendió del cadáver de su padre, al que dejó al cuidado de su hermano Sancho (mi abuelo y tu bisabuelo) y salió al galope tendido para hacerse cargo del reino de León que le había otorgado el difunto, temeroso de que su hermano primogénito, al que correspondía el reino de Castilla, no respetara el testamento y quisiera hacerse también con el reino de León. De aquellas desconfianzas y ambiciones nos han venido todos los males. Espero que no se repita de nuevo semejante locura, ahora que pueden unirse de nuevo los reinos, lo que nos dará fuerzas para derrotar a los sarracenos que están divididos y se matan entre ellos.

—¿Ves a mi hermano capaz de semejante felonía y piensas que puede atreverse a hacerme la guerra si voy en busca de lo que por derecho me pertenece?

—No le veo capaz de dejar su prole con nosotros y embarcarse en semejante aventura. Habría necesitado viajes y tiempo para urdir una trama semejante y eso no se me habría pasado desapercibido. En estos últimos años nos ha llenado la corte de bastardos. Desde que nacieron tenemos con nosotros a

Juan Alfonso, a Teresa, a Urraca, a Leonor y los que lleguen... Les hemos dado nuestros nombres y los estamos cuidando y educando junto a tus legítimos descendientes, Alfonso, Fadrique, Fernando, Leonor, Berenguela y Enrique. Me temo que no va a haber esposas, maridos, catedrales y conventos suficientes para colocar dignamente a estos y los que vengan. ¡Si levantara la cabeza mi madre, que jamás vio un bastardo en la corte!

No tuvieron que indagar mucho porque el propio Alfonso se presentó de improviso acompañado de una muchacha que traía en brazos a una niña recién nacida.

—Eres incorregible. No paras de traer hijos al mundo. A ver cuándo empiezas a sentar cabeza —le espetó su hermano al verle llegar con cara de satisfacción.

—Ahora me regañas por seguir al pie de la letra tus recomendaciones cuando te proclamaron rey de Castilla en Autillo. ¿Es que acaso no te acuerdas del consejo que me diste? Pues me lo recuerdo a mí mismo todos los días y me lo recitó como una letanía para que no me pique la mosca de la ambición: «... Y estando libre de los deberes que me serán asignados, tú podrás gozar de los placeres que me estarán vedados, de los manjares que me estarán prohibidos y de las libertades que me serán retiradas por razón de mi alta dignidad». Y tú, madre, ¿te acuerdas de lo tuyo? «Cobíjate bajo la sombra de tu hermano y disfrutarás de sus frutos sin pasar por sus trabajos. Que no hay mayor tormento que sufrir como un rey ni mejor recompensa que vivir como si lo fueras». —Al ver Alfonso que su madre y su hermano callaban, preguntó—: Si hago lo que me aconsejasteis por el bien del reino, tendréis que cargar con las consecuencias de mi obediencia. ¿O no?

—Anda, dame a la niña, que le pondremos por nombre Berenguela —dijo la reina—. El mayordomo se hará cargo de esa mujer, pero tú prepárate para acompañarnos a tu hermano y a mí, que acaba de morir vuestro padre y tenemos que hacerle cuanto antes rey de León.

—Puedes estar tranquila, que en palacio se ocuparán de vosotras a partir de ahora —dijo Alfonso a la muchacha que venía con él—. Ni a ti ni a Berenguela os faltará nunca de nada. Nos haremos cargo de todo, incluso de casarla como se merece una sobrina del rey.

Después se fue tras su madre y su hermano canturreando con ironía y con pena:

*Si te dicen ven con nosotros,  
correrás tu suerte con nosotros*

*y tendremos bolsa común.*

\* \* \*

No olvidaron escribir al papa dándole cuenta de sus intenciones de hacerse cargo del reino de León, que era lo acordado y ratificado por sus predecesores. Descansaron por la noche en Toledo y a la amanecida del día siguiente se pusieron en marcha acompañados de don Rodrigo y de los nobles más influyentes del reino con fuerzas suficientes para vencer las resistencias que encontrarán por el camino. Después de pasar por Ávila y Medina del Campo, recalaron en Tordesillas, que estaba dentro de los límites del reino de Castilla.

—No debemos tener ninguna preocupación hasta que llegemos a León porque podemos recorrer todo el camino a través de los castillos de la dote que están guardados por leales caballeros castellanos —dijo la reina, que había previsto este extremo hacía muchos años en el Tratado de Cabrerros de 1208 y en el posterior de Valladolid.

De este modo, pasaron por San Cebrián de Mazote y Villalar. Allí recibieron una gran alegría porque, sabedores de que don Fernando había entrado en el reino, se llegaron a su encuentro los representantes de la ciudad de Toro, que le prometieron recibirle como su rey y señor tan pronto como hiciera acto de presencia en la ciudad para prestarle homenaje.

Estuvieron tres días en Toro haciendo recuento de apoyos y se encaminaron a León pasando por los castillos de Villapando y Mayorga, que formaban parte de la dote de doña Berenguela.

Es bien sabido que el éxito y la victoria tienen muchos adeptos y seguidores y que la derrota y el fracaso son huérfanos. Comoquiera que por el reino se había corrido la voz de que el rey don Fernando, famoso por sus victorias y conquistas en tierras de sarracenos, estaba en camino de León, los vecinos y señores, los eclesiásticos y caballeros de los lugares por donde pasaban se unían a la comitiva regia dando vivas al rey y a la reina para hacer junto a ellos la entrada triunfal en la capital del reino. Ante semejante demostración de apoyo, las guarniciones de los castillos se ponían al servicio del rey sin oponer resistencia.

Más difícil lo tenían doña Sancha y doña Dulce, que, a pesar de haber sido declaradas herederas por el difunto rey don Alfonso, no fueron recibidas en Astorga ni en León como tales y no se les abrieron las puertas ni a ellas ni a sus acompañantes. Lo mismo aconteció en Benavente, lo que las obligó a refugiarse en Zamora en compañía de su madre doña Teresa la portuguesa, primera esposa del rey difunto. Allí quedaron bajo la protección de Roy Fernández el Feo, hijo

del conde Fruela, que les prometió velar hasta el final por sus intereses.

En Zamora cundió el desánimo cuando se enteraron de que los obispos de Oviedo, Astorga, León, Lugo, Salamanca, Mondoñedo, Ciudad Rodrigo y Coria y sus respectivas ciudades, que eran las mayores del reino, apoyaban sin reservas al rey don Fernando en sus pretensiones.

No todo iba a ser un paseo triunfal porque en la propia ciudad de León las torres de la ciudad seguían bajo el mando del merino mayor de esta, que era partidario de las infantas. Además, don Diego, otro hijo del conde Fruela, se había hecho fuerte en la basílica y en la torre de San Isidoro, obligando al obispo Rodrigo a reforzar las defensas de la catedral con hombres y pertrechos para apoyar las pretensiones de don Fernando.

Por otro lado, llegaban noticias alarmantes de Galicia y de Asturias porque, como suele suceder cuando hay confusión en la cúspide del reino, los señores locales aprovecharon el vacío de poder para tomarse la justicia por su mano llevando a cabo toda clase de tropelías y desafueros, sembrando el desconcierto en las indefensas poblaciones.

*Valencia de Don Juan. 1230*

En medio de semejante confusión enfermó gravemente el rebelde Diego Froilaz y todos atribuyeron su dolencia al castigo de San Isidoro por haber profanado su basílica, que de inmediato fue devuelta al abad de San Isidoro, abandonando la ciudad sus ocupantes.

Mientras don Fernando esperaba en Mansilla, el obispo don Rodrigo se hizo cargo de la capital y preparó la llegada triunfal del nuevo rey y su proclamación en la catedral de León, que tuvo lugar el 7 de octubre de 1230, tan solo quince días después de la muerte de su padre. Aquel histórico día, el rey don Fernando el Montesino, que contaba veintinueve años de edad, pasó a titularse rey de Castilla y de Toledo, de León y de Galicia, reuniendo bajo una misma corona los reinos que había separado su bisabuelo Alfonso el Emperador en el Concilio de Valladolid celebrado en 1155.

Casi todo el mes de noviembre de aquel venturoso año 1230 se le fue al rey don Fernando, siempre acompañado por su hermano Alfonso, en confirmar fueros y derechos adquiridos de ciudades, villas y monasterios, como era costumbre cuando se iniciaba el reinado de un nuevo monarca.

Durante estas fechas llegaron hasta la ciudad de León dos mensajeros enviados por la reina Teresa la portuguesa para negociar un acuerdo definitivo de paz entre las infantas y su hermano el rey don Fernando.

A pesar de que los nobles castellanos se oponían a estas pretensiones argumentando que, según los tratados firmados entre los reinos, el rey legítimo era don Fernando, Berenguela se reunió con sus hijos Fernando y Alfonso para contrastar puntos de vista.

—La reina doña Teresa propone que nos reunamos ella y yo a solas, en

Valencia de Don Juan, para resolver el asunto de sus hijas Sancha y Dulce por las buenas, para hacer unas buenas paces y que no haya muertes y sufrimientos de las gentes por causa de un conflicto familiar. Alega además que, como ambas son solteras y ya pasan de los treinta, no deben quedar desamparadas, lo que redundaría en deshonor del rey su hermano y de toda la familia.

—Seguro que se conforman con una buena dote, porque un buen matrimonio a su edad lo veo casi imposible —apuntó Alfonso, que fue el primero en hablar.

—Con matrimonio o sin matrimonio, la dote es imprescindible —dijo la reina Berenguela—, aunque quizás pidan el infantado de los Campos Góticos, que durante siglos ha sido la dote de las infantas solteras de la familia. Ya os he hablado de doña Sancha, la hermana de mi bisabuelo el Emperador, que era una gran señora y muy considerada en la corte y en el reino y gobernó de por vida los Campos Góticos como si fuera una reina.

—Tampoco estaría nada mal que se recogieran en un monasterio de los muchos que hay en el reino. No serían las primeras en hacerlo. Mi abuela Urraca así lo hizo cuando lo ordenó el papa Alejandro III —propuso Fernando—. Todo lo que les demos a ellas lo perderemos para la guerra contra los sarracenos.

—Estamos discutiendo en vano porque no sabemos lo que piden y con lo que se conforman. Permitidme que hablemos de madre a madre y de viuda a viuda. Nosotras sabremos cómo entendernos y buscaremos con paciencia y generosidad una solución equitativa. Siempre será mejor un buen pacto que una mala guerra fratricida.

\* \* \*

Nunca habían estado frente a frente las esposas del rey difunto. Ambas habían aceptado de muy distinto grado las decisiones de Celestino III e Inocencio III, que declararon nulos e incestuosos sus respectivos matrimonios y pronunciaron excomuniones y entredichos. Teresa lo hizo con resignación, volviendo a Portugal y recluyéndose en el convento de Lorvão, donde fue una hermana más.

Era Teresa muy menuda, consumida por la tristeza más que por los años, que no pasaban por ella. Pero sacaba fuerzas de su estoica resignación cristiana, muy propia de las gentes de su procedencia. A pesar de los contratiempos con que le había obsequiado la vida, tenía una mirada muy vivaracha que contradecía su ademán compungido.

Berenguela, en cambio, aunque pasaba buena parte de su tiempo en el monasterio de Las Huelgas, que construyó su madre la reina Leonor con el maestro Ricardo, en ningún momento se apartó de los acontecimientos de la

corte y de las vicisitudes del reino, sino todo lo contrario. Todo esto la mantenía llena de vida.

Lo que era pequeñez en Teresa era robustez y corpulencia en Berenguela y si la primera vestía como una monja, la segunda lo hacía con una sencillez elegante que no ocultaba que era una reina en ejercicio. Lo que tenía una de tímida y reservada lo contradecía la otra con la expresividad de sus gestos y el perpetuo movimiento de sus vigorosas manos. Si la primera parecía nadar en la naturalidad y la humildad, la otra era segura de sí misma hasta el borde de la altanería. Si la portuguesa parecía vivaracha y frágil como una azucena, Berenguela era como una gavilla de espigas de granos dorados y maduros ceñida por la cintura.

Para encontrarse a solas y más a gusto, salieron cogidas del brazo al huerto de la casa-palacio donde se reunieron aquella mañana otoñal. Nadie diría que en las manos de aquellas dos mujeres que llevaban entrelazados los dedos pendía de un hilo la paz en el reino y estaba escrito el destino de Hispania y que de su capacidad para el diálogo y el acuerdo dependía la vida de muchas personas.

—Nunca pensé en los últimos años que iba a llorar la muerte de Alfonso hasta que se me secaron las lágrimas. Jamás lo habría imaginado —dijo Berenguela.

—Suerte que has tenido. Yo quise llorar pero no pude. Lo lloré todo cuando nos separaron a nosotros y a nuestros hijos. Ser reina era una cruz para mí. Me tocó serlo y me resigné. ¡Qué remedio me quedaba! Perdí a Alfonso cuando lo ordenó el papa, y se me murió para siempre. También el papa. Las pocas lágrimas que me quedaban salieron de no sé dónde a borbotones cuando falleció mi Fernando y se acabó el mundo para mí. Sé que ya no me queda mucho para presentarme ante el juez eterno y llevo muchos años preparándome para ello. A mis años no estoy para guerras ni conflictos y menos entre hermanos...

Ante esta confesión de la portuguesa y sobre todo cuando recordó al infante fallecido, Berenguela sintió una punzada en el corazón y se llenó de congoja, porque la imagen del muchacho la perseguía tanto en sueños como en los momentos más inesperados y por ello no osaba poner coto al torrente de palabras de aquella mujer menuda y de apariencia insignificante que hablaba, hablaba y no paraba. Por otra parte, le gustaba escucharla porque decía todo lo que pensaba con una sinceridad inaudita.

—Mira, Berenguela —continuó Teresa—, tú y yo nos vamos a arreglar enseguida porque yo no tengo ambiciones ni para mí ni para mis hijas, pero, como no soy tonta, siempre he sabido que ellas no pueden ser reinas y menos las dos a la vez. ¿En qué mundo vivimos para que eso pudiera suceder? Adónde iríamos a parar si dos mujeres indefensas se enfrentaran al rey de Castilla o

tuvieran que ir a la guerra contra los moros. ¿En qué cabeza cabe, por Dios? Y estamos aquí porque no ha habido manera de casarlas. Ninguno de los pretendientes que llegaban era de su gusto ni de su alcurnia. Ni de la una ni de la otra, y tal como venían se marchaban. Como el viejo cruzado. Ese pobre Juan sin tierras que venía a por el reino porque no tenía donde caerse muerto. Mi hijo Fernando era otra cosa. Como más humilde y apocado y buen vividor. Más de convento que de batallas, como yo y como Sancha y Dulce. Por eso no se entendía con su padre, que le traía y le llevaba dónde y cuándo le convenía. Cada uno nace para lo que nace. Tu hijo es un buen rey, aunque, según me dicen, a lo mejor era un poco impulsivo y atolondrado cuando era más joven, igual que su padre, que tenía un genio de mil demonios, pero sé que tiene buen corazón y es justiciero y valiente y puede dar muchos disgustos a los moros si no se le rebelan los nobles de su reino y se pasan a los infieles para fastidiarle o les llama el papa para sus cruzadas. Además, no corre detrás de las faldas en cuanto te das la vuelta como hacía su padre o tu hijo Alfonso. Por eso mis hijas, las infantas Sancha y Dulce, entregarán llana y pacíficamente a su hermano todo lo que tienen o les pertenezca. Y sin contienda alguna, renunciarán a cualquier derecho que les corresponda a la sucesión del reino de León. Faltaría más. Es lo más sensato. ¿Qué ganarían resistiéndose si en ninguna ciudad les abren las puertas? Ni que estuvieran apestadas las pobres solo porque su padre se empeñó en hacerlas herederas del reino sin sentido alguno, solo por rencor hacia ti y vuestro hijo Fernando. Estate segura de que ellas confían plenamente en la generosidad de su hermano. Bueno. Para qué nos vamos a engañar. Ellas tienen sus temores, pero yo tengo confianza en ti porque tengo oído que tu hijo te obedece y te respeta, y, como es notoria la fama de justo y virtuoso que tiene tu Fernando, doy por seguro que la dote que les otorgue será suficiente para ellas. ¿Qué te parecen treinta mil maravedís al año? No te asustes. Serían para las dos a quince mil cada una. No me parece mucho teniendo cuatro reinos a partir de ahora y todo lo que les quite a los moros por la parte del reino de León. No me creo que sea una exageración. Solo son las rentas de doce castillos y cilleros reales y, salvo en algún año de los malos, de no alcanzar dicha cantidad, se podrían complementar con las martiniegas de las ciudades del reino que determinéis tú y tu hijo. Supongo que estarás de acuerdo y, si no lo estás, dame tu parecer, porque nada está escrito todavía, pero de algo hay que hablar. Tú tenías el monasterio de Las Huelgas al lado de Burgos para entrar y salir cuando el papa os separó, yo también tenía el convento de Lorvão junto a Coímbra, pero, como yo ya me temía lo que iba a pasar con mis hijas, acabo de fundar un monasterio cisterciense en Villabuena del Bierzo para que ellas se recojan conmigo cuando quieran y que no anden rodando por la corte o estorbando en todas partes como

he aprendido por experiencia... Pero yo no las voy a obligar, esas cosas tienen que salir de ellas, aunque mi obligación es velar por su futuro y adelantarme a los acontecimientos, como has hecho tú con tu hijo Fernando desde hace muchos años, que las madres tenemos que mirar a lo lejos...

Teresa hizo ademán de callarse para sacar a Berenguela de su expectante silencio, pero, al ver que su interlocutora sonreía complacida, continuó:

—En el hipotético caso de que hubiera matrimonio, cosa que a mí me parece imposible e inconveniente con una renta semejante, la infanta que lo contrajera perdería los quince mil maravedís, así que, como no son tontas, no se les pasará por la cabeza cometer semejante locura. Aunque recuperaría esa cantidad si enviudara o se pronunciara divorcio. Pero si alguna entra en religión, cosa bastante probable aunque de momento no les gusta la disciplina ni el hábito, recibirá durante toda la vida diez mil maravedís, que les vendrán muy bien a las hermanas de su comunidad. Tienes que tener en cuenta además que ellas se tienen que conformar con los quince mil maravedís al año cada una porque renunciarán de buena gana a derechos de sucesión y también a todas las cartas y privilegios de donación que les concedió su padre, que no son pocos. Aunque a veces se le olvidaba lo que firmaba o lo que prometía. Sabes de sobra que Alfonso, que en gloria esté, podía ser muy generoso cuando bebía más de la cuenta. Estarás conmigo en que es mejor darles el dinero justo para su mantenimiento que ponerlas a administrar los Campos Góticos, que se daban a las infantas solteras y que siempre han sido un motivo de conflictos. Y, claro, en garantía y fidelidad a lo pactado nos dejaríais algunos de los castillos que están para eso y si te parece... me dejáis a mí alguno también, que sus rentas y las de mis hijas, si profesan, me ayudarán a levantar mi monasterio. Con la edad que tengo será por poco tiempo. Luego revertirán de nuevo al reino. ¿Qué te parece, Berenguela? ¿A que lo que te propongo puede ser una buena solución para tres hermanos y sobre todo para la paz del reino, que es lo que más importa? ¿En qué piensas, Berenguela? ¡Te noto tan callada!

Berenguela no salía de su asombro. ¡Su interlocutora lo había dicho todo y se lo había puesto tan fácil! En un instante se le vinieron a la memoria todos los trabajos, las guerras, los disgustos de su padre, la traición de Alfonso y la derrota de Alarcos, las ambiciones del tío Fernando y de su marido, la boda obligada, las excomuniones de Inocencio, la llegada de Fernando y Alfonso con engaño, la muerte de Enrique... ¡Cuántos trabajos... idas y venidas y días de zozobra y noches sin dormir por culpa de la separación de los reinos! Y ahora, todos aquellos obstáculos tan imposibles de sortear como los islotes de Escila y Caribdis en medio de la negra mar se salvaban por treinta mil maravedís al año, solo unos pocos años, porque las infantas eran ya mayores. La paz y el reino por

el que ella había sufrido, llorado, rezado, amado, trabajado sin descanso, maquinado y conspirado estaba allí, en aquel pequeño huerto, flotando en el aire como una mariposa esperando que ella alargara la mano para atraparla para siempre.

Entonces se acordó de su hijo Alfonso el segundón, al que había tenido alejado de su padre y de la ambición de reinar para evitar que la fatídica historia de luchas sin fin, de hermanos contra hermanos, padres contra hijos y primos contra primos se siguiera repitiendo año tras año y siglo tras siglo. «Solo somos granitos de arena, pedacitos de barro insignificantes en sus manos poderosas. Aunque tengo que reconocer que yo misma he sido una piedra de granito entre tanto barro... y tanto polvo».

Dejó sus cavilaciones, que llenaron a Teresa de ansiedad y preocupación, y le dedicó una franca y generosa sonrisa.

—Da gusto hablar contigo, Teresa. Veo que lo traías todo bien estudiado.

—Mujer, no tengo otra cosa que hacer que pensar en el bien de todo el mundo. ¿Crees que le parecerá bien a tu hijo Fernando? ¿Te costará mucho convencerle de que es mejor ser generoso que belicoso? Al fin y al cabo, todo queda en la familia. Se trata de que sus hermanas puedan vivir con dignidad y sin estrecheces. Sería un deshonor para él y para la familia si Sancha y Dulce vivieran como pordioseras o no tuvieran una buena dote si deciden entrar en religión. Por otro lado, no le verían con buenos ojos muchos de nuestros nobles y la mayoría de los abades, obispos y partidarios suyos que durante tantos años les han rendido pleitesía. Sería también un deshonor para ellos. ¿No te parece?

—A mí me parece bien todo lo que propones, querida Teresa. Bastante has sufrido por tu marido y por tus hijos como para tener que vivir lamentándote durante el resto de tu vida, que seguro que te queda mucha por delante todavía. No seré yo quien prolongue tus sufrimientos ni tampoco mi hijo. Estate segura de que no me costará convencerle de que hemos acordado la mejor solución para todos. Y lo vamos a hacer cuanto antes. Ahora mismo pedimos que pasen a papel lo que hemos pactado tú y yo. Mi hijo no tendrá que hacer otra cosa que ratificarlo. De sobra sabe que yo también soy la reina de León. —Berenguela le tomó de la mano diciendo—: Ahora que mi hijo reina en León y tiene fronteras con Portugal, ¿hay algo más que podamos hacer para defender tus intereses en esas tierras?

—Si no fuera mucho pedir, que velara para que no me quiten lo que ya tengo. Es que el castillo de San Esteban de Chaves lo quiere el rey de Portugal.

—Si tiene una importancia capital para ti, haré que mi hijo Fernando se comprometa a defender tus casas y castillos en Portugal como si le fueran propios, y si él viene a faltar, Dios no lo quiera, yo me comprometo a velar por

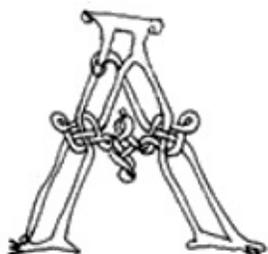
lo que es tuyo, lo mismo que hará la reina Beatriz o el nieto mío que reine en ese momento.

—No te lo vas a creer, Berenguela, pero me he quedado tan tranquila y apaciguada que me han entrado ganas de comer. Pediremos que nos traigan una limonada y algo de comida. Pide para ti lo que quieras. Yo me conformo con cualquier cosa que preparen porque tengo el mismo apetito que un pajarito y todo me sienta bien. Así seguimos hablando un rato de lo nuestro. Que ahora que está todo resuelto ya no tengo prisa por ir a ninguna parte. ¡Se está aquí tan bien charlando a solas de mujer a mujer...!

Una vez firmado el acuerdo por ambas reinas, se fundieron en un largo abrazo y derramaron abundantes lágrimas porque cada una de ellas tenía motivos sobrados para hacerlo.

\* \* \*

El tratado, que el rey don Fernando cumplió escrupulosa y puntualmente a lo largo de toda su vida, lo firmaron en Benavente las dos reinas madres, las dos infantas, los arzobispos de Toledo y Compostela y otros muchos prelados y nobles de ambos reinos, y para darle la máxima validez el papa Gregorio IX, que había sucedido a Honorio III hacía tres años, lo confirmó solemnemente al cabo de un año. Sancha y Dulce se retiraron pronto al monasterio cisterciense de Villabuena del Bierzo con su madre. Cuando ellas murieron, su madre, que las sobrevivió unos pocos años, se recluyó de nuevo en el monasterio de Lorvão, junto a Coímbra, donde profesó antes de morir a los setenta y cinco años. Fue beatificada por el papa Clemente XI en 1705 y es tenida por santa en Portugal.

*Conquista de Quesada. Batalla de Jerez. 1231*

quel año y el siguiente los dedicó el rey Fernando a recorrer los reinos de León y de Galicia y Asturias para apaciguar los ánimos y castigar a los revoltosos y de paso darse a conocer a sus súbditos, que le recibían con alborozo celebrando que el reinado de Fernando ponía fin a muchos años de guerra entre los reinos de León y de Castilla. Durante su largo periplo, en el que visitó varias veces las principales ciudades de los reinos, se ocupó de resolver conflictos, impartir justicia y sobre todo de confirmar privilegios anteriores a eclesiásticos y nobles para ganarse fidelidades, tal como era costumbre cuando un nuevo monarca comenzaba a gobernar.

En todo el periplo por el reino de León, el recién proclamado rey se hizo acompañar por su hermano. Cuando no estaba presente la reina Beatriz porque el cansancio que le producía el embarazo de cada año la obligaba a tomarse un reposo en algún monasterio a la vera del camino, el infante don Alfonso seguía a regañadientes a la comitiva regia por villas y ciudades en las que, con algunas variantes, se repetía siempre la ceremonia del recibimiento, con los correspondientes vítores, los solemnes tedeums, los banquetes y discursos interminables y las pesadas sesiones en las que se confirmaban fueros o se administraba justicia.

Pero cuando se incorporaba la reina Beatriz a la comitiva, a Alfonso se le encendían las mejillas, recobraba el ingenio y se afanaba por hacerle lo más placentera posible aquella vida itinerante.

Ella, aunque con mucho esfuerzo, había aprendido un poco de idioma castellano, pero no entendía los dialectos y hablas particulares de las variopintas

ciudades y comarcas del reino de León. Como era de suponer, Alfonso era su intérprete favorito y no solo estaba pendiente de ella, sino que por su alto rango siempre se encontraba cercano y disponible. Con la excusa de mejorar en la lengua de sus súbditos, se entretenían con trovas y chanzas.

Un día se reunió con ellos el rey Fernando.

—De buena te has librado con tu ausencia, querido hermano, porque los trabajos y obligaciones que me impone mi condición de rey de León me exigen con urgencia conocer y darme a conocer a mis súbditos y atender los negocios de este reino que nuestro padre había descuidado los últimos tiempos. Esta circunstancia me impide ocuparme de los asuntos de la guerra que libramos contra los infieles aprovechando que, cuando no los matan sus súbditos, se dedican a matarse entre ellos.

—Si se empeñan en degollarse, no los estorbemos en su propósito. No me pidas que vayamos a separarlos. Dejémosles que se maten a placer y acudamos cuando no quede un emir para contarlos.

—De sobra sabes que la paz, la victoria y la abundancia sosiegan los corazones y aúnan las voluntades y que la derrota y las escaseces enturbian los ánimos y engendran el descontento de nuestros enemigos. También conoces que la molicie y el ocio son la herrumbre de los guerreros que solo encuentran en la batalla la razón de su existir y en el botín, el incremento de su hacienda. Por estas poderosas razones permitiré al arzobispo de Toledo adentrarse profundamente en territorio enemigo e incrementar su diócesis con todo lo que pueda conseguir.

—El arzobispo tiene bula papal, indulgencias y dineros, y soldados no le han de faltar. Vaya en buena hora monseñor, regrese victorioso a su sede y sufrague las obras de su nueva catedral, que parece que quiere terminarla en vida.

—Para que aquello ocurra y triunfe don Rodrigo, tenemos que distraer al enemigo con otra operación de mucho fuste.

—¿Quieres que vaya a Sevilla a cantarle mis trovas a Ibn Hud para tenerle entretenido?

—Quiero que ocupes mi lugar para confundirle y vayas por Córdoba hasta Sevilla y, si puedes, hasta el mar, saqueando y destruyendo todo lo que encuentres a tu paso, para provocar el pavor y el descontento entre los suyos y para quebrantar su autoridad.

—Prefiero escuchar el gorjeo de los pájaros a los gemidos de los caballos y los balbuceos de los niños a los ayes de los moribundos. Me gusta más el humo de las chimeneas que la chamusquina de los olivares. Resumiendo: antepongo la trova a la guerra, como has podido comprobar tras la muerte de nuestro padre,

que me ofreció el reino hace unos cuantos años. ¿No te fías de mí y me mandas a combatir a los moros para tenerme lejos del reino de León?

—Deja de decir bobadas y prepárate para la campaña de castigo. El objetivo de vuestra incursión es quebrantar la moral del enemigo y preparar la Reconquista de todo el valle del Guadalquivir. No hace falta que seas el primero del ejército. Irás en mi lugar haciendo lo mismo que cuando me coronaron en Valladolid. De este modo, confundiremos a los moros que tanto me temen. Como ostentas mi representación y estarás bien protegido, te mantendrán alejado de los lugares de peligro. Te acompañará tu amigo Gil Manrique, que será tu sombra y se ocupará de proteger tu vida como si fuera la mía.

—Bien dicho. Y si me matan, te morirás del disgusto.

—Calla y escucha. Comandará la tropa Álvaro Pérez de Castro, que es un guerrero formidable y conoce bien a los sarracenos porque ha estado bastantes años a su servicio.

—¿El hijo de Pedro que estaba con el Miramamolín en Alarcos?

—El mismo.

—¿El nieto de Fernando que mató a Manrique de Lara en Huete y asesinó a su esposa Estefanía en León y pateó con el caballo hasta matar a su suegro el conde Osorio en Llobregal?

—Ese es don Álvaro.

—¿El que estaba con los sarracenos defendiendo Jaén cuando no hubo manera de rendirla en muchos meses?

—De tales palos, tal astilla.

*Es malvado de los pies hasta la coronilla,  
y desde la cabeza hasta los talones;  
su consejo es de miserable,  
su conversación, pesada e irritante,  
sus regalos, pobres y escasos  
y sus hechos son como fuego de paja.*

—Por eso es el hombre que necesitamos para incendiar los campos y arrasar poblaciones en una gran incursión de castigo que debilite y divida al enemigo.

\* \* \*

El primer interesado en combatir al enemigo y ocupar sus tierras cuanto antes fue don Rodrigo, que, con el apoyo del papa Gregorio IX y aunque no necesitaba estímulos para adelantarse en el combate, tan pronto como recibió del rey las villas de Quesada y Toya, que estaban en manos de musulmanes, atravesó el puerto del Muradal con su propio ejército y las fuerzas concejiles toledanas y de otras muchas villas de su diócesis y se adentró profundamente en territorio enemigo hostigando a los sarracenos para conseguir abundante botín, aparte de sumar nuevos territorios a los conquistados anteriormente.

El arzobispo tomó Quesada, que había sido reconstruida después de su devastación anterior, expulsó de la ciudad a sus habitantes y se apoderó de toda la comarca. En ella reforzó y guarneció las treinta y siete fortalezas que la defendían para que no se perdieran cuando regresara a Toledo para continuar su catedral con los recursos obtenidos durante sus incursiones.

\* \* \*

Como muy bien había demostrado Almanzor en los albores del año 1000, para una incursión de saqueo y pillaje no se precisaba de una tropa numerosa, sino de un ejército ligero y muy bien cohesionado porque de la rapidez de sus desplazamientos, de la sorpresa de sus apariciones y la dureza y crueldad de sus intervenciones dependía el éxito de semejante empresa.

Tal como había dispuesto el rey, el infante don Alfonso llevaba las enseñas reales para confundir y atemorizar al enemigo, haciéndole creer que el propio rey don Fernando marchaba al frente de la tropa, porque, después de las feroces represalias y continuas victorias del rey de Castilla en los años precedentes, los sarracenos sentían pavor ante el anuncio de su presencia.

Después de saquear los campos y de quemar y destruir todo lo que encontraban a su paso en los alrededores de Córdoba y de asaltar Palma del Río, donde no dejaron a nadie con vida, el infante don Alfonso, al ver lo grande que era la ciudad de Sevilla, sufrió un ataque de pánico que disimuló burlándose de sus temores ante su amigo Gil Manrique:

—Esta incursión puede acabar como aquella desgraciada aventura que nos contaba mi abuelo Alfonso el Noble cuando éramos pequeños. Me siento como Sancho Jiménez el Giboso, adalid de Ávila, que también se llegó con su incursión con las tropas concejiles de su ciudad hacia estas tierras, y después de atravesar el Guadalquivir devastó las tierras de Écija y toda la campiña de Córdoba como nosotros. Él y los suyos se las prometían muy felices cuando regresaban a Castilla con un rebaño de muchos miles de ovejas, más de doscientas vacas y ciento cincuenta cautivos. Pero con tanto botín y tanto rebaño

marchaban lentamente y fueron alcanzados por un ejército del califa Abú Yacub cerca de Calatrava. No me gustaría nada acabar como el Giboso y que un mensajero le dijera a mi hermano que, después de torturarme, me habían cortado esta cabeza mía a la que tanto aprecio tengo porque es la única que tengo para hacer trovas, por eso no quiero que nadie la exhiba sin mi permiso en la ciudad de Sevilla y menos colgada de una pica delante del minarete de la mezquita.

Tal como se temía el infante don Alfonso, las cosas se complicaron cuando sobrepasaron Sevilla y, después de llegarse hasta Vejer, regresaban por la vega de Jerez. Alfonso estaba inquieto, porque llevaban muchos días sin que aparecieran fuerzas enemigas que les hicieran frente. Conocedor de la incursión, Ibn Hud pudo juntar a toda prisa un ejército de siete batallones y más de diez mil hombres a caballo, además de otros muchos hombres de a pie, mientras eran solo mil los cristianos que venían a caballo acompañados de dos mil quinientos peones con sus correspondientes acémilas cargadas de un riquísimo botín. En retaguardia traían quinientos cautivos.

Cuando los hombres que comandaba el de Castro divisaron las tiendas de ese gran ejército en una llanada situada entre el olivar en que se encontraban y los muros de Jerez, se dieron cuenta de que no tenían escapatoria. No había otra alternativa que presentar batalla a aquel numerosísimo ejército.

Después de confesarse con el clérigo que los acompañaba y perdonarse los pecados unos con otros a toda prisa, Álvaro Pérez de Castro informó a don Alfonso de sus planes.

—Si su alteza no dispone lo contrario, ordenaré atacar de inmediato. Degollaremos a todos los cautivos porque no tenemos fuerzas suficientes para custodiarlos y no podemos dejarlos libres en la retaguardia. Puesto que será imposible emprender la huida, ordenaré que se descarguen los burros y las mulas de cuanto lleven en sus alforjas y, una vez desprovistos de carga, haré que monten en ellas los peones. Con ellos detrás de los caballeros formaremos un único haz que atacará en tromba a los sarracenos.

Don Alfonso, que seguía viendo su cabeza colgada en una pica delante del alminar de Sevilla, dijo con voz entrecortada:

—¿Degollaréis a las mujeres y a los niños también?

—Ellos nos cortarían la cabeza a nosotros si fuésemos derrotados.

—Haced lo que creáis más conveniente para salir con vida de esta y que el apóstol Santiago acuda presto en nuestra ayuda.

No había pasado mucho tiempo desde que dejaron la retaguardia llena de cadáveres de cautivos cuando, a una indicación de don Alfonso, el portaestandarte enarboló la enseña y disciplinadamente todos los componentes de la algará iniciaron la marcha. Todos iban a lomos de caballerías en una

compacta formación con forma de punta de flecha que comandaba don Álvaro Pérez de Castro. Salieron del olivar, ordenada y lentamente, hasta llegar a una distancia prudencial del enemigo. Entonces, al grito de «¡Santiago, ayúdanos!», iniciaron un trotecillo que se convirtió en galope tendido dispuestos a embestir frontalmente en las compactas filas de peones que protegían a los caballeros musulmanes.

Aquella audaz y rápida maniobra, que pilló por sorpresa a las huestes de Ibn Hud, que no se esperaba un ataque semejante, abrió una gran brecha en la formación sarracena y desbarató las vanguardias del apresurado ejército sarraceno, cuyos componentes se vieron arrollados y sobrepasados por los cristianos en su fulgurante embestida y, no sabiendo cómo ni por dónde recomponer su formación, muchos de ellos —que habían acudido obligados por Ibn Hud, al que odiaban— optaron por salvar sus vidas al abrigo de los muros de Jerez.

Viendo la desbandada y la derrota de los sarracenos, don Alfonso, que se había visto envuelto por primera vez en medio del fragor de una batalla semejante, no era capaz de reaccionar. «Cómo me engañaste, hermano: mi trono será tu trono, mi casa será tu casa... y una mierda. No me dijiste mi guerra será tu guerra y mis muertos serán tus muertos», pensó, con desagrado.

Una vez rematados los heridos y arrancado el botín a los muertos ajenos, procedieron al recuento y posterior cristiana sepultura de los propios y se alejaron del campo de batalla, encaminándose a Castilla con el enorme botín que fueron completando al regreso al no encontrar ningún tipo de resistencia.

Durante todo el camino de vuelta, el infante don Alfonso tuvo tiempo suficiente para meditar sobre lo ocurrido. Le salió la vena de filósofo porque sabía que, de no haber sido por la frialdad, estrategia y valentía de Álvaro Pérez de Castro, que en ningún momento había perdido la calma, a esas horas podría haber estado muerto y bien muerto.

*Palencia. 1231*

oco tiempo después de la batalla de Jerez, don Alfonso y el rey don Fernando, que regresaba a Castilla, una vez que el cetro de León estaba firmemente asentado en su mano, fueron recibidos con grandes festejos y honores en la ciudad de Palencia, donde se encontraron a la vuelta de sus respectivos recorridos.

Como era costumbre en aquellos tiempos, se albergaron en el palacio episcopal donde quince años antes muriera el joven rey Enrique. Ejercía de anfitrión el poderoso obispo don Tello Téllez de Meneses, que ya tenía sesenta y dos años y llevaba treinta y dos en el cargo.

En ausencia de la reina Beatriz, que se había retirado a descansar porque se encontraba una vez más en estado, la reina Berenguela cenaba en la intimidad con sus hijos y el obispo palentino.

Al percatarse la reina Berenguela de que su hijo Alfonso estaba desmejorado y apenas probaba bocado, le dijo:

—¿Te encuentras bien, hijo? Tienes aspecto de cansado, pero después de este viaje tan largo que has hecho necesitas comer en condiciones, que te has quedado en los mismísimos huesos.

—Algo me ha debido de sentar mal, porque ya no me sabe igual la comida —respondió cabizbajo el infante, después de apurar su segunda copa de vino.

—Alegra esa cara, hermano, que acabamos de cantar un tedeum y parece que vienes de un funeral —dijo riendo el rey—. Celebramos esta cena en familia en tu honor, porque tanto monseñor como nuestra madre y yo estamos deseosos de que nos cuentes los pormenores de vuestra hazaña.

Maldita la gracia que le hacía al infante ser el centro de atención en aquel momento y volver sobre los sangrientos sucesos de Jerez que le habían quitado el apetito y también el sueño.

El rey Fernando adivinó su pensamiento cuando afirmó:

—Monseñor, a mi hermano no le ha gustado nada la guerra... vivida tan de cerca, ¿verdad, Alfonso?

—La guerra nunca me ha gustado, ni de cerca ni de lejos. Lo sabéis todos de sobra. Yo no he nacido para ser rey y mucho menos soldado. Y además, creo que se deriva poca gloria y mucha vergüenza de estas expediciones de saqueo para destruir poblaciones, talar olivos, incendiar montes y cosechas y aterrorizar o matar a las gentes que viven pacíficamente de su trabajo.

—Ignoro si deriva mucha o poca gloria, pero reporta mucho beneficio, no solo por el botín que se consigue, que sirve para sostener los ejércitos y la moral de victoria de los soldados, sino porque debilita al enemigo. Debes saber, querido hermano, que para un rey la primera obligación es la defensa de la vida de sus súbditos, la de sus familias y también la de sus bienes y medios de subsistencia, y para un cruzado la defensa de la fe cristiana y la extensión del reino de Dios en la tierra. —Al notar el rey que su hermano estaba como ausente, levantó la voz—: Esta derrota de Ibn Hud ante los muros de Jerez tendrá consecuencias demoledoras para su prestigio y sus frutos se verán muy pronto, porque, sumada a otras derrotas anteriores, su autoridad será cuestionada, el descontento que está fermentando entre los suyos se extenderá en sus dominios y los pilares que sustentan la confianza en su poderío están siendo corroídos por la carcoma de los impuestos que tendrá que imponer a sus vasallos para que le dejemos tranquilo por un tiempo. ¿Para qué sirve un emir o un califa que es incapaz de defender a sus vasallos porque va de derrota en derrota? Comprenderás que si antes nos temían, ahora tendrán pavor de nosotros. Se dividirán entre ellos y algunos preferirán aliarse con nosotros, aunque tengan que pagar onerosas parias, a que les corten la cabeza sus hermanos de religión.

—Si se trata de cortar cabezas, nosotros no somos mancos, que degollamos a más de quinientos prisioneros indefensos antes de la batalla de Jerez. Y yo, mísero de mí, autoricé aquella matanza indiscriminada. Y esa orgía de sangre no se olvida fácilmente cuando caminas entre cabezas cortadas que abren los ojos al cielo pidiendo clemencia por las noches cuando vienen en tropel a convertir el sueño reparador en infernal pesadilla. Sabed que sueño a diario que todos esos hombres, mujeres y niños indefensos que hemos matado aparecen un día tras otro esperando pacientemente hasta el día que me muera para acusarme ante el Cristo que nos ha de juzgar de su muerte alevosa —balbuceó el infante después de beber otra copa de vino.

\* \* \*

Alfonso no había medido bien sus palabras. Todo lo que había dicho era desmesurado e inadecuado. Su intervención había desbordado la medida protocolaria. No era prudente ni sensato provocar al rey, aunque fuera su hermano, ignorando el principio «donde fueres haz lo que vieres» porque había «mentado la soga en casa del ahorcado», poniendo en cuestión la política de conquista del rey. Este estaba furibundo ante la argumentación de su hermano y, por eso, incapaz de contener su cólera, exclamó:

—Antes de sentir compasión, tú lo que tenías era miedo. Tenías miedo a morir porque no tienes fe. Sabes que todos vamos a morir antes o después. Si tuvieras fe, no tendrías miedo a morir porque tienes la certeza de que te están esperando en los cielos y que, si mueres por la fe de Cristo, te darán un sitio de los mejores. Todo lo que cuentas son disculpas a causa de tu miedo, porque si se tiene miedo a morir, se tiene miedo a matar, aunque sea por una causa justa. Este es el mundo que vivimos. Las cosas podrían ser de otra manera, pero ahora son así y tenemos que lidiar con ellas. ¿Sabes por qué estás vivo? Porque tu aborrecido señor de Castro, al que debes la vida, no tiene miedo a matar ni tampoco a morir. A él le debes la vida porque mandó matar a los prisioneros. De haberlos dejado vivos, le habrían estorbado en la batalla. En la guerra, o matas o te matan. Esa es la ley que rige, porque rige la ley del miedo. Solo ganan los que no lo tienen, como nuestro tío Ricardo, ante cuya sola mención temblaban sus enemigos. Al rey le tienen que amar sus súbditos, obedecer sus nobles y temer y admirar sus enemigos y tener pavor de él las poblaciones enemigas. Álvaro no ganó aquella batalla solo porque no tenía miedo, sino porque sabía que tenían pavor sus enemigos. Y mucho. Sobre todo Ibn Hud, derrotado por nuestro padre hacía poco tiempo. Sus soldados reclutados a la fuerza no solo no creían en la victoria, sino que estaban aterrados por el miedo que se respiraba en el aire.

Fernando estaba remachando el clavo, pensando en su madre y en el obispo para buscar su aquiescencia, sabedor de que era incondicional.

—Más allá del miedo está el terror cuando lo invade todo y lo impregna hasta el fondo —continuó—. El miedo te obliga a huir para salvar el pellejo como sea, pero el terror te paraliza, porque te convierte en una piedra inerte o en una estatua de sal. ¿Cómo es posible que nadie se enfrentara a la hueste de Almanzor cuando iba de ciudad en ciudad y se podía seguir por el humo el rastro de su destrucción? Porque tenían pavor de él.

»Ibn Hud tenía miedo porque le había derrotado nuestro padre y porque, viendo ondear mi estandarte, pensó que estaba yo al frente. Álvaro, que aprendió

mucho de su abuelo a través de su padre, hizo lo correcto. Presentar batalla por sorpresa con una estratagema, en vez de escapar como un cobarde, que era lo que esperaba Ibn Hud, infló su ejército como una vejiga haciendo subir a los peones a los burros y las mulas, atacando al enemigo por sorpresa, paralizado por el miedo viendo llegar aquella sorprendente nube de soldados a caballo con Álvaro de portaestandarte al frente, ondeando la enseña de Castilla igual que hizo Álvaro Pérez de Lara en la batalla de Las Navas de Tolosa cuando nuestro abuelo derrotó al Miramamolín. ¿Sabes por qué venció nuestro abuelo? Porque sabía que el Miramamolín tenía miedo y estaba paralizado y encastillado en el Palenque detrás de aquella muralla de soldados negros que tenían que morir para poder salvarle la vida. Por eso salió huyendo con vergüenza y deshonor montado en una yegua, cosa impropia de su condición. El miedo es el padre de la derrota y la osadía y el talento, las madres de la victoria, hermano.

La reina doña Berenguela estaba dividida porque entendía el enojo de Fernando y la angustia y el sufrimiento de su hijo Alfonso. Este era como era y pensaba de aquel modo, porque ella era la responsable de que no hubiera sido educado para la guerra, sino para disfrutar de la vida de modo que nunca tuviera la tentación de hacer sombra a su hermano o de sublevarse para ocupar su sitio, pero no podía salir en su defensa porque era humillarle más todavía.

El rey don Fernando estaba fuera de sus casillas y para dar fuerza a sus argumentos implicó al obispo palentino, que estaba desconcertado porque era inusual que alguien de la familia real cuestionara con tanta crudeza los hechos de aquella cruzada.

—Tengo o no tengo razón, ¿monseñor? ¿No es cierto que el papa considera que esta cruzada nuestra es una guerra santa y así se manifiesta en la bula de nuestro primado el obispo de Toledo, que es el primero en la guerra y en la paz y él mismo ha concedido indulgencias plenarias que aseguran el cielo a los cristianos que bajo mi mando o el suyo mueran en combate?

—Y el infierno interior a los que sobrevivimos con las manos manchadas de sangre inocente —balbuceó el infante sin que nadie le oyera.

—Alfonso, hijo mío, esta es una guerra justa —intervino el prelado—, y como tal se está llevando a cabo desde que los infieles entraron en Hispania, se apoderaron de nuestra tierra, destruyeron nuestros templos y persiguieron nuestra religión. Ellos vinieron de lejos y nos declararon la guerra perpetua si no nos convertíamos a la suya. Desde entonces hasta ahora no hay paz para los cristianos. Debes saber que ellos siempre están en guerra. Pueden firmar treguas cuando les conviene o si se sienten débiles. Pero eso no es la paz verdadera que sale del corazón, sino ausencia momentánea de combates, que regresarán inexorablemente cuando vuelvan a sentirse con fuerzas para derrotarnos.

—Tiene razón monseñor, hijo mío. Esta es una guerra justa. Justa y larga, casi eterna diría yo, pero, ahora que se han unido los reinos de León y de Castilla bajo el cetro de tu hermano y además andan divididos entre ellos, estamos a punto de ganarla porque Dios lo quiere —justificó Berenguela.

—Dios no quiere la guerra, sino todo lo contrario, porque la guerra es un castigo divino por nuestros pecados. La guerra puede ser un mal necesario, pero no me habléis de guerras justas porque la guerra en sí misma es una gran injusticia y no solo para los que mueren o los que resultan mutilados, también para los que hieren o matan porque ellos también sufren la mutilación de sus sentimientos y de su alma. ¿O los que mueren no son también personas de carne y hueso que tienen hijos, padres o hermanos? La guerra solo apareja odio y destrucción, lo demás son solo doctrinas —argumentó Alfonso, al que se le había soltado la lengua porque estaba bebiendo más de la cuenta.

—¿Doctrinas dices, Alfonso? Claro que son doctrinas —exclamó don Tello Téllez. Todos miraban expectantes al obispo que, engolando la voz y adoptando el mismo ademán profesoral que utilizaba cuando enseñaba patrística y teología desde su cátedra en los Estudios Generales de Palencia, se había puesto en pie para dar más énfasis a sus palabras—. Nada menos que San Agustín, uno de los más grandes padres de la Iglesia, es el gran defensor de la guerra justa. Pero pone tres condiciones para que así sea.

»“Que sea un príncipe la autoridad suprema bajo cuya autoridad y mandato se hace la guerra, porque una guerra no la puede hacer cualquiera”. Y este es el caso, porque esta guerra la dirige el rey vuestro hermano.

»“Que vengan por injurias; por ejemplo, si ha habido lugar para doblegar al pueblo o a la ciudad que descuida castigar el atropello cometido por los suyos o restituir lo que ha sido injustamente robado”. ¿Te parece que hay mayor injuria que robar sus tierras y su religión a una nación entera?

»Finalmente dice San Agustín: “Que sea recta la intención de quienes la realizan; es decir, que tengan una intención encaminada a promover el bien o a evitar el mal. Por ello entre los verdaderos adoradores de Dios, las mismas guerras son pacíficas, pues se promueven no por codicia o crueldad, sino por deseo de paz, para frenar a los malos y favorecer a los buenos”. Supongo que esto último no te planteará la menor duda, ¿verdad, Alfonso?

De este modo concluyó el obispo, sentándose satisfecho al ver la mirada de aprobación y la sonrisa complacida que le dedicó el rey don Fernando.

—Entiendo vuestros argumentos, don Tello. ¿Quién soy yo para llevarle la contraria a San Agustín y mucho menos para negar la autoridad del rey mi hermano? No pido que nadie me devuelva el apetito, porque con lo poco que me llevo a la boca me basta, pero necesito descansar en paz para salir de este

infierno, porque ¿quién acude en mi socorro en la oscuridad de la noche y en el tormento de mis sueños y expulsa de mi lado a los hombres, mujeres y niños que me suplican clemencia cuando los degollamos? ¿Me escucharán y cerrarán los ojos cuando los enumere los argumentos de San Agustín acerca de las guerras justas? ¿Me dejarán en paz de una vez o me acosarán una noche tras otra hasta que la tierra cubra mi cuerpo como hizo con el de ellos?

Después del desahogo del infante don Alfonso, se hizo un silencio clamoroso que nadie osaba romper. El prelado no sabía qué contestar, doña Berenguela se sentía desolada viendo el sufrimiento de su hijo, pero el rey, que estaba muy contrariado por los derrotos que había tomado la conversación, se revolvía inquieto en su sitio y ni hablaba ni tampoco probaba bocado. Finalmente explotó:

—O sea, que, según tu teoría, yo, que creo firmemente que soy un soldado de Cristo, porque el apóstol Santiago me ha nombrado su alférez, que Nuestro Señor me ha enviado a este mundo y me ha regalado dos reinos, que el papa me los ha confirmado y ha proclamado la cruzada para defender nuestra fe verdadera, salvar nuestra religión y nuestro pueblo de los ataques de los infieles... Yo, Fernando, hijo de Berenguela y nieto del gran y noble rey Alfonso, en vez de acabar lo que él empezó con gran riesgo y esfuerzo en Las Navas de Tolosa para expulsar a los infieles de nuestras tierras, me tengo que acercar desarmado a Sevilla a implorar perdón al miserable de Ibn Hud, que ha exterminado muchos miles de musulmanes, hombres, mujeres y niños también, porque eran del bando de los almohades, para pedirle perdón por nuestras victorias y devolverle todos los castillos y tierras que hemos recuperado con la ayuda del apóstol Santiago los últimos años y suplicarle que tenga a bien firmar unas treguas duraderas... ¿Es eso lo que tengo que hacer para que tú duermas a pierna suelta?

Entonces intervino la reina Berenguela, que entendía perfectamente cómo se sentía su hijo Alfonso.

—Tampoco es eso, Fernando. Tu hermano ni come ni duerme a causa de sus sueños turbadores. A mí también me afligen y atribulan de vez en cuando. Sabes bien que nadie es dueño de sus sueños. Recuerda tus pesadillas cuando eras niño. Temblabas de miedo cuando soñabas que venía a buscarte tu padre y te llevaba lejos de nosotros y no me quedaba más remedio que llevarte conmigo a la cama y tenerte bien apretado contra mi pecho para que durmieras arrullado por los latidos de mi corazón.

—Se me ocurre una solución para el problema de Alfonso —exclamó el rey con sarcasmo—. Si no puede dormir, que beba, y que beba mucho como está haciendo ahora, pero que lo haga antes de acostarse. Yo buscaré para él los

mejores vinos de Castilla y prometo que no faltarán nunca en su mesa ni junto a la cama. Estoy seguro de que ellos le darán el consuelo que ni San Agustín ni nosotros hemos podido suministrarle, y si no le dan el consuelo, al menos que le proporcionen el olvido de sus fantasías.

—Dichoso tú, Fernando, y dichosos nosotros que tenemos un rey formidable, que gracias a sus virtudes es grato a Nuestro Señor. Desde los cielos donde mora con los ángeles y los arcángeles Él te bendice, otorga clarividencia a tu cabeza y ordena al apóstol que, si por ventura te acomete el miedo, cosa que no creo que ocurra, infunda valor a tu corazón y preste fuerza a tu brazo para derrotar a los infieles... —respondió Alfonso, poniéndose en pie y tambaleándose y levantando su copa en dirección a su hermano para que todos brindaran con él.

Estas vehementes e inesperadas palabras de Alfonso dejaron en suspenso a los comensales, que no sabían muy bien qué hacer, pero siguieron el ejemplo de Berenguela, que, no queriendo dejar en ridículo a su hijo Alfonso ni desairar al rey, tomó del brazo al obispo y juntos se pusieron en pie y levantaron su copa guardando silencio y expectantes por ver cómo acababa el sorprendente discurso.

—... Acepto el consejo de mi señor y espero el regalo de mi hermano. El vino alegra la existencia y es buen compañero de la música y la poesía para aliviar la tristeza de los corazones. Espero ansioso que con el vino venga a mí el apóstol Santiago una noche de estas y, aunque no me nombre alférez suyo, me deslumbre con su fulgor rodeando mi cabeza de estrellas para que no vea a los espectros que me torturan. Y deseo también que el vino me traiga la tranquilidad del alma con un toque de las manos de Nuestro Señor, que curaba a los enfermos y devolvía a los ciegos la vista, porque, como bien sabe el señor obispo, que nuestro Dios es justo y misericordioso y de quererlo, podría depositar sobre mis cansados párpados un sueño reparador. Pero si ellos no acuden a la llamada del vino, y si a ti no te importa, a partir de esta noche me acurrucaré en los brazos de nuestra madre y dormiré apaciblemente acunado por los latidos de su corazón, no sin antes levantar como ahora mi copa, que tendré junto al lecho, y vitorear repetidas veces al rey don Fernando, que nos traerá la victoria sobre los sarracenos. ¡Viva mi hermano, el rey don Fernando! ¡Viva el rey de Castilla y de Toledo, de León, de Galicia y de Baeza... de Córdoba, de Jaén y de Sevilla y de todos los reinos que nos faltan por conquistar!

\* \* \*

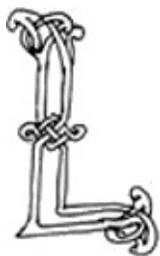
Tal como había previsto el rey de Castilla y León, diversos notables de Al-

Ándalus se convirtieron en reyezuelos oponiéndose a Ibn Hud. El primero en proclamarse rey fue Ibn Nasr el Rojo, que se sublevó en Arjona en la primavera de 1232 y recibió la adhesión de Jaén y de Córdoba. Enseguida le apoyó su tío Yahya, que hizo lo mismo en las Alpujarras granadinas. También se sublevó Córdoba, pero fue recuperada por Ibn Hud, que, sin embargo, no consiguió hacerse con Sevilla y Carmona, que proclamaron emir a Abu Marwan.

Aquel año, después de celebrar la Navidad con su familia en Toledo, aprovechando las divisiones del enemigo, el rey don Fernando no quiso esperar hasta la primavera y dispuso la salida de su ejército hacia Andalucía para conquistar la ciudad de Úbeda. Aunque devastada en 1212 a raíz de la batalla de Las Navas de Tolosa, había sido reconstruida y fuertemente reforzadas sus defensas por los supervivientes. Enclavada junto a Baeza, dificultaba las comunicaciones de esta con Cazorla y Quesada, que estaban también en poder de los cristianos desde hacía unos pocos años.

Pasado medio año de asedio, los defensores de Úbeda, viendo que escaseaban los alimentos y que Ibn Hud no atendía su petición de socorro, iniciaron conversaciones con el rey para ultimar la rendición. Capitularon con la condición de que se respetaran sus vidas, llevándose consigo todos los muebles, enseres y objetos de que fueran capaces. Después de reforzar sus defensas y abastecer la ciudad, el rey regresó a Castilla, tras acordar unas treguas con Ibn Hud en las que este se comprometía a pagar mil dinares diarios.

Después de algunas traiciones y asesinatos y muchos combates entre los reyezuelos moros en el verano de 1234, Ibn Hud dominaba Córdoba y Sevilla e Ibn Nasr hacía lo propio con Arjona y Jaén. Para entonces Ibn Mahfuz ya se había rebelado en Niebla y, para evitar ser aplastado por Ibn Hud, que había sitiado la ciudad con sus tropas, se hizo vasallo del rey don Fernando, quien acudió con sus fuerzas a socorrerle.



Los hados conducen a su destino a quienes los aceptan y a los que se resisten los arrastran. «El designio de Dios es inescrutable. Nada podemos hacer contra su voluntad», solía afirmar Berenguela ante una fatalidad. Siendo ella la reina efectiva, doña Beatriz, la esposa del rey, había cumplido con creces lo que se esperaba de ella y de su matrimonio: dar al esposo una prole sana y abundante y unas relaciones muy provechosas para el reino de Castilla con la casa real de los Hohenstaufen, la amistad con Federico el emperador de los romanos, la dote del ducado de Suabia pendiente de materializar y la posibilidad de alejarse por una vez de la consanguinidad que para la Iglesia era una maldición que se extendía como la peste por todos los reinos de Hispania.

A mediados de otoño de 1235, los reyes Fernando y Beatriz, que recorrían el reino para asegurarse la presencia de las fuerzas concejiles de las ciudades en la próxima campaña en tierras de moros, hicieron un alto en la ciudad de León porque la reina, aunque le faltaba un mes para salir de cuentas, se sentía indispuesta. Como continuar el viaje hasta Zamora en aquellas condiciones podía ser peligroso, el monarca, confiado en la facilidad con que la reina traía hijos al mundo —ya habían tenido nueve—, siguió su periplo dejándola en el monasterio de San Isidoro, al cuidado de su corte y su médico, asistido por tres comadronas con hábito blanco.

Al cabo de unos días de completo reposo rompió aguas, pero como no terminaba de dilatar, el parto fue largo y dificultoso en extremo. La reina estaba extenuada y la criatura, una niña a la que bautizaron *in extremis* con el nombre de María, murió al poco de nacer. No tuvieron que moverla de aquel lugar, porque el recorrido que hizo en esta vida no pudo ser más corto. Nació, murió y

la enterraron en San Isidoro.

Aunque había pasado ya una semana, Beatriz no se había repuesto del todo porque tenía algo de fiebre, pero se empeñó en acercarse a Salamanca para estar junto a su marido. Llegó a Toro por la fiesta de Todos los Santos. Precisamente de aquella misma ciudad había salido la reina Berenguela cuando, antes de llegar a Salamanca, alumbró con toda facilidad a Fernando en Peleas de Arriba, en un claro del monte junto a un arroyo, lo que dio lugar al sobrenombre de Montesino.

Mientras Alfonso, el primogénito y heredero, acompañaba al rey en su gira, Fadrique se quedó junto a su madre y también el hermano del monarca, que había recibido el encargo de cuidar a doña Beatriz en aquellas circunstancias.

La preocupación de don Alfonso crecía a medida que avanzaba la fiebre de su cuñada, que estaba albergada en la colegiata. Todo estaba transcurriendo muy deprisa.

Comoquiera que la fiebre iba en aumento y la reina empezaba a delirar, el médico mandó entrar a los familiares más cercanos.

—Estamos en manos de Dios. Yo ya no puedo hacer nada por ella.

Al sentir que Alfonso le tomaba la mano para comprobar el pulso y le ponía la mano en la frente, la mujer abrió los ojos y dijo con un hilillo de voz:

—Alfonso mío... mío cuñado. Quiero a Friedrich. Que venga Friedrich.

Entró Fadrique asustado y oyó decir a su madre:

—Tú serás emperador. Suabia *ist für dich. Meine Liebe* Alfonso, promete cuidar mucho mis hijos y rezar mucho para mí a Dios. Adiós.

Murió al instante, teniendo a Fadrique agarrado de su mano, que pronto se quedó fría. Él era el favorito de su madre y siempre había estado apegado a ella, pensaba que ella era inmortal. Ante el increíble e inesperado suceso, él, que solo tenía siete años, fraguó como el yeso, de tal modo que le era imposible mudar el gesto de estupefacción, e incapaz de articular palabra o de verter una sola lágrima por su madre, dejó que la pena y el dolor que no salían por fuera le corroyeran por dentro.

Al contrario que él, su tío Alfonso, ante lo irreparable de aquella desgracia, se deshizo en lágrimas incontrolables como un torrente impetuoso que rompe una presa y anega y se lleva por delante todo lo que encuentra a su paso.

Cuando llegó la reina Berenguela, se sorprendió por la efusión de dolor de su hijo Alfonso, que siempre había escondido sus sentimientos detrás de un escudo de cínico humor y simulada desenvoltura. Como ya estaba de vuelta y había sido endurecida por las desgracias con que le había golpeado la vida, encajaba aquella tragedia sobrevenida como una de las amarguras que nos depara la existencia. Pero se quedó temerosa de que aquel golpe desestabilizara

la precaria salud y el ánimo quebradizo de su hijo Fernando. Ella era de una sinceridad pasmosa.

—Se nota que la querías.

—Mucho más de lo que me imaginaba. Desde el principio me hice cargo de su situación. Siempre supe a lo que venía y lo que se esperaba de ella. Honores de reina sin ser la reina verdadera, que eras tú por derecho... y por revés.

—Nunca se llamó a engaño, todo hay que decirlo. Eso quedó bien claro en el tratado matrimonial entre los Staufen y nosotros. Así lo admitió también Fernando desde el primer día.

—Siempre he tenido celos de Fernando, pero no porque llevara la corona sobre su cabeza, sino por su mujer —exclamó Alfonso—. Beatriz era una mujer extraordinaria, mucho mejor de lo que pensábamos, pero no ha tenido otra tarea que la de parir y parir y parir hasta reventar.

*En fuerte punto y en fuerte hora  
hizo Dios el mundo,  
después nos lo dejó.  
En un instante se llevó de aquí  
a la buena reina que vino de fuera.  
Yo os diré cuál, doña Beatriz,  
que no hizo Dios otra mejor ni tal  
ni en bondad sin par hallaría  
ningún hombre en el mundo por San María.*

Como si no hubiera escuchado el lamento de su hijo, Berenguela desgranó su discurso:

—¿Qué crees que hizo mi madre cuando empezó a estar encinta? Tener un hijo tras otro hasta los cuarenta y cuatro años, cuando nació el pobre Enrique. Unos se malograban dentro y otros se morían fuera, incluso teniendo edad de reinar, como mi pobre hermano Fernando, tan guapo, tan fuerte, tan inteligente y generoso. Secretos de Dios. Misterios de la vida y de la muerte. ¿Qué podemos hacer cuando nos sobrevienen? ¿Maldecir a Dios o acatar sus inescrutables designios? ¿De qué nos serviría tan blasfemo e inútil desahogo? ¿Acaso le damos gracias cuando disfrutamos de la dicha?

Alfonso se quedó pensando en las vueltas que da la vida: muerto el tío Fernando, que era el heredero, el trono fue para Enrique, y después del accidente de Enrique, el trono fue a parar a otro Fernando. Quién le iba a decir al abuelo

Alfonso que cinco años después de su muerte acabaría reinando su nieto Fernando, el que de niño tenía unas lombrices que le mataban y que solo sanó bebiendo agua de Oña.

—Yo creo que Beatriz era mayor que lo que nos dijeron, hijo, y por ello este parto que, como hemos visto, ya era de por sí peligroso para la criatura, lo era más para la madre, como desgraciadamente hemos podido comprobar.

—Es cierto lo que dices, madre, pero desde que vino a Castilla no ha dejado de estar encinta ni un año, ni tan siquiera un año. Y eso, una criatura tan delicada como ella no lo podía aguantar y menos a su edad, si es tan mayor como dices. Esa manía tuya de que Fernando no yaciera con otra que no fuera su esposa ha acabado con ella. ¡Si hasta a los campos se les deja algún año en barbecho para que reposen de las fatigas de las cosechas! ¿Acaso no merece un descanso también una reina? —Doña Berenguela sabía que su hijo necesitaba desahogarse y por eso le dejaba hablar a sus anchas—. Digo reina por costumbre, pero ella no ha sido reina de verdad, porque la reina has sido tú... Y no le has dejado sitio para ejercer y poco ha podido hacer para intentarlo, porque no quería estorbar y porque se ha pasado el tiempo gestando y pariendo. Como tu madre tardó en alumbrar un heredero, a Beatriz le metisteis prisa para que cumpliera esa tarea con creces.

—Cuando hombres y mujeres son jóvenes y sanos, no hace falta meteros prisa para hacer esas cosas, porque los hombres no pensáis en otra cosa.

—Mi hermano no le ha dado tiempo a recuperarse nunca. Yo creo que ni siquiera respetaba los tiempos de descanso que toda mujer necesita para rehacerse. Más nos hubiera valido que le hubieras buscado una buena amante para que se desfagara y de este modo dejarle un poco de tiempo a Beatriz para reponerse...

—¿Llenando la corte de bastardos como hizo tu padre?

—De eso ya me he ocupado yo, y parece que a ti nunca te ha preocupado en demasía. Cómo se nota que has preferido que yo corra detrás de las mujeres antes de que conspire detrás de la corona.

—Por la cuenta que nos ha tenido. Sabes de sobra que el adulterio humilla a la esposa y degrada al marido y si este es el rey, será un pésimo ejemplo a sus súbditos. Lo tuyo es diferente porque eres más de letras que de armas y como hermano del rey tienes otras obligaciones. Teníamos que compensarte de alguna manera el que no hayamos reservado ningún reino para ti. Y la verdad es que te has conformado con bien poco.

—Tú siempre has dicho que en esta familia los hombres somos muy fogosos.

—También lo decía mi madre refiriéndose a la suya. Ni los Plantagenet ni

los Aquitania ponían límites a sus bajos instintos y lo pagaron caro por ello. Sabes de sobra que Dios ha castigado a nuestra familia por sus excesos y que ha premiado a Fernando por sus virtudes. Mis antepasados terminaron en un monstruo como el tío Juan sin Tierra. Eso sin hablar del tío Ricardo... aunque no puedo creerme todo que decían de él los trovadores.

Como aquella conversación podía ser interminable, la reina Berenguela se hizo cargo de todo lo referido al traslado y al sepelio y pidió a su hijo Alfonso que saliera de inmediato en dirección a Salamanca en busca del rey para darle la infausta noticia antes de que le llegara por otro conducto.

\* \* \*

—Qué pronto habéis llegado —dijo el rey al verle—. ¿Niño o niña? —preguntó rutinariamente y ni siquiera se interesó por la madre de tan acostumbrado que estaba a que los partos de doña Beatriz fueran la cosa más natural del mundo. Y, como si tal cosa, siguió negociando con los representantes del concejo salmantino, tratando de vencer su resistencia de acceder a su petición de enviar al ejército más combatientes de los que habitualmente componían las fuerzas concejiles, ampliando a cuatro o cinco los tres meses de servicio para la inminente campaña bélica por Andalucía.

—Por esta vez pueden ir algunos efectivos más, pero nunca más de tres meses. Es lo que hacen todas las ciudades. Esa cifra es innegociable, majestad. Tienen que estar de vuelta para recoger las cosechas. Nos va la vida en ello.

El infante Alfonso veía que el monarca se había olvidado por completo de su presencia, de tan enfrascado como estaba en el reclutamiento de tropas. Al cabo de un rato, el rey se dio cuenta de que su hermano todavía seguía allí de pie, como atontado, sin saber qué decir ni qué hacer.

—¿Tienes algo más que decir? ¿Pasa algo? —preguntó Fernando distraídamente.

—Se les ha ido la vida en ello. A las dos, a la madre y a la hija.

Fernando le miró, pero no le escuchó, o no quiso escucharlo, porque lo que insinuaba su hermano era inverosímil. Al igual que le había ocurrido a Fadrique, en su cabeza tampoco cabía la posibilidad de que algo semejante pudiera ocurrirle a él; y menos ahora que, apaciguados los magnates de Haro y de Castro y comprometidas las fuerzas concejiles de León, Zamora, Benavente, Ledesma y Salamanca, estaba en condiciones de bajar hacia Al-Ándalus con fuerzas suficientes para asestar a los sarracenos el golpe definitivo.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que has oído, que han muerto Beatriz y la niña.

—Es imposible. Dios no me puede hacer a mí eso ahora precisamente. Es injusto. Soy el alférez del apóstol Santiago y el primer soldado de Nuestro Señor y estoy en medio de una batalla a muerte en defensa de su religión —se enojó—. Es injusto. No puede ser.

—Ya sabes lo que dice nuestra madre. Los designios del Señor son inescrutables y nosotros no somos nadie para pedirle cuentas. Y lo peor de todo es que no tenemos adónde acudir para pedirselas. Además, no serviría de nada, porque en casos como este se hace el sordo.

*Señor Dios Nuestro, ¿qué harás ahora,  
que destruyes el mundo en una hora?  
Porque si fuera vuestra madre,  
¿os llevaríais así  
a la mejor mujer que había  
y nunca hubo en este mundo desleal?  
Pensaste muy mal, porque  
cuando iba bien todo lo que había  
lo deshicisteis en un día.*

—Estás blasfemando.

—Lo he venido haciendo desde que salí de León y lo seguiré haciendo durante mucho tiempo, porque la pobre Beatriz no se merecía esto después de parir año tras año cumpliendo con su misión en este mundo —soltó de carrerilla Alfonso, que poco a poco se iba calentando, pero recordó la conversación con su madre y se dio cuenta de que se adentraba en terreno resbaladizo y que aquel momento era solo para la compasión y no para los reproches, porque sabiendo que entre la madre y la mujer le resolvían a su hermano los problemas del reino y del cuerpo, falto de uno de los dos apoyos se le estaba viniendo el mundo encima—. La muerte de Beatriz es una terrible pérdida para todos y todos estamos contigo y con tus hijos —se lamentó Alfonso—. Ahora toca honrarla como se merece y encargarse de las misas necesarias para que entre cuanto antes en el reino de los cielos, donde, a buen seguro, la estarán esperando los santos, los ángeles y todos los coros celestiales para darle el recibimiento que se merece.

***SEXTA PARTE***



**Córdoba. 1236**

mediados de enero de 1236, después de sepultar a su esposa doña Beatriz, el rey don Fernando acababa de regresar resfriado a Benavente y seguía examinando minuciosamente su conciencia preguntándose qué pecado había cometido para que Dios, que, por las gracias y mercedes que le concedía, parecía tenerle por hijo predilecto, le hubiera golpeado con su puño de hierro de manera inmisericorde, permitiendo que su mujer muriera entre grandes sufrimientos y llevándose con ella a la hija que acababa de nacer.

Para hallar consuelo en su desdicha y encontrar un poco de luz en su ceguera, abrió al azar la Biblia que siempre llevaba consigo y esto fue lo que se encontró:

*Aquel día hágase la tiniebla y la sombra mortal,  
caiga un nublado sobre él,  
le invada de súbito un eclipse  
a un hombre cuyo camino se ha borrado,  
y a quien Dios asedia por todas partes.  
No tengo calma, no tengo paz,  
no hallo descanso, solo la turbación me invade.*

«No se puede describir mejor el desierto en que me hallo, la soledad que me persigue y la desgana que me atenaza», pensó cuando le indicaron que ya podía sentarse a la mesa, cosa que hizo obedientemente, más por no desairar a sus

anfitriones y proporcionar un poco de calor a sus entumecidas extremidades, que alimento a su desconsolado estómago.

Todavía no había dado cuenta de la mitad de la ración del plato principal — un capón asado en salsa de cebolla, adornado con manzanas reinetas y ciruelas pasas, que había hecho la delicia del resto de los comensales y que él apenas había probado—, cuando se presentó de improviso un mensajero que llegaba exhausto y muerto de hambre y le entregó un escueto documento de parte de Ordoño Álvarez, un caballero del rey; visto el encabezamiento, procedió a leer en voz alta:

*¡Acudid en nuestro socorro, majestad! Hemos tomado por sorpresa el barrio de la Ajarquía de Córdoba con sus torres y los muros que lo rodean y también la puerta de Martos. Por vuestro servicio y por el honor de la fe cristiana, nos hemos expuesto a grandes peligros y hemos tomado por mano audaz la ocasión que ha propiciado Nuestro Señor. Esperamos que don Álvaro Pérez de Castro venga pronto en nuestra ayuda para reforzar nuestra posición y, cuando se corra la voz de lo ocurrido, hagan lo propio los freires de las órdenes militares y todas las fuerzas que puedan convocarse para que podamos entre todos apoderarnos de la ciudad de los califas.*

Cuando supo que los cristianos estaban en el interior de la ciudad de Córdoba, se le pasaron de pronto todos los males, se olvidó de sus pesares y dijo con gran contento:

—Sentad a este hombre a mi lado, y una vez que recobre el resuello y coma de mi plato y beba de mi copa, nos cuente punto por punto los pormenores del providencial suceso.

—Ha sido una casualidad y una suerte que aquel cautivo nos informara — exclamó el recién llegado.

—¿Qué cautivo y de qué informó?

—Uno de los que andaba por los campos de Córdoba cuando los apresamos los caballeros de la frontera en el transcurso de nuestra cabalgada.

—Decidnos vuestro nombre primero y exponednos la situación en Córdoba.

—Me llamo Álvaro Colodro y hablo el árabe como cualquier sarraceno.

—Dejadle a este buen hombre que enhebre el relato en castellano lo más aprisa que pueda para poder decidir sin demora lo que procede hacer en una situación como esta —terció el rey.

—Aprehendimos al moro y a toda su familia junto con algunos otros más que andaban cerca de ellos en el campo. El cautivo, temeroso de los males que podía acarrearle a la familia si no colaboraba, nos informó de que los defensores

de la ciudad, confiada en la fortaleza de sus murallas, habían descuidado la vigilancia pensando que nunca nos atreveríamos a ir de frente contra ellos para no repetir el fracaso del cerco a Jaén. También nos dijo que si dejábamos libre a su familia, él mismo pondría escalas en el muro.

En aquel salón respiraba el silencio, solo roto por las toses y los estornudos del rey, nadie probaba bocado y todos bebían con avidez las palabras del mensajero, que además hablaba con los ojos.

—Sin dudarle un instante, nos pusimos a hacer escaleras y a preparar el asalto, esperando que llegara una noche desapacible y oscura. En estas estábamos cuando nos envió el cielo a Martín Ruiz Argote y Pedro Ruiz Tafur, un hermano de don Álvaro Pérez de Castro. A Tafur le dijimos que fuese corriendo en busca de su hermano, que se encontraba en Martos, y le contara nuestros planes para que acudiera a Córdoba con sus tropas lo antes posible.

Don Fernando, olvidando momentáneamente la desgracia sobrevenida, bebía literalmente las palabras del mensajero.

—Llovía mucho el día de Nochebuena y la noche era oscura como la boca del lobo. Ahora o nunca —nos dijimos—, saliendo de nuestros escondrijos y gateando hasta llegar a los muros. No se sentía ni un alma. Se ve que los guardias se protegían de la lluvia y del frío mientras recorríamos por abajo las torres y los muros, lo que nos llenó de contento. La noche era propicia y teníamos muchas horas por delante. Suponíamos que arriba nos estaría esperando el cautivo con escalas por la cuenta que le tenía a su familia. —Colodro hizo una breve pausa para beber un buen trago de vino y, consciente de la impaciencia del rey, continuó—: Llegó la hora y a una señal de nuestro adalid, Domingo Muñoz, nos agrupamos a su alrededor. Como no había un clérigo para confesarnos, hizo el sermón y la arenga todo junto: «Ya que aquí estamos, hagamos la señal de la cruz y encomendémonos a Dios y a Santa María y también al apóstol Santiago». Luego que nos santiguamos todos y rezamos un padrenuestro, dijo Domingo: «Ahora que hemos rezado, tenemos que acabar este negocio porque hemos venido en servicio de Dios y Él nos ayudará en lo que hayamos menester. Si el cautivo no nos echa las escalas de cuerda, pongamos estas que hemos hecho de madera y, si no alcanzan, atémoslas de dos en dos con cuerdas bien prietas para que no desmayen en el aire. Los primeros que suban que se apoderen de la primera torre y echen escalas para que la gente que esté abajo se junte con ellos».

Sujetando las bridas de su impaciencia, ni el rey ni sus acompañantes osaban interrumpir a Colodro, que alargaba cuanto podía el relato para disfrutar de su protagonismo y apurar el contenido de la jarra de vino.

—Los primeros que trepamos por las escaleras fuimos mi compadre Benito

de Baños y este que os habla de milagro, más algunos otros que nos siguieron y se llegaron hasta arriba del todo. Todos vestidos a usanza de los moros. En la torre había cuatro de ellos, que se despertaron sorprendidos y al vernos nos preguntaron qué hacíamos allí a aquellas horas. Respondí en árabe que, como la noche era inclemente, veníamos a reforzar las guardias para comprobar que estaban en su sitio vigilando. Entonces me reconoció el moro de marras y me habló al oído para decirme que no había podido echarnos las escalas, pero que el resto de sus compañeros dormían y que podíamos entre nosotros agarrarlos y tirarlos de la torre. El moro y los otros me siguieron y los centinelas volaron por los aires.

El rey encontraba mucha fantasía en la historia y además no entendía qué demonios hacía el cautivo formando parte de la guardia, pero no osaba interrumpir a Colodro para no dilatar más su discurso y, al ver que el mensajero iba y venía del relato a la jarra y de la jarra al relato y alargaba este en demasía, receló que aquello no fuera una invención del sujeto. Temeroso de que la narración se prolongara en demasía y Colodro terminara por olvidar lo acontecido, dijo con voz firme pero calmada:

—Ya que habéis subido a las torres sin mayor contratiempo, no deis vueltas y revueltas con el relato, que podéis perderos en los recovecos de la muralla. Abreviad, señor Colodro, que el tiempo apremia porque, aunque vos estéis a salvo, sabemos que corren peligro vuestros compañeros.

El mensajero dio otro tiento a la jarra de vino sin separarse de ella y prosiguió:

—Cuando los compañeros que esperaban abajo sintieron que los moros se despeñaban desde la torre, treparon a esta por las escalas y avanzaron por las murallas tirando moros al vacío como si fueran pellejos de vino. De este modo, llegamos hasta la puerta de Martos, que también tomamos por sorpresa para que entrara Pedro Ruiz Tafur cabalgando con el resto de los nuestros. Para cuando amaneció, ya teníamos en nuestro poder las torres, los muros y todo el arrabal.

—Gran hazaña, vive Dios, espero que haya acabado tan bien como comenzó —exclamó el rey.

—Espero, esperamos todos que así sea, con la ayuda de su majestad, que no se ganó Zamora en una hora y Córdoba es mucho más grande que Zamora —apuntó Colodro, dando otro trago a la jarra para celebrarlo antes de seguir adelante con su relato—: Rezaron los muecines, se despertó la población del arrabal y, cuando vieron que los cristianos estábamos en las murallas y patrullando por las calles, salieron despavoridos de sus casas y perseguidos por los nuestros. Unos corrieron a refugiarse en la medina, que tiene su propia muralla, y otros se escabulleron por el resto de la ciudad tratando de salvar sus

vidas, cosa que algunos no lograron. Una vez que limpiamos el arrabal de sarracenos, cortamos las calles, salvo la mayor, que habíamos dejado expedita para que tuvieran por dónde escapar los rezagados y los desvalidos. No teníamos por qué matar a toda esa gente.

Colodro, que hablaba con la boca llena, le dio otro tiento a la jarra mientras observaba de reojo y muy complacido la avidez con que el rey y sus acompañantes seguían su discurso.

—Ahora empezaba lo peor. Teníamos el arrabal en nuestras manos, pero toda la ciudad se había levantado contra nosotros y eran tantos los moros que nos lanzaban flechas y piedras que casi se nubla el sol. En buen lío nos habíamos metido, porque no sabíamos cuánto podíamos aguantar y tampoco si otros cristianos venidos de lejos llegarían a tiempo para completar la conquista.

En aquel salón donde Colodro desgranaba su relato tampoco sabían si el narrador sería capaz de contar en qué había parado la insólita aventura antes de despachar la segunda jarra de vino que habían puesto a su alcance una vez que había dado cuenta de la primera.

—¿Por dónde iba? —preguntó Colodro—. ¡Ah, sí! Visto que aquello se ponía muy negro, Ordoño Álvarez nos llamó a mí y a mi compadre y nos dijo: «Vosotros que subisteis los primeros tenéis que dar cuenta del suceso a los nuestros para que vengan cuanto antes a terminar lo que con tan buen tino hemos comenzado. Colodro, tú que eres el que mejor cuentas las cosas y que ya has estado presente en lo más principal, vete a buscar al rey y le entregas esta carta de mi parte para que, si lo juzga oportuno, venga con todas sus fuerzas cuanto antes, y tú, Benito, corre a Martos y dile a Álvaro Pérez de Castro que se espabile si quiere volver a ver a su hermano con la cabeza sobre los hombros, que ya estamos dentro de los muros, pero los moros que nos rodean son muchos y bien armados. Después corred la voz por la frontera para que vengan caballeros y freires de todas partes a socorrernos». —Colodro miró la jarra de vino y concluyó—: Quiera Dios por el bien de mis compañeros y de la cristiandad que los refuerzos hayan llegado a tiempo, porque nuestros enemigos habían comenzado a incendiar nuestras barricadas para destruirlas y poder atacar con los caballos. Por eso don Ordoño Álvarez me pidió que os dijera que, por honor de la fe cristiana, nos hemos expuesto a un grave peligro para que toméis con mano audaz la ocasión con que el Señor os ha favorecido, y seáis ejemplo valiente para todos los que sepan lo que está ocurriendo en Córdoba.



El rey, que seguía con enorme atención el hilo del relato del mensajero, sintió que el destino, que había cortado el hilo de la vida de Beatriz, le estaba llamando a gritos desde Córdoba, y encendido por el relato de Colodro, que seguía abrazado a la jarra de vino, exclamó, dirigiéndose a su hermano Alfonso:

—¡Convoca en consejo a obispos y magnates del reino para escuchar sus consejos!

—Majestad, no parece oportuno aventurarse hasta Córdoba con estos temporales que se suceden uno tras otro, con esta ventisca y las lluvias que no cesan y por cuya causa los ríos se desbordan y los campos están anegados. La aspereza del invierno no es el momento más propicio para la guerra. Además, seguimos en tregua con Ibn Hud, y es orgullo de su majestad que las treguas se respeten escrupulosamente. Lamentamos que sin contar con el permiso del rey los asaltantes hayan actuado imprudentemente —argumentaron los partidarios de no acceder al socorro—. A estas horas sabe Dios lo que habrá sido de ellos y dónde estarán colgadas sus cabezas.

El rey don Fernando sabía que estaba en la encrucijada de su vida. Con el alma anegada por la desesperación y el vacío que le causaba la muerte de Beatriz y el desbordamiento de los ríos con que azotaba aquel invierno inclemente los caminos y campos de España, tenía que elegir entre cuidar el catarro que no se iba, quedándose prudentemente donde estaba, o arriesgarse temerariamente a salir a la intemperie y jugarse la salud y la vida en el camino o en la batalla para defender a los valientes compañeros de Colodro y agarrar por los pelos aquella oportunidad única de hacerse con Córdoba la soñada.

La discusión entre sus consejeros se oía a lo lejos como el murmullo de la lluvia que caía incesante en el patio de fuera, pero Fernando no escuchaba los argumentos a favor y en contra porque en su cabeza repicaban incesantemente las campanas de Compostela tocando a rebato. Aquella llamada del señor Santiago le hizo despertar de su ensoñación. Se levantó y, ante el asombro de todo el mundo porque era muy comedido en sus efusiones de afecto, se fue junto a Colodro, le subió junto a él a la mesa y le dio un efusivo abrazo, exclamando en tono exaltado:

—¡No hay tiempo que perder, caballeros! ¡Vayamos cuanto antes en su auxilio! No podemos permitir que esos valientes compañeros de Colodro perezcan sin recibir nuestra ayuda. ¡Enviemos de inmediato mensajeros a todas las villas y ciudades de Galicia, de León y de Castilla para que manden sus fuerzas a Córdoba! Tenemos una buena disculpa para atacar esa ciudad porque Ibn Hud hace tiempo que no paga lo convenido y ha convertido en papel mojado las treguas.

Había llegado el momento decisivo. Algo muy importante había cambiado dentro de él con la muerte de Beatriz, porque ignorar las prohibiciones de su madre, a la que tanto debía y temía, le excitaba tanto o más que arrostrar todos los peligros del mundo para conquistar el reino de Córdoba. No ignoraba que en Autillo había jurado que no tomaría ninguna decisión importante sin su consentimiento; por ello, debía comunicarle su voluntad de marchar a la conquista de Córdoba, porque, en cualquier caso, necesitaría de su ayuda.

—Mi hermano saldrá hacia León acompañado por Colodro para que le cuente a nuestra madre lo que ocurre en Córdoba y, como el tiempo apremia, que ella haga todo lo necesario para que no nos falten en ningún momento hombres, dineros y vituallas. Luego se nos unirá don Alfonso con muchos más caballeros para apretar el cerco al gran bastión de nuestros enemigos. ¡Ensillemos nuestros caballos, salgamos cuanto antes, porque Dios lo quiere y Santiago nos acompañará durante el camino! —exclamó el rey, arengando a los nobles y caballeros que le acompañaban.

Al día siguiente, un centenar de caballeros aparejaron sus monturas, siguieron la estela del rey y cabalgaron a toda prisa hacia el sur, luchando contra el inclemente invierno que sembraba el camino de peligros.

También trotan los pensamientos cuando se cabalga durante horas. El del rey alternaba los suyos entre el pasado y el futuro. Tan pronto pensaba en Beatriz como soñaba con Córdoba. A pesar de la lluvia y el viento, que en esta ocasión en vez de molestarle le estimulaban, por primera vez en muchos días había vuelto a respirar hondo y, de este modo, a recobrar las ganas de vivir. Ya no necesitaba lamentarse por la muerte de su esposa. Ella no le estaría esperando

nunca más a su regreso, pero en cambio Córdoba... la añorada y deseada, la soñada Córdoba, si todo salía como esperaba, pondría a sus pies todas sus maravillas tantas veces imaginadas. Sobre todo la mezquita que había recorrido con Alfonso en sus sueños.

De la noche a la mañana el rey don Fernando había renacido de sus cenizas. Pensando en su difunta esposa, daba lo perdido por pasado y aceptaba resignado los designios de la Providencia. En un descanso en el camino se entretuvo en repasar la Biblia durante un rato, yendo a parar de nuevo al libro de Job.

*Y Yahvé bendijo la nueva condición de Job  
aún más que la anterior.  
Llegó a poseer catorce mil ovejas y seis mil camellos,  
mil yuntas de bueyes y mil asnas.  
Tuvo además catorce hijos y tres hijas.  
No había en todo aquel país  
mujeres tan hermosas como las hijas de Job.*

«¿Serán tan hermosas las mujeres de los palacios del rey como dicen en los cuentos? —pensó Fernando, imaginando velos y bailarinas, danzas y contorsionistas como las de los capiteles, perfumes y músicas, canciones y almohadones entre fuentes y jardines. Y camellos... muchos camellos—. ¿Camellos para qué? Que se quede el santo Job con los seis mil camellos, que yo me conformo con casar a todas mis hijas en la mezquita de Córdoba convertida en catedral con los príncipes más nobles y poderosos del mundo».

\* \* \*

También cabalgó hacia León el infante don Alfonso llevando consigo a Colodro, porque no encontraba otro modo de hacer creíble la decisión de Fernando de partir hacia el sur con aquellas prisas y aquel temporal.

Llegaron ya entrada la noche a León. Aunque doña Berenguela todavía no estaba dormida, se asustó nada más verlos porque, a pesar de las rarezas de su hijo, no se esperaba ni por lo más remoto su llegada en compañía de aquel sujeto con aspecto de mendigo.

—Madre, este es Colodro, que ha llegado de Córdoba y tiene que contarte una cosa de mucha importancia.

—Y tú llegas de León trayendo a Colodro sin avisar. Pues si va camino de

Compostela, debería albergarse en el hospital de peregrinos.

—Si no tienes inconveniente, se queda con nosotros y mañana te cuenta lo de Córdoba.

—Hijo mío, te conozco muy bien, tú me ocultas algo y por eso traes contigo a este Colodro. ¿Venís huyendo por alguna fechoría? Dime por derecho lo que está pasando y después dejaremos que tu acompañante tome la palabra.

—Fernando ha salido de Benavente con cien caballeros a la conquista de Córdoba.

—¿En serio?

—Como que me llamo Alfonso y soy hermano del fugitivo.

—¿Y lo ha hecho sin mi consentimiento y con este temporal de viento y lluvias? No me lo puedo creer. Se ha vuelto loco de repente.

—Loco estaba desde que murió Beatriz. Que ni comía ni dormía pensando que Dios le había dejado de su mano. Pero desde que nos contó Colodro lo de Córdoba, ha dejado de estar mustio y ha vuelto a ser el de siempre, pero con más bríos.

—Después de lo que me dices, quiero que Colodro me cuente lo de Córdoba ahora mismo, que mañana a lo mejor no estoy para cuentos.

—Manda que le traigan algo de comer y una jarra de buen vino, que tiene la boca seca.

A la vez que la reina, se habían levantado sus damas de compañía y diversas doncellas al servicio de la corte, dispuestas a servir a los visitantes, porque enseguida se había corrido la voz de que el infante don Alfonso se había presentado en palacio con un sujeto con aspecto de mendigo que había venido peregrinando desde Córdoba.

Así que se vio Colodro rodeado de tantas damas principales y hermosas como nunca en su vida había visto y que era el centro de atención de la reina y de toda su corte de féminas, comenzó su narración dispuesto a servir entretenimiento en bandeja a aquellas bellezas tan cumplidas y que tan bien olían. Ocupando el centro de la escena y con gran habilidad, mudó el relato a su antojo, convirtiéndose en el protagonista principal del acontecimiento objeto de su disertación.

Empezó contando que se hallaba allí presente porque había sido el principal protagonista del suceso gracias a un dominio tal de la algarabía que le sirvió para confundir al enemigo y que se bastó por sí solo, con unos pocos compañeros, para arrojar decenas de moros desde las murallas al foso. De este modo, en un visto y no visto, desembarazaron de sarracenos torres y murallas y colocaron escalas suficientes para que treparan por ellas el resto de los cristianos. Había que verle en compañía del apóstol Santiago dando mandobles a diestro y

siniestro, colocando barricadas, incendiando casas, cortando cabezas y repeliendo embestidas de moros para abrir a toda prisa las puertas de la muralla y dar paso a los caballeros cristianos, hecho lo cual salieron corriendo a contar la buena nueva y en busca de ayuda.

—Cesen las risas y los aplausos, despejen de inmediato la estancia y pelen, despiojen, bañen, vistan y den algo de comer a este caballero cristiano, que bien se lo merece por sus gloriosas hazañas en Córdoba. Sosiéguese todo el mundo mientras tanto y hágase el silencio en palacio, que mi hijo y yo misma tenemos mucho que platicar a solas —pidió la reina.

Cuando por fin se quedaron a solas, Berenguela pudo hablar con calma con su hijo Alfonso.

—¡Hijo mío! Si, tal como dices, Fernando ha creído a pies juntillas los disparates que cuenta este mentecato, es que verdaderamente está loco de remate. Tiene que estarlo de fijo porque es la primera vez que olvida que yo, su madre, soy correinante y no puede empezar una guerra sin mi consentimiento, violando el acuerdo que firmamos en Autillo de Campos, que decía todo lo contrario. Para más inri, estando en tregua con Ibn Hud, que es nuestro aliado y casi nuestro vasallo y haciendo caso a un borracho fantasioso, deja su reino empantanado y se marcha hacia Córdoba con solo cien caballeros con ánimo de conquistar una de las mayores ciudades de Hispania. Y además, con el frío que hace y el agua que está cayendo y la que puede caer con todo el invierno por delante, está poniendo en grave riesgo la poca salud que tiene, que, si Dios no lo remedia, de esta puede morir de una pulmonía antes de llegar al Guadalquivir.

Alfonso callaba y asentía con la cabeza porque todo lo que decía su madre era sensato y razonable.

—¿Qué has hecho tú para disuadirle, mentecato? —le recriminó furiosa, saliéndose de madre como los ríos aquellos días, porque nunca le había llamado mentecato—. La salud de tu hermano es tan frágil como una copa de cristal y es el bien máspreciado de nuestro reino. ¿A quién se le ocurre dejarle partir con este temporal? Tenías que haberle sujetado, aunque fuera por los pelos, que para eso eres el guardián de tu hermano.

—Ya sabes lo terco que es cuando se le mete una cosa en la cabeza.

—¿Pero le has dicho algo?

—Lo del frío invierno y que, en caso de ir, que fuera bien abrigado, que mude su ropa en cuanto llegara a un lugar propicio para el descanso.

Berenguela estaba desolada. Ya nada sería igual porque Fernando y ella ya no eran uña y carne. Por primera vez, su hijo, poniendo en peligro su vida, cortaba el hilo que los unía como un cordón umbilical, ignorando el juramento de Autillo.

—¿Pero adónde va a llegar ese pobre hijo mío, si los ríos están desbordados, y esto no tiene pinta de que escampe? ¿No habéis pensado en la posibilidad de que este Colodro sea un farsante y que nos esté tendiendo una emboscada?

—Es imposible, traía una carta de Ordoño Álvarez, caballero de la guardia del rey, que empieza así: «¡Acudid en nuestro socorro, majestad! Hemos tomado por sorpresa el barrio de la Ajarquía de Córdoba con sus torres y los muros que lo rodean y también la puerta de Martos...».

—¡Vaya! Esto que me has leído le da más credibilidad al cuento de Colodro. Pero ¿quién se cree que es ese Ordoño Álvarez para decidir por su cuenta tomar el barrio de la Ajarquía? El mundo al revés. Ahora son los guardias quienes deciden la estrategia de los reyes y los reyes los que se creen que, peregrinando con cuatro caballeros, se puede conquistar una ciudad tan enorme como Córdoba.

—De sobra sabes que lo más difícil que hay durante un asedio es abrir un boquete en las torres de las murallas. Se necesitan hombres, máquinas y tiempo para lograrlo. Habrá sido una casualidad o designios del Señor, pero en Córdoba ya no es preciso hacer un boquete o echar abajo una torre. Los cristianos estamos dentro, dominamos un trozo de muralla y un barrio entero y somos dueños de la puerta de Martos. Recuerda que no nos costó mucho hacernos con la ciudad de Baeza porque Al-Bayyasi nos había entregado previamente la alcazaba y éramos muy fuertes desde ella. Este es el mismo caso, tenemos que aprovecharlo del mismo modo. Mientras los sarracenos se organizan, estarán llegando cristianos de todas partes... Ahora queda conseguir la rendición de los cordobeses. No será fácil, pero ahora que Fernando está en camino, de nada sirve lamentarse y protestar, madre. Tenías que haber visto renacer a tu hijo de entre sus escombros dejando atrás penas y cavilaciones por la muerte de Beatriz, que le llevaban a la melancolía. Ahora lo que toca es enviarle lo que nos ha pedido y rezar para que le sigan caballeros de todos nuestros reinos.

—Puede que tengas razón... Y aunque no la tengas, eso es lo que nos pide el rey tu hermano. Por lo que a mí concierne, lo haré a conciencia, aunque sea muy a mi pesar. Pero tú no pierdas más tiempo. Mañana a primera hora sales corriendo con otros cien caballeros hacia Córdoba procurando llegar a la vez que tu hermano. Cuando las toses aprieten, hazte pasar por él poniéndote en su lugar tal como hiciste cuando le coronamos rey en Valladolid. Que nadie se apercibió del engaño. Lleva contigo también a Colodro, que vas a necesitar de distracción durante el camino y durante el cerco de Córdoba, si las cosas transcurren la mitad de bien de lo que dice ese cuentista.

«Colodro necesitará que le atemos a la silla del caballo para no caerse,

porque mucho me temo que esta noche no va a pegar ojo el muy bandido», pensó la reina.

Cuando fueron en su busca, a la mañana siguiente, el aludido estaba irreconocible. Como le habían bañado, rasurado, rapado para despiojarle y vestido decentemente de los pies a la cabeza, estaba mucho más guapo y parecía mucho más joven. Al enterarse de que iba a volver de inmediato a Córdoba, le dijo a don Alfonso guiñando un ojo:

—¡Qué poco dura lo bueno, mi señor! Llegar y besar el santo, esto ha sido visto y no visto. Pero me he dado cuenta de que se vive mucho mejor gozando de las delicias de la corte y las caricias de las doncellas con las dulzuras que nos regalan que sufriendo asperezas y quebrantos en la guerra en medio de grandes peligros y penalidades.

—En eso estamos, Colodro, en eso estamos. Y llevamos ya muchos años en ello.

*Córdoba. 1236*

El rey don Fernando hizo un breve alto en Zamora para dirigirse a sus habitantes, a los que informó de los sucesos de Córdoba, y después arengó a los caballeros reunidos a su alrededor: «Si alguno es mi amigo y fiel vasallo, sígame». Inmediatamente se puso en camino a Salamanca para incrementar el número de sus caballeros y convencer a las fuerzas concejiles de la conveniencia de salir lo antes posible hacia Córdoba.

Apenas paró en Ciudad Rodrigo y en Alcántara, después atravesó con su pequeño ejército el Guadiana en barca por Medellín. Pasó por Magacela y se llegó a Benquerencia, donde acamparon a sus afueras junto a un arroyo. Su alcaide y la población musulmana, temerosos de sufrir un ataque para el que no estaban preparados, suministraron, además de carne, pan y vino para la tropa, pienso y cebada para las caballerías.

Don Fernando se alegró mucho cuando vio que el tiempo había mejorado tan pronto como atravesaron la sierra de Dos Hermanas porque, a pesar del frío y de la lluvia pertinaz que los había perseguido durante todo el trayecto, no concediéndoles descanso ni de día ni de noche, a través de una tierra inhóspita y desierta, y aunque los ríos se habían salido de madre y rebasado sus orillas y los caminos eran un lodazal intransitable, había curado completamente su catarro y, lleno de celo y entusiasmo, arribó el 7 de febrero a Córdoba con la alegría de ver ondeando al viento muchos pendones cristianos en las torres de las murallas.

Enseguida le informaron de que hacía días que habían llegado no solo don Álvaro Pérez de Castro, sino también los freires de las órdenes militares y los obispos de Cuenca y Baeza, que, con su presencia y las de sus respectivas tropas, habían reforzado las defensas de la Ajarquía.

Con él se presentó también su hermano Alfonso, que le había alcanzado al final del camino. Lo hizo acompañado por Colodro y un grupo de caballeros castellanos que habían reclutado al paso y que plantaron sus tiendas junto al puente de Alcolea. Poco a poco, fueron arribando los principales nobles y obispos de los reinos de Castilla y de León, que también llegaron a Córdoba casi al tiempo que lo hizo el rey.

Para hacerse notar, a medida que desde todos los rincones de los reinos de Castilla y de León iban compareciendo caballeros cristianos y fuerzas concejiles, desplegaban sus pendones y desfilaban con gran solemnidad. Antes de la parada militar, se unían a ellos astutamente buena parte de los hombres que cercaban la medina. Con esta estratagema engañaron a los sitiados, haciéndoles creer que un ejército cristiano nunca visto rodeaba la ciudad.

—Voy a mandar emisarios a Al-Ahmar, rey de Jaén, para proponerle una alianza contra Ibn Hud y evitar de este modo que pacten entre ellos y nos ataquen cada uno por un lado —dijo el rey don Fernando a su hermano nada más verle—. Estará encantado de sumarse a nosotros porque odia a los cordobeses desde que se sublevaron contra él y le quitaron el gobierno de la ciudad para entregárselo a Ibn Hud. Este reyezuelo, que se encontraba en Écija después de haber reunido una considerable tropa, escarmentado por la derrota de Jerez, decidió retirarse a Sevilla con la mayor parte de su ejército cuando le comunicaron sus espías que el ejército cristiano era muy superior al suyo y tenía al mando al rey don Fernando.

El acuerdo de Fernando con Al-Ahmar hizo claudicar a Ibn Hud, que pidió una tregua de seis años. Temeroso de verse atacado por dos flancos, se comprometió a pagarle cuarenta mil maravedís cada cuatro meses y a Al-Ahmar doce mil.

Cuando los cordobeses supieron que no podían esperar ninguna ayuda de Ibn Hud y que el rey cristiano había pactado con Al-Ahmar, decidieron resistir hasta la muerte, pero a medida que la tenaza del cerco se cerraba en torno a la ciudad y el hambre hacía estragos, cambiaron de opinión y propusieron al rey cristiano abandonar la ciudad con sus pertenencias. Si Fernando no aceptaba estas condiciones, destruirían el puente, la mezquita y el palacio, toda la seda venida de Siria, enterrarían el oro y la plata y, después, se recluirían en la mezquita e incendiarían esta, los palacios y toda la ciudad y perecerían todos en ella para vergüenza y deshonor del monarca.

A pesar de la opinión en contra de algunos nobles y caballeros que veían en Córdoba la posibilidad de hacerse con las enormes riquezas que se llevarían consigo los vencidos, el rey don Fernando se opuso tajantemente al ataque por sorpresa y el subsiguiente saqueo y pillaje.

—El verdadero tesoro no es el que quieren llevarse consigo los cordobeses. Es todo lo que dejarán a sus espaldas. Nuestro premio y nuestra gloria serán la posesión de semejante joya y no las bagatelas que porten con ellos para poder sobrevivir. —A pesar de algunos gestos de desaprobación entre los nobles y caballeros que le rodeaban, continuó con su exposición—: No nos debe cegar la codicia ni el deseo de revancha en un momento como este. No quiero que la historia me recuerde como el rey que destruyó la ciudad de Córdoba, ni el que saqueó la mezquita dejándola reducida a escombros, sino el que la salvó de la destrucción. Tampoco el que arruinó sus palacios y jardines. Si de la grandeza de Roma nos hablan ruinas de templos grandiosos y los puentes como el de Alcántara, que todavía nos permiten pasar por encima de caudalosos ríos, también las maravillas que vamos a encontrar en esta ciudad hablarán de nosotros en los siglos venideros y darán testimonio de lo grande que fue la hazaña de conquistarla sin destruirla; por ello, id en busca del guardián de la mezquita y del mayordomo de los palacios. Quiero tenerlos a nuestro servicio para que los cuiden y enseñen a nuestros hombres el mejor modo de copiar sus intrincados artesonados y preservar sus delicados jardines.

Para Fernando, Alfonso y todos los nobles y obispos que los acompañaban, el día 29 de junio de 1236 sería inolvidable porque en esa fecha entregó las llaves de la ciudad el gobernador Abu Hassan.

Lo primero que hizo el rey fue ordenar al maestro Lope de Fitero colocar la cruz, junto a la enseña real, en el punto más elevado de la mezquita.

El rey don Fernando miraba hacia arriba admirando la robustez de aquella edificación de cuatro siglos de antigüedad, formada por dos cuerpos levantados con sólidas hiladas de piedra caliza. El primero era una auténtica fortaleza y al segundo, de menor altura, le aligeraba en todo su perímetro la galería de arcos de un pabellón cubierto por cúpulas.

—Es justo y necesario que sepa vuestra majestad que la operación no está exenta de dificultades y hacen falta firmes andamiajes. De momento nos conformaremos con colocar la enseña y la cruz en el borde de la terraza, porque, sin armazones resistentes, no creo que se pueda llegar a la cúspide.

—He dicho en el punto más alto del alminar y es mi voluntad que se haga cuanto antes —exclamó el rey, fulminando con la mirada a Lope de Fitero.

—¿Cómo lo veis? —preguntó el infante don Alfonso a Colodro.

—¿Que cómo lo veo? —El interpelado miró hacia arriba, se rascó la cabeza y al cabo de unos instantes respondió—: ¡Eso está hecho! Mucho más difícil fue trepar por los muros en Córdoba lloviendo a mares y nos hicimos con la Ajarquía. Si me dais permiso y la enseña, montamos una cruz allá arriba y lo resuelvo yo en un santiamén con mis hombres, que están acostumbrados a

montar las máquinas de asedio. Lo que hay arriba me vale. Solo necesito unas cuñas, unos cuantos clavos, unas sogas, unos maderos y cola de conejo.

Alfonso se acercó a su hermano y le dijo al oído: «No te muevas de aquí, que esto está hecho. Conociendo a Colodro, o lo monta o se mata con tal de dar el espectáculo. Habiendo tanto público, es capaz de cualquier cosa».

Como el alminar tenía en su interior sendas escaleras comunicadas entre sí, Colodro decidió que por una se subiría y por la otra se bajaría para que nadie se estorbara.

Un clamoroso aplauso acogió a Colodro cuando apareció en la galería del segundo cuerpo del alminar, situado a cien pies de altura, ondeando con mucho brío la enseña del rey y desfilando cuatro veces por el perímetro de la galería. Durante todo el recorrido, le acompañaron el estruendo de la trompetería, el redoble de tambores y los cánticos de los enfervorizados espectadores, que, ávidos de fuertes emociones, clamaban al unísono: «¡Más arriba! ¡Más arriba!».

—Ahora viene lo peor, pero Colodro ni se lo piensa —le dijo Alfonso a su hermano.

De la semicúpula que emergía de la azotea, se elevaba un mástil puntiagudo de cobre en el que estaban ensartadas las tres bolas metálicas. A unos les parecían soles y a otros, granadas. Remataba la punta del mástil un lirio hexagonal de oro sobre el que había una granada pequeña también de oro que terminaba en punta. Cuando las limpiaban y pulían en otros tiempos, las esferas refulgían como el sol. Pero nada hacía adivinar a Colodro que bajo una capa de mugre y suciedad estaban el oro y la plata. Antes de trepar por las esferas, era preciso acceder a la cima de la cúpula central para llegar a la base del espetón que ensartaba las resbaladizas esferas de metal y alcanzar una tras otra hasta llegar a la granada de la cúspide.

—Si coloca la cruz cerca de la punta del espetón y no se mata al bajar, juro que le daré lo que me pida, aunque sea la mitad de mi reino. Y si se mata, presidiré el funeral que celebre el obispo en la catedral y le tendremos de cuerpo presente —dijo el rey en voz baja a su hermano.

«¡Más arribaaaaa! ¡Más arribaaaaa! ¡Coloodroooo! ¡Cooloodroooo!», gritaban desgañitándose los caballeros y los eclesiásticos, los nobles y los obispos, los arrieros y los escuderos, las cantineras y las prostitutas, los barberos y las verduleras, los herreros y los carpinteros, los mendigos y los ganapanes y toda la caterva de buscavidas y desarrapados que acompaña a la soldadesca en la guerra y sobre todo en la victoria.

El intrépido escalador, a pesar de la resbaladiza suciedad de la cúpula, trepó a cuatro patas gateando como una araña hasta la corona de aquel Gólgota donde estaba hincado.

Escondida tras una celosía del mirador de uno de los jardines del palacio, una furtiva mujer contemplaba con asombro las arriesgadas peripecias del osado escalador. «¡Se matará ese hombre, se matará si intenta subir hasta arriba! ¡Mejor será que lo deje si no quiere morir en el intento!».

«¡No tiene donde agarrarse! ¡Imposible sin andamios! ¡Resbalará en la primera granada!», se oía en voz baja en los corrillos. Se cortaba el silencio con un cuchillo cuando el aludido lanzó un lazo sobre su cabeza tratando de ensartarlo en la punta de la granada que coronaba el espetón.

Al tercer intento lo logró. Tensó la soga que se sujetaba en la alcachofa de la punta y empezó a trepar por el espetón hasta que rebasó la primera esfera.

En aquel instante el rey veía a Colodro a la conquista de los cielos, pero lo tenía muy difícil. Si se apoyaba en la primera bola, podría conquistar la siguiente, que era Jaén, y apoyándose en Jaén, tendría a Sevilla a su alcance. Córdoba, Sevilla y Jaén, la trinidad de las ciudades de Andalucía. Aquella curiosa reflexión se convirtió en superstición y le hizo ver que su suerte estaba ligada por un vástago a la de Colodro como las bolas del alminar entre ellas y por un instante pensó que él se moriría si Colodro se mataba. Se quedó pálido y sintió vértigo.

La mujer de la celosía cordobesa no daba crédito a lo que veía. Aquel muchacho que quería juntar el cielo y la tierra o era un superhombre o era un insensato, pero estaba a punto de lograrlo. «A lo mejor no se mata y sobrevive. De todas formas me gustaría conocerlo», pensó.

El aludido seguía a lo suyo, pero ya casi sin fuerzas. Sin tomar aliento, hizo la misma maniobra y rebasó la segunda esfera y poco después la tercera. Allí se detuvo para mirar a la multitud y en medio de un silencio de desierto trepó por la aguja como hacen los mancebos cuando ascienden a las cucañas. Solo le faltaba coronar el espetón con el travesaño a cuestas sin un cirineo que le echara una mano para socorrerle.

—No tendrá fuerzas para sujetarse —musitó Alfonso, convencido de que aquel espectáculo acabaría en tragedia, mientras el escalador, a ciento cincuenta pies de altura, sujeto solamente con las piernas, aseguraba con la soga su tronco al vástago y dejaba caer el cabo para que sus compañeros ataran a él el madero de la cruz.

Ya estaba arriba el leño, liberado de la soga y abrazado por Colodro, que, haciendo un esfuerzo descomunal, lo colocó en posición horizontal dilapidando sus últimas fuerzas. Viéndose perdido, se encomendó al apóstol Santiago. En la explanada hubo una oleada de estremecimiento cuando pareció que con los brazos extendidos estaba clavado en una cruz. Entonces resplandecieron como soles las esferas de oro, plata y oro, cuyos fulgores, al igual que los espejos,

reflejaron los rayos del sol, cegando a todos los que contemplaban aquel prodigio.

Viendo que Colodro desmayaba a causa de su titánico esfuerzo, aparecieron cuatro ángeles. El primero, vestido de azul, le agarró por las axilas para sostenerle, los dos que iban de rosa le sujetaron al madero por los extremos y el cuarto, que vestía de color morado, anudó el madero al mástil con una soga y embadurnó el nudo con cola de conejo. Después desataron a Colodro y le bajaron lentamente para entregárselo a sus compañeros. Los cuatro ángeles, no contentos con lo que habían hecho, subieron la enseña del rey hasta la segunda bola, que era la de plata, triangularon y la dejaron flameando justo debajo de la base de la cruz.

Todos vieron a Colodro suspendido en el aire, levantando a pulso la cruz, pero, hasta que no quedó la cosa clara, nadie supo lo que ocurriría en las alturas, porque donde unos veían ángeles que le sostenían, otros creían ver demonios que le empujaban para que cayera.

A la muchacha de la celosía le habría gustado conocer de cerca al heroico trepador, aunque no sabía que acababa de culminar una hazaña que él mismo había iniciado escalando la muralla de Córdoba. Y le pareció lógico y natural que el valiente y esforzado muchacho descendiera de las nubes sentado en la grupa del caballo blanco, agarrado a la cintura de aquel santo. Pero viendo los prodigios que obraban los aliados de los cristianos, tomó la decisión de hacerse cristiana para que no la expulsaran de la ciudad como al resto de los cordobeses.

El infante don Alfonso se abrió camino en medio del oleaje de las multitudes, rescató como pudo a Colodro y le llevó hasta el rey para que este le estrechara entre sus brazos mientras el heroico escalador le decía al oído:

—¡Si tardan un poco más en llegar los ángeles, me mato, majestad!

El rey estaba tan eufórico porque se habían salvado los dos, y porque además la proeza de Colodro le había confirmado que Jaén y Sevilla estarían bajo su poder, que tuvo un ataque de generosidad:

—¡Juro ante la cruz que acabas de colocar que en premio de tus hazañas te daré todo lo que me pidas aunque sea la mitad de mi reino! —Después le guiñó un ojo, diciéndole en voz baja—: ¡Pero tampoco te pases, jodido!

Colodro se lo pensó unos instantes y respondió:

—Quiero más de lo que me ofrecéis. —El rey puso cara de susto—. Conseguidme una hermosa mujer en matrimonio.

—¿Solo?

—¿Puedo pedir más?

—Dime cuántas quieres, que hoy no te puedo negar nada. Lo he jurado.

—Si la que me dais es buena, me conformo con una solo, pero la quiero con

una buena dote... para ella y de paso otra mejor para mí.

Con el barullo que había, nadie se enteró de lo que había prometido salvo Colodro, el rey, el obispo y Alfonso.

—Dalo por hecho —respondió el monarca, aliviado porque de Colodro se podía esperar cualquier cosa.

—Bien que se lo merece —exclamó Alfonso—, porque gracias a su proeza ha regresado el apóstol para recordarnos que las campanas que se trajo Almanzor deben regresar a Compostela para voltear jubilosas.



Immediately después de aquellos milagrosos sucesos, don Juan, obispo de Osma y canciller del rey, acompañado por los demás eclesiásticos, se afanó en rociar todos los rincones del templo con agua bendita para consagrarlo y restaurar el culto que tuvo la primitiva basílica cristiana. Esta había sido utilizada como mezquita por los musulmanes hasta que la demolieron en tiempos del califato para construir con sus restos y muchos otros romanos uno de los templos más hermosos del mundo musulmán.

Al siguiente día, después de lamentar la ausencia de su madre y de Beatriz, don Fernando y su hermano conversaban a solas en la zona reservada para el soberano, que estaba situado junto a la quibla, delante del mihrab.

A punto estuvieron de llorar en el momento en que se encendieron, por orden suya, todas las lámparas del templo, entre ellas las de las campanas que lucirían por última vez antes de emprender el viaje de retorno a Galicia.

Alfonso estaba deslumbrado por la forma de los arcos y la elegante riqueza decorativa de las cúpulas del mihrab y la macsura, que subrayaban la suprema importancia que aquel esplendoroso ámbito del recinto confería a los monarcas, mostrando a los fieles su cercanía a la divinidad y por ello su poder.

—¡Qué pena que no esté oficiando esta ceremonia don Pedro Muñiz el Nigromante, que nos trajo volando desde Compostela a la grupa del caballo de Santiago! —le dijo al oído el infante don Alfonso a su hermano.

—Él nos hizo soñar este día, pero, al igual que Moisés, se quedó a las puertas de la muralla de Jericó y no llegó a pisar la tierra prometida. ¡Quién nos iba a decir a nosotros que la realidad superaría lo que vimos durante el viaje!

—Es un bosque infinito de columnas de mármol, arcos de piedra y ladrillo y artesonados de madera; mucho más extenso y armonioso de lo que podría haber imaginado —exclamó Alfonso—. El vuelo con el apóstol fue más bien corto. Me parece que solo nos trajo para que viéramos las lámparas que habían hecho con las campanas.

—¿Recuerdas si alternaban las dovelas de piedra y de ladrillo en los arcos bicolores? Porque aquí es lo que más me ha llamado la atención —preguntó Fernando.

—No me fijé en ello, sí que había dos familias de arcos, unos que se apoyaban en las columnas y otros que sujetaban el techo, porque pasamos volando por encima de ellos. Lo recuerdo mucho más pequeño, más bajo y más oscuro que esto. Además, todo pasó muy rápido. Se ve que el obispo quería regresar enseguida a Compostela para que nadie notara nuestra ausencia. Él tenía mucha prisa y nosotros, mucho miedo —admitió Alfonso.

—Miedo tendrías tú. Yo no sé lo que significa esa palabra.

—¿Te das cuenta de que estamos todos los cristianos aquí juntos y el templo está medio vacío? —dijo Alfonso.

—Y dentro de unos días se quedará casi vacío del todo, mientras no se repueble esto de cristianos.

—¿Y el palacio? ¿Qué va a ser de semejante palacio cuando nos vayamos?

—El palacio es nuestro y tendremos que cuidarlo como oro en paño. Bueno sería que, sin mengua de tu autoridad, encomendaras a Colodro que se guarde todo como está, para que no haya robos ni saqueos y se conserven en buen estado los jardines, las fuentes y las acequias, porque va a ser el lugar de nuestra residencia. De paso premiaremos su valentía y destreza —concluyó Fernando.

—Esa escritura árabe que contemplas dice más o menos: «En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso, Mohamed Abderramán mandó al emir consolidar y renovar esta mezquita esperando la recompensa ultraterrena de Dios por ello. Y se terminó aquello en el año 855, con la bendición de Dios y su ayuda». Y me ha explicado el guardián de todo esto que fue precisamente el moro Almanzor quien se ocupó de hacer la última ampliación del templo —relató Alfonso.

Interrumpieron la conversación cuando salió el obispo de Osma vestido de ceremonial. Oficiaban junto a él los prelados de Palencia, de Cuenca, de Baeza y de Plasencia, que, después de santiguarse y lanzar agua bendita con un hisopo al monarca, dieron gracias a Dios y a Santiago por su ayuda en la conquista de la ciudad.

La mezquita-aljama disponía junto al mihrab de una puerta de uso exclusivo del califa que comunicaba con el palacio para facilitar sus

desplazamientos y garantizar su seguridad. De aquel pasadizo se sirvió el rey Fernando cuando terminó la ceremonia religiosa para llegar a palacio antes de que lo hicieran los nobles y los dignatarios que iba a agasajar en el salón de embajadores.

Finalizada la recepción, se quedaron a solas, admirando la riqueza de los artesonados y la equilibrada y delicada belleza de aquel espacio de fantasía. Alfonso se quedó estupefacto cuando contempló que Fernando permanecía inmóvil como una estatua de sal llorando a lágrima viva, en la cúspide del poder, sentado en el trono del califa Abderramán III, sintiendo que había revertido cinco siglos largos de ocupación agarena.

«¡Vaya por Dios! —reflexionó el infante—. La reciente muerte de Beatriz, confrontada con la experiencia de ver cómo la vida fluye por todas partes en este recinto, ha despertado sus sentidos y le ha hecho ver el áspero contraste que existe entre el pasado y el presente, la muerte y la vida, la guerra y la paz, el fracaso y la victoria, lo efímero y lo eterno».

Él mismo estaba conmovido porque se daba cuenta de que, del mismo modo que el Pórtico de la Gloria de Mateo era un anticipo del reino de los cielos traduciendo a piedra la Biblia y los Evangelios, todo aquel conjunto palaciego, aquella arquitectura y aquellas acequias, regatos y jardines con sus rumores y sus olores, aquel fluir del agua como fuente de vida; toda aquella exquisitez y belleza contenida en un tiempo detenido; el canto de los pájaros y aquella frescura en pleno verano no solo eran un paraíso en la tierra para ser vivido, sino también una representación viva y material del difuso cielo prometido. Así se lo había hecho ver el aposentador de palacio con sabias palabras sacadas del Corán cuando afirmaba que toda aquella belleza servía «para introducir a los creyentes y no creyentes en jardines del paraíso por cuyos bajos fluyen arroyos de agua cristalina, en los que estarán eternamente felices y servirán para borrarles sus malas obras, lo que para Dios constituye un éxito grandioso».

Como Fernando no paraba de llorar, Alfonso pensó: «No es solo que está afectado por lo de Beatriz. Este pobre viudo se da cuenta de que conquistando Córdoba ha logrado culminar su destino y ahora se encuentra solo, en el fondo de un pozo. Para sacarle, le diré que no se acobarde porque queda mucha vida todavía, muchas batallas que ganar, muchas ciudades que conquistar y muchos placeres que disfrutar. ¡Qué envidia siento ahora de un hombre rústico y simple como Colodro, noble, astuto y de buen conformar, valiente y osado como nadie! Que además vive el día a ras de tierra y con regocijo, sabe disfrutar en el comer y en el beber y con las hembras cuando se tercia. Suele dormir a pierna suelta, y tiene un olfato de sabueso para descubrir dónde hay felicidad y placer. Él me puede ayudar a levantar el ánimo de mi hermano».

Era consciente de que la melancolía era el mayor peligro que se cernía sobre Fernando y, estando todavía todo por hacer en Córdoba, su obligación era alejarle de la tentación de la dejadez, la pereza y la acidia que atacan a los reyes tanto en las proezas como en las derrotas.

Ambos sabían que ningún castillo ni palacio que hubieran visto tenía parangón con el de los reyes moros. A pesar de que los jardines estaban bastante descuidados a causa del asedio, todo les parecía maravilloso en aquel oasis cordobés. Las lujosas estancias decoradas con especial refinamiento, los delicados jardines, todos tan diferentes, poblados de árboles y plantas de diversas especies y variedades, situados con un orden determinado. Pero sobre todo las fuentes, acequias y estanques que se distribuían profusamente por todos los recintos llevando el rumor y la frescura del agua hasta el más pequeño de los rincones.

—En el alcázar de Toledo, salvo lo que queda de los jardines, casi todo lo que había semejante a estos palacios fue destruido hace dos siglos por el rey Alfonso cuando levantó su castillo sobre el antiguo edificio. Todo lo que estamos descubriendo es pura fantasía y es nuestro. ¿Te das cuenta de lo que tenemos entre las manos? —exclamó Fernando, orgulloso de poseer semejante maravilla.

—¡Qué razón tienes, hermano! Este conjunto excede con creces a lo que nos han contado viajeros y embajadores —respondió Alfonso, sabiendo que tanta belleza y blandura adormecían. Mientras las austeras fortalezas de Castilla eran baluartes para la guerra defensiva, las alcazabas de los reyes moros habían sido proyectadas, además, para el disfrute de la vida.

Alfonso percibió con claridad que ese era precisamente su mayor peligro, porque aquellos pabellones y jardines estaban diseñados para el placer, el descanso y la ensoñación más que para la guerra, que era sufrimiento, esfuerzo y penalidades sin cuento. Buen ejemplo de ello era la sacrificada vida de los freires de las órdenes militares que vivían en recios y austeros castillos al servicio de la cruzada.

Para encelar a su hermano y sondear su estado de ánimo, le propuso retornar lo más pronto posible a Castilla para que descansara y recuperara la salud.

—Le damos una alegría a nuestra madre y de paso te justificas por haber emprendido esta aventura sin su permiso —exclamó Alfonso—. Después pasamos una temporada descansando y cazando en los montes de la Pernía, esperando que la pérdida de Córdoba alimente la inseguridad y el descontento de los infieles y encienda la discordia entre unos reyezuelos que se detestan y nos temen.

Fernando torció el gesto al pensar que le sería muy duro volver a Las

Huelgas y encontrarse con la tumba de Beatriz y el vacío clamoroso de su ausencia. Y también seguir reinando bajo la capa protectora y la mirada escrutadora de una madre omnipresente.

—¡Qué prisa tenemos, hermano! Mejor enviamos un mensaje con lo más sustancioso de lo ocurrido, añadiendo que nos quedaremos todavía unas cuantas semanas para no dejar sin orden ni gobierno esta ciudad noble y patricia, que precisamos repoblar para que el abandono no convierta en vergüenza nuestra conquista.

\* \* \*

Más que un palacio o una ciudad, habían conquistado un caudaloso río, en una vega feraz con un cálido clima en un mundo de fábula, y eran conscientes de ello. El rey y su hermano eran como niños con un juguete nuevo. Al igual que una novia que revisa su ajuar, se prueba sus prendas o abre las cajas de los regalos, a ellos les gustaba pasearse por las estancias del palacio para hacerlas suyas, especialmente aquellas que eran de uso privativo, como las galerías que flanqueaban el salón principal de su palacio. En ambos ámbitos en que alternaban las luces y las sombras había distintos grados de intimidad; pero en el inferior se disfrutaba de la fragancia y del frescor del jardín en toda su intensidad porque la naturaleza entraba por todos los lados en los espacios interiores.

Como las dos galerías eran muy diferentes y cada una resultaba apropiada para determinadas horas del día, subían y bajaban para apreciar sus diferencias y perspectivas. En las galerías bajas, a ras del suelo y de mayor altura, todo el protagonismo era para el estanque y sus fuentes y para las plantaciones que lo rodeaban. Las galerías superiores, protegidas por celosías de madera, eran largas estancias sombreadas más íntimas y muy aptas para el descanso a cubierto e incluso, dada su longitud, para el paseo. En ellas podían disfrutar del frescor de las corrientes de aire, del aroma del jardín, o del cántico de los pájaros y surtidores. También de las amenas vistas por encima de las tapias, no solo hacia el jardín y los estanques del interior, sino también hacia los pequeños jardines laterales.

Las dos galerías que abrazaban el salón del trono eran espacios de sombra que contrastaban con un patio muy luminoso. Su largo estanque refrescaba con el solo rumor del agua el penumbroso salón de audiencias, en cuyo frente fluía el surtidor de una pileta que surtía las canaletas del suelo en dirección a los cuatro puntos cardinales. Un potente alero artesonado coronaba el conjunto del patio y daba sombra, unidad y empaque a la zona más importante del palacio.

El recorrido de aquellos lugares de leyenda era una invitación a la

exploración y al descubrimiento. Alfonso contenía su entusiasmo para evitar la excitación y sobre todo la euforia de su hermano, que después se tornaba en melancolía a causa de su reciente viudedad cuando pasaban a un jardincillo íntimo y cerrado del interior. Por eso, cuando observaba que su hermano se ensimismaba y languidecía, subía con él a un torreón rectangular que disponía de una galería cubierta, desde la que disfrutaban de una vista privilegiada de los jardines privados del laberinto, que formaban las dependencias auxiliares y, por encima de ellas y en todo el contorno de la alcazaba, divisaban la mezquita con su minarete, el caserío de Córdoba, el río Guadalquivir con buena parte de su vega y las ruinas de Medina Azahara. Al fondo, las montañas que se perdían en un horizonte en parte ya conquistado y en parte por conquistar, que Fernando escudriñaba con ansias de apoderarse de aquel territorio cuanto antes.

—¿Hasta dónde podremos llegar, hermano? —preguntó Fernando, para conocer su estado de ánimo.

—Hasta donde alcanza la vista, muy pronto, hasta el mar donde llegue el corazón; y más allá del mar, hasta donde lleguen las aguas dulces de los ríos de nuestras vidas. Y eso... Eso solo Dios lo sabe.

Con este interrogante colgando del cuello, bajaron hasta el salón califal, que tenía por cúpula un cielo estrellado impresionante. A Fernando le habría gustado saber que la inscripción que recorría el friso del salón del reino era a la vez una profecía y una alabanza en su honor.

*Si luz de majestad brilla en tu corte,  
¡oh, tú, alto, liberal, valiente, manso,  
de más noble linaje que la estrella,  
de divina piedad tu nacimiento fue señal  
por blanquear cuanto tiznó lo injusto!  
Hasta el ramo proteges de la brisa  
y hasta las estrellas asustas en tu cielo.  
Si los astros titilan es de espanto.  
De gratitud los sauces a ti se doblan.*

Cuando en compañía de su hermano finalizó el recorrido de aquel día, sintió que se había enamorado de aquella ciudad, tan bien provista de palacios y jardines, de arroyos y fuentes. Aunque en un principio estaba deseando volver a Toledo para disfrutar de las mieles del recibimiento, después de aquella desafortunada cabalgada desde Benavente a Córdoba que le dejó exhausto, y tras

varios meses de asedio viviendo las asperezas de la guerra, alejado de su madre y recién enviudado, una vez que empezó a disfrutar de los placeres y comodidades de aquel palacio de ensueño, sintió que el cuerpo le reclamaba una alegría con urgencia.

Las fuentes habían enmudecido en los estanques. En la noche cantaba el silencio. La luna se bañaba en el agua. A la galería alta llegaba el perfume de las hierbas aromáticas. Fernando subió a la azotea para contemplar la luna de cerca. Al cabo de un rato, la calma y la quietud se quebraron a causa de los sollozos de una mujer, que lo tuvieron con el alma en vilo hasta que regresó de nuevo el silencio.



Para averiguar de dónde procedía aquella desconsolada llantina, se llegó hasta el final de la galería, donde, iluminados por la luna llena, divisó el intrincado laberinto de las habitaciones de las esposas y concubinas de los reyes moros, que también disponían de pequeños patios y jardines privados, separados por tapias y bancales, plantas, fuentes y canalillos diseñados para su solaz y esparcimiento.

Según les habían informado, este conjunto de dependencias de las féminas de la corte confluía en una sala de mayor tamaño lujosamente tapizada que era la estancia principal del harén o serrallo, cuya sola existencia excitaba tanto la imaginación de los varones cristianos. A Fernando y Alfonso también les fascinaba que aquel intrincado laberinto enclaustrado dentro del conjunto palaciego fuera una ciudad amurallada dentro de una urbe grandiosa.

Fernando supuso que el llanto que acababa de escuchar procedía de alguna esclava o concubina del gobernador que no había querido marcharse con sus dueños y estaba escondida para evitar que los cristianos la expulsaran de la ciudad. Pero el llanto podía delatar su presencia.

—Si pudiera averiguar de quién se trata, quizás valdría la pena socorrerla —le dijo a su hermano a la mañana siguiente, después de mostrarle su sorpresa por la presencia de una desconocida que lloraba bajo la luna en uno de los jardines próximos al palacio.

—¿Pero tú la has visto o solo la has oído?

—¿Cómo iba a verla si era de noche? Ni se me ocurrió bajar de la torre.

—Bien hecho, pero no andes enredando, que ni tienes experiencia en estos

lances ni estás para meterte en aventuras, que a lo mejor te están tendiendo una celada para matarte. Olvídate de esa mujer, que no estamos ahora para lloros y lamentos. Bastante tenemos con resolver los urgentes asuntos de la intendencia y las demandas más apremiantes de los nobles, clérigos y caballeros.

Fernando necesitaba descansar, pero lo conseguía a duras penas. Por el día le esperaban los problemas de la ciudad y por la noche le rondaba el fantasma de Beatriz.

Una de aquellas noches, tan pronto como se metió en el lecho, empezó echándola de menos y lamentándose de su injusta desgracia, pero continuó soñando que buscaba a la mujer que lloraba a la luz de la luna y se perdía en el laberinto del harén.

Era uno de esos sueños raros en los que el soñador sueña que está dormido y pugna por despertar, pero los miembros no le obedecen.

Cuando despertó en el sueño, se sorprendió de lo bien que olía en todas partes. Y al conjuro del olfato se le fueron avivando uno tras otro todos los sentidos adormecidos por la guerra, porque, nada más entrar en los palacios y escuchar el murmullo de las fuentes, comprobó el lujo de sus estancias, sintió la fragancia de los perfumes, la exuberancia de los jardines, la suavidad de las sedas, la concupiscencia de los serrillos, la blandura de los almohadones. Todo lo que veía o percibía era para esponjamiento del espíritu y solaz, deleite y regocijo de los sentidos. De pronto empezaron a desfilar ante él huríes, bailarinas, las doncellas y las esclavas, ofreciéndose a él de un modo provocativo, por no decir obsceno. Sabía que estaba soñando y, como nada de lo que ocurre en el sueño es pecaminoso, trató de aprovecharse de aquella circunstancia para desahogarse con la esclava más hermosa, que casualmente era sorda.

Las cosas iban mejor de lo que se esperaba porque, sin saber cómo ni cuándo, se encontró íntimamente entrelazado con ella en medio de una montaña de almohadones sobre el imponente lecho de su propia estancia, que tenía unas dimensiones considerables. Cuando ya estaba en lo mejor de lo bueno y a punto de llegar a lo mejor de lo mejor, escuchó nítida e inconfundible la voz de su madre, que acababa de entrar en el dormitorio.

—¿No estará aquí mi hijo Fernando? Le estamos buscando por todos los rincones de palacio para que acuda a la procesión, pero no aparece por ninguna parte. Como se le haya ocurrido esconderse y le pille, le mato.

«Tengo que despertar, tengo que despertar y esconderme debajo de la cama, que si me pilla mi madre, me mata, pero esta maldita no para», soñaba, tratando de zafarse de la mujer, que cada vez se movía más a gusto y más aprisa.

Él sabía que tenía que quitarse de encima a la mujer y para ello debía

despertarse del sueño, pero, como estaba dormido, se encontraba inmovilizado. Intentaba mover una mano y solo escuchaba los pasos de su madre. Trataba de incorporarse y no tenía fuerzas para hacerlo. Un sueño que pocos momentos antes era placentero se había convertido en una pesadilla, al igual que ocurre tantas veces en la vida. Era angustiante. Oía los pasos de su madre, sabía que se acercaba con un cuchillo para matarle y no podía ni mover un dedo. Y la odalisca agitándose como una serpiente encima de él.

Giró la cabeza y contempló horrorizado e impotente que su madre estaba allí mismo, respirando agitadamente y con los ojos inyectados en sangre, al borde del lecho, levantando un cuchillo para asestar la puñalada definitiva a su cuerpo flaco y desnudo, porque la mujer había huido también, dejándole desamparado a merced de su enfurecida madre. Para parar el golpe mortal, no le quedaba más remedio que despertar y moverse, aunque solo fuera la uña de un dedo, después recuperaría la movilidad de todo lo demás.

«¡Necesito despertar ahora mismo, justo para esquivar el golpe o agarrar en el aire el brazo de mi madre!».

Aguantaba la respiración para sacar fuerzas, pero no lograba mover ni siquiera el dedo meñique. Entonces se acordó de que su hermano dormía en la habitación de al lado para darle protección y hacerle compañía. Quería llamarle, pero no le salía la voz. Reunió todas las fuerzas que pudo para poder salir de lo más profundo de la gruta de los sueños e hizo un esfuerzo sobrehumano, como el que tuvo que hacer Sansón cuando derribó las columnas del templo, como el que hace un esclavo cuando de golpe rompe las cadenas y, ¡por fin!, gritó desde el fondo de sus entrañas con la voz ronca de uno que se está ahogando por el asma y no respira: «¡Aaaalfonsooooo, soocorro, que maaadre me maaata!».

Abrió los ojos y vio a su hermano, con cara de susto, sentado a su lado sujetándole el brazo con fuerza.

—No has parado de moverte en toda la noche, te reías como imbécil y ponías los ojos en blanco, sudando y jadeando. Y de repente te has quedado como muerto hasta que has levantado el brazo para darme un puñetazo. ¡Hazme caso, Fernando! El que estudia y estudia y no practica es como el que ara y ara y no siembra. Como tienes necesidad de mujer, no te tortures tratando de encontrar en los sueños lo que no buscas en la vida, porque los sueños se convierten en pesadillas escondidas entre las mujeres. Es mejor disfrutar con las que tienen carne y hueso, a ser posible más carne que hueso, que las que quedan por aquí se cuentan con los dedos. A mí me las busca Colodro, que, como sabrás, vale para todo.

Fernando daba gracias a Dios porque después de que le despertara Alfonso, la mañana prometía ser radiante, la temperatura era agradable y, superada la

pesadilla, la paz de las estancias del palacio bañadas por el reflejo de la luz lo devolvió a la realidad. Estaba en Córdoba y la moneda tenía otra cara, porque la magnitud del problema que planteaba atraer pobladores y dar de nuevo vida a una ciudad tan enorme necesitaba de todas sus energías y le hizo olvidarse del llanto de la desconocida.

\* \* \*

Si bien las noches transcurrían en estos y otros tormentos para el rey, los días eran muy distintos.

Alfonso se pasaba la jornada de un lado para otro dirimiendo conflictos y resolviendo problemas sobre el terreno. Fernando, por su parte, recibía obispos y notables en palacio y escuchaba, con disimulada paciencia, reclamaciones y quejas interminables que tenía que atender personalmente para evitar deserciones en el presente y conflictos en el futuro.

Caía lentamente la tarde en el palacio de los reyes moros, mientras los dos hermanos platicaban sentados en el borde de un estanque del jardín principal después de haber repasado las urgencias de los días siguientes. La calma que reinaba les llevó a evocar los atardeceres de Toledo desde los jardines del alcázar.

—Me han hablado maravillas de los de Fez y Marrakech, al otro lado del estrecho, y también de los de Granada desde la alcazaba y los de Málaga mirando al mar —señaló Alfonso, que se preguntó—: ¿Cómo se verán en Córdoba desde el minarete de la mezquita?

—Sin haber visto los otros, estoy seguro de poder afirmar que no hay ningún sitio como Toledo para contemplar los atardeceres de sangre, cuando las nubes tiñen de púrpura sus rizos y esparcen el zumo de las uvas por los tejados del caserío, por los cerros y la vega enrojando las aguas y las riberas, sobre todo las del Tajo.

Alfonso se quedó sorprendido por aquella efusión poética de su hermano, al que tenía más por hombre de batallas que de églogas, y para llevarle la contraria y agitar la conversación declaró:

—A mí me gustan más los amaneceres, porque con el amanecer llega la luz y el mundo se despierta a la vida. Si te atreves a comprobarlo, mañana subimos al alminar con las primeras luces del alba.

Era muy de mañana cuando, en compañía de Colodro, subieron a la galería del minarete, para que el rey conociera Córdoba desde las alturas y, de paso, comprobara *in situ* las dificultades que tuvo que salvar el escalador para coronar su inaudita proeza. Ellos no acertaban a entenderlo ni tampoco el aludido.

Un inquietante silencio, apenas roto por el lamento de algún perro abandonado, se cernía sobre la ciudad, invitando a tomar la palabra al infante don Alfonso:

—Una ciudad es gente en la calle y, exceptuando el rincón que hace de campamento, aquí no vive ni un alma. ¡Qué cosa más triste estamos viendo! Esta ciudad está muerta. ¡Estad atentos! Lo único que se oye es el silencio. Un silencio mortal se ha apoderado de pronto de esta ciudad, hasta hace poco poblada y bulliciosa. Contemplada desde lo alto, me parece un cementerio de caracoles. Dentro de poco tiempo se escuchará la carcoma que se ha apropiado de la casa.

—¡Qué bobadas dices, hermano! Cómo se ve que madrugar no te sienta bien. ¡Vaya ejemplo que nos pones!

—Una casa no es una casa hasta que no vive una familia. Como un caracol no es un caracol si se ha muerto el inquilino que llevaba su casa a cuestas. El caracol es la concha y también el bicho que lo habita. Si este se va, deja de ser un caracol porque solo es un cascarón. Una ciudad es gente en la calle. Cuando la gente la abandona, se apodera de ella el silencio y deja de ser una ciudad.

—A mí me gustan los caracoles en su salsa —intervino Colodro, que no había osado participar en la conversación.

—El humo de las chimeneas es la señal de la vida de las casas, lo mismo que los cuernos dan fe de la vida de los caracoles. Cuando llueve y se humedecen, sacan los cuernos al sol para indicarnos que han resucitado. Igual que los hogares cuando amanece y sus ocupantes encienden el fuego y mandan señales de humo para dar la bienvenida al día que se les ofrece. ¡Desengáñate, hermano, y no confundas los caracoles con los cascarones! Perdona lo que he dicho antes. Esto que vemos allá abajo no es un cementerio de caracoles, sino un montón de caracolas vacías y secas.

—Los cordobeses que se fueron ya nunca volverán a meterse en los cascarones porque Nuestro Señor no se lo permitirá. Su tiempo ya pasó en Córdoba, como pasó el de los romanos y el de los visigodos —razonó Fernando.

Alfonso meneó la cabeza como diciendo: «Nunca se sabe».

—Después de aburrir a Colodro, ¿sigues con tu discurso de los caracoles? Se nota que lo haces para provocarme —afirmó Fernando.

—Como decimos en Castilla: «En los nidos de antaño ya no hay pájaros hogaño».

—Los pájaros se comen a los caracoles —se atrevió a decir Colodro.

—Eso es lo que ha pasado aquí, con la diferencia de que no nos los hemos comido porque los hemos echado de su ciudad y de sus casas —replicó Alfonso.

—Pero les hemos dejado la vida y hemos permitido que se llevaran sus

cosas, que no es poco —precisó Fernando, contrariado.

—Menos las cáscaras, se han llevado todo con ellos —insistió Alfonso—: los oficios, los saberes, los recuerdos, el dinero que tenían, las joyas, la ropa, los libros, la música, las herramientas, los animales y tantas y tantas cosas que sabían hacer mejor que nosotros.

—No pensarías que íbamos a matar a esos miles de personas o que los obligaríamos a desnudarse antes de dejarlos partir descalzos y andando a Dios sabe dónde. Ni eso es lo que se negoció, ni esa es mi ley en la guerra.

—Hemos hecho lo justo. También ellos tienen madre. Lo digo porque, pasado el momento de dejarlos partir, ha llegado el de suplir o rellenar y debemos hacerlo cuanto antes, porque harán otra ciudad en el lugar de esta, porque los habitantes serán distintos, pero el sitio permanece porque tiene vida propia.

—Si no te hubiera visto salir de la cama y después desayunar conmigo, diría que habías bebido y mucho. Sabía que tenías ideas peregrinas y que te gustaba la trova, ¡y me sales con estas filosofías a estas alturas de la mañana! Ahora mencionarás los cangrejos y las truchas que viven en el agua y que tanto te gustan. Antes tenemos que hacer la repartición, porque llegó la hora de cumplir las promesas y de dar trigo a los que nos han ayudado en esta empresa.

—Lo has adivinado. Hemos secado el río y se han llevado los cangrejos. Y te digo más, se han llevado Córdoba en el corazón para alimentar sus sueños y dorar sus recuerdos en el fuego de sus nuevos hogares. Se nutrirán de nostalgia como nosotros de ambición y de fe y un poco también de avaricia. Cargaron con sus libros y sus saberes. Su sensibilidad y su refinamiento. Sus yeseros y alarifes. Sus camellos y sus caballos. Sus médicos y cirujanos. Sus calígrafos, sus músicos y sus músicas. Sus repujados y su alfarería. Sus tintes y tintoreros. Se llevaron las truchas y los cangrejos con el agua, si así te place. Al menos, en las caracolas se escucha el sonido del mar. Pero en las de los caracoles solo se escucha silencio.

—Me has convencido, hermano, tu elocuencia y tu tesón han terminado por persuadirme. Ahora mismo les mando emisarios a los moros para que vuelvan a sus casas, siempre que se conviertan de corazón a nuestra fe verdadera. Te vas a encargar tú. ¿Los llamas y te ocupas de que vuelvan a su casa como si nada? ¡Y haz también que retornen las campanas de Compostela! Además, ¿para qué queremos una catedral tan grande si no hay fieles que den gracias a Nuestro Señor? Y luego se lo cuentas al papa, que seguro que te excomulga.

\* \* \*

Fernando, que ya se había olvidado de la desconocida plañidera, subió a la azotea de nuevo otro día de luna llena. Hasta él llegaba el dulzón perfume de los jazmines. Una suave brisa le refrescó la cabeza y el sudor que bañaba su pecho mientras recorría con la vista las azoteas y los patios que circundaban el palacio. Al poco, llegó a sus oídos el llanto de la mujer. La luz de una candela señaló el patio objeto de su curiosidad. Sin avisar a su hermano, bajó a toda prisa la escalera para llegar cuanto antes hasta el laberinto de los jardines. La luna iba y venía entre las nubes. A riesgo de extraviarse, llegó hasta el jardín que buscaba y se escondió furtivamente detrás de una pantalla de cipreses.

Llevaba un buen rato esperando pacientemente y estaba a punto de desistir de su empeño cuando, confundido con el murmullo del surtidor, escuchó cercano el llanto. Haciendo un hueco en el seto de cipreses, pudo contemplar la esbelta silueta de una mujer enlutada que, después de rociar las plantas del jardín, se quedó llorando junto a la pileta de piedra de la fuentequilla del patio.

Aquella insólita visión a la luz de la luna hizo que su corazón galopara apresuradamente y le encendió el pecho con una oleada de calor, como aquella vez que escapó de su padre para hacerse cargo de la corona de Castilla o cuando salió de Benavente galopando a la conquista de Córdoba, sin permiso de su madre, que, no por casualidad, estaba de nuevo a su lado:

—No lo hagas, Fernando, no lo hagas. Dios no lo quiere de ti.

—Tengo que averiguar la causa de esos llantos y esos suspiros. Quizás esté en mi mano poner remedio a sus desdichas...

—Sus desdichas serán tus desdichas si das un paso hacia ella —escuchó, sintiendo que le sujetaba el brazo para retenerle—. Ni te engañes ni me engañas. ¡Hijo mío, es la concupiscencia, que se ha adueñado de ti! El deseo carnal es el que despierta tu curiosidad y envenena tu sangre. La muerte de Beatriz te ha llevado hasta el desierto, vives en un espejismo y el hambre que tienes de mujer ha hecho venir al demonio para hacer que las piedras te parezcan panes. No sabes si es joven o vieja, rica o pobre, hermosa o desagradable. Además, puede ser un cebo de alguien que, sirviéndose de ella, quiera darte muerte alevosa protegido por las tinieblas.

—Por la figura y los andares, me parece que es joven y hermosa.

—Peor me lo pones. ¡Haz caso a tu madre y aléjate cuanto antes de ella! ¡Como te has creído que estás en el paraíso, el demonio te ha enviado una mujer para tentarte! No quieras ser como Adán, que quiso comer enseguida del fruto prohibido y tuvo que atenerse a las consecuencias. Ni tampoco como el rey David, que se quedó pasmado en la azotea contemplando el baño de Betsabé. A partir de aquello todo fueron desgracias en su familia.

Mal hizo doña Berenguela hablando a su hijo del baño de Betsabé, porque

las prohibiciones avivan los deseos más insensatos. Aunque Fernando solo sabía hacer hijos uno tras otro, aquella aventura tan novedosa le estimulaba tanto como una batalla. Ya tenía treinta y cinco años, era un hombre intrépido para los asuntos de la guerra, astuto para la diplomacia, terco cuando se hacía un propósito y reacio a dar su brazo a torcer, y aunque su madre le tenía bien agarrado, intentó desasirse de ella.

—Antes de irme tengo que verle la cara... y saber cómo es su cuerpo.

No tuvo necesidad de moverse del seto que le protegía. Como si hubiera adivinado su pensamiento, ella se acercó poco a poco hasta el lugar en que se ocultaba. Él contuvo la respiración y se agarró el corazón para que no se escapara tras ella cuando estaba a dos pasos de distancia. Todo le pareció armónico y delicado en aquel luminoso rostro que acariciaba la luz de la luna reflejada en sus ojos tristes y lacrimosos.

Era de noche, estaba detrás de un seto y solo la había entrevisto durante un instante, pero Fernando estaba hipnotizado tanto por la aventura como por el descubrimiento de la mujer a la luz de la luna. Allí no era el rey con corona, sino solamente un pobre muchacho escondido y desvalido, espiando a una mujer, que tan pronto resplandecía a luz de la luna como quedaba oculta por un espeso manto de tinieblas.

—Ni un paso más sin permiso de tu madre, porque vas de mal en peor.

—He visto de cerca su sufrimiento y me veo obligado a ponerle remedio.

—Recuerda, hijo mío, que, el día que escapaste de tu padre, te pregunté en Autillo: ¿crees que serás capaz de cumplir lo que yo, que soy tu madre, Nuestro Señor y su Iglesia esperamos de ti, hijo mío? —Fernando no quería recordar y guardó silencio—. Entonces también callabas, pero asentiste con la cabeza y yo te dije que, postrado de rodillas, tomaras la espada en una mano y el crucifijo en la otra y juraras por tu honor y nuestro Dios que no harías nada contra mi voluntad en los asuntos del reino y ni contra la divina voluntad en los asuntos que incumben al alma, porque los pecados de mis abuelos habían acarreado grandes desgracias a nuestra familia. Lo hemos recordado muchas veces después de que el dedo implacable de Dios derribara una teja sobre la cabeza de Enrique. En Autillo besaste la cruz de la espada y juraste. Si no das la vuelta ahora mismo, habrás cometido perjurio.

Fernando escuchaba a su madre como el que oye llover. Solo esperaba que se callara y regresara la luna. No tuvo que aguardar mucho porque enseguida salió la mujer de entre las sombras y, agobiada por el calor, se desprendió de la bata, dejó caer una larga cabellera que le llegaba a la cintura y, como si fuera una Venus, se metió en el estanque con una concha en la mano para con ella refrescar todo su cuerpo, de espaldas al agazapado monarca, que esperaba ansioso que se

diera la vuelta.

En el momento en que la mujer iniciaba el giro, se conjuraron la luna y doña Berenguela y se hizo la oscuridad para frustrar los deseos del indiscreto curioso.

—¡Insensato! ¿No te da vergüenza, a tus años, escudriñar a escondidas el baño de una mujer mora con grave riesgo para tu vida? ¿Quién te asegura que no te están tendiendo una emboscada?

Algo debió de notar la mujer porque de pronto se sobresaltó, salió de prisa del estanque y escapó a toda prisa del jardín aprovechando la oscuridad del momento.

El rey no lo dudó un instante, salió raudo del seto y corrió tras ella gritando:  
—¡Alto ahí, señora! ¡Teneos y no corráis, que no os sucederá nada malo!

Tanta prisa se daba en seguirla que resbaló al girar en un recodo cuando ya la tenía al alcance de la mano, pero la mujer, que conocía mucho mejor que el rey aquel laberinto, desapareció de su vista entre las tinieblas, dejándole perdido y desconsolado sin saber cómo ni por dónde encontrar el camino a sus aposentos, porque aquella noche, a pesar de la luna, cegado por el brillo del cuerpo de aquella mujer, todos los patios le parecían iguales.

*Córdoba. 1236*

e dónde vienes con semejante agitación? —le preguntó Alfonso nada más verle.

—De pasear por los patios buscando un poco de frescor para recuperar el resuello.

—Eso es lo malo que tienen las tierras de Córdoba. Para eso tienen unos baños que están más frescos que los patios. Si quieres, mañana mismo nos damos una vuelta.

—No me digas que los jardines se echan a perder porque no hay quien los cuide mientras los baños están disponibles para la molicie. ¿A qué se debe semejante despropósito? ¿De dónde habéis sacado a los servidores?

—De Colodro, que se las pinta como él solo para solucionar cualquier asunto que se le demande. En Córdoba no solo había moros, también había judíos y cristianos y bastantes cautivos entre ellos. Y ahora que tienen catedral, no quieren marcharse a ninguna parte. Y también hay moros y moras que quieren hacerse cristianos para no abandonar la mezquita.

—Habíamos acordado con el gobernador que vaciara la ciudad y salieran de ella todos sus habitantes.

—Eso hizo, pero protestaron los judíos y los cristianos, les hizo caso y los dejó en sus casas...

Para cuando Alfonso respondió, ya se había calmado Fernando y dos sirvientas cristianas buscadas a propósito por Colodro estaban preparando todo lo necesario para, al día siguiente, acompañar a los dos hermanos a los baños.

\* \* \*

Fernando estaba temeroso de que regresara su madre y los sorprendiera con dos desconocidas camino de los baños del palacio.

—¡Báñate tú, si así lo deseas, pero si piensas llevarme al pecado, conmigo no cuentas! —dijo Fernando a su hermano, siguiéndole como un corderillo.

—¿Cómo la prefieres, cristiana, mora o judía? Porque de todo hay todavía en la viña que tiene el Señor en Córdoba. Y ya verás como también ellas quieren bautizarse por inmersión.

—Yo me baño solo, como he hecho toda la vida.

Enseguida pasaron a los baños, que estaban tenuemente iluminados. Al ver Alfonso que su hermano remoloneaba a la entrada de estos, le apremió.

—No te hagas de rogar, que no ha sido fácil ponerlos en funcionamiento y tampoco encontrar servidoras adecuadas para aliviar tu cansancio y restaurar tu salud. Pasa sin miedo y no temas, porque si haces caso a la inscripción que te acoge, te devolverán la salud y la paz.

En lo que tocaba defender la castidad de su hijo Fernando, Berenguela no daba ni un paso atrás. Tenía sujeto a su hijo del brazo de tal manera que este no podía avanzar y se quedó clavado en el quicio de la puerta de los baños, desoyendo la inscripción que decía:

*Los vestidos se quitan aquí alegremente  
y el primero de ellos es el de la gravedad.  
Dios ha ennoblecido este lugar por medio de su  
señor, cuyas obras brillan como el sol de pleno día.*

—Ni un paso al frente —se interpuso su madre.

—Me está esperando mi hermano, que también es hijo tuyo, y a él le has dejado pasar como si nada.

—Tu hermano es solo tu hermano, pero tú eres el rey, no un califa o gobernador cualquiera, y tienes prohibido el paso a semejante recinto, donde no sabes lo que te espera. Quizás el pecado y la condenación eterna.

—¡Cómo puede ser tan cruel una madre con su hijo! ¡Tenías que estar en Córdoba con este calor!

—Aquí en Toledo también lo hace.

—Habrás bajado a los baños del alcázar.

—Solo para refrescarme.

—Eso mismo quiero hacer yo en Córdoba.

—Yo me baño sola, como siempre, y tú te has buscado compañía.

—Yo no la he buscado, me la ha traído mi hermano. Y además son cristianas —mintió.

—Mucho peor me lo pones, porque les darás motivo de escándalo.

—Sabes que ahora soy viudo y por tanto ya no hay adulterio y tampoco pecado, así que mejor será que Alfonso me busque una mora o una judía.

—No te preocupes, que no molestará ni dirá media palabra, porque es la protegida de Colodro y además es muda —respondió Alfonso, sonriendo de oreja a oreja—, y es de toda confianza. De sobra sabes que hay muchas acequias que conservar, muchas huertas que cultivar y muchos jardines que regar. Como Colodro no quiere que abusen de ella los caballeros cristianos, me ha pedido que se quede a nuestro servicio, si puede ser como doncella o como concubina, aunque no como esclava.

—¿Por ventura la has convertido en tu amante?

—No ha sido por falta de ganas, que, al igual que me ha ocurrido con la ciudad de Córdoba, hermosuras semejantes jamás he visto en mi vida.

Fernando se dio cuenta de golpe de que su hermano había organizado toda una farsa con Colodro para encelarlo con la mujer y para traerle con engaño a los baños. Si bien era cierto que era muy hermosa, estaba mustia y delgada y no sabía cómo actuar en semejantes circunstancias.

—Tú lo ves todo fácil porque todo lo resuelves con una trova, ¿pero yo qué hago?

—Déjalo en manos de la Divina Providencia y no estorbes, que, como dice nuestra madre, si ha querido abrirte las puertas del paraíso cordobés, será para que comas del fruto prohibido.

A buenas horas se le ocurrió a Alfonso mentar el paraíso y el fruto prohibido porque Fernando recordó que su madre le había dicho: «Prefiero verte muerto a que cometas un solo pecado mortal» y se le juntaron todos los males por miedo a la condenación eterna. Se encogió de tal manera que hizo ademán de darse media vuelta y salir corriendo. Pero se encontró de frente con la mujer que tenía los ojos anegados en lágrimas y le decía con una mirada lastimera y con unos gestos cargados de patetismo: «¡Ayudadme, señor mío, que si no hago bien mi trabajo, tendré que marcharme de Córdoba y no sé a dónde ir!». Después se postró ante él e hizo ademán de besarle los pies. Entonces Fernando miró a la mujer, mustia y muda, recordó a la pecadora del Evangelio, sintió compasión de ella, la ayudó a levantarse y, cerrando los ojos, se puso dócilmente en sus manos.

\* \* \*

A los pocos días de aquello, se celebró una sencilla ceremonia en la nueva catedral. Apadrinados por Álvaro Colodro, un pequeño grupo de musulmanes, movidos por la necesidad de permanecer en Córdoba, fueron bautizados por el obispo Lope de Fitero del Río Pisuerga. Entre los conversos había pocos varones y un grupo más numeroso de mujeres. Por su belleza y estatura, destacaba entre ellas la mujer lacrimosa, a la que pusieron por nombre María Magdalena. También se bautizaron cuatro judíos que se negaban a volver a Lucena.

El rey don Fernando, que asistía de incógnito a la ceremonia, estaba exultante de alegría. Hacía unos instantes que el obispo don Lope había llevado la tranquilidad a su conciencia cuando le dijo en confesión que, mientras no hubiera escándalo, no habría pecado.

Cuando al salir de la mezquita levantó la mirada hacia arriba para agradecer a los cielos el regalo que acababan de hacerle, quedó pasmado contemplando la cruz y la enseña que ondeaban triunfantes en el punto más alto del edificio y, admirado de la perfecta verticalidad del minarete, se entretuvo haciendo cálculas junto a su hermano Alfonso sobre su altura.

—Si Dios no me corrige, calculo que tendrá ciento cincuenta pies más o menos de la base hasta la cúspide.

—Ese es el número de bofetadas que me dará nuestra madre cuando te vea con ella en Toledo y se entere de que soy el culpable de haberte buscado semejante belleza.

\* \* \*

Para preparar el viaje de regreso, se citó con Alfonso en un templete situado en medio de los jardines, con asientos en todos los laterales y con vistas a los cuatro puntos cardinales. Estaba rodeado de rosales trepadores que combinaban con macizos de arrayanes, laureles y madreselvas.

El rumor de la charla confidencial de los hermanos se confundía con el murmullo de las fuentes colindantes.

—¡Este es un lugar muy apropiado para secretos y confidencias, hermano! Me imagino que para algo semejante me has llamado a tu presencia.

—Tienes toda la razón. Desde aquí se habla, se come o se descansa mientras se vigila. Nadie puede llegar sin ser visto y nadie que no esté a nuestro lado puede entender nuestra conversación.

—¡Qué bien saben vivir estos reyezuelos sarracenos, hermano! ¡A ver si cuando acabe de una vez esta guerra interminable aprendemos un poco de ellos! —exclamó Alfonso, que imaginaba que su hermano quería hablar de Magdalena,

seducido tanto por sus ojos deslumbrantes como por el nacarado brillo de su piel, y sobre el misterio en que la envolvía el silencio.

Ella, al igual que la mayoría de los cordobeses, había padecido mucha hambre y sentido mucho miedo durante el asedio de la ciudad, acrecentado cuando se escondió de moros y cristianos durante el mes que transcurrió hasta que Colodro dio por fin con ella.

Cuando la tomó bajo su cuidado, y el rey se encontró con ella en la penumbra de los baños, ya había mejorado un poco, pero, al cabo de unos días, como se sintiese segura a su lado y perdiera los miedos, la alegría de estar bajo la protección del hombre que colocó la cruz en la mezquita, que bajó del alminar a la grupa del caballo blanco y además la cuidaba con mimo y con esmero, unida a una alimentación de la que había carecido durante los últimos tiempos hicieron que aquella flor mustia y a punto de marchitarse desplegara pétalos, olores, brillos y brotes nuevos.

Todos estos cuidados y atenciones le dieron confianza para mover su cuerpo con toda la gracia y naturalidad que otorga la juventud y para que su cara mostrara una sonrisa alegre y confiada en un rostro jovial lleno de luminosidad, porque sus ojos, antes lánguidos y tristes, brillaron de nuevo con luz propia y mostraron el fulgor de la esperanza en el futuro que ella imaginaba prodigioso, porque era la primera vez en su vida que se encontraba con una oportunidad fascinante, gracias a Colodro y al agua milagrosa que derramaron sobre su cabeza en la mezquita.

Lo mismo pensaba Fernando dirigiéndose a su hermano.

—Te has dado cuenta del milagro que ha obrado el bautismo. La gracia que tiene en el alma se manifiesta en el cuerpo. En la luz de sus ojos, el brillo de su piel, en la anchura de sus caderas y la alegría con que las mueve, en el pecho que ahora sube y baja cuando respira. Si es que el milagro salta a la vista. ¡Lo que hace el amor al prójimo! Tuve hambre y me diste de comer. Estaba desnuda y me vestiste. Estaba sin casa y me diste cobijo...

—¡Hombre, Fernando, a mí no me vengas con cuentos, que tú eres muy fogoso y tenías mucha necesidad! No ha sido el amor al prójimo lo que te ha conmovido. Han sido el interés y la lujuria, que a las dos cristianas que trajo Colodro no les hiciste ni caso y a ella la colmas de regalos. Pero ¡dime, hermano! ¿Qué piensas hacer con María Magdalena? ¿Dejarla con Colodro en Córdoba o presentársela a nuestra madre en Toledo? —preguntó Alfonso, haciéndose el ingenuo.

—Te lo puedes imaginar. Incorporarla a nuestro séquito. Sería pecado mortal dejar a su suerte a una belleza semejante, a merced de la soldadesca cuando nos vayamos a Toledo con Colodro.

—Eso mismo he pensado yo. Creo que lo mejor sería que fuera en compañía de Colodro. Nuestra madre es demasiado lista y, si nos escolta a cualquiera de nosotros, hará todo lo que esté en su mano para conseguir que regrese. Mejor sería que él la llevara como esposa.

—¿Legítima?

—No creo que Colodro ponga inconveniente en que los casemos con todas las de la ley. Te ha pedido que le busques una buena mujer, ¿dónde va a encontrar otra mejor? Es muy hermosa y de buen conformar. Ya ha sido bautizada. Y si algún día se quieren separar, que hagan como el primo Jaime con tía Leonor. En vez de alegar consanguinidad, pueden decir que era muda y ni entendía nuestro idioma ni sabía lo que significaba aquella ceremonia. Pues le propones a Magdalena por esposa, les otorgas una dote sustanciosa y verás lo contentos que se ponen ambos.

—Eso le daría a Colodro derecho a cohabitar.

—No creo que se atreva a tanto estando el rey de por medio. Sería una descortesía por su parte.

Al ver que Fernando se quedaba pensativo, trató de bajarle de la nube.

—¡Mira, hermano! Esta mujer no es tu esposa ni puede ser tu concubina. Me temo que en cuanto la vea nuestra madre, la retirará de tu servicio y solo habrá sido un capricho pasajero, excepto si viaja y vive como mujer de Colodro.

—Pero yo la quiero para mí y por nada del mundo le dejaré partir de mi lado.

—¿Eso quiere decir que jamás la abandonarás, se pongan como se pongan los obispos y nuestra madre? No me digas que un rey como tú puede tener celos de un súbdito. Pase que tengas miedo de tu madre, pero ¿celos de Colodro? — Ante el silencio de Fernando, apostilló—: Si no te fías de Colodro, hacemos un trato entre hermanos. ¿No te pondrás celoso si me hago cargo de ella cuando por razones de estado tengas que contraer matrimonio?

—¿De qué te harías cargo?

—De su sustento y de su felicidad y de un futuro sin zozobras ni quebrantos. Como he hecho contigo cuando, para aliviar tus ansias y tu tristeza, la hice venir al jardín y esperarte en los baños. Aunque yo también había quedado prendado de su belleza al darme de bruces con ella cuando llegó acompañada por Colodro, estoy acostumbrado a ser el segundo y a comer las migajas que caen de la mesa de mi señor.

—¿Has hecho eso por mí, pudiendo tenerla contigo?

—Para que veas lo desprendido que es tu hermano.

—¿Qué puedo hacer por ti, por tan gran favor que me haces siendo el custodio de mi felicidad?

—Ya te lo dije hace poco. Hazme gobernador de Córdoba y déjame hacerla mi concubina cuando te case de nuevo nuestra madre y tu esposa te obligue a alejarla de ti.

—Sabes de sobra que ni eres hombre de guerra ni tampoco de gobierno. Ella envejecerá y tú te cansarás de semejantes responsabilidades. Vayamos los dos a Toledo y esperemos acontecimientos. Pero me preocupa qué dirá nuestra madre, cómo vivirá su rechazo María Magdalena y sobre todo qué hará con ella Colodro cuando se queden a solas.

—¡Lo vivirá como una reina! ¡Qué más puede querer la amante de un rey! Colodro se ocupa de que nada le falte, ella goza de mi amistad, ha conquistado el amor del rey de los cristianos y este le ha prometido llevarla consigo a la corte de Toledo. Ahora bien, Colodro supondrá que esto no puede durar mucho tiempo y que, aparte de la dote, algunas heredades le corresponderán en el repartimiento de Córdoba por los buenos servicios prestados a la corona de Castilla.

*Regreso a Toledo. 1236*

mediados de agosto llegaron a Toledo, donde se le hizo un recibimiento como no se recordaba otro desde que llegó Juan de Brienne, rey de Jerusalén.

No le pareció buen presagio que su madre, justo a las pocas horas de su llegada, se las ingeniara para despachar a solas con él precisamente en el salón del homenaje y ella se situara al otro lado de la mesa, ocupando la presidencia al igual que hiciera en el castillo de Autillo poco después de que fuera aclamado como rey hacía ya veinte años.

—Te veo muy flaco esta vez. ¡Hijo mío, mucho has arriesgado en esta empresa, pero no es poco lo que has conseguido con la ayuda de Dios!

—Madre, no te imaginas cómo es Córdoba —explicó Fernando con entusiasmo—. Toledo es un laberinto al lado de aquella ciudad. Hay otro orden, otras anchuras... Aquí todo está enredado y todo es subir y bajar, en cambio, Córdoba... Córdoba es otra cosa... Se nota todavía el orden de Roma y creo que tras su conquista tenemos las llaves de toda Andalucía. Aquí el Tajo está encajonado, pero el Guadalquivir discurre a sus anchas en una vega muy feraz, aunque ahora no queda un árbol en pie. La mezquita es una maravilla. Mires para donde mires, aquello no tiene fin. Tendrías que venir a verlo cuanto antes. Una cosa es lo que te cuentan los embajadores y otra, lo que ves, lo que hueles, lo que tocas, lo que sientes... Y no te digo nada de lo que debía de ser Medina Azahara, la ciudad más bella del mundo hasta que ellos mismos la destruyeron a la muerte de Almanzor. —Como su madre callaba y le dejaba hablar a gusto, él cambió el sentido del discurso y añadió—: A la vista de todo aquello, te puedes

imaginar la alegría que me produjo colocar la cruz de Cristo en lo alto del alminar junto a nuestra enseña. Y la emoción que supuso para Alfonso y para mí descolgar las lámparas para devolverlas a Compostela. Y además Ibn Hud ha firmado unas treguas de seis años que le obligarán a pagarnos una suma fabulosa de cuarenta mil maravedís cada cuatro meses, y a Al-Ahmar, doce mil. Este último es ahora vasallo nuestro. Me ha besado la mano y me podré dedicar de lleno a realizar nuevas conquistas sin que me ataque por la retaguardia.

—La conquista de Córdoba ha llenado de alegría al papa, que conoce lo ocurrido, porque, tan pronto como llegó a Toledo la noticia, le escribí una carta, al igual que a mis hermanas Leonor y Blanca. Tenías que haber oído el repique de campanas en Toledo durante todo el día. Estoy contigo en que lo de Córdoba ha sido muy importante.

—Pero tú no querías que aprovechara aquella ocasión porque temías por mi salud. Eso es lo que me dijo Alfonso. Menos mal que me fui sin esperar tu autorización.

—No fue prudente lo que hiciste. En lo más crudo del invierno y con aquellas lluvias y vendavales, pusiste en grave peligro tu salud. Pero a lo hecho, pecho, y además contaste con la ayuda de la Divina Providencia. No digo que ahora todo vaya a ser más fácil... pero sí diferente. Esto los dividirá más todavía y creo que con ello tendremos más abierto el camino hacia Sevilla. Pero para ello tienes que cuidar la salud de tu cuerpo y la de tu alma.

No le extrañó que le hablara de la salud del cuerpo, pero la mención del alma le puso en guardia y se quedó pensativo.

—¿No me cuentas nada más? —quiso saber su madre, rompiendo el silencio.

—Creo que lo sabes todo por las cartas que te enviaba cuando te pedía recursos para sostener el asedio.

—¡Anda, cuéntame si tuvisteis que expulsar a todos los cordobeses o se quedaron algunos! Si ha habido muchas conversiones. Si marcharon también los judíos.

Como se temía Fernando, su madre, que nunca se había interesado por las conversiones, ya sabía lo de María Magdalena.

—Hemos estado menos de dos meses y es poco tiempo para hacer milagros, pero alguna conversión sí que ha habido.

—Los habréis bautizado en la catedral, ¿verdad?

—Era el sitio más apropiado para hacerlo.

Berenguela no quiso sostener por más tiempo el doble lenguaje que se traían ambos y al final estalló.

—¿Cuál era el sitio más apropiado para hacerlo? ¿La mezquita o los baños

del palacio...? —Fernando agachó la cabeza y ella guardó silencio, esperando a que levantara su mirada, momento que aprovechó para clavarle los ojos mientras le hablaba con fingida dulzura—: He entendido lo que ha pasado nada más verla en el séquito de tu hermano acompañando a Colodro, con quien la habéis casado para que me tragara el engaño y no me enterara del enredo que os habéis traído entre los tres. Magdalena es muy hermosa, ¿verdad, Fernando? Muy hermosa, sin duda. Una belleza como la suya llama la atención en la corte, por mucho que intente disimularlo, porque tanta belleza es escandalosa. Es hermosa como cuentan que era Medina Azahara, pero efímera como aquella. Semejante perfección en este mundo no la consienten los mortales y es objeto de la codicia y de la envidia, que trabajan sin descanso por lograr su destrucción. Esta mujer es más bella que Dalila, la que dejó sin fuerzas a Sansón. Y un gran peligro para nuestro reino. Un escándalo para nuestros súbditos. Un pretexto para que los nobles casen a sus hijos incestuosamente y un gran riesgo para tu alma.

Fernando estaba rojo, tanto de coraje como de vergüenza. Él era el rey desde hacía casi veinte años, acababa de conquistar Córdoba, tenía treinta y cinco años y ya iba siendo hora de que pudiera disponer de su vida a su antojo, que bastantes obligaciones llevaba sobre sus hombros desde que era niño.

—No hay pecado en nuestra relación. Los dos somos adultos —respondió, apretando la mandíbula.

—Así que reconoces que has yacido con ella... y que tenéis relaciones carnales frecuentes.

—Madre, veo que todavía no te has dado cuenta de que ya no soy un niño... —dijo conteniendo su furia—. No sé si te has enterado de que murió Beatriz y que ahora mismo soy viudo, para mi desgracia, y, como humano que soy, creo que tengo derecho a buscar consuelo para mi soledad y alivio para mi cuerpo.

—Eso mismo decía tu padre cuando corría tras las doncellas de la corte o las pastoras de los montes. Todo lo que hagas con una mujer fuera del matrimonio está prohibido para ti, porque puede ser objeto de escándalo. Más en este caso por causa del adulterio.

—Su matrimonio con Colodro no es válido, porque todavía no han consumado.

—¡Qué inocente eres, hijo mío, para estas cosas! ¿Has estado junto a ellos todo este tiempo?

Fernando se sentía humillado y no quería mantener por más tiempo esa conversación.

—A ver si te enteras de una vez de que ni soy fraile ni tengo voto de castidad.

—Por mí como si lo tuvieras.

—Tampoco soy obispo ni abad porque solo soy el rey.  
—Por eso precisamente. Y yo soy la reina. Recuerda lo que firmaste en Autillo de Campos.  
—Me lo sé de memoria, me lo has recordado unas cuantas veces.  
—Y muchas más que te lo recordaré. Eres el rey y como tal tienes muchas obligaciones.  
—Muchas tengo, madre, muchas. Pero no tengo la obligación de estar castrado.  
—Pero hasta que no te cases de nuevo, tienes el deber de actuar como si lo estuvieras. ¿O es que piensas llenar la corte de bastardos como tu padre o que la llenen tus hijos si siguen tu ejemplo?  
—¿Qué tienes que decir de mis hijos?  
—Que parece que siguen el ejemplo de su abuelo Fernando y de tu padre, en lo que al trato con mujeres se refiere. En la corte se sabe todo y tus hijos mayores están al corriente de tus andanzas con esa mujer. Ya sabes que los hijos suelen caminar por el sendero que les marcan los padres y que siguen con más facilidad los malos ejemplos que los buenos. Estos requieren contención, sacrificio y esfuerzo, lo otro es dejarse llevar por la pasión y los malos instintos.  
—Te pongas como te pongas, no pienso abandonar a Magdalena ahora por nada del mundo.  
—Nadie te pide que la abandones ahora mismo. Si la has traído contigo, estoy segura de que la necesitas.  
—Y ella me necesita a mí también ahora mismo.  
—Tendrás que alejarla de tu lado en cuanto puedas.  
—No tengo ninguna prisa por casarme ahora precisamente que tengo el amor. ¿O es que no te acuerdas de lo que recitaban los trovadores en la corte de Burgos a mis hermanas? Porque tú, precisamente tú, sabes muy bien que:

*El amor se comporta  
como la pavesa que encubre  
el fuego en el hollín  
y enciende la madera y la paja.  
No sabe dónde huir aquel  
que es devorado por el fuego.*

—Claro que me acuerdo. Eso era poesía que hacían los trovadores para entretenernos y de este modo ganarse la vida, pero sabes bien que se referían al

amor cortés. La vida es otra cosa.

—La vida será otra cosa, pero el amor cortés es humo comparado con el amor pasional, que es fuego —exclamó Fernando, que estaba ya muy alterado.

—Fuego del infierno, si pierde el control y las llamas queman el bosque. Supongo que tu locura no llegará al punto de pretender amancebarte con ella, por muy hermosa que sea y por muy bautizada que esté en la mezquita de Córdoba por un obispo recién ascendido a la cátedra y por muy casada que esté con Colodro. Ya sabes lo que decía mi padre, porque me lo has oído decir muchas veces: «Mal acaba el matrimonio que al amor solo se debe». En ella no hay más que juventud y belleza, flor de un día que se marchita en cuanto anochece, verdura de las eras que se seca con el sol y en ti solo hay amor y pasión y esta se esfuma al igual que lo hace el entusiasmo cuando se saltan las murallas y se conquista la ciudadela. Supongo que sabes de sobra que el amor pasional dura lo que las rosas. Y después, lo único que quedan son las espinas. El amor dura lo que dura la prohibición y se acaba cuando se convierte en obligación.

—Pues al menos deja que aspire la fragancia de su perfume y beba las gotas del rocío que guarda entre sus pétalos ahora que tengo la rosa entre mis manos, y no me claves las espinas de su tallo y hagas que se marchite antes de tiempo... Aunque solo sea para ahorrarme el sufrimiento que todavía me causa la muerte de Beatriz llenando con un poco de savia nueva el vacío y la sequedad que su desaparición me deja. Que todavía lloro cuando me acuerdo de ella. Y me acuerdo a menudo. Por eso te pido de rodillas que no añadas tu crueldad a mi dolor ni me quites el bálsamo que cauteriza la herida de mi corazón.

Las tristezas y los argumentos de Fernando movieron a reflexión el ánimo de su madre que, conociendo el carácter brusco de su hijo, muy crecido por el éxito de Córdoba, temerosa de que las decisiones repentinas que solía tomar pudieran llevarles a una ruptura violenta de las relaciones, y dado que siempre había sido más amiga de pactos que de guerras, cambió el tono de la conversación.

—Entiendo lo que sientes y me hago cargo de lo que te pasa, pero tenemos que encontrar una solución entre nosotros para resolver este asunto con discreción. Sabes bien que no se puede tener todo a la vez y siempre en esta vida. No es posible conquistar Córdoba y Sevilla el mismo día, ni siquiera el mismo año. Por ello te propongo que hagamos un pacto. Ella se queda con Colodro en el séquito de tu hermano como una más de sus servidoras y acude a ti discretamente cuando tenga que atender tus necesidades, pero nada de exhibiciones públicas ni de largas horas en tu compañía. Pero, a cambio de ello, tú tienes que casarte lo antes posible. —Berenguela hizo una pausa mirando a su hijo y añadió—: Lo tenemos difícil, hijo mío. Eres sobrino del emperador

Federico, primo hermano de Luis de Francia, primo de Jaime rey de Aragón, primo hermano de Sancho rey de Portugal, sobrino segundo de Enrique rey de Inglaterra. Por tus conquistas y tus virtudes estás a la cabeza de los reyes cristianos y para ganar brillo y estima ya no necesitamos emparentarnos con princesas de alta alcurnia. Vamos a ver si encontramos una dama noble de buena estirpe, porque no podemos toparnos otra vez con el sumo pontífice por razones de consanguinidad. Sin menoscabo de las tareas que conlleva la altura y la dignidad de su cargo, por encima de otros menesteres, deberá mostrarse ante su esposo atractiva, servicial y dispuesta, de modo que halles en ella todo lo que un hombre necesita y un rey demanda para que no pierda la consideración y el respeto de los obispos y los nobles por entrar en jardines que enfangan y envilecen a los que los frecuentan y ponen en riesgo la salud de su alma y la de su cuerpo e incluso la grandeza del reino.

—¿Adónde quieres ir a parar con semejante discurso, madre?

—Por lo que yo sé por experiencia, por lo que he visto y por lo que me cuentan, para lo que tú necesitas ahora, que has probado el fruto prohibido, no podemos contar con los obispos, pues tú quieres carne tierna y de la buena y no pescado, que es lo que querrán ofrecerte los prelados. Por eso yo te buscaré inmediatamente una esposa de estirpe de reyes, joven y de buen parecer, adecuada a tu rango, para que contraigas con ella santo matrimonio sin sombra alguna de incesto. Después, ella sabrá cómo comportarse contigo para evitarte las tentaciones. Eso es lo que tu reino necesita y te recomienda y suplica tu madre. Por si esto fuera poco, es lo que te pide el negocio de la salvación de tu alma, que es lo que en verdad importa.

Fernando se quedó pensativo tratando de situar dignamente en su vida a Magdalena mediante aquella tregua que resolvía el problema momentáneamente.

—No te pido que me digas ahora mismo que estás de acuerdo, pero te ruego máxima discreción en todo lo que hagas. Espero de tu sabiduría y prudencia que, mientras estudias mi propuesta, no des pasos en falso que hagan que todo sea mucho más difícil entre nosotros de ahora en adelante, porque todavía queda mucha Andalucía por conquistar y cada vez hay más reino por gobernar, que yo voy cumpliendo años y pronto dejaré de serte útil en estos menesteres.

—Esto último ni lo pienses ni lo digas, madre, que nunca hemos estado mejor que ahora, ni en la salud ni en el reino —exclamó Fernando, que estaba sorprendido de que su madre estuviera puntualmente informada de todo lo que había sucedido, pero, como quería seguir con Magdalena, necesitaba ganar tiempo a toda costa. Por este motivo salió de la entrevista con el propósito de retrasar todo lo posible una boda que consideraba ineludible y con el ferviente deseo de conquistar el amor de la mujer del mismo modo que había conseguido

su cuerpo. Pero sabía que si no lograba enamorarla, dadas las dificultades que se avecinaban, no podría retenerla a su lado durante mucho tiempo.

\* \* \*

A la reina Berenguela le faltó tiempo para escribir de nuevo a su hermana Blanca para presumir de los éxitos de su hijo en la conquista de Córdoba y ensalzar las riquezas conseguidas en aquella ciudad de ensueño. Añadía que lo más urgente ahora era encontrarle una mujer, que, sin peligro de consanguinidad y sin ser princesa, fuera joven, alegre y saludable, de buena estirpe, aparte de muy atractiva de rostro y cuerpo y de buen conformar.

También, que sería conveniente que tuviera mañas suficientes para alegrar las noches y espantar las tristezas y nostalgias que le habían dejado la reciente muerte de Beatriz. Terminaba la carta resumiendo: «A mi hijo, reinos no le faltan y, dada su edad, otros muchos le caerán en mano muy pronto, y como prole tiene más que suficiente. La candidata ha de atender principalmente a que su honor y su virtud no se menoscaben por mantener relaciones indignas, antes al contrario, tiene que ser capaz de retenerle a su lado para proporcionarle las satisfacciones y los goces que haya menester para que no busque fuera, con grave peligro para su salud y para su alma, lo que tiene a mano en casa y no necesite andar en enredos, que es lo que excita a los hombres de su condición, saltando de flor en flor como las abejas buscando la miel para sus labios, como hicieron para nuestra vergüenza muchos de nuestros antepasados».

Fernando deseaba que las gestiones de su madre duraran una eternidad, pero, para no chocar frontalmente con ella, tenía que aceptar que su amada viviera con Colodro. Además, sabía que también su hermano la miraba con codicia. Tendría que pasar por ello porque no había en la corte nadie más que le pudiera ayudar en aquel trance.

Cuando Alfonso acudió a la llamada del rey, exclamó:

—Por la cara que trae el buen pastor, mucho me temo que a nuestra madre no le ha conmovido que hubiera una oveja de más en el aprisco del Señor. Es más, tengo la impresión de que ahora mismo no sabe dónde demonios esconder a la ovejita.

—Esta vez te equivocas, porque nuestra madre me ha propuesto que se quede definitivamente en el aprisco de mi hermano al cuidado de Colodro.

—Válgame el Señor, nuestra madre es el mismísimo diablo, porque lo que realmente quiere es que, antes o después, el lobo se coma a la oveja y de este modo se acabe con el problema.

—El lobo no se comerá a la oveja de su hermano porque así se lo prometió

en Córdoba, sino todo lo contrario; hasta que su madre no le busque una esposa apropiada, cuidará de la oveja con esmero porque así se lo pide su señor.

—¿Y qué va a ser de la oveja cuando se case el buen pastor? Supongo que la dejará para siempre al cuidado de su hermano —preguntó Alfonso, recordando lo de «mi lecho será tu lecho».

—Si te soy sincero, no sé qué haré con ella cuando me case.

—Pues algo bien sencillo. Ocuparte de la esposa y olvidarte de la oveja, que es lo que quiere tu madre y lo que manda la Santa Madre Iglesia.

Según su costumbre de no comprometerse a nada cuando no le gustaba lo que le proponían, Fernando guardó un silencio delator, lo que dio pie a Alfonso para sincerarse con él.

—Mira, hermano, te voy a hablar con toda claridad. Nuestra madre, que es muy lista, pospone el conflicto contigo y nos lo traslada a nosotros. Para hacerte ese favor tengo que violentarme mucho, y solo puedo hacerlo si se me permite mantener viva la esperanza. Valga el sufrimiento de hoy por los goces de mañana. Yo no puedo retener a Magdalena en mi séquito si tú no me juras que, si ella quiere, se quedará conmigo tan pronto como tú te cases. No pienso tener celos de Colodro, aunque siga siendo su esposo.

—Me tienes que prometer que durante el tiempo que esté bajo tu custodia no harás nada por seducirla ni te dejarás seducir por ella.

—Tienes motivos para confiar en mí porque nunca te he traicionado ni te traicionaré, aunque en este caso tenga que ponerle freno a mis deseos —aseguró Alfonso y le recomendó—: Ponte enfermo y tendrás un buen pretexto para gozar de su compañía durante una temporada colocándola entre las doncellas de tu servicio. A ella no le parecerá mal y no tendrá otras exigencias. Paradojas de la vida. Lo que te cura te mata y lo que te mata te cura. La enfermedad que ella provoca solo a ella le toca curar.

\* \* \*

Fernando le hizo caso, se provocó varios vómitos, simuló mareos, alegó fatiga, se recluyó en sus aposentos, suspendió audiencias y, con la ayuda de sus médicos, hizo correr en la corte la especie de que, dada la gravedad de su estado y la fragilidad de su salud, su majestad necesitaría reposo durante una larga temporada.

Lo que comenzó como una broma entre hermanos se convirtió en algo mucho más serio, porque le acometió una fiebre pertinaz que acompañaba a la sensación de fatiga. Para su cura y convalecencia y para tenerle alejado de las preocupaciones y avatares de la corte, escogieron un lugar sano y apartado como

media legua del alcázar al sureste de la ciudad, situado en una meseta donde soplaban el viento del norte con más fuerza y frescor que en la capital del Tajo. Junto al palacio había una dehesa muy amena formada por encinas y chaparros y también una ermita dedicada a Santa María de Císla, en las proximidades del arroyo de la Degollada.

Magdalena pensaba que todo lo que le estaba ocurriendo no era más que un simple sueño. Un milagro del jinete del caballo blanco que bajó volando del alminar trayendo a la grupa de su montura a un joven y valiente marido para ella. ¡Quién se lo iba a decir hacía unos meses cuando se escondió en el desván para que no se la llevaran de Córdoba y la vendieran como esclava en cualquier sitio! El agua milagrosa que le pusieron en la cabeza solo le había proporcionado venturas. En pocos días había pasado del miedo y la miseria a ser la favorita del rey. Más que la favorita, la amada, y eso, a pesar de haber enmudecido, acaso para siempre cuando, siendo una niña, los mercaderes de esclavos entraron en su aldea y se llevaron cautivos a los que no mataron, entre ellos a su marido, mucho mayor que ella. Desde entonces había pasado de mano en mano y de dueño en dueño hasta que llegó Colodro con una sonrisa y, después de ofrecerle comida, la utilizó como cebo para llevar al rey hasta los baños. Le gustaba mucho la religión de los cristianos, que tenía tres dioses y una madre, que le permitía tener hasta tres maridos para ella sola y los tres riñendo por complacerla y tan dispuestos a darle gusto que no paraban de hacerle regalos. «¡Nadie se lo creería en mi aldea si pudiera volver para contarlo! Me tomarían por loca o mentirosa. ¿En qué cabeza cabe?», pensaba. El Dios de los cristianos debía de ser muy bueno o muy tonto por permitir semejante disparate. O semejante milagro, porque lo que le ocurría a ella con los tres maridos era mucho más difícil que lo del caballo blanco que bajó volando desde los cielos hasta la base del alminar. Si fuera verdad y no un sueño, la suya sería una historia digna de ser contada en las plazas, los zocos y los mercados de las ciudades de todo el mundo. «Yo los quiero a los tres. Al rey mucho y a su hermano también, pero sobre todo al valiente escalador, que es más joven y fuerte, y que fue el que vino a buscarme trayéndome comida cuando estaba muerta de hambre y, además de tomarme por esposa, me ha conseguido una buena dote y otros dos maridos. Cada uno tiene su lado bueno. Aunque me tienen medio escondida, espero que no les dé por pelearse por mi culpa y me obliguen a escoger entre los tres o me den de latigazos cuando se cansen y me vendan como esclava otra vez, que con los hombres nunca se sabe».

*Toledo. 1237*

urante los meses que permaneció en Toledo recuperando la salud y las fuerzas, holgando con Magdalena, Fernando rezaba a diario deseando que los contactos de su madre y de los eclesiásticos tardaran en fructificar y la situación de soltería recobrada se alargara todo lo posible, pero un día llegó su madre radiante de alegría y nada más verle le puso la mano en la frente.

—La fiebre ha desaparecido y tienes muy buen aspecto, así que ya va siendo hora de que regresemos a Burgos, que llevas mucho tiempo alejado de los reinos de Castilla y de León.

—Madre, por el tono que empleas, me da la impresión de que tienes muchas novedades que contarme.

—Pues sí, acabo de recibir dos cartas, una de tu tía Blanca y otra del papa Gregorio.

Fernando se sobresaltó y respondió malhumorado:

—Como me temo lo peor, empieza por la del papa Gregorio y deja la de tu hermana para después.

—Te va a gustar. Es una carta muy interesante, porque, después de resaltar la importancia de tus conquistas, se deshace en elogios hacia tu persona y hacia tus virtudes (se nota que no le han informado los obispos de la situación en que te encuentras), dice que el Señor te enalteció por encima de todos los príncipes cristianos porque te dio el glorioso triunfo contra los enemigos de la fe, no sin milagro divino, y esto es lo que verdaderamente importa: ¡ha dispuesto que de ahora en adelante nadie se arrogue la facultad de excomulgarte sin su aprobación... y a mí tampoco!

—Que se guarde las excomuniones para otros reyes, que yo no pienso hacer uso de ellas. Cuéntame lo que dice la tía Blanca.

—Mi hermana me informa de que van por buen camino los trámites para la anulación del matrimonio que mi primo Enrique rey de Inglaterra y Juana de Ponthieu han celebrado por poderes por causa de consanguinidad y que le consta que dicho matrimonio no ha sido consumado.

—¿Qué nos importa a ti y a mí ese matrimonio y quién es esa Juana de Ponthieu?

—Es nieta de Alicia, la que durante tantos años estuvo prometida a mi tío Ricardo Corazón de León, y era compañera y amiga de mi madre durante la infancia en Inglaterra, en la corte de mi abuelo Enrique. Alicia era hija de Constanza, la hermana de mi padre, que casó con el rey Luis VII de Francia, el primer marido de mi abuela Leonor, por ello también vosotros tenéis una relación de parentesco.

—Ya me contarás más despacio lo de tu tío con Alicia y los enredos de la familia, que no veo a dónde quieres ir a parar.

—Pues a la carta de mi hermana Blanca, que nos propone a Juana de Ponthieu como candidata a reina de Castilla y de León.

—¿A quién le conviene mi boda con Juana de Ponthieu, a mí o a mi primo el rey de Francia? Porque supongo que ese condado pasaría a Inglaterra en caso de consumarse el matrimonio de Enrique con Juana.

—Tienes razón. Mi hermana también busca su propio provecho, pero eso no tiene nada de malo. Juana es una muchacha joven que solo tiene quince años. Se ha educado en la corte de Blanca, que se hace lenguas de sus dones y virtudes. Me dice que es alta y fuerte, pero sobre todo está muy sana y es hermosa, muy hermosa. Asegura que en todos sus años de reina no ha conocido una doncella semejante. Justo lo que tú necesitas.

—Espero que siga siendo doncella después de su boda con Enrique. No quiero estar de segundo plato, porque yo ya tengo lo que necesito.

—Puedes estar tranquilo, porque se casaron por poderes y, según me ha referido mi hermana, todavía no han cruzado el estrecho porque el papa no les dio la licencia. Es cierto que con Magdalena tienes lo que necesitas, pero solo lo tienes como hombre. Para consorte tuya Blanca nos recomienda a Juana porque la juventud, la hermosura, la elegancia y dadivosidad de la reina gustan a las muchedumbres que se agolpan a su paso, hacen las delicias de las buenas gentes y acrecientan el prestigio de los reyes que cabalgan a su vera. Al igual que las golondrinas, son el anuncio de una primavera venturosa para el reino.

—Así que ya tenemos una golondrina dispuesta a emprender el vuelo a pesar de nuestra relación de parentesco.

—Todavía falta que el papa anule el matrimonio con Enrique y que después conceda la dispensa para el vuestro.

A Fernando le complació escuchar de boca de su madre que todavía faltaba anular un matrimonio para levantar los obstáculos del siguiente.

—A lo mejor el rey de Inglaterra es más generoso con el donativo para la cruzada o al pontífice se le ocurre morirse sin deshacer este enredo que os traéis Blanca y tú, porque creo que Gregorio anda por encima de los setenta.

—Déjate de bromas absurdas, que este es un asunto muy serio, y hazte a la idea de que dentro de unos meses tendrás a tu lado la esposa que te conviene.

—¿Cuántos meses llevan los trámites que necesita el papa para declarar nulo un matrimonio regio y para mirar para otro lado en cuestiones de consanguinidad cuando interesa?

—Después de lo de Córdoba, me imagino que un año como mucho.

—¿Solo tenemos esa candidata?

—Podría haber otras, pero ni por edad ni por presencia son la clase de mujer que nos conviene en las actuales circunstancias. Así que vete haciéndote a la idea de que será Juana, y date por satisfecho de que así sea y, mientras el papa resuelve, vete tomando las medidas necesarias para que cuando ella llegue nadie le dispute su lugar en el tálamo y en tu corazón.

—El tálamo podrá ser por entero para ella, pero el corazón sigue su propio camino y a veces puede con todo lo que se le pone por delante y encuentra un pretexto para retrasar el consentimiento del papa.

\* \* \*

Los litigios del papa Gregorio con el emperador Federico, que consumían todas sus energías, y sobre todo el amago de Fernando de invadir Navarra después de la muerte sin heredero de su tío Sancho el Fuerte no ayudaban en nada a que el papa autorizara el matrimonio de Fernando y Juana, sino todo lo contrario, porque las pretensiones del rey castellano le tenían tan irritado que encomendó al arzobispo don Rodrigo entregar en mano a Berenguela una bula conminatoria.

—Contento tienes al papa —le dijo a su hijo cuando se encontraron en Toledo—. Lees tú la bula que te concierne o prefieres que lo haga yo.

—Hazlo tú misma, que entiendes mejor su letra.

*Según ha llegado a nuestros oídos, no existe causa razonable para que el ilustre rey de Castilla, cuyas banderas de su ejército se desplegaron ya contra los enemigos de la fe católica, se vuelvan contra los defensores de esta que están ahora en manos de nuestro carísimo hijo en Cristo, el rey Teobaldo de Navarra,*

*que ha tomado la cruz.*

—Otro que se ha aprendido la artimaña de declararse cruzado, como hacían nuestros nobles para zafarse de sus obligaciones.

*Es indigno que un rey, mientras milita por el Rey de Reyes, padezca algún daño en su reino, antes bien, perseverando en su servicio, debe gozar de alguna prerrogativa.*

—No es mala prerrogativa heredar el reino de Navarra, sin comerlo ni beberlo, siendo pariente lejano del difunto.

*Por ello, rogamos y exhortamos a tu fraternidad que, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y de la sangre de Jesucristo, procures que dicho rey de Castilla firme con el mismo rey de Navarra una paz verdadera, que ha de observarse inviolablemente, o treguas que duren hasta su regreso de la cruzada. Hazlo de tal suerte que le muestres que con su actitud injuria a Jesucristo. Te mandamos por lo tanto que amonestes con autoridad apostólica al dicho rey de Castilla a cumplir las cosas mencionadas y le convenzas eficazmente.*

—¿De qué me tiene que convencer don Rodrigo? ¿A qué viene semejante amenaza? ¿No decía en otra bula que nadie me excomulgaría y ahora utiliza de cartero a mi propio arzobispo?

—Mira, hijo, la cruzada es asunto del papa y en esa guerra no puedes entrar. Fíjate cómo se las gasta el pontífice con tu primo Federico el emperador. Olvídate de Navarra y haz las paces con Teobaldo, que Juana te está esperando y también Andalucía.

Cuando el rey castellano depuso su actitud y dio garantías al papa, este autorizó su boda con Juana de Ponthieu, a pesar de que eran parientes de tercer y cuarto grado, en una bula en la que abrazaba a Fernando de corazón porque, «habiéndole glorificado el Señor entre los demás príncipes cristianos, dándole fama contra los enemigos y triunfando sobre ellos, no sin divino milagro, no se enorgulleció su corazón».

Juana emprendió el viaje acompañada de un vistoso séquito que puso a su disposición doña Blanca. Esta lamentó no poder acompañar a la novia debido al estado de agitación que vivía el reino francés por causa de la sublevación de los nobles.

La futura reina había pedido llegar discretamente a Burgos porque, después de un viaje tan largo, no quería presentarse delante del rey, de su futura familia y

de la corte sin tomarse un descanso y sin tiempo de acicalarse y engalanarse como la ocasión requería.

Fernando se sorprendió hecho un manojo de nervios cuando finalmente la tuvo enfrente de él. Llegó deslumbrante y sonriente y sobre todo muy segura de sí misma. No se esperaba que fuera más alta que él y tanto como la reina Berenguela. Imaginaba a una mujer sofisticada y distante y se encontró con una muchacha que se movía en la corte como pez en el agua. A pesar de su juventud, era una mujer de aspecto distinguido y saludable. Sobre su rostro blanco inmaculado de facciones suaves y armónicas brillaba una mirada transparente y luminosa que brotaba de unos ojos azules que mostraban serenidad y confianza en sí misma. Sus labios gruesos pero perfectamente dibujados eran tan sensuales como el resto de sus atributos corporales. Su espontaneidad y naturalidad le desarmaron.

«¡Vaya con la nieta de la pobre Alicia, es mucha mujer y mucho mejor de lo que imaginaba! Supongo que será su matrimonio con el rey de Inglaterra lo que le ha proporcionado semejante confianza y desenvoltura», pensó Fernando, azorado, cuando ella le hizo una reverencia al encontrarse frente a frente.

Después, acompañado por la reina doña Berenguela, le fue presentando primero a su hermano Alfonso y después, uno por uno, a sus hijos, empezando por los pequeños y terminando con Fernando, Fadrique y Alfonso, que eran prácticamente de su edad y que la miraban con una mezcla de admiración y asombro.

—¡Válgame Dios! —dijo Fadrique al oído de su tío Alfonso—. Le voy a pedir a la tía Blanca que me busque una hembra como esta. A ver dónde esconde ahora nuestro padre a la mudita.

«Esta muchacha es la joya de la corona de mi hermana. ¿Dónde la habrá tenido oculta durante todos estos años a salvo de Enriques y Federicos? No sé qué habrá sido más importante para Blanca, si retener para su reino el condado de Ponthieu o alejar la tentación de su hijo Luis de Francia. Espero que no sea un regalo envenenado para mi hijo y que ella sepa estar en su sitio, pero tendremos que vigilar a los muchachos para que no se propasen con la madrastra», se dijo Berenguela, al ver los cuchicheos y las miradas llenas de malicia de sus nietos.

Al rey no le quedó más remedio que desprenderse de su amada, que salió hacia Córdoba con Colodro. Este iba más contento que unas pascuas porque se llevaba a Magdalena para él solito y sobre todo portaba consigo un valioso documento regio en el que le confirmaban las donaciones que le habían hecho por los buenos servicios prestados el último año.

El mejor regalo de boda para Fernando, que compensó en parte la marcha de su amada, fue la noticia de la muerte de Ibn Hud, al que ahogó un hombre de

su confianza después de emborracharlo, cuando se encontraba en Almería para acudir en ayuda del rey moro de Valencia, quien estaba siendo atacado por el rey Jaime de Aragón.

# SÉPTIMA PARTE



*Toledo. 1239*

La reina es demasiado joven, demasiado suelta y demasiado desenvuelta, y mi nieto Fadrique demasiado ambicioso, demasiado insensato y demasiado presuntuoso —pensó Berenguela subida en la poyata de un ventanuco desde el que se espiaba los ires y venires de la reina Juana paseando por los jardines del alcázar con su hijastro favorito, que cortaba rosas para ella—. ¡Ay, Señor, qué peligro tiene esa mujer! Esta sí que es buena. El marido a la caza del oso por los montes de Toledo, su hijastro de pesca por los jardines de su alcázar y la suegra cuidando del último nieto, que también se llama Fernando.

»Cómo se nota que este mozo, como muchos de los Staufen que le antecedieron, proviene de la semilla del diablo. Parece un príncipe extranjero en sus propios reinos. Lo lleva en el nombre. Tiene el orgullo de su tío Federico sin ser emperador. Los mimos de Beatriz, de la que era hijo predilecto, terminaron por estropearle. Si no le encontramos pronto un destino conveniente, ¡cuántos disgustos le puede dar a su padre y sobre todo a su hermano Alfonso!

»¡Esto no se puede consentir, empiezan tonteando y termina en tragedia! Tengo que cortar de raíz este problema antes de que se nos vaya de las manos y sea demasiado tarde. Como se entere su padre de estas veleidades, podemos tener una desgracia. Hay que sacar a Fadrique de la corte cuanto antes y mandarle lejos de España con cualquier motivo. Haré que busquen a don Rodrigo para que me ayude a solucionar este problema de la mejor manera posible. Me consta que anda muy ocupado últimamente. No le voy a decir los motivos, pero tendré que engatusarle con halagos».

Avisado don Rodrigo, acudió raudo y de buen grado a la llamada de la reina. Tras una salutación cordial, la reina inició la conversación con el máximo

elogio que se podía hacer a un eclesiástico.

—Lástima que los cardenales elijan siempre un papa romano para ocupar la silla de Pedro. Si os soy sincera, tengo el presentimiento de que vos seréis el siguiente papa. Sois el más adecuado para sucederle.

A don Rodrigo, el agradable recibimiento que le hizo Berenguela, acompañado por una sonrisa dulce, una mirada cálida y llena de complicidad y aquella prueba de confianza y aprecio, le supo a gloria, como aquel abrazo que le dio cuando le trajo la bula del papa Honorio III devolviéndole la honra y los derechos que Inocencio III le había quitado con amenazas y excomuniones.

—Nunca se me ha pasado por la cabeza que la responsabilidad del papado pueda abatirse sobre mis frágiles espaldas. Tengo otros asuntos que resolver que demandan todo mi tiempo y devoran mis escasas energías. Además, los papas son siempre italianos —dijo, ruborizándose como siempre.

—Estoy segura de que ninguno hay entre ellos que sea tan diplomático, hable tantas lenguas y tenga tanto conocimiento de los problemas de los estados y de la Iglesia como vuestra eminencia.

—La elevación al papado no podría ser más inoportuna para mí. Como sabéis muy bien, estoy enfrascado en poner negro sobre blanco todo lo que he podido saber acerca de la historia de los hechos y las cosas de Hispania. Este afán mío viene de muy antiguo. Desde la lejanía de Bolonia y París, asistiendo a las lecciones de los más afamados maestros de la época, rodeado de compañeros de toda Europa, viviendo el mundo cultural de dos ciudades cosmopolitas, contemplé a España en sus justas dimensiones: dividida en cinco reinos cristianos que dedicaban sus energías a luchar unos contra otros en vez de continuar los combates contra los musulmanes que ocupaban casi la mitad sur de la península. Y con una pobrísima vida intelectual fiada más a las personas que a los estados. Y entre estos, el reino con menor posibilidad de expansión era el de mi Navarra natal, ahogado entre el de Aragón y el que encarnaba un mayor vigor y lozanía, vuestra Castilla. Muy pronto tuve la fortuna de ponerme al servicio de vuestro padre y, después de su muerte, he estado al vuestro y al de vuestro hijo el rey don Fernando. Con mis trabajos solo he querido el engrandecimiento de España y el servicio de la Iglesia y nuestra fe. Y esto únicamente se podía lograr expulsando a los sarracenos de España.

—El brillo de vuestros ojos os delata, monseñor. Se nota a la legua el celo que os anima en tamaña empresa y que el desafío de darle término os ha suministrado energías suficientes para vivir una nueva juventud.

—Habéis entendido bien cómo se siente vuestro arzobispo. De la misión que me he impuesto saco las energías que necesito.

—Esa historia vuestra de los hechos de Hispania, ¿a qué punto nos

conduce?, ¿qué nos aporta?

—Aporta orden, honestidad y rigor y sirve para conocer mejor nuestro pasado. Quiénes somos y de dónde venimos. El historiador, prescindiendo de las leyendas y de las fábulas, pero sin menospreciar lo que nos sugieren, debe buscar datos acudiendo a las fuentes históricas más fiables para, después de una ponderada valoración, cribar lo que encuentra, separando lo acaecido de lo fabulado e interpretando los hechos del modo más riguroso, incluyendo su significado.

—Esa tarea que os habéis impuesto tiene muchísimas dificultades, sobre todo para un hombre tan atareado como vos, siempre viajando de un lado a otro para atender el servicio de nuestros reinos, o a las llamadas del papa a concilio, aparte del sinnúmero de asuntos mayores o menores que conlleva ser el primado de España y arzobispo de una diócesis tan vasta e importante como la de Toledo. ¿Cuándo descansáis de tanta fatiga y tantos trabajos como os imponéis, monseñor?

—A decir verdad, solo disfruto del ocio cuando me retiro a mi heredad de Brihuega y me pierdo con mis perros en los meandros de los arroyos y en los vericuetos del monte paseando sin rumbo sobre las alfombras de musgo de mis encinares. El trabajo es mi distracción, señora. Mi cabeza nunca descansa cuando viajo, porque el viaje y la vida, que también es camino, son nuestros mejores maestros. En Brihuega tengo un rincón de silencio donde mi vista reposa, se remansa mi espíritu y me acompañan los libros de los antiguos maestros que son la fuente de mi inspiración y el sustento de mi trabajo.

—Difícil tarea la vuestra, buscar una aguja en un pajar, buceando en nuestra historia remota.

—Difícil es, ciertamente, pero por ello no es menos apasionante, porque en tiempos de la devastación de los árabes perecieron los escritos y los libros, y solo se salvaron pocos por el cuidado de los diligentes, por lo cual he compuesto lo que he podido compilar e investigar muy trabajosamente de los libros de los Santos Isidoro e Ildefonso, y de Isidoro el Joven y de Idacio, obispo de Galicia, y de Sulpicio Aquitano y de Jordán, secretario del Sacro Palacio. También de los libros de los concilios toledanos, y de Claudio Tolomeo, egregio geógrafo, y de Deó, que fue veraz escritor de la historia goda, y de Pompeyo Trogo, que fue diligente relator de las historias orientales, y de otros escritos, de códices y pinturas. Fijaos, señora mía, que, para componer la historia de España, he coleccionado desde Jafet, el hijo de Noé, hasta el tiempo de vuestro hijo, el gloriosísimo rey don Fernando.

—Eso son teorías y sobre todo trabajos, mi querido arzobispo, pero una historia es un relato.

—Tenéis toda la razón, señora mía. Por eso divido en capítulos la historia que cuento. A eso lo llamo ordenar y de ese modo facilito su lectura. El punto de vista es el mío propio y fijándome en el reino de Castilla, y más particularmente en Toledo, por ser la capital de los visigodos y desde entonces la Iglesia Primada de España, a cuya defensa he dedicado lo mejor de mis energías y de mis actos. En mis libros demuestro que los intereses de la Iglesia toledana, de la ciudad y del reino son coincidentes.

—Me estáis diciendo, pues, que con esta historia estáis defendiendo vuestros intereses a la primacía del episcopado de los reinos de España.

—Es que son coincidentes. Toledo es el centro de la geografía y la historia, el alfa y la omega de los reinos de España desde que los godos sustituyeron a los romanos. Lo que es bueno para la diócesis es bueno para Toledo y bueno para España, a la que Dios ha enriquecido con la abundancia de todas las cosas buenas entre las demás partes del mundo.

—Lo que verdaderamente es bueno para Toledo es su nueva catedral. ¡Madre mía! —exclamó Berenguela, con entusiasmo—. Desde mi alcázar casi toco con las manos ese enorme edificio cuya fábrica, con trabajo admirable y asombro de las gentes, día a día se levanta, tal como muestra la maqueta que maravilló a mi hijo Fernando hace más de veinte años. Mirando hacia abajo veo subir la torre de las campanas, que supera con mucho en anchura a la antigua aguja del alminar. También veo cómo se va cerrando el abanico de los mil ábsides abrazando el presbiterio y cómo avanzan imparables hacia el crucero sobrepasando las capillas de las naves laterales y devorando lo que queda de la mezquita. Es asombroso el trajín que se traen los operarios de la mañana a la noche.

—Mi deseo habría sido terminarla en vida, pero, para ello, habría tenido que comenzarla en tiempos de Alarcos. Se me ha adelantado por poco el obispo Mauricio, con el templo de Burgos que se levanta a los pies de su castillo, en la ladera del cerro. Yo no pude hacerlo antes porque tenía un mandato del papa para promover la cruzada, mientras él estaba descargado de tamaña obligación y podía dedicar todas sus energías a buscar los recursos para mantener abiertos los tajos de sus fábricas. Ello requiere mucho tiempo e ilimitadas energías. Y yo no contaba ni con lo uno ni con lo otro porque vuestro servicio, la cruzada y el papa reclamaban mi atención y eran mi primera obligación.

Berenguela le había incitado a que le contara su vida, relatara sus méritos y le explicara exhaustivamente el trabajo de investigación que estaba realizando sobre la historia de España para, después de dejarle explayarse a su gusto, encomendarle la tutela de Fadrique durante el inicio de su educación en Italia y alejarle para siempre de su madrastra, o al menos por una larga temporada.

—No sabéis cómo envidio la suerte que habéis tenido estudiando con sabios maestros, viajando por el mundo y entablando amistad con los príncipes de la Iglesia. Algo parecido necesitaría hacer mi nieto Fadrique en Italia para separarle de su hermano Alfonso, porque se llevan a matar, y para sacar provecho de su parentesco con don Federico el emperador. Necesito un pretexto para convencer a su padre.

—Hay un asunto pendiente entre el emperador y la corona de Castilla que puede servirlos. Que yo sepa, Federico todavía no ha hecho efectiva la entrega de la dote que le corresponde por su matrimonio con Beatriz. Nada más y nada menos que el ducado de Suabia que heredó de su padre, el difunto Felipe. Conseguirlo es una misión muy difícil en las circunstancias actuales. Fadrique habla alemán, es muy joven y en Roma se encontrará lejos de España y apoyado solamente en las arenas movedizas de su juventud. Para lograr lo que le corresponde, necesitará buenos profesores y mejores consejeros que le guíen en los innumerables vericuetos en que se mueve la política pontificia en su lucha contra las pretensiones del emperador.

—¿Sería mucho pedir que le acompañarais en este proceloso viaje para desbrozar su camino y evitarle pasos en falso en su primera andadura fuera de España?

—¿Para cuándo tenéis previsto este viaje para la formación de vuestro nieto?

—Inmediatamente, porque este papa ya es muy viejo y dicen que anda muy mal de salud.

Don Rodrigo se quedó pensativo y se tapó la boca haciendo un gesto de dolor, como si le estuvieran sacando una muela, y después resopló, haciendo temblar su cabeza como una veleta cuando el viento la agita cambiando de dirección.

—Agradezco infinito la confianza que depositáis en mi humilde persona y nada me gustaría más que poder complaceros en esta delicada encomienda, pero cuando recibí vuestro aviso me disponía a salir hacia Portugal por mandato imperativo de su santidad para entregar en mano una bula de excomuniación y entredicho a vuestro sobrino el rey don Sancho y a su hermano Fernando de Serpa. Me ordena que reprima los crímenes y tropelías que cometen ellos y sus secuaces contra el pueblo, la Iglesia y los nobles, con matanzas, persecuciones de obispos y clero, y despojo violento y sanguinario de todos los bienes de sus adversarios. El rey, que es de costumbres lúbricas, débil de carácter y está muy mal aconsejado, también se ha arrogado facultades que solo a la Iglesia corresponden persiguiendo al candidato a obispo de Lisboa, que, aparte de varón de Dios, ha sido capellán del papa y adicto a la causa apostólica, al que ha hecho

sufrir destierro una vez más. Como consecuencia de todo ello, el papa me ha rogado que le acoja en mi diócesis toledana y, además, garantice el sustento de todos los religiosos que huyen de Portugal. —Al ver la cara de espanto y contrariedad que ponía Berenguela, el arzobispo dijo a modo de disculpa—: Como comprenderéis, no me está permitido desobedecer al papa y, por la complejidad e importancia del asunto, es imprevisible la duración de la misión e imposible posponer su ejecución.

—¡Qué horror! Si no lo hubiera escuchado por vuestra boca, me habría costado creer que mis sobrinos han sido capaces de cometer semejantes atrocidades. ¡Qué desgracia fue para todos ellos la prematura muerte de mi pobre hermana Urraca! Dejó a su marido sin cabeza y a sus hijos sin una guía que enderezara sus pasos, cuando aún eran tiernos como los brotes de los árboles. Por eso sus hermanas se metieron en un convento y Teresa se trajo consigo al reino de León a sus hijos.

Don Rodrigo estaba desolado viendo la cara de desconsuelo de Berenguela, que se distrajo durante unos instantes tratando de encontrar otro candidato capaz de resolver el asunto de su nieto.

—¡Lo primero es lo primero, monseñor! —dijo en voz baja Berenguela para consolarle—. Atended a los servidores de Nuestro Señor que sufren persecución. Y haced que regresen al aprisco esas ovejas descarriadas que son mis sobrinos. Por lo demás, Dios proveerá qué doctores tiene la Santa Madre Iglesia.

\* \* \*

Al poco de regresar don Fernando de sus largas jornadas de caza, Berenguela se vio con él para exponerle la conveniencia de una larga estancia de Fadrique en Roma.

—Suabia está tan lejos y Fadrique es tan joven e inexperto que si no recibe pronto una formación adecuada, difícilmente puede aspirar a que Federico le entregue el ducado de Suabia y mucho menos a que el papa le otorgue el título de Rey de Romanos, que es el primer paso para que le designe emperador. Que yo sepa, en Italia solo el papa puede encontrarle los maestros que necesita para ello.

—Madre, por las cartas que nos manda el papa, y que tú nunca contestas, conoces mejor que nadie el conflicto que enfrenta al papa y al emperador. Mucho me temo que Fadrique no sepa nadar entre dos aguas, salga escaldado del asunto y vuelva lleno de resentimiento.

—Ese es un riesgo al que nos exponemos, pero vale la pena intentarlo.

—Tengo preparadas dos cartas para el papa contestando a sus apremios para que le enviemos fuerzas que combatan a su lado contra Federico. Aviados estaríamos si lo hiciéramos. Por eso le voy dando largas al asunto esperando que se muera o se arreglen entre ellos. Creo que lo mejor sería que Rodrigo las lleve en persona, no vaya a ser que se extravíen y caigan en manos de Federico.

—Puedes esperarle sentado, porque tiene trabajo para rato con las excomuniones de tus primos de Portugal. Tenemos que encontrar otro mensajero.

—En ausencia de Rodrigo, ¿a quién podremos mandar a Roma acompañando a Fadrique, que tenga buena entrada con el papa Gregorio y sea de toda nuestra confianza?

Berenguela se quedó un rato pensando en posibles candidatos. De pronto tuvo una iluminación. Muerto el obispo Mauricio, que había dejado solo iniciada la soberbia catedral que tenía en su cabeza, se acordó de que, en ausencia de don Rodrigo, había en Burgos una persona de toda confianza capaz de llevar las cartas al papa y durante un tiempo guiar a Fadrique en su aventura romana. Y también para otra misión más delicada todavía que la propia Berenguela tenía que resolver con el pontífice y que ya no podía posponer un día más, porque Gregorio IX era ya muy viejo y era el único en la Sede Apostólica que podía solucionarle un problema de conciencia que le acuciaba hacía muchos años.

—Lo tenemos en el convento de San Juan y es un fiel amigo nuestro desde aquel viaje a Sahagún para ver a tu padre cuando todavía vivía el mío. Se trata del abad de San Fructuoso y San Primitivo, el santo fraile Guillermo, que también ha rendido buenos servicios al Santo Padre. Yo misma viajaré hasta Burgos y le informaré detenidamente de la delicada misión que le vamos a encomendar.

*Burgos. 1239-1244*

pesar de las veces que se había encontrado con fray Guillermo en el convento de San Juan, al que hicieron prior gracias a ella, Berenguela nunca había hablado con el abad de Sahagún del asunto que tanto la inquietaba, pero ahora tenía que hacerlo porque necesitaba saber exactamente cómo fue envenenado el infante Fernando el Portugués.

Después de los saludos protocolarios y de encomendarle la misión de acompañar a Fadrique hasta Roma para introducirle en la corte papal, le expuso con toda claridad la delicada misión que agitaba su conciencia.

—Doy por seguro que conocéis bien al papa Gregorio IX y tenéis fácil acceso a su elevada dignidad, ¿estoy en lo cierto, don Guillermo?

—Ya le conocía bastante bien cuando solo era el cardenal Ugolino di Segni. Yo solo era prior de San Juan y él era una eminencia. Creo haber gozado siempre de su confianza y le estoy muy agradecido por haberme dado su bendición como abad, por haberme retenido con él en Roma y porque me apoyó incondicionalmente cuando se amotinaron los burgueses. Pero el aprecio que tiene a mi modesta persona no es nada comparado con la estima que tiene a vuestras majestades. No solo por lo que ha supuesto para la cristiandad la conquista de Córdoba, sino porque os considera un ejemplo de virtudes cristianas y el espejo en que deben mirarse las reinas y príncipes de todo el orbe cristiano.

—Todos somos pecadores. Los reyes tenemos muchas cosas de que arrepentirnos —interrumpió Berenguela—. Pero, decidme, ¿tenéis suficiente confianza con él para que escuche de vuestra boca la confesión que voy a

haceros?

—Seré vuestro mensajero para lo que necesitéis. No podría ser de otra manera, porque no solo conseguisteis que volviera a mi tierra burgalesa, sino que gracias a vuestra tenacidad lograsteis para mi humilde persona el cargo de abad de Sahagún, que me ha permitido viajar a Roma y ganarme la confianza de su santidad.

—No sabéis cuánto me reconfortan vuestras palabras, porque desde hace muchos años tengo un grave problema de conciencia cuya solución solo está al alcance del Santo Padre.

—¿Qué puede hacer este humilde servidor que sea de provecho para su majestad?

—Primero, necesito de vuestra memoria para ayudarme a recordar y después de vuestra palabra para obtener el perdón —dijo Berenguela, que hizo un gesto de recogimiento como para pensar mejor lo que tenía que decir—: Recordaréis que, pocas semanas después del encuentro familiar que celebramos en vuestro monasterio hace ya veinticinco años, vos mismo nos trajisteis a Las Huelgas la nefasta noticia de la muerte del primogénito del rey de León, junto con la sospecha de que había sido envenenado. Años después, mi antiguo marido le dijo a nuestro hijo Alfonso que fui yo quien envenené a su primogénito. Este me visita de tiempo en tiempo cuando estoy sola. Se sienta a mi lado y me mira en silencio. Es solo un momento. Lo que se tarda en rezar un padrenuestro. Después desaparece. Se nota que no quiere molestar. Yo tampoco quisiera molestaros, pero, siempre que acude, su presencia me llena de turbación y de temor. Por eso necesito que recordéis todo lo que pasó aquellos días aciagos desde que llegó el rey de León con su familia a vuestro monasterio hasta que regresamos nosotros a Burgos. Puesto que había sospechas, la visita del infante difunto me hace sentirme culpable de su muerte; si bien es cierto que yo deseaba fervientemente para que mi hijo Fernando heredara el reino de León, dejé la decisión del asunto en manos de Dios, que es a quien corresponde dar o quitar la vida a los reyes y al resto de los mortales. Y por ello, cuando supe de su muerte, tuve una gran alegría con una mezcla de compasión, pero la sospecha de que le habían envenenado me llenó de estupor y de miedo. Debéis saber que ni yo le envenené ni ordené a nadie que lo hiciera, ni tampoco lo autoricé. Entenderéis, por tanto, que yo necesite, por encima de todas las cosas, saber por qué se sospechaba que él había sido envenenado y qué fundamento tenían las sospechas. Cuando me visita el difunto, os recuerdo a vos mismo sirviendo la cena y también a fray Anselmo trayendo el vino; a los infantes disputando con caracoles sobre una mesa y a mi hermana Leonor hablando con él al final de la noche.

—Me habéis pedido que recuerde y no necesito hacerlo porque todo lo que ocurrió aquellos días lo tengo presente en mi memoria. Desde el primer momento supe que aquel encuentro en familia en Sahagún con un Fernando primogénito y otro Fernando heredero no podía traer nada bueno. Así se lo hice ver a don Rodrigo Jiménez de Rada en Carrión cuando le llevé la noticia. También don Pedro Muñiz lo sabía. Conocía perfectamente al Portugués y también a vuestro hijo Fernando. Me dijo que el rey de León estaba tan ciego como Isaac el hijo de Abraham, porque había decidido que el reino fuera para Esaú, que era el primogénito, y por ello Jacob se tendría que conformar con el plato de lentejas. Se sabía desde hacía mucho tiempo que el Portugués no tenía madera de rey. Aunque no le hubiéramos visto correr tras las doncellas de Sahagún, solo observando su comportamiento en la mesa, sentado enfrente de vuestro hijo, se podía deducir quién había sido educado para rey y quién para ser su servidor. Conocí vuestra desazón durante el camino de Carrión a Sahagún y no se me escaparon las miradas de desaprobación que don Pedro Muñiz dirigía al primogénito por su comportamiento, y de complacencia hacia vuestro hijo y hacia vos por vuestros modales. Al igual que don Pedro, me di cuenta de que el rey de León desmentía con sus hechos lo que estaba acordado en el Tratado de Cabrerros.

—¿Tan evidente era para vuestra reverencia la actitud del rey de León hacia sus hijos?

—La vida del convento nos obliga a los frailes a hablar poco y a observar mucho, para que nada se nos escape de lo que ocurre a nuestro alrededor. Más en un caso como aquel, con un litigio de la familia real por medio.

—¿Sabéis qué maña se dio don Pedro para envenenar al infante?

—Me imagino que lo hizo con el vino, pero no supe ni el cómo ni el cuándo.

—¿Cómo sabéis que fue él?

—No lo sé a ciencia cierta, porque no tengo la prueba definitiva, pero recuerdo que, cuando yo era novicio, fray Anselmo envió a un hermano con un pellejillo de veneno para que se lo entregara en Compostela a don Pedro, que también era boticario y alquimista e intercambiaba saberes y productos con nuestro boticario. Este me dijo una vez que mediante algunos venenos se podría encontrar el elixir de la inmortalidad y que don Pedro envenenaba poco a poco a los animales para poder resucitarlos, y por eso los disecaba esperando algún día encontrar el elixir que los devolviera a la vida. También sabíamos que buscaba la piedra filosofal en las rendijas de los sillares de la basílica del apóstol. Nunca tuvimos noticias del hermano que peregrinó a Compostela. Quizás se extravió en el Camino de Santiago, se envenenó él mismo sin saberlo o le mataron para

robarle.

—¿En qué se fundaba el rey de León para acusarme de la muerte de su hijo?

—Era lo que quería escuchar de nuestra boca porque insistía en el asunto una y otra vez siempre que venía a nuestro monasterio. Supongo que el propio padre Anselmo debió de meterle esa idea en la cabeza con insinuaciones pero sin pruebas, porque ni él ni nosotros disponíamos de ellas.

—¡Y yo que he pensado durante todo este tiempo que el veneno que mató al infante también afectó a don Diego López de Haro y a mis padres!

—Es imposible, porque el veneno no estaba en las jarras. Nos habríamos envenenado todos. Me imagino que debió de introducirse en algún momento de la noche en alguna copa de vino que le sirvieron a propósito. Se ve que Dios consintió que así fuera. Él dejó caer la teja sobre la cabeza de vuestro hermano don Enrique o empujó a este a que pasara bajo ella, por eso permitió que muriera el primogénito del rey de León, dado que tenía grandes designios para vuestro hijo el rey don Fernando. Él nunca se equivoca. A la vista están los resultados del reinado de vuestro hijo. Por acción u omisión, nosotros solo hemos sido instrumentos de su divina voluntad.

—Vuestras palabras me aclaran en parte lo que pasó, pero tampoco traen a mi espíritu el sosiego y la paz que he perdido desde entonces. Dios está muy por encima de nuestras cabezas y ante él solo soy una pobre mujer que ni puede ni osa pedirle cuentas por lo que hace o deja de hacer. En cambio mi conciencia me reclama a gritos el perdón y la expiación por la penitencia.

—Yo no tengo potestad para perdonar esta clase de pecados en la parte de responsabilidad que os pudiera haber correspondido por haber expresado tan claramente vuestro malestar, aunque no mediaran órdenes concretas al respecto. En los asuntos de príncipes y reyes la potestad de perdonar descansa solamente en el Santo Padre.

—Ni puedo ni debo desplazarme hasta Roma para confesarme ante su santidad para asumir toda la responsabilidad de haber podido inducir la muerte del infante a causa de mis gestos o razonamientos, porque esa era entonces mi voluntad. Pero como soléis viajar a Roma a menudo, ruego a vuestra reverencia que entreguéis dos cartas al papa de parte de mi hijo Fernando y, además, que tengáis a bien exponer en privado al papa los antecedentes y los pormenores de la muerte del hijo del rey de León y consigáis el perdón de mis pecados de pensamiento y de deseo, con el compromiso de que cumpliré íntegramente la penitencia que se me imponga retirándome al monasterio de Las Huelgas, para hacerlo privada y humildemente.

—¿Cómo sabrá el Santo Padre que actúo en vuestro nombre?

—Ahora mismo escribo una carta a su santidad para confirmar lo que acabo de encomendaros.

*Al santísimo padre y señor Gregorio, por la Providencia Divina sumo pontífice de la sacrosanta Iglesia romana, Berenguela, por la gracia de Dios reina de Castilla y de Toledo, besa los pies bienaventurados con filial reverencia tan debida como devota.*

*Dada la extraordinaria multitud de gracias que de vuestra exuberante bondad yo y mi hijo recibimos frecuentemente de vuestra santidad, quisiera manifestarle el afecto que yo y mi hijo siempre os tuvimos y tenemos. La causa de no escribiros frecuentemente no se debe a una falta de devoción, sino a la vergüenza que por naturaleza ha contraído el sexo, que me hace posponer el deseo de escribir y, sobrecogida de estupor, considero una presunción el deseo de tocar la orla de vuestro vestido. Ahora quiero dar las gracias a Dios porque me ha dado la oportunidad de encomendar al venerable y querido Guillermo, abad de Sahagún, varón pródigo y discreto, que por otros motivos iba a comparecer ante vuestra presencia, exponer ciertos asuntos que no quise referir por carta para que con seguridad y confidencialmente os los declare. Él os podrá también abrir nuestro corazón con mayor libertad y detalle.*

*Dada en Burgos el 5 de diciembre de 1239*

Una vez escrita a toda prisa la carta y sin tiempo de hacer correcciones en ella, Berenguela se la leyó de viva voz al abad y al entregársela le dijo:

—Entenderéis que no podía ser más explícita por carta, porque la Iglesia guarda para siempre los documentos que extiende o que llegan a sus manos, por ello dejo para vuestros labios lo que no puedo referir por escrito, dado que sería muy prolijo contar de este modo la sustancia y los pormenores del asunto. Me imagino postrada a los pies del papa, como la hemorroísa arrancó un milagro de Nuestro Señor cuando consiguió tocar la orla de su vestido. Ofuscado estaba mi entendimiento y enmarañados mis nervios cuando escribía la carta, pero estoy segura de que vos sabréis explicaros elocuentemente ante el Santo Padre para conseguir la absolución de mi pecado.

—No dudéis de que así lo haré y que el papa os otorgará su perdón.

—Ahora solo me queda rezar a Nuestro Señor para que lleguéis a tiempo de encontrarle con vida, porque es tan proveccta su edad que supongo que se debe a un milagro de los cielos. No olvidéis decirle que estoy dispuesta a aceptar la penitencia que se me imponga, pero procurad que no sea pública, porque no ha habido motivo de escándalo y además están de por medio dos obispos, y, de saberse lo acontecido en Sahagún, redundaría en perjuicio de vuestro monasterio

y de la Santa Madre Iglesia.

\* \* \*

Al poco de salir don Guillermo hacia Roma con las cartas de los reyes y acompañando a Fadrique, se casó, ¡por fin!, el infante don Alfonso con doña Mafalda González de Lara, cumpliendo el acuerdo matrimonial urdido por el arzobispo de Toledo, veinte años antes, para dar fin al conflicto entre la corona y el señorío de Molina. Cuatro años más tarde murió doña Mafalda, después de darle un hijo y una hija. Meses después de quedarse viudo, visitó a su tía Leonor, que estaba muy enferma en el monasterio de Las Huelgas de Burgos. Hacía muchos años que el rey Jaime, que consiguió la separación de Leonor alegando consanguinidad, se había llevado consigo a Alfonso, porque los obispos y nobles le reconocieron como legítimo heredero del reino de Aragón.

Esta vez le recibió en su celda de la clausura de Las Huelgas, pero no como reina de Aragón, sino como una monja más a la que el resto de las religiosas llamaban hermana Leonor. La encontró sentada en una silla junto al lecho. Estaba muy hinchada y respiraba con dificultad.

—¡Vaya con mi sobrino Alfonso! Esto sí que no me lo esperaba yo. No sabes la alegría que me das con esta visita tuya. Te hacía en Córdoba o en tu señorío de Molina. ¿Qué te ha traído por Burgos?

—Me caso, tía.

—¿Otra vez?

—Sí. Me caso otra vez. He venido en busca de la novia.

—¡Y yo que te hacía soltero de por vida cuando jugábamos con fuego en nuestra juventud! Los hombres no escarmentáis nunca. Mira que sois bobos. Siempre tropezáis con la misma piedra.

—Necesito tener más hijos para dejarles todas las heredades que me correspondan en el repartimiento de Córdoba y en los que vengan. Pero fíjate lo que es la vida. La pobre Mafalda era nieta de Manrique Pérez de Lara y ahora me caso con Teresa González de Lara, la hija de don Gonzalo Núñez de Lara.

—¿Y qué le parece a tu madre que te cases con la hija de uno de los hermanos Lara, que tanto daño nos hicieron durante el reinado de Enrique y al principio del de Fernando?

—No podemos llevar los agravios de generación en generación. También le hizo sufrir mucho mi padre al principio del reinado de Fernando y mi madre le perdonó en cuanto se murió. Mucho lloró por él por aquel entonces.

—En cambio ahora todo son alegrías para nuestro reino. Se ve que Fernando estaba tocado por la mano de Dios.

—Con la conquista de Córdoba, la situación de mi hermano, que ahora se siente mucho más fuerte, ha cambiado completamente. Le ha dado el respiro que necesitaba para reponer su quebrantada salud y puede atender a su joven esposa y recorrer sus reinos mientras los nobles y las órdenes militares incrementan sus posesiones en Andalucía. Regresó a Córdoba con la disculpa de llenar el vacío dejado por la muerte de Álvaro Pérez de Castro en la frontera cordobesa. Pero lo que en realidad quería era alejarse de mi madre y ofrecer sus palacios y jardines a Juana para que esta montara una corte nueva a su capricho. En unos pocos años ha hecho los repartimientos y ha añadido a sus posesiones la totalidad de la actual provincia de Córdoba y buena parte de la de Sevilla.

—Eso es muchísimo. Parece milagroso.

—Fernando aprende deprisa y visto el desabastecimiento y la hambruna que hubo en Córdoba en 1238 por culpa de la devastación de los campos y la expulsión o huida de sus gentes, ahora mantiene en sus tierras a los musulmanes de las poblaciones, que se rinden sin combatir, y les permite detentar sus posesiones, conservar su religión y ser gobernados por los ancianos o los cadíes que ellos eligen.

—Es mejor ser generosos. Yo también he perdonado a Jaime, aunque no podré llorar su muerte como hizo Berenguela con la de tu padre, porque lo mío va a peor y parece que no tiene arreglo y el Señor querrá ahorrarme muchos sufrimientos y me llamará a juicio a no mucho tardar.

—Me entristece lo que me dices, pero me alegra verte feliz.

—Es verdad que lo soy, pero me imagino que también tienes curiosidad por saber qué hace una mujer como yo metida a monja.

—Supongo que todas las hermanas tenéis motivos para ello.

—¿Dónde íbamos a estar mejor para no ser un estorbo en la corte? Cuando nuestros maridos se mueren o nos abandonan y se quedan a nuestros hijos, encontramos aquí la paz que nunca hallaríamos en otra parte. Aunque no vaya a ser mi caso, vivimos más, vivimos mejor y somos más felices al abrigo de estos muros con una vida reglada y sencilla, sin sorpresas ni sobresaltos. Vivimos sin tener que complacer a nadie y buscando a Dios en las pequeñas cosas.

—Entiendo todo lo que me has dicho, pero ¿con qué lámpara buscáis a Dios en medio de tanta oscuridad?

—No estorbando su llegada. Dios habita dentro de nosotros y es la luz que ilumina la oscuridad. Se le encuentra en el silencio y en la oración y sobre todo en la meditación, pero sin empujarle ni buscarle porque viene cuando quiere y como quiere. Por eso nuestro padre San Bernardo dispuso que nuestros templos fueran de piedra blanca, templos de elevación y de luz, sin pinturas ni adornos que nos distrajeran. Pero para que llegue a nosotras, tenemos que no pensar y no

querer, solo esperar en paz y quietud. Allá fuera la vida es como un río que se desboca. Aquí dentro es como un remanso de agua cristalina que se remansa como los lagos de las montañas de Neila.

»¿Me preguntabas si soy feliz? De verdad que lo soy desde que descargué mi conciencia y me perdonaron los pecados.

Alfonso pensó que se refería a los encuentros amorosos de su juventud y después de que ella se separara del rey de Aragón.

—¡Qué tonto eres, Alfonso! —continuó Leonor, adivinándole el pensamiento—. No me refiero a lo que tú piensas. Aquello nuestro, como mucho, eran juegos de niños que a nadie dañaban y mucho nos enseñaban. ¡No, hijo, no! No me refiero a los pecados de la carne, me refiero a los pecados de la sangre. Esos sí que hacen daño al que los sufre y al que los comete. Casi más al segundo que al primero, porque siempre lleva esa carga sobre su conciencia. Noche tras noche.

—Eso me pasa a mí muchas noches con los cautivos que degollamos en Jerez, hace ya quince años.

—Y a mí, desde que tuve la sospecha de que, sin ser consciente de ello, había envenenado a tu hermano Fernando el Portugués, hace ya treinta y dos años. Ese ha sido mi pecado y esa, la cruz que he tenido que llevar sobre mi conciencia durante toda mi vida. Una cruz muy pesada, ¡no te creas! La penitencia que me impuse ha sido muchísimo más llevadera.

—¡Nunca lo hubiera pensado! ¡Siempre te he visto tan alegre!

—La procesión iba por dentro, pero tenía que disimular. Me costó mucho no contártelo cuando estuviste conmigo al poco de separarme y, como no mencionaba a tu hermano, me preguntaste por el asunto. Noté que te preocupaba y mucho, y tenías toda la razón en querer saber qué le había pasado, pero no te aclaré nada. Es cierto que el pobre no estaba preparado para reinar y que tenía razón tu madre para temer una guerra interminable entre los reinos si tu padre le quitaba a Fernando el reino de León, pero nadie tenía derecho a quitarle la vida. Ese derecho solo lo tiene Dios. Él sabrá lo que hace y por qué lo hace. Su voluntad fue llevarse a mi hermano Enrique y le cayó una teja en la cabeza. ¡Pobre hermano mío, pero bendito sea el santo nombre del Señor! Así es la vida. Tu madre estaba muy nerviosa en Sahagún. Parecía que el mundo se le venía encima. No hacía más que decir: «¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!». Y fíjate, ¿quién lo iba a decir? Aquellas dos desgracias, la de Fernando y la de Enrique, fueron para bien. Entiéndeme. Para bien de la cruzada, porque después de lo de Córdoba, parece que viene lo de Jaén y después vendrá lo de Sevilla. Pero ¿quiénes éramos nosotros para mover el dedo de Dios? Eso es lo que yo me he preguntado durante todos estos años. Queremos entender a Dios, y eso es

soberbia. A Dios no hay que entenderle porque eso es imposible. A Dios hay que aceptarle como es, entre otras cosas porque no nos queda otro remedio. Eso es lo que hacemos las hermanas. Cantar sus alabanzas, orar, meditar y trabajar. Orar por todos vosotros para que sigáis el recto camino y también por nosotras mismas para el perdón de nuestros pecados. Y sobre todo para sacar del purgatorio a todos nuestros antepasados.

Leonor sabía que Alfonso quería conocer lo ocurrido y que quizás era ese el motivo principal de su visita.

—¿Quieres saber realmente lo que ocurrió? Pues guárdame el secreto. Fue todo muy sencillo. Mientras vosotros jugabais con los caracoles, los frailes nos traían vino de la bodega. Tu madre me hizo una señal para que embriagara a tu hermano. Creo que lo hizo para dejarle en evidencia ante todos. Yo bebí a escondidas, pero no mucho. Después don Pedro trajo una copita de licor, me miró fijamente a los ojos y me dijo que yo no lo probara, que era solo para hombres. Pero yo no le hice caso y probé solo un poco. Aunque el licor estaba dulce, me supo raro. Menos mal que solo le di un sorbito a la copa, ¡buena la hago si me llega a dar por beber...! Solo sospeché que pudo ser aquel licor la causa cuando nos llegó la noticia de la muerte de tu hermano. ¿Cómo iba a pensar que aquel obispo iba a hacer una cosa semejante? Nunca me atreví a decir nada de aquello y tampoco tu madre me preguntó nada al respecto.

Alfonso escuchó todo lo que necesitaba saber de aquel suceso que había pesado como una losa sobre su familia durante toda la vida. Aunque no volvieron a hablar del asunto, visitó diariamente a su tía hasta su fallecimiento, ocurrido unas semanas más tarde. Después viajó a Toledo para contarle a su madre todo lo que había averiguado acerca de lo ocurrido en Sahagún.

*Jaén. 1244. Ciudad Real. 1245*

En la primavera de 1244, para evitar un choque fronterizo, Alfonso, el heredero de Castilla, y el rey Jaime de Aragón firmaron el Tratado de Almizra para delimitar las fronteras entre ambos reinos. En garantía de su cumplimiento, doña Violante, de solo diez años, la hija habida del rey de Aragón con su segunda esposa, se casaría dos años más tarde con el propio Alfonso. Hechas las paces con su primo y futuro consuegro, el rey don Fernando podría dedicarse de lleno a la conquista de toda Andalucía. Se interponía en su camino Jaén, ciudad muy poblada y mejor defendida. Pese a haber fracasado en los dos intentos anteriores, no quería dejar a sus espaldas un bastión tan poderoso en su avance hacia Sevilla, que era el gran objetivo militar de su reinado.

Ayudados por un invierno inclemente, los defensores de Jaén, que habían resistido dos asedios anteriores, esperaban que los cristianos desistieran del último, como habían hecho dos veces con anterioridad. En lo peor del invierno de 1245 el rey don Fernando se presentó en Jaén de improviso para reforzar el asedio. Hasta allí le llegó la noticia de que su madre había salido de Toledo y se encaminaba hacia Córdoba. Aquella inesperada visita no podía ser más inoportuna, y, por ello, decidió salir a su encuentro a marchas forzadas. Después de que Fernando cruzara Despeñaperros, se encontraron en Pozuelo de don Gil (Ciudad Real), cerca de Alarcos.

«Se ha debido de pensar que tiene la salud de su abuela Leonor de Aquitania. Una aventura como esta a sus años puede costarle la vida», se dijo el rey al verla.

—De Córdoba a Toledo hay la misma distancia que de Toledo a Córdoba, hijo mío —exclamó la reina Berenguela a modo de saludo—. Si tu mujer no lo

hace, será tu madre la que tiene que velar por tu salud. ¿A quién se le ocurre asediar Jaén otra vez, además en un invierno como este? Estás tú bueno para andar a campo abierto con estos fríos. ¿Tanta prisa tienes por matarte? Con lo bien que estarías a estas horas en Toledo. Estás muy desmejorado, Fernando, y empiezas a ser un viejo prematuro. ¿No sufriste bastante con la cabalgada hasta Córdoba, que a poco te mueres, y repites la historia en Jaén? De sobra sabes que cada ciudad que conquistas te cuesta cinco años de vida.

—¿Están divididos entre ellos, madre! Y es nuestra oportunidad.

—Hijo mío, llevan divididos veinte años. No los distraigas. No te mates tú. Dales un poco de tiempo para que terminen de matarse ellos solos. Verás después lo fácil que te lo dejan. Descansa un poco. ¿Qué hace tu mujer en Córdoba, que no te retiene a su lado?

—¿Cómo estás tú, que te veo un poco desmejorada?

—Es por el viaje y las preocupaciones. Pero no cambies de conversación.

—¿Qué quieres saber de Juana?

—¿Está otra vez en estado? ¿Se preocupa de ti y te cuida o solo se da la buena vida en esos palacios de los reyes moros?

—¿Cuántos años piensas que tengo?

—Tienes cuarenta y tres, pero eres tan atolondrado que a veces pienso que tienes treinta menos. Eras más sensato cuando te saqué de las manos de tu padre. Eso sí, impulsivo y terco como ahora. Pero entonces me obedecías. A regañadientes, pero, cuando se te explicaban las cosas, dabas tu brazo a torcer. Ahora ni escuchas ni haces caso. Eres igual que tu padre. Solo te interesa la guerra, la guerra y la guerra.

—Has dicho que tengo cuarenta y tres años y me tratas como si tuviera cuatro. ¿A qué esperas para soltarme de tus brazos y dejarme solo en el suelo? Te he dado pruebas de que puedo andar por mí mismo.

—Ya me di cuenta cuando lo de Córdoba, que te faltó tiempo para echar a correr detrás de la mudita.

—Otra vez con la misma historia. Te hice caso y se acabó. Me casé con la mujer que le convino a tu hermana.

—Esta Juana no quiere saber nada de ti ni de mí. Ni me quiere como madre ni me admite como reina. Era mejor Beatriz. Se notaba que había sufrido.

—A Juana le pasa lo que a Beatriz, que te respeta y te teme. Y no le gusta que me trates como a un niño.

—¿Le has contado lo que acordamos en Autillo o acaso lo has olvidado?

—Se lo he contado por encima, pero no termina de entenderlo. Tampoco lo entienden los trovadores, que ponen al primo Luis de Francia bajo las sayas de Blanca y a mí bajo las tuyas.

—¿Qué nos importan los trovadores a nosotros?

—Claro que nos importan, porque son los pregoneros que divierten a las gentes. Sus trovas son lo que les llega al común de los mortales y estos se hacen una imagen de nosotros por lo que ellos pregonan y cantan. Gracias a ellos, el tío Ricardo todavía vive en la memoria de las gentes como un héroe y por culpa de ellos a su hermano Juan se le recuerda como un bellaco.

—Ven algo más a Castilla para que te conozcan de cerca. Saben de tus hazañas, pero se han olvidado de tu rostro.

—¿Voy con una reina a cada lado?

—¿No pretenderás que yo me esconda?

—Deja un poco de sitio a Juana, que la trajiste para que reinara. Al menos era eso lo que me decías. ¿O solo era para apartarme de María Magdalena?

—Vino a nosotros para que reinara a nuestro lado y para apartarte de la mudita que te trajiste de Córdoba, que podía traernos grandes desgracias.

Fernando no podía soportar el agudo sarcasmo de su madre.

—Y dale con la mudita. Mira que eres lenguaraz. Es la segunda vez que lo dices. Sabes de sobra que me hizo mucho bien y, tal como se había acordado, la casamos con Colodro después de dotarla generosamente. No la llares mudita porque la bautizamos en la mezquita y le pusimos por nombre Magdalena.

—En eso acertaste. El nombre estaba muy bien puesto, por la melena y por los menesteres que le asignasteis.

—No te entiendo, madre. No te entiendo. ¿Te pasa algo? Sales sin avisar de Toledo amenazando con llegar hasta Córdoba. Acudo a tu encuentro para evitarte el cansancio y la zozobra del camino y, al poco de vernos, sacas a relucir todos tus agravios y no paras de hacerme reproches. Todo lo que hago te parece mal y le das la vuelta a todo lo que te digo. Te conozco, madre. ¿Cuál es el verdadero motivo de tu viaje, si me lo puedes decir por derecho? ¿De qué te quejas? Las cosas no pueden ir mejor para nosotros. Tú reinas en Castilla y yo conquisto en Andalucía. Jaén está al caer. Sevilla estará pronto a nuestro alcance. ¿Qué tramas? ¿Qué buscas? ¿Qué quieres? ¿Es que no podemos tener la fiesta en paz?

—¿Te extrañas de que quiera ir a Córdoba, la ciudad más grande de mi reino? Ya va siendo hora de que vaya. ¿No te parece que tengo derecho a conocerla a mis sesenta y cinco años? ¿A qué espero para llegar si esta vez no me pongo en camino? ¿Tú me preguntas que por qué quiero ir a Córdoba, cuando la sola noticia de que me acercaba sin avisar te ha arrojado al camino para evitarlo? Solo conozco Córdoba por lo que me dices y por lo que me cuentan... que por cierto no todo es bueno. Entre los legítimos y los bastardos ya no sé cuántos nietos tengo. Y tengo ganas de conocerlos. A los de Alfonso, a los

de Fadrique y a los de Fernando, si es que los que les siguen no van por el mismo camino... y espero que tú no tengas ninguno.

—Ahora sales con los bastardos. Los infantes ya son mayores... Yo estoy muy ocupado con la guerra... Juana es más joven que ellos. ¿Qué quieres que le haga?

—Lo primero de todo, ubicar a Fadrique, que esperaba mucho y no ha conseguido nada. Que ha vuelto de Italia con familia y sin Suabia y, por lo ambicioso que es y lo resentido que está, puede ser un quebradero para el legítimo heredero de nuestros reinos. No hagas como mi abuelo Enrique de Inglaterra, que prometía y no daba, engañando a todos sus hijos queriendo contentar a todos. Deja las cosas claras con ellos y entre ellos desde el principio. Cuenta conmigo para ese espinoso asunto, que a lo mejor todavía me respetan. Tienes muchos hijos y todos con muchas ambiciones, pero solo uno puede ser rey y los demás tienen que someterse y obedecerle, porque, aunque sean sus hermanos, ya no son sus iguales. Y no se te ocurra repartir los reinos, que eso no es lo acordado y sería volver a empezar con las guerras y los incestos. Eso es lo que tienes que hacer cuanto antes. Poner orden en la casa para tener orden en el reino. Poner orden en la casa y dejar las cosas claras para que sepan a qué atenerse y se acostumbren a ello. Si la casa no está ordenada, el reino tampoco lo estará. Para eso estamos los reyes. Para eso voy a Córdoba, para poner fin a tanta relajación y educar a mis nietos si es que se dejan y todavía me respetan. Fernando, ¿no te das cuenta de que tú te estás matando y ellos se van a matar entre ellos cuando tú no estés? No se trata solo de conquistar, también hay que asegurar la paz interior del reino cuando faltemos.

—A mi hermano Alfonso le medías con otra vara. A él le permitías todo, incluso acostarse con la tía Leonor.

—No consiento que hables así de tu hermano, el más alegre, ingenioso y divertido de la familia, el más listo, el más generoso, el más leal de tus servidores, el más fiel de tus amigos, el mejor de tus consejeros. ¿Sabes por qué? No le eduqué para la guerra, le eduqué para la vida, dejándole disfrutarla para que no te mirara con envidia, sino con admiración. Eso es lo que les falta a mis nietos, que miran con envidia al heredero. Todos ellos quieren un reino que no han conquistado, pero no lo quieren para gobernar, sino para disfrutar ellos de las mieles de tus victorias.

Fernando, que había dejado explayarse a su madre, llevaba mucho rato mordiéndose la lengua; además estaba muy crecido por lo conquistado y por lo que iba a conquistar, así que no aguantó más la reprimenda de su madre y dijo lo que pensaba.

—Esos reinos lo estoy conquistando yo y los repartiré como me plazca.

—¿Esas tenemos, Fernando? Como me temía, se te ha subido el poder a la cabeza. Aunque eres mucho más listo que él, el pronto de tu padre y la soberbia que de él has heredado te pierden. Razón tenía yo en recordarte lo que firmamos en Autillo. Tus reinos son mis reinos, y son los reinos de tu hermano y también de tu tía Leonor, que se acostaba con tu hermano para amansarle, y gracias a ello ocupó tu lugar en Valladolid cuando se coronó rey en tu nombre. Tu tía Leonor se casó con Jaime para evitar una alianza con tu padre y que entre León y Aragón emparedaran Castilla. Tu reino sería también de tu pobre hermana Berenguela, que en paz descanse, porque la casamos con un viejo cruzado para que tu padre no te quitara el reino de León. Tu reino es mi pecado y el de Leonor, y el de don Pedro Muñiz y el de don Rodrigo y el de don Guillermo, que entre todos envenenamos a tu hermano Fernando el Portugués, porque tu padre le había prometido el reino que te correspondía por los tratados. Tu reino es mi reino y mi pecado porque, para que tu padre firmara los tratados que te dejaban León en herencia, a pesar de que estábamos separados, íbamos de castillo en castillo y de pecado en pecado, saltando por encima de mandamientos, excomuniones, entredichos y amenazas del infierno. ¡Ay, hijo mío! Reinan es lo más difícil del mundo, y en mi caso no ha sido un camino de rosas. ¿Te acuerdas de los degollados que visitaban a tu hermano por las noches? Pues a mí también me visita tu difunto hermano y se me queda mirando fijamente muchas noches. Eso a pesar de que estoy muy arrepentida, de que me ha perdonado el papa y de que he hecho mucha penitencia y haré más todavía durante el resto de mi vida.

Fernando veía que su madre se iba acalorando y se congestionaba a medida que avanzaba en su exposición, pero no escuchó o no quiso darse por enterado de que entre todos habían envenenado al primogénito y calló.

—Tu reino no es solo tu reino —continuó la reina—, es el crimen que Dios consintió para que conquistaras Úbeda, Baeza y pronto Jaén y Sevilla para la cristiandad y para que eduques a tus hijos en el cumplimiento de los mandamientos de Dios y en el respeto a la religión y a la Iglesia. No vaya a ser, cuando tú te mueras, que mis nietos se comporten como los hijos de mis abuelos Enrique y Leonor, que se mataban entre ellos después de acabar con su padre. O sean excomulgados por el papa, como vuestros primos de Portugal. Para eso iba a Córdoba, para poner el orden que tú no pones, porque estás encelado en la guerra con los moros y te olvidas de la que se está fraguando entre tus hijos por falta de educación.

Fernando, que tenía la cabeza en Jaén y en Sevilla, escuchaba las quejas de su madre con cierta desgana. Le parecían lamentos de vieja. No entendía a dónde quería ir a parar con aquel sermón, porque con sus conquistas estaban consiguiendo el objetivo común de la vida de ambos y también de su hermano

Alfonso. La unión de los reinos cristianos, principalmente León y Castilla, y la lucha victoriosa contra el enemigo común. Sabía que ella era ambiciosa, pero no comprendía que se quisiera inmiscuir en asuntos menores de la familia. Ella no sabía ya distinguir entre lo principal y lo accesorio. Para él, era una mujer de otro tiempo. Por eso la interrumpió:

—Si ya te has desahogado y has dicho lo que tenías que decir, ahora me toca a mí. Pero quiero que hablemos de madre a hijo.

—¡No me interrumpas, Fernando! Esto no es un desahogo, es la cruda realidad. Soy yo la que determino cuándo he acabado, que a lo mejor tú le das un giro a la conversación y luego pierdo el hilo de lo que estaba diciendo. Ahora toca hablar de reina a rey. Después tendremos tiempo de hablar de madre a hijo. —Fernando ladeó la cabeza y puso cara de resignación—. Excusa que sea tan pesada, pero, de una vez por todas, quiero dejar una cosa bien clara, que además es la clave de la relación entre nosotros. De antes y de ahora. Que la reina efectiva soy yo. Berenguela de Castilla, que además soy tu madre. Pero fui reina antes que madre. Beatriz antes y Juana ahora solo son reinas consortes. El reino de Castilla es mío por herencia, porque me lo dio mi padre, porque era la mayor, porque me correspondía a la muerte de Enrique, porque evité que me lo robara tu padre cuando estaba conjurado con los hermanos Lara para quitártelo. Te saqué de sus garras con astucia y con riesgo, para entregártelo a medias.

»Y luego el reino de León. Yo ya era reina de León por matrimonio. Tú no heredaste el reino de León de tu padre. Él no quería dejártelo de ninguna manera. Se lo ofreció a tu hermano, se lo regalaba a Juan de Brienne, se lo prometía a Jaime de Aragón, se lo dejaba a tus pobres hermanas Sancha y Dulce o al primero que pasara por el Camino de Santiago, con tal de que no fuera a parar a tus manos. Fíjate qué padre tenías, ¡el pobre! No creía en ti, no confiaba en ti. El hijo suyo y mío que ha devuelto las campanas a Compostela para honra suya y para que le arrullen en su soledad, recordándole hora tras hora que el heredero que él rechazaba había realizado con el apóstol el milagro imposible. El reino de León era mío porque me tuve que casar con un ciego lleno de resentimiento para salvar a mi padre y para defender el reino de Castilla. Y al final negocié con la madre de tus hermanas para que lo tuvieras sin guerra y sin deshonor. ¿Dejé en tus manos dos reinos? ¡No, hijo mío, no! ¿Nos repartimos los reinos? ¡Tampoco! Hicimos algo mejor. ¡Los compartimos! Eso no quiere decir que yo sea medio reina. Ni tu medio rey. No somos dos soles, somos un solo sol que da luz en dos habitaciones distintas de una misma casa, pero la luz nace de la misma fuente. La fuente del esfuerzo, de la paciencia, de la astucia, de la constancia y sobre todo de la legitimidad conseguida por la herencia, por los tratados y por la bendición del papa, que no es fácil de lograr. Tu luz abrasa a nuestros enemigos

con la guerra, mi luz calienta a nuestros súbditos en la paz. Tú incendias en Andalucía, yo hago que maduren los frutos en Castilla. Tú divides a los moros y los combates. Yo uno León y Castilla con mi gobierno, mantengo la paz en la retaguardia y procuro que no os falte de nada ni a vosotros ni a nuestros ejércitos. Pero no soy una simple intendente o una obediente responsable de suministros, que es a lo que tú te has acostumbrado. Sigo siendo la reina efectiva de todos nuestros reinos. De los que administro y de los que suministro. Y tú sigues siendo el rey de todos nuestros reinos, de los que conquistas y de los que confiscas.

Berenguela estaba sofocada y congestionada, notaba que le faltaba el aire e hizo una pausa para respirar, pero no dejó de amonestar a su hijo.

—Juana es reina, ¿qué duda cabe! Pero reina consorte, nada más y nada menos. Pero su luz es solo un reflejo de tu gloria, como la luna del sol. Como te decía, el único sol en estos reinos somos nosotros: Berenguela y Fernando, aunque no les guste y hagan burlas los trovadores y algunos nobles envidiosos en este mundo de hombres en que nos ha tocado vivir.

Fernando escuchaba en un respetuoso silencio las razones de su madre y no osaba interrumpirla de nuevo.

—Habrás comprendido que el motivo por el que yo quería ir a Córdoba no era solo por conocer esa maravilla de ciudad que dices. Es por algo mucho más importante: quiero que mi calor llegue también a Córdoba y que mi luz ilumine la vida de tus hijos y la de mis nietos, igual me da que sean legítimos que bastardos, ¡que los pobres apenas si me conocen y tampoco los conozco a ellos!

El coraje que llevaba en el cuerpo, el enfrentamiento con su hijo y un invierno inclemente hicieron que Berenguela enfermara. Por ello, Fernando retrasó su regreso a Jaén, porque se temía por la vida de su madre. Tuvieron tiempo de hablar de madre a hijo durante seis semanas, hasta que estuvo en condiciones de viajar. Entonces decidieron de común acuerdo que él continuaría con el cerco de Jaén y ella volvería a Toledo para recuperarse.

*Burgos. 1246*

Al finales del verano del año 1246, estando Berenguela en el monasterio de Las Huelgas de Burgos, recibió la visita de su hijo Alfonso, que la llenó de alegría.

—¿Pero qué demonios hace la reina de Castilla y de León, la dueña de Toledo y de Baeza, la señora de Jaén, de Córdoba y pronto de Sevilla encerrada en un convento y haciendo penitencia?

—¡Ay, hijo mío! Visitas como la tuya me sacan de la modorra y alargan mi vida. Yo no sé estarme quieta, pero ni los médicos ni tu hermano Fernando me dejan hacer nada. Aquí me tienen, sujeta como un trasto viejo en un desván. ¿Qué noticias me traes? Porque aquí no me cuentan nada de lo que pasa ahí fuera. Dicen que las impresiones fuertes y las novedades pueden acabar con mi vida en cualquier momento, pero lo único que consiguen es matarme de aburrimiento. Ahora mismo ni me puedo mover, ni participo de la vida del convento, pero no sé estar tranquila sin saber lo que pasa en mis reinos. No sabes cuánto me alegra verte siempre tan jovial. ¡Y tan joven y gracioso como siempre, hijo mío! Todo lo contrario que tu hermano, siempre tan serio, grave y circunspecto. ¿Te has dado cuenta de lo avejentado que está? ¡Estando en la flor de la vida parece un anciano! No se lo digas a él, pero la última vez que nos encontramos estaba viendo a vuestro padre. Ahora me ha dado por confundirlos en los sueños, como me pasaba con vosotros cuando erais pequeños, que equivocaba vuestros nombres y a ti te llamaba Fernando y a él Alfonso. Ha sacado el mismo carácter y temperamento que él. Impulsivo y un poco atolondrado; necesitado de un freno. El tuyo o el mío. Él siempre va a lo suyo y

no quiere que le hables de otra cosa. No soporta que le lleves la contraria en nada. ¡Qué soberbia la suya! Ni escucha ni entra en razones, le digas lo que le digas. En cambio, tú siempre has sido lo contrario.

Alfonso escuchaba y sonreía, pero le preocupaba que la agitación de su madre fuera creciente, a juzgar por el temblor de sus manos. Sin embargo, ella seguía con la misma canción.

—Yo te decía una cosa y lo pensabas. Luego obedecías o hacías lo que te daba la gana, pero no me llevabas la contraria y menos en público. Tú saliste de otra madera. Más parecido a mi padre, tu otro abuelo, que era más manso de temperamento. Él escuchaba y daba razones sin contradecirte, explicaba las cosas y no daba voces. Y luego, sin rechistar, hacías lo que tenías que hacer. Eso hice yo cuando me dijo que tenía que casarme con tu padre. Aunque a mí me repugnaba al principio, obedecí. Y mira los resultados. Los reinos unidos y en paz, y además acrecentados. Gracias a que obedecí a mi padre y a que tú has sido una bendición para mí y para tu hermano. Y gracias a que, mientras que los reinados de tu abuelo y tu hermano duran casi cien años, los infieles no cesan de pelear entre ellos y llevan decenas de reyezuelos mientras tanto. Ya va siendo hora de que te lo diga. Eres un orgullo para mí. Fiel, humilde, leal y generoso, nada ambicioso y siempre contento. Otro habría hecho caso a su padre y nos habría traído a Fernando y a mí por la calle de la amargura. Eres un santo. Hijo mío. De verdad. Entendiste enseguida cuál era tu misión en el mundo y, al igual que Juan el Bautista, has dedicado toda tu vida a preparar los caminos del Señor. Tienes que estar orgulloso de saber que su reino es tu reino y has tenido la suerte de que no te hayan cortado la cabeza.

—No me lo recuerdes, madre, que a punto estuve y, si no llega a ser por la audacia y la valentía de Álvaro Pérez de Castro en la batalla de Jerez, me la habrían cortado pensando que se la cortaban a mi hermano.

—La Divina Providencia, que estaba de nuestra parte. ¿Por dónde iba, que se me ha ido el santo al cielo? ¡Anda, acércame un poco de agua, que se me seca la boca!

Alfonso obedeció y le dio a beber a la boca porque, de lo contrario, ella lo habría derramado con sus manos temblorosas. Después la tomó de la mano y comprobó que se tranquilizaba.

—Estoy hablando demasiado. Ahora, para entretenerme un poco, cuéntame cómo fue lo de Jaén y cómo va lo de Sevilla, y así me olvido de mis achaques y descanso de la fatiga. Aunque cierre los ojos y no diga nada, tú no te calles si ves que me duermo. ¿Por qué, siendo una plaza tan fuerte, se empeñó tu hermano en ir contra Jaén teniendo al alcance Sevilla, que es mucho más importante?

—Por eso precisamente —afirmó Alfonso—. Fernando no podía dejarla a

sus espaldas cuando, avanzando por el valle del Guadalquivir, se acercara hasta Sevilla. Era un gran obstáculo y un gran peligro para dejarlo en medio del camino. Mi hermano es un gran estratega y sabía que el rey de Granada le tenía miedo. Engañó a este cuando salió a tu encuentro haciéndole creer que se retiraba. Pero Ibn Nasr, conoedor del tesón, el coraje y la determinación de mi hermano, en cuanto supo que regresaba en primavera, se presentó en Jaén, dobló la rodilla y le besó la mano en señal de vasallaje. No solo le entregó la ciudad, sino que puso a su disposición su reino y su persona. Como viera que Fernando le recibía con honores y se mostraba magnánimo y generoso, además de pagarle ciento cincuenta mil maravedís anuales, se comprometió a acudir a la guerra contra nuestros enemigos.

—¡Que no se fíe del rey moro de Granada, que siempre ha sido muy traicionero! Mató a su aliado de Sevilla cuando este salió a su encuentro para agasajarle —musitó Berenguela sin abrir los ojos.

—Después de aquello, los sevillanos le expulsaron de Sevilla y ahora le mueve el odio y el rencor.

—Poderoso señor es don rencor —recalcó su madre.

—Sigo, que esto que viene ahora te va a gustar. Para nuestra fortuna, después de aquello, hubo una sublevación en Sevilla, mataron al gobernador, se negaron a pagarnos los tributos y rompieron las paces. Preguntados nuestros nobles, unos preferían esperar en Córdoba a que llegaran refuerzos para conquistar Sevilla y otros, sabiendo que de Jaén y Granada no había nada que temer, propusieron seguir abatiendo castillos y ciudades para sacar provecho a la conquista de Jaén. Ante la dificultad de rendir por hambre una ciudad tan grande y poblada como Sevilla, Fernando pidió parecer al maestre de la orden de Santiago y después recabó mi opinión. Ambos dijimos que los griegos tardaron diez años en conquistar Troya y solo pudieron hacerlo cuando metieron un caballo de madera lleno de guerreros dentro de los muros de la ciudad. Algo parecido a lo que hicieron Colodro y sus compañeros en Córdoba o los caballeros de Calatrava en Baeza.

Alfonso pensó que su madre estaba dormida porque seguía con los ojos cerrados y ni asentía ni denegaba, ni siquiera con la cabeza, pero, para que no despertara, siguió arrullándola con un recitado monocorde, creyendo que hablaba solo.

—Nosotros argumentamos: el río Guadalquivir nos puede permitir completar el cerco de Sevilla por tierra y por mar. En negras naves llegaron los griegos por el mar, con sus bodegas cargadas de guerreros. Los barcos serán nuestros caballos marinos de Troya. Al igual que los haces de nuestra caballería forman una punta de flecha cuando entramos en combate, los barcos con sus

afiladas proas, surcando con brío el ancho Guadalquivir, cortarán de un tajo las defensas de la ciudad y nos abrirán de par en par sus puertas para completar su conquista. En Troya los vencieron con astucia y con el susto, y en Sevilla venceremos por constancia y con el hambre. Troya era Troya y su guerra es un cuento de los trovadores de la antigüedad. Pero Sevilla es mucha Sevilla... dijo un caballero de Calatrava...

—¿Y qué dijo tu hermano? —preguntó su madre, sorprendiéndole.

—Que por mi boca había hablado el libro de la sabiduría y que en la guerra y en la vida las batallas no se ganan solo con la fuerza, con la tenacidad o el coraje. Tampoco con astucia solamente. Luego refirió que el rey Salomón escribió: «La sabiduría es como la luz del día que siempre sale vencedora; que la luz siempre puede contra la oscuridad, y que la maldad nada puede contra la sabiduría». Como conclusión de todo ello, me he venido a Burgos en busca del almirante Ramón Bonifaz, que sabe mucho de barcos, para que me acompañe a Santander y prepare una gran flota que entre en la ciudad de Sevilla, como un caballo de Troya, por la puerta del Guadalquivir.

—Estabais preparando esa aventura y me tenéis aquí como una pasmada sin decirme una palabra y sin pedirme mi parecer. ¿En qué consiste la flota? ¿Cuánto tiempo hace falta para armarla? ¿Cuánto puede tardar en llegar a Sevilla? ¿Cuánto costará? ¿Cómo vamos a pagarla?

—Por eso he venido en persona a averiguarlo y a hacerlo posible. No he permitido que nadie lo hiciera en mi lugar. Para verte, tanto a la ida como a la vuelta, para contártelo y para escuchar tus consejos y tenerlos en cuenta. Ahora que te he visto, tengo que encontrarme con Ramón Bonifaz y acercarme con él a Santander, Castro Urdiales, Laredo y San Vicente de la Barquera, para armar una decena de naves de vela y cinco galeras especialmente preparadas para surcar el Guadalquivir y llevarse por delante todos los obstáculos que encuentren. A esta flota sumaremos todos los barcos y combatientes que encontremos cuando pasemos por Galicia. Ignoro lo que puede costarnos la flota y mucho menos cómo podremos pagarla. A eso he venido precisamente. A pedirte consejo.

—Habrá de recurrirse a los judíos para que adelanten una buena parte. Si se gana Sevilla, no habrá dificultad en devolverles lo prestado y si no se gana... tendrán que resignarse por unos cuantos años hasta que paguen su coste los moros de Granada —precisó Berenguela, abriendo los ojos de par en par, soltando la mano de Alfonso y dándose un golpe en la frente—. Tonta de mí, que a estas alturas de la conversación todavía no te he preguntado por la familia. ¿Cómo está Teresa?

—Supongo que estará bien, porque como Fernando me tiene de un lado para otro, hace tiempo que no la veo —dijo mintiendo, porque hacía semanas

que había dado sepultura a su segunda esposa y no quería llevarle al lecho una pena que pudiera adelantarle la muerte.

\* \* \*

Algunas semanas después de la partida de su hijo Alfonso, Berenguela tuvo una gran alegría cuando recibió la inesperada visita de don Rodrigo, que se dirigía al monasterio de Fitero.

—Mucho me temo que esta será la última vez que nos veamos, monseñor. A la maldición de los Plantagenet, que se ha abatido sobre nuestra familia desde hace casi cien años, solo hemos sobrevivido Blanca y yo, las mayores de todos los hermanos.

—¡Hija mía! Eso de las maldiciones de Dios son supercherías. Con la edad el cuerpo se desgasta y llegan las enfermedades.

—Mientras me llega la hora funesta, debo dedicar mi tiempo a los negocios del alma. Ya no hay lugar para afanarme en arreglar los litigios de la familia y tampoco los asuntos de nuestros reinos. He cambiado la púrpura de la reina por el hábito de una hermana. Me caí del caballo cuando estuve con Fernando la última vez. Es tan listo que no quiere ver ni oír aquello que no puede hacer ni corregir. Ni él quiere enderezar lo que se tuerce, ni yo puedo ya obligarle de tan disminuida como me hallo. Me parece que quiere quedarse en Sevilla después de conquistarla. En eso consiste su vida. Ese es su sino y su destino. El resto carece de importancia. Yo lo vi muy claro cuando iba en su busca hacia Córdoba en aquellos días en que mi sol estaba declinando. Para él es el fulgor todavía, para mí la oscuridad. Ya no hay sitio para mí en los negocios del mundo, ni salud en mi cuerpo, ni fuerzas en mi espíritu para intentarlo. Mi tiempo ha pasado. Los reyes mueren en el trono; las reinas, en el convento. En el mío me hallo con entereza antes de que se apaguen los últimos rayos del día y salga a mi alcance el invierno.

—Podéis estar orgullosa, majestad. Vuestro hijo ha conquistado Jaén y pronto ocupará Sevilla. Y todo ello es obra vuestra. Nadie mejor que yo conoce con cuánta prudencia y sabiduría habéis trenzado el tapiz de vuestro reinado, moviendo los hilos con la sagacidad y removiendo con fuerza y astucia los obstáculos que se interponían en el camino.

—Uno grande removí, con muchas dudas, gran pecado y mucho miedo. Ya poco tiempo me queda, monseñor, para reparar la consecuencia de aquellos funestos pensamientos porque siento que finaliza mi tránsito por esta vida. Tiemblo de pavor porque sé que me estará esperando Fernando el Portugués al otro lado de la puerta junto al Señor, que nos ha de juzgar, y que me preguntará:

¿dónde está mi hermano? ¿Y yo qué puedo decir? ¿Que era el mal menor? ¿Que tenía que morir uno para salvar el reino? ¿Que tuvo muy mala suerte al interponerse en el destino de mi hijo y que don Pedro Muñiz tuviera preparado el veneno?

—Veo que una y otra vez volvéis sobre el mismo asunto en todas nuestras conversaciones. ¡Dejadlo en paz de una vez, por Dios! No entiendo por qué os seguís atormentando de esta manera. A Dios no podemos pedirle explicaciones de nuestros actos y mucho menos de nuestros sueños, pero ¿cómo sabéis lo del veneno de don Pedro?

—Lo supe por secreto de confesión, por las señas que me hizo don Pedro y por averiguaciones de mi hijo Alfonso, que llevaba años preguntando a todos por la muerte de su hermano.

—No le demos más vueltas al penoso asunto. Lo que importa ahora es que León y Castilla están en paz porque Dios lo permitió y Andalucía será reconquistada porque Dios así lo quiere. Es mejor no revolver en el pasado. Confiad en la divina misericordia.

—En nuestro caso, nos tenía bien cogida la mano izquierda, por eso salieron tan torcidos los renglones con los que escribe nuestro destino. ¡Con lo fácil que le habría sido a Nuestro Señor enviarle unas fiebres al muchacho a su debido tiempo!

—El Señor es misericordioso y ya os ha perdonado, y vos habéis cumplido con creces la penitencia. ¡Majestad! Tened confianza, que hay más alegría en el reino de los cielos por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que hacen penitencia.

—Allí no seré majestad, porque la muerte iguala al rey y al vasallo, al rico y al pobre. Solo seré una mujer pecadora. A partir de ahora llamadme mujer o llamadme señora.

—¡Señora mía, hacedme caso y dejad de una vez de atormentaros por algo que no tiene remedio! Ninguno queríamos hacerlo y todos debíamos hacerlo. Solo una cadena de casualidades hizo que el veneno llegara a su destino. Además, vos no tenéis ninguna prisa por dejar este mundo. Recordad al papa Gregorio, quién le iba a decir a él, siempre lleno de achaques, que iba a vivir tanto tiempo. Antes me corresponde a mí, que os sobrepaso en diez años, hacer ese viaje definitivo para rendir cuentas.

—Lástima que los cardenales elijan siempre un papa romano para ocupar la silla de Pedro. Si os soy sincera, cuando él murió tuve el presentimiento de que vos seríais el siguiente papa. Erais el más adecuado para sucederle.

—Me habría hecho un flaco favor porque mi salud ya no es la que era y el tiempo pasa tan deprisa que ya casi no le sigo.

—El Señor os dará larga vida porque os queda mucho por hacer en vuestra catedral de Toledo. A mí ya no me necesita porque he terminado mi monasterio de Las Huelgas, que ya tiene excavado un surco en la tierra para darme cobijo muy pronto. Nunca volveré a Toledo para seguir contemplando desde mi alcázar cómo vuestra catedral sube a los cielos, porque el juez que pesa una a una las almas ya tiene lista la balanza de las obras para pesar la mía. Me gustaría que estuvierais a mi lado en mi hora postrera, que fuerais vos quien oficiarais mi funeral y leyerais el discurso fúnebre, para llevarlo conmigo a la tumba y que se leyera en mi descargo, y, si no fuera mucho pedir, os rogaría que lo incluyerais en vuestra historia, que es lo que verdaderamente queda de nosotros. Eso sería lo único que recordarán de esta pobre reina sin reino las generaciones venideras. Pocas mujeres tienen como yo la fortuna de que un gran hombre dibuje con letras su retrato para la posteridad.

—Os habéis adelantado a mis propósitos. Para hacerlo, solo me falta poner por escrito lo que me dicta mi memoria como testigo y mi corazón como amigo. Aunque os lo he declarado muchas veces con los hechos, nunca me había atrevido a manifestarlo de palabra, pero como veo que os puede la curiosidad, os anticiparé su contenido con tanto rubor como gusto, porque veo que necesitáis un poco de ánimo para consolaros de vuestros temores —dijo Rodrigo, rojo como una amapola—. No veáis adulación detrás de estas pocas palabras, sino justicia y sincero afecto. Es lo que a lo largo de toda mi vida he pensado de vos y sentido por vos, y ya es hora de que lo sepáis. Sabed que jamás me atreví a deciros nada semejante, por prudencia y por decoro, a pesar de que muchas veces he tenido que refrenar los impulsos de mi corazón y ponerle bridas a mi boca.

Entonces don Rodrigo, sin atreverse a mirarla a la cara, le recitó con la voz entrecortada por la emoción lo que escribiría sobre ella en su *Historia de los hechos de España*.

*Pues esta reina conservó con gran cuidado y acrecentó de tal modo los carismas de las gracias que recibió que toda edad, toda gracia, todo sexo, toda condición, toda nación, toda lengua siente hacia ella un afecto expresado en obras. Ella distribuye a todos los tesoros de su misericordia, sin que el haz de sus virtudes se descomponga; y ejecutora cuidadosa de las obras de su padre, se prodiga aún más a los negocios del reino y a las vicisitudes de las cosas que a la misma adquisición de las virtudes, y por ello la admiran justamente nuestros tiempos. Y no tuvieron otra semejante ni nuestros tiempos ni los de nuestros padres. Por ella rogamos al Señor para que se digne conservarla mucho más tiempo, que le conceda lo que le conviene y que abunde en buenas obras hasta*

*que restituya su espíritu a su Redentor.*

Con los ojos cerrados convertidos en manantial, escuchó Berenguela el recitado de su confesor y amigo. Cada palabra y cada frase eran una declaración de amor. Aquel hombre menudo y reseco, aquella eminencia, aquel pozo de sabiduría, había estado entregado a su servicio durante toda la vida como un perrillo fiel acurrucado a los pies de su dueña, mirándola con arrobo, con una sonrisa beatífica, conformándose con las migajas que caían de sus manos.

—Sois el mayor regalo que me ha dado Nuestro Señor sin merecerlo. Vos, que habéis merecido mucho siempre, os habéis conformado con lo justo. Me habéis servido con lealtad y enorme dedicación y eficacia. Lo mismo habéis hecho con mi padre, mi hijo Fernando y el resto de mi familia. ¡Qué suerte la mía haber tenido siempre a mi lado a un ángel como vos que siempre ha tenido en la boca la palabra justa, en la cabeza el consejo oportuno, en la mano izquierda la gestión imposible y en el corazón la iniciativa valerosa!

Como estaba inmovilizada en el lecho, tomó la mano de don Rodrigo, al que sorprendió cuando hizo ademán de besarla, y después de acercarla hasta el borde de sus labios, la retuvo entre sus manos y así estuvo sin pronunciar palabra durante largo tiempo, acariciándola con la ternura y suavidad con la que se arrulla a un pajarillo que ha caído del nido que le cobija. Como el pájaro no sabía volar y la mano tampoco se abría para soltarlo, así se estuvieron un buen rato, guardando un silencio lleno de palabras de gratitud, de amor y de recuerdos, hasta que después de entrelazarse los dedos, sus manos echaron a volar despidiéndose para siempre.

## NOTA DEL AUTOR

«¡Qué sería de nuestras vidas sin imaginación y sin ficción, o si no nos dejaran contarlos!», me dije al pasear por Verona mientras hacía un corto paréntesis en la escritura de esta novela durante un viaje familiar. El centro histórico de la ciudad de Capuletos y Montescos estaba abarrotado de turistas de todos los continentes. Nadie quería perderse el *selfie* o la fotografía bajo el balcón de Julieta para llevarse el testimonio de su visita al escenario donde se desarrollaba el drama shakespeariano convertido en el mayor atractivo de la ciudad. Nada de extrañar para nosotros, teniendo en cuenta el interés y la devoción que suscitan las reliquias de Santiago por mucho que Rodrigo Jiménez de Rada sostuviera en el Concilio de Letrán en 1216 que el apóstol no pudo venir a España porque fue degollado en Galilea por mandato de Herodes.

Cuando me estaba documentando sobre don Rodrigo, fui a dar con una exhaustiva publicación sobre su vida y obra, encomiástica hasta la exageración, editada en Pamplona en 1926 y escrita por el redentorista Javier Gorosterratzu. Se pueden imaginar la emoción y la sorpresa que me provocó contemplar en las primeras páginas del libro el rostro del arzobispo en una fotografía que hicieron de su cuerpo incorrupto cuando se abrió su sepulcro en el monasterio de Huerta en 1907. A la vista del testimonio visual, cabe pensar que el toledano muerto en el Ródano un año después que Berenguela, cuando regresaba del Concilio de Lyon, fue embalsamado antes de trasladarle hasta Huerta: no da la impresión de haberse ahogado porque parece que se ha quedado dormido revestido de ceremonial.

Al contrario que el cuerpo y los atavíos del arzobispo —que estaban prácticamente intactos en su sepulcro del monasterio de Huerta—, los de Leonor y Alfonso VIII fueron revueltos y saqueados por las tropas de Napoleón durante su retirada hacia Francia para llevarse todo lo que encontraron de valor a su paso. Fue precisamente durante los días en que redactaba los pormenores de su fallecimiento y posterior entierro cuando tuve ante mis ojos el rompecabezas de telas medievales compuesto por un trozo de saya, fragmentos del manto, algunos jirones de la camisa y de su ropa interior. Afortunadamente, después de un minucioso trabajo de identificación realizado por los técnicos e investigadores del Patrimonio Nacional, se están recuperando para ser incorporados al Museo de Telas de las Huelgas Reales de Burgos. Frente a la mesa donde se

desplegaban ante nosotros los retazos del ajuar funerario, a modo de homenaje fúnebre referí a los allí presentes lo que escribieron acerca de este los obispos Rodrigo Jiménez de Rada y Juan de Osma, quienes le suministraron al monarca los últimos sacramentos y lo acompañaron en su última hora:

*Y así como en la vida colmó su reino de virtudes, de la misma forma en la hora de su muerte empapó de lágrimas a toda España, o mejor dicho al mundo. Ni las envidias ni el olvido podrán borrar el prestigio de sus alabanzas. Fue flor del reino, honra del mundo, notable por su bondad de costumbres, justo, prudente, valeroso, espléndido, no manchó su gloria por razón alguna. Era de estatura más que mediana, de rostro hermoso, en quien sobresalía lo encendido, la frente sin desproporción abultada, el cabello del color de la barba tibiamente negro, los ojos garzos, la nariz inclinada a lo grande, sin desmesura que ocasionase fealdad.*

Convertido en fabulador de estos protagonistas de nuestra historia y pensando en sus fisonomías fotografiadas o escritas, me viene a la memoria el recuerdo de la posguerra, cuando aún no había llegado la televisión y seguíamos por la radio las retransmisiones de Matías Prats abuelo, tan habilidoso en hacer «relatos» de los partidos de la selección española de fútbol que, según cuentan, les dijo a los jugadores que los niños conocíamos a través de los cromos: «Vosotros meted goles y ganad el partido, que de que juguéis bien ya me ocuparé yo». Curiosamente, por aquellos años debuté como narrador-fabulador mientras estudiaba el bachillerato en el colegio de los Maristas de Palencia y vivía en una pensión en un piso de las cercanías. Había construido una radio de galena que me permitía escuchar los partidos en los tiempos en que el Real Madrid de Di Stéfano ganaba las primeras copas de Europa, inocente placer prohibido a los internos de mi colegio porque eran horas de dormir. A la mañana siguiente me esperaba impaciente, a la puerta del centro escolar, un numeroso grupo de madridistas deseoso de conocer las incidencias y el resultado del partido. Por arte de birlibirloque, tenía que pasar de radioyente a locutor. La cosa no paraba ahí porque, algunas veces, los más entusiastas buscaban un balón de reglamento y, aprovechando que el campo de fútbol estaba junto a la entrada del colegio, me ponían en un aprieto obligándome a pasar de las musas al teatro, escenificando la jugada que radiaba, cosa que, a portería vacía, realizaba con más humor y voluntad que acierto.

Al igual que las restauradoras que juntan los fragmentos de telas son capaces con su maestría de recomponer o representar la totalidad del ajuar funerario, a los escritores de ficciones históricas se nos pide, a partir de hechos

fragmentarios que han llegado hasta nosotros, que nos sumerjamos en aquel tiempo y buceemos en las vidas de sus protagonistas para transmitir sus pensamientos y sentimientos, sus penalidades y dolores, de modo que los lectores vibren con el relato, como nosotros lo hacíamos cuando Matías Prats retransmitía los partidos que jugaba España desde el otro lado del mundo recreándolos en nuestra imaginación.

Al igual que me ocurría con Di Stéfano, Rial y Gento cuando narraba sus proezas a mis compañeros de colegio, sesenta años más tarde, he vuelto a vivir y a emocionarme con las jugadas de doña Berenguela, a seguir con intensidad los avatares del infante don Alfonso, a alegrarme con las victorias de Fernando y sufrir con las desdichas de Leonor. De nuevo he echado mano de los sentimientos, la lírica e incluso la épica para narrar sus vicisitudes intentando que realicen jugadas magníficas porque han conseguido tantos muy importantes para nuestra historia.

Escribo estas notas, durante la Semana Santa, mirando hacia la bahía de Santander, de donde partió la flota del almirante Ramón Bonifaz, cuya participación fue decisiva en la conquista de Sevilla. Estos días, el monasterio de Las Huelgas, la mezquita-catedral, el alcázar y los jardines de Córdoba, la basílica de Compostela estarán llenos de visitantes. Y también las catedrales de León, Burgos y Toledo, que se empezaban a levantar hace ocho siglos. Unos edificios que no han sido superados hasta la llegada de los rascacielos. Los hombres que las pensaron y las promovieron ya tenían una idea de España que se estaba reunificando por la conquista y por la política matrimonial. Todos los monarcas reinantes pertenecían al mismo tronco familiar, eran nietos de Alfonso VIII y tenían parentesco cercano con los reyes de Inglaterra y Francia y con el emperador de Alemania. Hicieron renacer de las cenizas y semillas del Imperio romano a Hispania, las Galias, Bretaña o la Germania. Europa comenzaba a afirmar su identidad construyendo monasterios y catedrales e impulsando unas ciudades que hoy están llenas de vida, en las que vivimos o en las que nos sentimos como en casa cuando las recorremos.

Tanto esta novela como las dos anteriores se desarrollan en ese momento fundacional de nuestra historia europea común. Aquellos hombres y mujeres pusieron la semilla de lo que ahora somos. Construyeron el mayor espacio de progreso y libertades que ahora existe. Protagonistas de las tres novelas de esta saga son el rey Alfonso VIII, cuya esposa, Leonor de Plantagenet, y después su hija Berenguela tejieron mediante matrimonios estratégicos con Alfonso IX de León, Alfonso II de Portugal, Jaime I de Aragón y Luis VIII de Francia un tapiz de relaciones para juntar los reinos de España y también para mantener vínculos privilegiados con las principales potencias de la Europa de entonces, que son las

mismas de la actualidad.

En *Esperando al rey* hablaba el papa Cesetino III del cesto de las cerezas. En *La maldición de la reina Leonor* dibujé en las guardas del libro el frondoso bosque genealógico de ramas entrecruzadas de los reinos de Europa. En *La reina sin reino* he mostrado el tapiz que tejieron Leonor y su hija Berenguela, dos mujeres extraordinarias que movieron sus hilos con gran habilidad y lograron ensanchar las fronteras de su reino saltando por encima de los sucesivos obstáculos que interponían los pontífices a los matrimonios entre familiares, para evitar la endogamia y también que se formaran reinos demasiado poderosos que desbordaran el poder terrenal de la Iglesia y el arbitral del pontífice.

Si acercamos la vista o nos servimos de la lupa para analizar este tapiz, distinguimos enseguida la urdimbre (hilos verticales) y la trama (hilos horizontales). Nuestra historia es un tapiz en el que la urdimbre son los hilos masculinos rectilíneos como las lanzas y las espadas y la trama, los femeninos, que serpentean como los cinturones y entrelazan los hilos verticales mediante nudos o alianzas que, a partir de vínculos de sangre, establecen lazos con los reinos vecinos con el fin de ampliar los espacios comunes y de dar relieve y colorido al conjunto.

Lo que al historiador le está vedado se le permite al novelista: entrar en la cámara nupcial donde se engendran herederos, en el confesionario donde se perdonan las infidelidades o en los salones donde se fraguan las intrigas; y también en el corazón o la cabeza de los protagonistas donde se desatan las pasiones o se dominan los remordimientos.

Pero no podemos cambiar a nuestro gusto el curso de las vidas de los personajes históricos ni las fechas de sus hazañas. Según los documentos, el rey don Fernando entró en Sevilla el 23 de noviembre de 1248, una vez que la hubo rendido por hambre. Nunca volvió a Castilla. Murió cuatro años después de la conquista de la ciudad, tras lamentarse una y mil veces de la muerte de su hijo Fernando durante el asedio. El infante contaba veintitrés años, exactamente la edad que tenía Fernando el Portugués cuando murió.

Los sevillanos que tuvieron que partir hacia Jerez o hacia Granada, que fueron la mayor parte, lo hicieron protegidos por las huestes reales. Otros se repartieron por África y algunos llegaron hasta Asia Menor; allí lloraron inconsolables la pérdida de la ciudad abandonada que añoraron durante el resto de sus vidas.

*¿Dónde está Sevilla y qué fue de su alegría?  
¿Dónde su río de aguas dulces,*

*abundantes y generosas?  
¿Qué patria puede seducir al hombre,  
después de Sevilla?*

El monarca dejó el reino en manos de su primogénito, al que se conoce como Alfonso X el Sabio. Este no tuvo un reinado fácil porque, en diversas ocasiones, se rebelaron los nobles y también varios de sus hermanos, entre ellos Fadrique, que, en 1277, fue acusado de conspiración, encarcelado y ajusticiado en Burgos.

Fernando III fue elevado a los altares el 6 de septiembre de 1672 por el papa Clemente X, que le propuso como modelo de santidad. Al igual que su primo, Luis IX de Francia, que lo fue casi cuatro siglos antes cuando el papa Bonifacio VIII lo canonizó en 1297.

La reina Teresa de Portugal, primera esposa de Alfonso IX de León, fue beatificada por el papa Clemente XI en 1705. Su hermana Mafalda, a quien casaron con el pobre Enrique I de Castilla, fue beatificada por Pío VI el 27 de junio de 1793.

El infante don Alfonso de Molina, después de heredar el señorío de Molina y enviudar por segunda vez, casó de nuevo en 1260 con Mayor Alfonso de Meneses. Murió en Salamanca en 1272 a punto de cumplir setenta años. María de Molina, hija de ambos, fue reina consorte de Castilla por su matrimonio con su tío Sancho IV, hijo de Alfonso X y de Violante de Aragón, cuyo padre era Jaime I el Conquistador.

Como se puede advertir, se seguían casando entre ellos. Los nombres de Fernando, Sancho y Alfonso se repetían generación tras generación y las coronas de los reinos peninsulares no salían de la familia. La reina Berenguela, principal protagonista de esta novela, era hija de Alfonso VIII de Castilla, nieta de Sancho III de Castilla y biznieta de Alfonso VII el Emperador y Berenguela de Barcelona, reina consorte de León. Asimismo, esta soberana era hija de Ramón Berenguer III, conde de Barcelona, y hermana de Ramón Berenguer IV el Santo. (No he podido averiguar cuándo subió a los altares).

Tantos matrimonios entre primos y primas, tíos y sobrinas lograron finalmente que mediante una bula del papa Sixto IV, a pesar de la manifiesta consanguinidad, se autorizara el enlace entre Isabel de Castilla y Fernando de Aragón que dio lugar a la unión de ambos reinos en su hija Juana. El matrimonio de esta con Felipe el Hermoso colocó a los reinos de España en la órbita de los Habsburgo y, a pesar del matrimonio de Carlos V con su prima carnal Isabel de Portugal, las responsabilidades del imperio y la guerra de Flandes desviaron la

mirada de los Austrias hacia los Países Bajos y el centro de Europa, abocado a los enfrentamientos bélicos que drenaron la mayor parte de los recursos que llegaban de América.

En estos tiempos procelosos en que vuelven dramáticamente a la actualidad las reivindicaciones de identidades históricas, afirmando unas y negando otras, bueno sería recordar el consejo que nos ha dado el gran hispanista John Elliot: «España necesita una cura de autoestima». Hemos visto en esta novela y en las precedentes cómo se han separado y juntado los reinos mediante matrimonios de conveniencia entremezclando la sangre de los contrayentes. De igual modo, en mayor o menor medida, lo han hecho las personas, las familias, las instituciones, las costumbres, la cultura, las empresas con elevado grado de interdependencia según épocas o intereses, lo que ha contribuido a enriquecer al conjunto de la sociedad española que, por otra parte, tantas cosas tiene en común con la portuguesa. A ello ayuda sobremanera la privilegiada situación geográfica de la península y una geología y orografía tan variadas como su climatología. De todo ello se deriva una gran diversidad en todos los órdenes de la vida.

Así lo vio, así lo vivió, así lo disfrutó en el momento más brillante de nuestra Edad Media un personaje excepcional que sabía siete idiomas y conocía bien el mundo. Había viajado por España y por el resto de Europa, era eclesiástico, político, militar, humanista e historiador. Me estoy refiriendo al arzobispo de Toledo, el navarro Rodrigo Jiménez de Rada, que hizo en el primer tercio del siglo XIII una hermosa apología de los reinos sobre los que ejercía la primacía de la iglesia toledana sobre el resto de las iglesias de toda la península en los siguientes términos:

*España es como un paraíso del Señor que sobresale por su fertilidad especial entre las provincias del mundo. Es fecunda por los frutos, sabrosa por las frutas, deliciosa por los peces, grata por sus leches, estrepitosa por la caza, codiciada para ganados y rebaños, orgullosa por los caballos, descansada por las mulas, privilegiada por sus fortalezas, productora del vino, descuidada por el pan, rica en metales, abundante en aceite, alegre por el azafrán, excelentísima por el ingenio, audaz en la guerra, rápida en la acción, leal al mando, fácil para la cultura, poderosa en la elocuencia, fecunda en todas las iniciativas, superior a todos por sus fortificaciones; pocas tierras la igualan en la grandeza, preciosa por su fertilidad, singular en el arroyo.*

Esta era la España por la que lucharon los personajes más clarividentes de esta novela y que construyeron políticamente en buena parte dejando hilos por todos los reinos para tejer un hermoso tapiz en toda su geografía. En la

actualidad, después de integrarse en Europa, disfruta de una democracia plena y de una economía envidiable. Esta es la España que vivimos ahora y que, engrandecida mediante nuestra creatividad y nuestro trabajo, debemos legar a nuestros descendientes para que disfruten de nuestro patrimonio, de nuestra historia y de nuestra narrativa tanto como hemos disfrutado nosotros.

JOSÉ MARÍA PÉREZ GONZÁLEZ «PERIDIS»  
Arquitecto, humorista y escritor